
3 1761 08102214 7

José Manuel Aponte

Tradiciones Bolivianas



LA PAZ

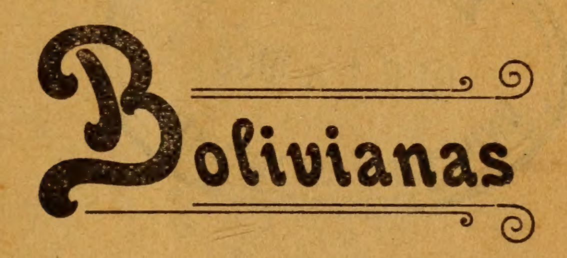
1909

TRADICIONES BOLIVIANAS



José Manuel Aponte

Tradiciones

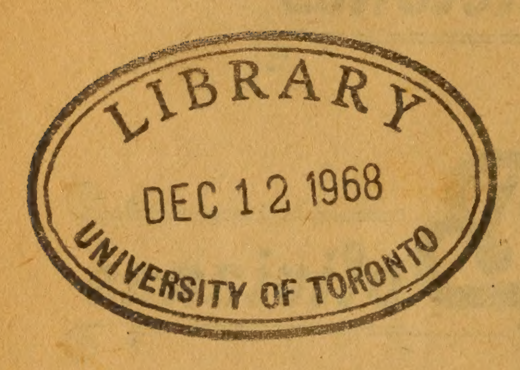




LA PAZ

IMP. VELARDE.—YANACOCHA 117 y 119.

1909


LIBRARY
DEC 12 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

En forma de prólogo

Afanoso siempre de no escatimar mi aplauso á todo lo que es digno de él, me permito tributárselo, al correr de la pluma, al distinguido amigo y galano literato, el doctor José Manuel Aponte, personaje de conocidos antecedentes en el campo de las letras, que hoy para solaz y esparcimiento del espíritu nacional, ofrece en pequeño y modesto volumen, la historia de los pintorescos tiempos coloniales y de alguno que otro suceso, más ó menos espeluznante, correspondiente á los republicanos, ó, como alguien dijo, á los ungidos con el óleo santo de la República teórica.

Nada debiera decir, por no permitírmelo la especialidad de mis estudios y conocimientos, acerca del género literario hoy por hoy cultivado por Aponte; pero ya que es deber de prologuista decir algo, en defecto de nada, de esa nada tan peculiar de los materialistas y de los sabios inéditos, creo que no estará fuera de renglón decir lo que es de obligación, cuando se es invitado á escribir la portada de un libro.

Pocos, muy pocos son entre nuestros jóvenes intelectuales, los que dedican su tiempo y palpitaciones cerebrales á la rememoración de los tiempos color de **rosa,** *que pasaron bajo el* **patriarcal** *gobierno de los* **portentosos** *descendientes del pío don Fernando y de la piadosa doña Isabel, reyes de Aragón y Castilla, á quienes Dios guarde en lo más recóndito de sus inescrutables arcanos.*

La razón de esta atrofia del sentimiento histórico, tiene su explicación en el ambiente social que nos rodea, el cual para mengua y desdoro de las manifestaciones impecables del cerebro, nos impone la triste y vergonzosa misión de quemar incienso en la montaña por donde sale el sol; incienso cuyo humo se disipa con el último rayo agónico de ese sol poco ha venerado.

La exposición en plaza pública de esta carcoma de las legítimas aspiracianes de la inteligencia, no ha de conducirme, empero, á la pesimista canclusión, de que el naufragio es universal: queden de pié, como el Cristo en el Tiberiades, algunos espíritus reaccionarios contra el modernismo intelectual, los cuales, ávidos de comunicarse con lo que fué, penetran en las profundidades del abismo, y sobre un nada de los miserables despojos humanos, reconstruyen todo un

pasado de gloria ó de oprobio, de gloria para señalar camino á los buenos y de oprobio para coronar de baldón á los perversos.

A este grupo de reaccionarios pertenece, sin duda, el autor de las leyendas de este libro, destinado en mi concepto, á ocupar preferente puesto en nuestra escasa literatura.

Por cierto que no es Aponte el únco de nuestros literatos, que dedica sus «ocios crueles» á la lucha con las polillas y los ratones, digo, á despojar á éstos de su comida, para servírnosla en el sabroso banquete de la tradición ó del cuento; hay otros que no le van en zaga, cuyo lugar en la historia de las letras patrias, se caracteriza por un paso más en la espinosa senda de nuestras débiles tentativas de expansión cere-

bral; otros como José Rosendo Gutiérrez, Jaimes, Subieta, Bravo, etc., que á manera del sepulturero de Espronceda, machacando los cráneos con mano despiadada, nos ofrecen, antes que el desabrido editorial sobre política candente, la historia de algún general hecho presidente de la República en las purísimas entrañas de los cuarteles ó el cómo á un marido más celoso que Otelo, le dió la esposa un lugarteniente.

En el libro que el señor Aponte entrega hoy al juicio imparcial y desprevenido de la opinión, no hay positivamente nada que exalte el entusiasmo, ni nada que permita repetir las célebres frases de Lope de Vega al frente de los versos de Fernando de Herrera; no hay otra cosa que una literatura moderada, sencilla y correcta, para

realizar una forma artística de las mismas condiciones; lo que me permite afirmar que la empresa está fiel y lógicamente ejecutada.

Es condición **sine qua non** *de los que elogian con más ó menos sinceridad los desempeños intelectuales de nuestra juventud, la de marearla con el vaho de una frase salamera, especie de hojarasca invernal, en cuyo fondo anida el reptil; resultando de aquí, en la mayoría de los casos, que los jóvenes, burgueses acaso de la inteligencia y de la escuela, se engríen é hinchan como la rana de la fábula, para reventar después por fuerza de su impotencia, siendo responsables de esta calamidad, los que pusieron el reptil en la hojarasca del elogio.*

Cuidémonos y cuídeme yo especialmente, de incurrir en este lugar común, en este lugar de maestro condescendiente que da por bien hecho lo perversamente ejecutado.

Terminando estos renglones y para hacer más saliente la significación literaria de Aponte, es oportuno hacer mención del libro que escribió á su regreso de la heroica campaña del Acre, libro que, independiente de una forma galana, entraña la rara aptitud del historiador de conciencia.

Considero suficiente lo dicho para cristalizar en la conciencia de la opinión, el convencimiento de que tengo fé en la bondad del trabajo de José Manuel Aponte; de ese tenaz luchador por la vida, que dedica sus «ocios crueles» á la historiacultura, bajo la impresión de la jerga literaria del Código civil.

JOSÉ PALMA Y V.



AL LECTOR

La literatura boliviana, está todavía en gérmen.

La mayor parte de los hombres de talento que ha producido la República, ha perdido su tiempo, deplorablemente, en las luchas políticas y en la polémica, condensando ligeramente sus ideas en el folleto ó en los artículos sueltos del diarismo, pero sin dejar obras de provecho para el país, salvo rarísimas excepciones.

Los libros que atesoramos con avidez en esos templos levantados al saber que llamamos bibliotecas, como un homenaje al cerebro del hombre; nos vienen de fuera y será una rareza hallar entre ellos alguna obra de autor boliviano.

Nos falta el sentimiento expontáneo, propio, brotado de nuestro mismo suelo, de entre las quiebras y riscos de nuestras montañas ó de nuestros extensos valles y praderas.

He aquí porque careceremos de literatura nacional.

Todos los países del mundo tienen su manera especial de manifestar su propia cultura intelectual, remontándose á los orígenes de su existencia, para inquirir su génesis en el pasado, por entre las brumas de la mitología y las leyendas populares,

mescladas con la verdad histórica de los sucesos, en formas fantásticas, á especie de luz crepuscular en la que se confunden los objetos, en sombras vagas é indecisas, que luego se destacan y aparecen en su natural estructura al clarear del nuevo día, que ya es la historia. Así, en esa labor incesante de muchas generaciones, acumulando á diario el producto individual de cada cerebro, que trae su contingente á la obra común, se levanta, piedra por piedra, el gran edificio de la literatura de cada país, en sus rasgos peculiares é índole propia.

En Sud América, nos han tomado la vanguardia Colombia, Venezuela y el Ecuador, países ricos en talentos pujantes, que se han manifestado en las diversas formas de literatura, señaladamente en la poesía y el romance.

Los literatos arjentinos explotan con éxito brillante los cuentos populares de las antíguas costumbres de la época del gauchaje, preparando así el comienzo de una literatura propia, exhuberante y de fisonomía netamente nacional arjentina.

El Brasil, cuenta con una pléyade de grandes poetas y literatos de inspiración, que aparece de todos los ángulos de su inmenso territorio, en rememoraciones grandiosas de su pasado, como por ejemplo el hermoso romance *Guaraní*, sobre cuyos motivos escribió la inimitable ópera de este mismo nombre. el afamado compositor brasileño Cárlos Gómez.

El Perú y Chile, no menos ricos en talentos esclarecidos, han avanzado mucho en la formación de su literatura nacional.

En Bolivia, los materiales abundan y

los obreros no son pocos, pero están dispersos á mucha distancias; y se necesita formar con todos estos elementos el alma nacional, encarrilándola hacia el mismo sentimiento.

El pasado de nuestras razas aborígenas, cuya aparición en América se pierde en la noche de los tiempos; los monumentos que de ellos nos quedan con sus misteriosos geróglíficos que señalan una civilización anterior al Imperio de los Incas; los legendarios tiempos de la conquista; la vida del coloniaje incipiente, ignorante y fanática en trescientos años de abusos y lucha de predominio entre las razas vencedoras y las vencidas; la inmovilidad en que han quedado éstas, cual si aún no pudiesen volver de su asombro contemplando la ruina de su monarquía y la destrucción de sus instituciones por aquellas; la grandiosa epopeya de la emancipación

de las colonias á modo de formación geológica, por decirlo así, de las nuevas repúblicas, después de quince años de sacudimientos en todo el Nuevo Mundo; son temas inagotables que podríamos explotar para formar de allí nuestra literatura propia, estimulada por los hombres de saber y de patriotismo.

Felizmente, de muy corto tiempo á esta parte, nótase el despertar del pensamiento boliviano, en proyecciones variadas, que anuncian para día no lejano el advenimiento de una literatura pujante y vigorosa.

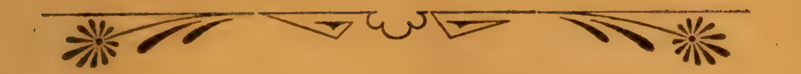
A esta obra de caracter nacional concurrimos ahora con nuestra modesta labor. Las *Tradiciones* que hoy ofrezco al público, fueron escritas hace algunos años y se publicaron en diarios y revistas; pero muchas de ellas han permanecido inéditas hasta el presente.

He vacilado largo tiempo en darlas á luz, sin embargo de las constantes incitativas de mis amigos. Y, al decidirme á ello, he querido que, sobre la portada de ésta mi segunda obra, figure el nombre de mi distinguido amigo el doctor José Palma y V., uno de nuestros mejores literatos, no solo como un homenaje á su persona, sinó como vinculación nacional, con cadena de oro que una y estreche todos los anhelos del patriotismo boliviano en un solo sentimiento: *el amor á la patria.*

JOSÉ MANUEL APONTE.

La Paz, enero de 1909.





Posesión y alinderamiento.

I

De antiguos y amarillentos archivos, de letra enrevesada, que datan de la época del coloniaje y yacen algo menos que *et in pulvis reverteris* en los nichos del cementerio general de los litigios, vulgo estantes de las oficinas públicas de Potosí, constan los hechos que voy á referir á mis lectores.

La desheredada raza de Manco-Capac, que á través de cuatro siglos de abatimiento lucha todavía contra los descendientes de sus conquistadores, y conserva invariablemente sus primitivos usos, costumbres, idiomas é indumentaria, con obstinado apego á los recuerdos de mejores tiempos; vive alejada de nuestras poblaciones y centros civilizados, sombría, desconfiada y huraña siempre al movimiento social que la rodea, replegada por agrupaciones más ó me-

nos numerosas en villorios llamados *aillos* ó *parcialidades*, lo que diríamos linajes, situadas en las cumbres de sus montañas ó en las breñas, quiebras y recodos poco accesibles á los blancos. Nada hay que iguale á la resignación y frugalidad de estas razas andinas, víctimas eternas de la opresión y la codicia y revolviéndose en una protesta muda y prolongada que de cuando en cuando se agita en convulsiones y levantamientos parciales, sofocados á costa de su propia sangre. Pasarán siglos antes que desaparezcan y se confundan en el polvo de las razas muertas, porque todavía son fuertes y tienen la resistencia del granito.

Sus danzas y sus composiciones musicales de indefinible tristeza, parecen evocar un recuerdo lejano, perdido entre las brumas de muchos siglos de existencia anterior al imperio de los Incas. En la cadencia musical indígena, se siente como la amarga queja contra el destino y el sollozar de todo un pueblo.

Soñando acaso en la restauración de su monarquía, para olvidar su presente condición y la impotencia contra sus dominadores, alivian el peso de su desgracia con los vapores del alcohol hasta la brutalidad, pero ni aún estos excesos parecen disminuir su vitalidad etnográfica, cual si esperásemos nosotros que unas pocas gotas de lluvia pudieran echar abajo una montaña.

Fanáticos ó mejor dicho idólatras hasta la exa-

geración por lo mismo que son ignorantes, la religión sólo constituye un barníz que encubre los instintos salvajes de la bestia humana. Son humildes en su desgracia y crueles é impasibles con sus víctimas; y en sus frecuentes litigios, llevan la contienda por su cuenta al terreno de los hechos, en forma de combates entre ellos mismos por muchos días, sobre todo cuando se trata de linderos y terrenos. En esto son intransigentes y hacen *derramas* de dinero para sustentar el litigio por todos sus trámites é instancias—; de tal manera que un pleito perdido vuelve á renacer con más fuerza, acumulando así volúmenes de autos. de generación en generación.

II

Pero al fin, los pleitcs sobre linderos terminan siempre por colocar los mojones divisorios en alguna parte. Aqui era cuando los dichosos indígenas, echaban la casa por la ventana, festejando el triunfo y preparándose para recibir y agasajar dignamente al Juez, al fiscal, al secretario, al abogado, procurador y demás corchetes. Y á fé que los *chuttas* se portaban á la altura de las circunstancias; preparaban suculentas comidas, pavos rellenos, conejos estirados, rostros asados ó más claro *huatias* de corderos asados al horno, humitas, picante de viscachas y á los postres sendos vasos de champagne del país, de la conocida marca Ch., fabricado en la casa.

A la hora señalada para la posesión y alinderamiento, se ponían en marcha los magistrados, seguidos de una numerosa escolta de indios de ambos sexos y de *yoccallas* ó muchachos de diez á doce años, destinados en aquellas ocasiones á desempeñar papel importante. Llegaban al lugar en que había de colocarse el primer mojón de piedras, se agrupaban en masa compacta y en profundo recogimiento, el sombrero entre los brazos y la vista al suelo escuchaban la lectura de la sentencia y los autos; confrontaciones de antiguas diligencias análogas y demás piezas del proceso relativas al caso. Acto contínuo, tomándole el Juez de la mano al *ilacata* ó *al curaca*, ponía á toda la comunidad indígena en posesión del terreno ó *sayaña* disputada, *jure dómine vel cuasi.* En seguida el agraciado se tiraba al suelo, se revolcaba, tiraba piedras y arrancaba yerbas y al levantarse anunciaba de voz en cuello á toda la comunidad su posesión. La palabra repercutía como un eco entre la muchedumbre y todos contestaban posesión....posesión ...posesión, se revolcaban, arrancaban yerbas y ejercían cuantos actos de señorío les venía en antojo. Hasta las mujeres se entusiasmaban y rodaban que era de ver, sin cuidarse de componer sus *almillas* que se les arrollaba hasta muy arriba. No podían por menos los graves magistrados que dignarse sonreir ante semejantes espectáculos.

Mientras una parte de la indiada se entregaba al jolgorio, la otra parte, más activa, se ocupaba de

acarrear piedras; y en un abrir y cerrar de ojos, formaba el mojón.

Lo dicho se practica hoy mismo en todas las posesiones de terrenos, aunque con más moderaciones; pero lo que ha caido en completo desuso, relegado al olvido, es lo que vamos á referir.

III

Concluido el amojonamiento en un sitio, todos los indios reunen allí sus hijos menores de edad y sin ningún preámbulo la emprendían con ellos á latigazos, con tal zurribanda al rededor del mojón, que aquello parecía el día del juicio final. La gritería de los *yoccallas*, las escapatorias de algunos, los llamamientos y sollozos, formaban contraste con las risotadas de los espectadores. Aquello era reir al freir.

Del primer mojón pasaban al segundo, al tercero y sucesivamente: y en cada uno se repetía la lectura y confrontación de autos y documentos, con las sacramentales palabras de posesión....posesión....posesión y consiguiente azotaiña de muchachos, que eran relevados y distribuidos convenientemente.

No reza en los espedientes ni en las actas posesorias la ración de azotes, que debió ser al gusto de los espendedores. Lo positivo es que de lo alto de los cerros circunvecinos, los comunarios que habían perdido el pleito espectaban la posesión que tomaban

sus contrarios y protestaban con pedradas y hondazos.

Ahora, el lector preguntará por qué y para qué empleaban los antiguos indigenas el látigo en aquellos actos.

Pues señor, pasaban años y más años. Los contrincantes habían muerto en paz y tranquilidad; no se movía una hoja por aquellos trigos; pero al fin llegaba un día fatal en que resucitaba el pleito, porque los antiguos mojones habían desaparecido, ya fuese dispersados intencionalmente ó por la acción destructora del tiempo. Entonces volvían á salir á luz esos antiguos documentos y eran llamados á declarar los ancianos, que eran cabalmente los muchachos de marras, que ahora estaban octogenarios y peinando canas.

Sencillamente, aquella inexplicable zurribanda no tenía otro objeto que fijar de una manera indeleble en la memoria de los muchachos el recuerdo del sitio en que fueron flajelados, para que algún día supiesen conocer sus linderos y defender sus derechos.

Y ahora confiesen ustedes que los *chuttas* saben más que los *viracochas*.



El arco de una Imagen.

I

Potosí, la ciudad del esplendor y las riquezas del siglo XVI, á la que el Emperador Carlos V concedió el título de Imperial Villa el año 1553 y Felipe II le otorgó en 1563 escudo de armas, señalándoselo de sus propios cuarteles, dos leones, dos castillos, un águila, corona imperial y las dos columnas con la leyenda: «*non plus ultra*»; ofrece á la curiosa investigación de propios y extraños, dos aspectos extraordinarios singulares: sus tradiciones y sus minas.

De las segundas, nada nuevo tenemos que decir, pues desde el memorable 22 de abril del año 1545 en que el capitán Juan Villaröel, minero de Porco, hizo comprobar y registrar la primera veta de plata que descubrió, á la que dió el nombre de *Descubridora ó*

Centeno; la fama divulgó rápidamente por todo el orbe civilizado la monstruosidad de las riquezas acumuladas en el cerro rico de Potosí, que eran un portento, atrayendo una población que creció vertiginosamente en poco más de sesenta años; tanto que el censo levantado en 1611, arrojaba una cifra de 160,000 habitantes de todos los reinos de España, ocupados febrilmente de trabajar minas y hacer fortuna en el menor tiempo. Era por entonces la ciudad más populosa de toda la América Y tal fué la novedad desde los comienzos del descubrimiento de sus ubérrimas riquezas nunca vistas ni oidas, que el inmortal Cervantes en su incomparable Don Quijote de la Mancha, muy á principios de aquel siglo, habla ya de las minas de Potosí, como de una cosa maravillosa y tentadora, nada menos que pretendió venir de Corregidor á La Paz y no pudo conseguirlo; que á suceder así habríase privado el mundo y en parte la literatura española, de esa joya que mientras más se lee más se le admira, escrita entre los agudos padecimientos del hambre y de la miseria del insigne manco de Lepanto.

De las primeras, sus tradiciones, se escribió mucho desde los primeros años de la fundación de Potosí; sobresaliendo entre los cronistas de la Imperial Villa, don Bartolomé Martínez y Vela, con minusiocidad de detalles y abarcando en sus anales un período de más de doscientos años.

A mediados de aquel mismo siglo XVI, contan-

do Potosí con población propia, permanente y fija, la criolla, tuvo ya sus compositores y poetas, como Juan Sobrino, que compuso unos versos destinados á execrar la memoria del terrible don Francisco Nestares Marín, Presidente de la Real Audiencia de Charcas, que había mandado ahorcar al famoso millonario falsificador de moneda, don Francisco Gómez de la Rocha.

Después, se ha continuado hasta el presente, escribiendo sobre el inagotable tema de las tradiciones potosinas, hasta formar gruesos volúmenes, pero aún así hay siempre mucho de nuevo y desconocido que escudriñar y publicar.

II

En una de las naves laterales de la preciosa Iglesia Matríz de Potosí, hay un altar donde se venera la Imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, la cual por su belleza plástica no tiene nada de sobresaliente ni particular, sinó porque conserva inclinada la cabeza sobre el hombro derecho.

Ante todo, conviene rememorar la justa nombradía de que han gozado los plateros de Potosí, en sus trabajos de filigrana de exquisita finura y gusto artístico, como que en un mineral donde la plata corría como un río, todo allí era de ese metal, desde la va-

jilla y el servicio doméstico hasta la ornamentación de los numerosos templos y capillas.

Faltando pocos días para la festividad del 2 de febrero del año 1662, ocurriósele al Corregidor D. Gómez de Avila hacer el donativo de un arco de plata para la Imagen: y con tal motivo, mandó llamar al mejor platero que por entonces había.

Era el Corregidor, caballero de la orden de Calatrava, un sujeto de mal carácter, atrabiliario y muy dado á cometer abusos, que para algo había de servirle el poder y la vara que tenía en las manos: llegando á hacerle tan odioso al pueblo que provocó un motin y lo depusieron del puesto, por lo que se vió el Corregidor en la necesidad de marchar á Lima á presentar sus agravios ante el Virrey, quien lo repuso en el cargo, volviéndose á Potosí el año 1665 y murió al poco tiempo envenenado.

El platero rehusó hacerse cargo de la obra por la estrechez del plazo y tener otros compromisos no menos urgentes: pero el Corregidor le intimó y amenazó que al fin el pobre artífice vióse obligado á obedecer y desde aquel momento puso manos al trabajo, de día y de noche, con la ayuda de otros operarios. La víspera de la fiesta, el arco estaba concluido y cabal por todos lados; y era tan primorosa la obra que debía llamar la atención en el estreno.

III.

Un gentío inmenso llenaba el templo, atraido por

la festividad y el deseo de ver el famoso arco de plata que se estrenaría en la procesión. Pero, ¡quién lo creyera!, en el momento de colocarlo sobre la Imagen, resultó pequeño. El platero no comprendía dónde estaba el defecto de su obra y en vano ponía el arco, lo quitaba y lo volvía á poner; el infeliz estaba como loco.

La muchedumbre comenzó á murmurar y descontentarse; los clérigos meneaban la cabeza y al fin el Corregidor, causado de esperar, prorrumpió en una serie de increpaciones y denuestos, acabando por enviar de allí á la cárcel al cumpungido platero. En el momento en que dos arcabuceros lo sacaban á viva fuerza, se desprendió de ellos, corrió á los piés de la Imagen y se arrodilló implorando en fervorosa oración; y como si un rayo de luz atravesara su mente, levantóse rápido, cogió el arco y lo colocó. Entonces, dice Martínez y Vela en sus anales, vióse por todo el público el milagro: la Imagen inclinó un poco la cabeza á la derecha y así pudo caber el arco.

El asombro fué general, el silencio era profundo, la estupefacción dominaba á todos y ni el mismo platero podía darse cuenta del suceso. Vueltos en sí, el entusiasmo no tuvo límites, porque acababan de presenciar un milagro; y sacaron la Imagen en procesión, en un aglomeramiento de todo el pueblo, repique general de campanas, formación de milicias y otras demostraciones de júbilo.

De hecho el platero quedó en libertad y no hay

para qué contar los abrazos y felicitaciones que recibió, porque claramente había estado en gracia divina.

Data de aquel año de feliz memoria, la posición en que ha quedado la Imagen. Y si lo dudase algún aficionado á la *arqueología*, échese á averiguar por esos mundos.



El Santo Cristo de bronce.

I

Doña Magdalena Téllez, era por el año 1663, una viuda joven, rica, gallarda, natural de Potosí, soberbia, desdeñosa y de mucho fuste, como que pertenecía á la nobleza colonial, ostentando en el frontal de su solariega casa, el consiguiente escudo de armas.

Frizando apenas en los veintiseis años tenía más pretendientes que una cartera ministerial. pues á todos, moros y cristianos, tirios y troyanos, se les hacía agua la boca por merecer una mirada ó una sonrisa de tan póderosa cuanto esquiva dama. Era consiguiente que así como contaba decididos partidarios de su belleza y su fortuna, tuviese también enemigas acérrimas que le hacían sombra y competencia en los salones y lugares de paseo. Una de estas rivales por alcurnia era doña Ana Röeles de Barea, esposa de don Juan Sanz de Barea.

No dicen las crónicas quién fué el difunto esposo de doña Magdalena; mas, al parecer tenía ésta como cosa resuelta, no volver á someterse al yugo matrimonial y permanecer libre y sin compromisos.

Por aquel tiempo gobernaba la Imperial Villa el General don Gómez de Avila, 21 en el número de los corregidores de Potosí.

Y sucedió entre las dos rivales lo que de suceder tenía: Se encontraron al fin una mañana en el templo de la Compañía, casi juntas, se miraron de alto á bajo, dijéronse zamba-canuta y algo tocante al honor, que no pudo por menos el zocarrón de don Juan Sanz que asertarle una bofetada en la cara á doña Magdalena, con lo cual creció el alboroto de los concurrentes que acabaron por llevarse á las contrincantes á cada una por su lado.

Doña Magdalena, ofendida y afrentada públicamente, herida en su soberbia, estaba para reventar de ira. Los amigos y pretendientes, reunidos en la casa, comentaban el suceso y no sabían qué partido tomar. Entonces, anunció la viuda que daría su mano al primer hombre que tomase venganza por ella contra Sanz y su esposa. Corrióse la noticia de esta resolución; alguno de los almibarados pretendientes no volvieron á poner los piés en la casa, temerosos de alguna complicación personal, otros se hicieron atrás y sólo afrontó la situación don Pedro de Aréchna, mayor de edad, soltero, de profesión contador fiscal y natural de las provincias Vascongadas de los reinos de España.

II

Celebróse el matrimonio por palabras de presente *in faccie eclesie*, con la escasa concurrencia de algunas personas de mayor confianza; —y tres días después, le interrogaba doña Magdalena á su esposo, qué tenía pensado sobre la represalia. Don Pedro contestó que esperaba las órdenes de ella para obrar en consecuencia. Hablaron largo y tendido de tan espinoso asunto, sin arribar á ninguna resolución. Días más tarde, reanudó ella las conferencias y tampoco obtuvo resultado definitivo. Parecía que don Pedro no proyectaba ninguna venganza y que se daba por satisfecho con la situación actual, que era la más descanzada y envidiable. El público, entretanto, esperaba novedades de bulto por esos días, pues nadie ignoraba las condiciones con que se había celebrado el matrimonio. Y doña Magdalena ni comía ni dormía, dándole vueltas al asunto, hasta que una mañana le anunció á Aréchna, la conveniencia y oportunidad de ir á Mondragón, pintoresca finca de su propiedad, situada á seis leguas de Potosí, sobre el río de Tarapaya. Juzgaba el público que los recien casados se retiraban allí á pasar la luna de miel.

Doña Magdaleha contaba con numerosos colonos, resueltos á complacerla y servirla aún á costa de sacrificios personales.

Una vez instalados en Mondragón, insistió ella en llevar á efecto la venganza y presentó su plan. Debió ser algo terrible, porque Aréchna retrocedió espantado;—y comprendiendo ella que las moratorias de su esposo la pondrían en ridículo, puesto que él faltaba á la palabra empeñada solemnemente y ella no podía quedar burlada, le propuso un *ultimatum* para mejor pensarlo. Tres horas después volvió doña Magdalena y propuso definitivamente la ejecución de su plan ó que él indicase otro. Aréchna comprendió al fin el riesgo en que se hallaba, pero sin decidirse á nada, tuvieron un violento altercado: y entonces, cegada por el furor, llamó á sus colonos que ya esperaban en la puerta y lo mandó amarrar y conducir á un pequeño cuartito al extremo de la casa. Allí lo hizo tender sobre una cruz de madera y sacando un alfiler de plata con cabeza de bronce le clavó el primer alfilerazo. El infeliz lanzó un estridente grito de dolor y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Allí fueron los ruegos, las promesas y los sollozos. Doña Magdalena escuchaba los lamentos de su esposo como una estatua de mármol. Pasados algunos instantes volvió á clavarle otro alfiler y ordenó que los colonos hicieran por turno lo mismo. Los gritos desesperados de la víctima que se retorcía en la cruz, hubieran conmovido hasta á las piedras; pero ella era inmutable y sus colonos instrumentos brutales de su venganza. Tres días después, agoniazba el infortunado esposo en medio de los más crueles padecimientos y convulsiones, sin que se haya to-

cado ni una fibra de compasión en el corazón de su inhumana consorte ni de sus bestiales sirvientes. Al fin le sacó el corazón á pedazos y se lo comió— pero continuando todavía implacable venganza hasta en la fría magestad de la muerte. — Ya esa no era mujer sino hiena, cebandose en los despojos humanos.—El cuerpo siguió tendido en la cruz y la colocación de alfileres acabó por cubrirlo todo. Era un Santo Cristo de bronce.

III

Era imposible que aquel suceso extraordinario quedase ignorado y no tuviese resonancia en la comarca. La noticia llegó luego á Potosí, donde cayó como una bomba. Nadie esperaba este desenlace; y la murmuración y los comentarios crecieron tanto que los jueces decidieron trasladarse inmediatamente á Mondragón, llevando un séquito de alguaciles y soldados.

Doña Magdalena recibió aviso de que se aproximaban mozos por la costa y sin tiempo para ponerse en salvo, decidió esperarlos en su casa, impartiendo instrucciones secretas á su cocinera.

Después de las consabidas frases de bienvenida, le manifestaron el motivo de su presencia. Doña Magdalena aparentó sorpresa é indignación por la calumnia y aseguró que su esposo, á la sazón au-

sente á corta distancia, estaría pronto de vuelta.—Desde luego, quedó arrestada é incomunicada en su misma sala y comenzaron las primeras diligencias del sumario, en la forma inquisitoral de aquella época, empleando el tormento para obligar á los testigos á declarar la verdad—y pasandolos uno por uno á un calabozo; todos los colonos quedaron encerrados.

Recorriendo la casa no era difícil encontrar el cadáver de Aréchna, todavía en la cruz y cubierto en su totalidad de gruesos alfileres.

Mientras los jueces atendían á sus obligaciones, uno de los alguaciles, antiguo amiguito de la cocinera, habíase introducido en la cocina, con la honrada intención de ayudar á desplumar gallinas y pelar papas. Notando él algún embarazo en ella y ciertos misterios sospechosos, preguntola el motivo: y entonces movida por el cariño y los antiguos recuerdos, rogole que no comiese de las comidas preparadas para los jueces y toda su comitiva, porque los alimentos estaban *condimentados* por orden de su señora patrona y que para él haría plato aparte.—El alguacil dió un salto de puro susto y como quién no quiere la cosa, se escabulló suavemente de la cocina y comunicó el descubrimiento á uno de sus camaradas; éste lo trasmitió á otro y cundió la noticia en un instante hasta llegar á oídos de los jueces que no eran sordos.

El alboroto fué mayúsculo; y sin pérdida de tiempo resolvieron volverse á Potosí la misma tarde, lle-

vándose presos á doña Magdalena, su cocinera y á todos los colonos de Mondragón;—sin exceptuar ni las ollas de la comida, como comprobante del nuevo delito.

Ignoro al cabo de que tiempo terminaría el juicio; lo que puedo afirmar es que fué condenada doña Magdalena á la pena de horca.—Elevado el proceso en alzada ante la Real Audiencia de Charcas, adonde también marchó presa doña Magdalena para hacer su defensa, se confirmó la sentencia.—

Mucho empeño desplegaron sus amigos para salvarla ó siquiera obtener la conmutación de la pena; y nada menos que uno de ellos fué el Ilustrisimo Arzobispo Fray Gaspar de Villaröel, natural de Guatemala, consumado teólogo, de la Orden de los agustinos, autor de varias obras de teología y que había sido antes obispo de Santiago de Chile y de Arequipa y fundó en Chuquisaca el monasterio de las carmelitas. — Su Iltma. sombrero en mano se presentó y se arrodilló á los piés del Presidente de la Audiencia.—

Cuando la llevaron á Potosí para ejecutarla, se suscribieron los vecinos con 200,000 $ para la Real Cámara de su Magestad que lo era entonces don Cárlos II el *Hechizado*, rogando de nuevo por el indulto ó la conmutación.

No hubo remedio; y doña Magdalena fué ahorcada públicamente en Potosí.

El expediente debe conservarse en las oficinas públicas de Potosí ó en el Archivo Nacional de Sucre.

IV

Mondragón, que es un verjel florido de clima templado y orlado por abruptas serranias, goza desde aquel tiempo de legendaría nombradía—y se recuerda siempre el terrible drama del Santo Cristo de bronce, no obstante de que las antiguas construcciones han sido reemplazadas por otras nuevas.

Pretenden algunos haber visto fantasmas vagando por entre los rosales y las grutas de árboles de la huerta y que hasta se apróximan á las camas de los individuos que van allí á pasar la estación balnearia; y agregan haber salido despavoridos en altas horas de la noche.—Los incrédulos niegan el caso á pié firme y sostienen que ya no existe ni el cuartito donde se dice haberse consumado tan horrible crimen.

Si hay quién lo dude vaya por prueba á pasar la noche allí donde estuvo el Santo Cristo de bronce y después nos dirá la verdad.





El robo de los cabos de vela

Después de Dios
La casa de Quiroz.

I

Así como suena y lo oyen ustedes.

Porque, hombre más caritativo y generoso no hubo ni habrá otro en Potosí, como el recordado D. Antonio López de Quiroga, natural de los reinos de España y que vivió en la Imperial Villa hacia el siglo XVII y parte del XVIII habiendo fallecido á una edad tan avanzada, mas de cien años, que en los postreros días de su vida ya no podía alimentarse sino con leche de mujer.

Quiroga llegó todavía mozo á Potosí en deplorable estado de pobreza, pero lleno de esperanzas como llegaban todos al rico mineral en busca de su vaca le-

chera: y cuando murió quedaron buenos milloncejos de plata para sus dos hijas, que eran casadas. Bonita capellanía les cupo á sus amados consortes.

Lo mismo había llegado Sinteros, sin un cobre en el bolsillo; y á su fallecimiento, el año 1550, se encontraron en sus gabetas 20 millones de pesos y no tenía herederos: de cuyas resultas simularon un testamento en que nombraba por tales al corregidor, general Velarde, al Presidente de la Audiencia y Visitador Francisco Nestares Marín y á dos ministros de la justicia, fingiendo haber estado vivo el testador cuando dictó sus disposiciones, lo cual era falso pues murió repentinamente.

Diego Quintana no tuvo mas patrimonio que dos agujas grandes que vendió á real con lo que empezó á tentar fortnna, allegando en pocos años 40.000 $ que se los llevo á España.

Y Antonio Mansilla que sin más principal que una mano de papel que vendió en uu peso, principió el trabajo y alcanzó á contar 300,000 $ que también se los llevó á la Península.

Y Agustín Gonzales que cayó á Potosí como llovido del cielo, poco menos que desnudo, sin dinero y sin amigos; y habiendo solicitado una bendita limosna le dieron un peso, con el que compró del matadero una piel de toro y fabricó una coraza ó coleto que se la vendió por cuatro pesos á un militar valiente; y sin más capital diose modos de poner una fondita ó boliche que á poco la transformó en pulpería y luego

pasó á ser tienda de comercio; y al final de cuentas había reunido 600,000 $ que bien acondicionados y enzurronados los trasladó á España.

Larga sería la lista de los afortunados aventureros de aquellos tiempos. Y para no quedarme corto en reminiscencias, bastarame recordar al famoso *mercader de plata*, célebre por su colosal fortuna y por sus desgracias, don Francisco Gómez de la Rocha, otro aventurero que llegó á Potosí el año 1637 en tan estrema miseria que lo creyeron demente. Habiéndose prestado de una india dos arrobas de coca, inició con esto su modesto giro que luego se acrecentó y cuatro años después tenía en sus arcas 150,000 $ que se aumentaron prodijiosamente. Empleado como era de la Casa Nacional de Moneda, entró en connivencia con los ensayadores Felipe Ramírez de Arellano y Antonio Ovando y emitieron á la circulación tal cantidad de moneda falsa, que el público para distinguir de otras marcas de igual orígen la llamaba pesos *rochunos*, por alución á Rocha.

La falsificación de moneda se había generalizado tanto que no se sabía cual era la verdadera y cual la falsa.—Para reprimir vigorosamente este delito, libraron los Reyes, Cédulas Reales, imponiendo la pena de horca á los falsificadores, considerando el caso como un crimen de lesa magestad por que se adulteraba la moneda con el busto del rey.

Resuelto á atajar el mal, decidió su magestad el muy catolico Felipe IV, que el Presidente de la Au-

diencia de Charcas, presbítero Francisco Nestares Marín, pasara a Potosí como Visitador de las Reales Cajas, encargado especialmente de someter á juicio á los monederos falsos.

Nestares Marín llegó á Potosí, en los últimos días de diciembre del año 1548 y empezó luego sus persecuciones en 1549, por el Ensayador Ramírez de Arrellano, á quién mandó ahorcar; prendió á don Luis de Villa, á don Melchor de Escobedo y á otros cuarenta nobles de España, todos empleados de la Casa Nacional de Moneda y complicados en el crimen de falsa amonedación. Entre ellos, cayó Gómez de la Rocha, que fué puesto en libertad el año siguiente, 1550.

Pero el remedio fué peor que el mal, porque el Visitador resultó ser un verdadero tirano, codicioso, cruel é insoportable por su soberbia y abusos, á tal punto que todos los moradores querían quitarle la vida, pero él se guardaba muy bien. El año 1551, quisieron envenenarlo y descubierto el hecho, fué inculpado Rocha, por delación de cuatro amigos suyos y, encausado nuevamente, por este delito, fué sentenciado á la pena de garrote. Ofreció Rocha y depositó 400,000 $ para la Real Cámara de su magestad, siempre que su causa fuese remitida á conocimiento del Consejo de Indias, de Sevilla, — pero Nestares Marín que le guardaba rencor y envidia promoviole otra causa criminal, atribuyéndole tentativa de envenenamiento, por cuyo delito fué con-

denado á la pena de horca, para cuya ejecución se mostró inflexible y—deshechó todo recurso y aún las suplicas de todas las comunidades religiosas, que fueron á interceder por su vida, haciéndolo ajusticiar en la plaza Regocijo, con garrote vil y en seguida mandó colgar el cadáver en la horca.

Apartir de entonces, vivió Nestares Marín más intranquilo y retraído, temiendo á cada instante las asechanzas de todo el pueblo; pero se apoderó de él una codicia insaciable, á la vez que la ambición de ceñir la mitra del arzobispado de La Plata que esperaba en recompensa á sus leales servicios á la corona. En esto, el Corregidor, General Juan Velarde y Triviño con quien se había malquistado Marín, después de la partija de los millones de Sinteros al punto de que el corregidor tuvo de salir fugitivo huyendo de Marín; sorprendió en los suburbios de Potosí una gran partida de marcos de plata y otra de tejos de oro que secretamente despachaba á Chuquisaca. Todo ello, con más los 400,000 $ depositados por Rocha para la Real Cámara, lo decomizó y remitió á España el Corregidor junto con un informe de la conducta cruel, venal y despótica de Marín (1656).

Por no se qué desavenencias entre los bandos políticos que por entonces traían revuelta la Imperial Villa, aparentó éste no mezclarse en sus querellas y se retiró á Chuquisaca en 1558, después de haber permanecido cerca de diez años en Potosí,

donde su solo nombre había provocado rebeliones y el odio de todo el pueblo. Alto esperaba recibir el premio, pero en vez de esto le llegó una terrible reprimenda de su muy amado soberano. con más la mitra al arzobispado, que le fué otorgada al agustino Fray Gaspar de Villaroel. De resultas de esto, le sobrevino la melancolía y cuando el Padre Guardián de San Francisco le anunció que sin remedio se moría, exclamó Marín: «si así como he servido al Rey hubiera servido á Dios, que distinta fuera esta hora», y murió casi olvidado de todos.

A la noticia de su muerte, hubo fiestas públicas y plácemes en Potosí y de entre muchas composiciones poeticas dedicadas á su memoria, que aparecieron entonces, quedan las siguientes décimas:

Aprended flores de mí
Lo que va de ayer á hoy
Que ayer maravilla fuí
Y hoy sombra mía no soy.

Flores que estrellas hermosas
Bordais felices la tierra
El otoño y primavera
Os alimentais graciosas
Bien podeis estar medrosas
Si teneis ejemplo en mí
Que flor cual vosotras fuí
Ufana, altiva y fuerte;
Hace lástima mi muerte
Aprended flores de mí.

Que ayer en verde sitial
Tuve lugar preminente
Visitador, Presidente,
Asombró de la Imperial.
Mas hoy ó suerte fatal
Olvidado de quien soy
Claro desengaño doy
A todo humano festejo
Para que díga el reflejo
Lo que vá de ayer á hoy.

Tocó la fama el clarín
En torno aqueste hemisferio
Miedo me tuvo el imperio
Qué fuí Nestares Marín.
A Rocha dí muerte en fin
Y el soberbio Potosí
Humilde á mis plantas ví
No en blasonarme anticipo
Mas sabe mi rey Filipo
Que ayer maravilla fuí.

Próspera suerte tenía
Y así liberal y ufano
A mis deudos dí la mano
A don Roque señoria
¡O mundo y quién en tí fía!
Ayer flor, cadáver hoy,

Tronco inútil, nada soy
¡O como la muerte asombra!
Pues ayer era mi sombra
Y hoy sombra mía no soy.

La fortuna de Rocha fué incalculable y á su muerte toda desapareció por orden espresa que había dejado. Se sabe que en un solo sitio quedaron seis millones enterrados y hay quienes creen que la mayor parte fué arrojada á la laguna de Tarapaya y otra porción considerable permanece oculta en un largo y misterioso subterraneo, cuya entrada se busca hasta el presente.

II

Que el susodicho don Antonio López de Quiroga fué el hijo mimado y predilecto de la fortuna, lo atestiguaban sus innumerables minas y sus tesoros almancenedos en zurrones que topaban al techo en los enormes salones de su casa del *Calicanto.*

Que era humilde de nacimiento y de corazón lo demostraba su trato sencillo y vulgar, sus vestidos de telas ordinarias y que por mucho empeño que puso, con acompañamiento de valiosas dádivas á los grandes de España, no pudo conseguir jamás que sus magestades le otorgasen un hábito de alguna orden de caballería, pues era demasiado rústico para merecer

títulos nobiliarios y no se sabía quienes fueron sus antepasados ni que servicios prestarían á sus soberanos en guerras y conquistas.

Que el hombre era justo y de conciencia honrada, cosa muy escasa en todo tiempo, lo decían sus numerosos empleados, sus millares de indios mitayos y todas las personas que con él tenían sus tratos y contratos.

Que era sinceramente piadoso, lo revelaban sus cuantiosos donativos á las iglesias y señaladamente la construcción que mandó hacer de una capilla, en 1692, para N. S. de la Purísima Concepción, en el recinto del suntuoso templo de San Francisco y Colegio de San Antonio de las Charcas, con el costo de 50,000 $.

Que era humanitario lo decantaban las familias vergonzantes y menesterosas, mantenidas á pensión y los mendigos que recibían el pré diario de sus manos.

Y que finalmente era el benefactor, el padre de los aflijidos y necesitados, lo pregonaba todo el pueblo que en su encariñamiento y gratitud, por eufonismo ó apocope, le mudó el apellido en Quiroz, para realzar la frase «después de Dios la casa de Quiroz»; y hay autores que opinan que realmente se apellidaba Quiroz.

Y para que no se diga que lo relacionado es pura hipérbole, bastará traer á colación que no ha habido en Potosí otro minero ó azoguero, como se les lla-

maba, más rico que él, pues poseía muchas minas en el mismo cerro rico, en los minerales de Porco, Lipez, Aullagas, Oruro, Puno y otros distritos.

Los mayordomos de sus establecimientos metalúrgicos no bajaban del número de 50; los beneficiadores de metales, pasaban de 100; y sus indios mitayos, que se ocupaban en sólo las minas de Potosí, no eran menos de 2,000.

No era opulento ni alardeaba sus riquezas, pero semanalmente gastaba en su casa de 8 á 10.000 $ según refiere el cronista Martínez y Vela, el cual agrega, que anoticiado en Lima el Excelentísimo señor Virrey don Pedro Fernández de Castro y Andrade, Conde de Lemus, que gobernó el Perú hacia los años 1667 á 1672, de que el famoso archimillonario se hallaba en Puno, mandole rogar fuera á Lima á sacarle de la pila bautismal á un mamón recién nacido y habiendo salido á recibirle en las antesalas uno de los ayudantes del Virrey, sin saber que el sujeto era Quiroga, le ponderaba el lujo y el gasto del Señor Virrey, nada menos que 400 $ semanales; á lo que el modesto visitante le retirió, que el gastaba los 400 $ semanales tan sólo en velas de sebo.

Lo planchó al mentecato.

III

Doña Saturnina Arismendi v. de Bazagoytia era

en aquel tiempo una buena señora, de muy escasos recursos para la vida y que, amén de no haber aportado con dote al matrimonio, perdió á su esposo don Bonifacio Bazagoytia, vazcongado de pura sangre, á consecuencia de una feroz cuchillada que le dieron en una de las frecuentes contiendas entre los bandos ó partidos políticos de vazcongados y vicuñas que por entonces traían partida de por medio á la Imperial Villa. Quedole como única herencia, que andando los años se convirtió en secreto tormento, su hija Anita, que era una chica de muy buen ver, hacendosa y honesta. Madre é hija pasaban días angustiosos en una pequeña tienda en que vivían por la calle de *cuatro esquinas;* porque el trabajo de la aguja no les daba para vivir. Anita ya contaba dos veintidos primaveras y no se le conocía novio ni primo alguno, porque todos pasaban de largo, en busca de mejor fortuna. Doña Saturnina envejecía cada día más, no tanto con el peso de los años sino por las privaciones y sufrimientos á que las redujera tan obstinada pobreza.—Amaneciase de claro en claro sin pegar los ojos, meditando y devanándose los sesos, temerosa de morir el día menos pensado y dejar en la orfandad y la miseria á su amada hija, y con esto se le arrazaban los ojos en lágrimas á ocultas de Anita.

Las noticias de las bondades y larguezas de Quiroz llegaban á sus oídos como una lejana melodía

musical. Apenas le conocía de vista y no tenía ella un conocido de quién valerse para que intercediera ante el magnánimo millonario.

Una mañana levántose de cama, vistiose rápidamente, como quien tiene una gran resolución entre ceja y ceja, echose á la calle, sin avisar á Anita y de paso entró á San Francisco, donde oyó misa con más fervor que nunca. De allí se dirigió á la morada de Quiroz, como le llamaban todos, y penetró hasta la grada del piso en que habitaba don Antonio.

De improviso percibió un ruido extraño que le causó sobresalto. Oíanse al otro extremo de la casa, gritos y lamentos, voces de gente encolerizada, ruidos de cadenas y los chasquidos del látigo. Indudablemente estarían castigando algun criminal.

Quiroz contaba entre su servidumbre varios negros, comprados á precio de oro y que se ocupaban en los quehaceres de la casa.

Situada como se hallaba doña Saturnina en un sitio del que no podía retroceder ni avanzar, observó medrosa y arrepentida, que de las vigas y corredores del alto, pendían dos negros, maniatados y colgados, ajitándose desesperadamente y que un mayordomo les arrimaba tal cantidad de azotes que la sangre corría por aquellos cuerpos color de ébano, á tal punto que ya parecían desollados.

Quiroz en persona dirigía las maniobras, interrogaba á unos y á otros, que se inculpaban reciprocamente y á una señal suya, volvia el látigo á caer con

fuerza en los desnudos lomos de los esclavos, se repetían los gritos y sollozos de éstos y estremecíanse las vigas del techo con aquellos movimientos bruscos de los infelices africanos.

La pobre vieja, desde su observatorio sintiose desfallecer, un sudor frío le inundaba el cuerpo y estuvo á punto de caer desmayada á no haberse apoyado en la pared. Decididamente había escojido el día peor, porque Quiroz debía estar, por lo visto, de un humor más negro que sus esclavos y dado á los mil diablos.—¡Que desgracia para doña Saturnina!

Nò sé cómo alcanzó á verla Quiroz y mandola llamar creyendola cómplice. La desdichada acercose más muerta que viva y se arrodilló á las plantas del millonario, el cual juzgó por esto que imploraba el perdón de los esclavos.—Después de algunas preguntas en el tono más áspero que imaginarse puede, suavizose el semblante de Quiroz, que comprendió al fin que la señora no tenía nada que ver con los negros. Hizola pasar á la habitación donde tenía la gran alacena destinada para socorrer á los pobres y mendicantes y enterado del objeto de su visita, explicaba á su vez haber descubierto un robo considerable de cabos de vela.—Para sus adentros pensó doña Saturnina que Quiroz debía ser un avaro monstruoso, pues que por unos miserables cabos de vela, castigaba con tanto rigor á sus sirvientes.—Y para que vea Ud., agregó Quiroz, con cuanta razón he mandado azotar á estos bribones que sobre estar bien pagados toda-

vía se roban los cabos de velas que tengo destinados para los pobres que vienen á mi casa, le regalo á Ud. para dote de su hija todos los cabos que se encuentren en la casa, incluso en los almacenes. — ¡Que millonario tan roñoso! pensó doña Saturnina: gran cosa eran unos pocos cabos de vela para dote de una señorita.

Quiroz mandó al momento que recojiesen y trajeran todos los cabos de velas que hubiesen en la casa y concluída esta operación la hizo pasar á la señora al almacén, donde había tal cantidad apilada hasta cerca del techo, que doña Saturnina quedó asombrada. Jamás había pensado que estos desperdicios pudiesen merecer los honores de estar almacenados.

El sebo era por entonces tan escaso y tan caro en Potosí, que la arroba vendiose á 35 y 40 $; por ser artículo indispensable en las minas, que en esa época no bajaban de cinco mil en plena explotación. Podían los mineros derrochar la plata pero escatimaban mucho el sebo, pues en faltándoles tenían que suspender sus labores, es decir, que salían perdiendo. Así es que el sebo constituía un artículo de rápido expendio y se solicitaba de las casas á buen precio.

Quiroz que era el más rico azoguero tenía buen cuidado de que jamás le faltara el sebo: y cuando no estaba para dar limosnas en dinero la daba en cabos de velas, que era mejor, que hacerlo con pepitas de

oro. –Al instante los pordioseros vendían los cabos de velas en la primera tienda de rescate.

IV

La buena señora despidiose de Quiroz sin saber cómo expresarle su gratitud; lo encomendaría á Dios, pediría por su salud y que las bendiciones del cielo fuesen siempre con él.—A la verdad que no había otro como don Antonio y con razón decían todos:—*después de Dios la casa de Quiroz.*

Doña Saturnina que había amanecido pobre anocheció rica; porque todo el santo día estuvo acarreando en sacos sus cabos de velas y vendiendo al contado, como que le dejaron una utilidad líquida de 10,000 $, fuera de gastos de transporte.

Imagínese el lector cual sería el júbilo de aquellas infelices.

Y cuando aquel mismo día corrió la noticia y se supo de buena tinta que eran protejidas de Quiroz, hubo visitas de cumplimientos;—vinieron unas parientas á darse á conocer y no faltaba cada tarde en la próxima esquina un corrillo de jovenzuelos y desocupados ojo avizar á la tienda de Anita; y por las noches dejabanse oir serenatas muy melodiosas con acompañamiento de puñaladas y mojicones; porque cada cual quería ser el mortal dichoso de merecer un suspiro de la bella Anita y era preciso conquistar

á viva fuerza aquella fortaleza.—Y hasta resultaron también á poco unos primos que emparentaban con ellas por el sobrino de un cuñado, de un tío materno de su bisabuelo ó más allá por línea colateral transversal desconocida.

Doña Saturnina trasladose á mejor casa, puso tienda de comercio en la que entraba como primer artículo de negocio el rescate de sebo y llevó á su hija, vestida con sus mejores galas á presentarla á Quiroz, que las recibió con su habitual bondad y aún parece que le dió á la chica dos palmaditas en el hombro. Negrita morrocotuda.

Antes del año, Anita era esposa de un caballero gentilhombre de su magestad, guapo á las derechas, nacido en buena cuna y envuelto en mejores pañales, algo badulaque y trabajador como un burro. La elección de la mamá había recaido en él. Y en la velada íntima de familia, al amor del hogar, esperando el nacimiento del primer vástago, repetían los tres: después de Dios la casa de Quiroz.



La procesión del martes de carnaval

I

Costumbre antiquísima que data de los memorables tiempos del coloniage, ha sido siempre la de sacar en procesión el martes de carnaval á mediodía, por las calles más céntricas de la Imperial Villa, una pequeña Imajen de N. S. de la Candelaria que venérase en el diminuto templo de Jerusalém.

Aquella fiesta religiosa en circunstancias de hallarse el pueblo en lo mejor de sus expansiones y correrías, tiene para los que allí conocen á fondo la historia de esa época, un significado interesante, pues constituye la rememoración anual de uno de los sucesos más trágicos de que fuera teatro, por largos años, la opulenta y belicosa villa.

II

Frente al cementerio general de San Bernardo y separado apenas por el ancho de la calle, alzase el reducido templo de Jerusalém, destinado hace muchos años á servir de depósito de cadáveres durante la noche para su traslación al cementerio al día siguiente, por la mañana, conforme á la costumbre inmemorial que rige en la dicha ciudad.

El aspecto exterior de Jerusalém es deplorable y acusa una prolongada incuria de parte de quienes se hallan encargados de su conservación.—El interior, donde también se revela el mismo abandono, presenta á la contemplación de los pocos visitantes, los bellísimos cuadros al óleo que se ostentan en los muros referentes á diversos paisajes de las Sagradas Escrituras. Bajo el punto de vista artístico, ni el fino colorido de esas pinturas ni la actitud natural de los personajes biblicos que en ellas se representan dejan nada que desear.

Todas las iglesias y claustros de Potosí conservan hermosos y grandes cuadros al óleo, que decoran sus paredes, lo que manifiesta que los pintores españoles é italianos de los siglos XVI y XVII, obtuvieron pingües y frecuentes remuneraciones pecuniarias por sus trabajos, remesadas á la madre patria desde la

renombrada villa por los ricos y fastuosos azogueros á devoción de ellos.—Pero las pinturas que existen en Jerusalém son indisputablemente de mayor gusto y mérito artístico que las demás.

Fuera de esto, el retablo del altar mayor y el púlpito, son de una singular belleza, por la exquisita finura de sus grabados alegoricos en alto relieve y el brillante sobre dorado que esmalta ambos objetos, pareciendo que reflejan los aureos rayos de un sol poniente.

Es en este modesto templo, antesala obligada y silenciosa del descanso eterno, donde se venera por los pocos vecinos de la calle del Rastro y algunos indígenas, la Imagen á que hacemos alusión y de la que según la tradición, se dice que le hacia coro en sus oraciones al cura Francisco Aguirre cuando éste á la hora de acostarse, antes iba y se arrodillaba en el altar á los pies de aquella Imagen.

Es historico que el presbítero Aguirre había sido en sus mocedades de costumbres profanas y licenciosas.—Sus sotanas y manteos eran de ricas sedas-usaba felpas y rasos, y otras finísimas telas, todas bordadas de seda y oro. y era tal la cantidad de perfume con que se odoriferaba que se le sentía de una cuadra de distancia. Así pues, no era de extrañar que tuviese sus quebraderos de cabeza con una bizarra dama á quien él amaba con frenética idolatria. Cierta noche, sobrevinole á la sujeta tan mortal accidente que el amartelado sacerdote salió

como alma que se lleva el diablo en busca de médicos y de verbenas y al pasar por la parroquia de San Lorenzo, cuyas puertas á la sazón estaban abiertas, penetró á la Iglesia y se arrojó á las plantas de un Santo Cristo implorando por la vida de la dama. Refiere la tradición que el Santo Cristo, en aquella magestuosa soledad de un templo vacío, apenas alumbrado por una mortecina bujia de cera perdida en un rincón del altar mayor y dijo: *«¡Francisco! como tu sanes en el alma, ella sanará en el cuerpo»;* y en aquel punto cayó de rodillas el sacerdote, presa del más desesperante remordimiento.—Salió de allí arrepentido y transformado, arrojó de si aquellas lujosas vestiduras y se trasladó á vivir en una pequeña celda contigua al templo de Jerusalém, donde hizo vida ejemplar y de penitencias, siendo asombro de virtudes y pureza hasta su muerte, acaecida el año 1688. El padre jesuita Pedro López Pallares, que había sido su confesor, predicó la vida del padre Aguirre en varios días que duró el sermón necrológico y la dejó escrita. No fueron de otra manera en su borrascosa juventud el apostol San Pablo, San Agustín, San Francisco de Borja y otros insignes arrepentidos. El venerable cadáver del padre Aguirre fué sepultado en la Iglesia de Jerusalém y estuvo por muchos años entero é incorrupto, al decir del cronista de aquel tiempo.

III

En contraste con las disolutas costumbres, y escándalos que relatan las crónicas de esas épocas, en que alternaban y se sobrepujaban la soberbia, el lujo, las orgías y bacanales, las disipaciones, los robos y asesinatos à diario, las pendencias á toda hora, los vicios y los peores crimenes acumulados por una incesante afluencia de forasteros venidos de los sedimentos sociales de España y Portugal y de otras ciudades ó colonias del nuevo mundo; florecieron en Potosí varones ilustres por su saber y sus virtudes. Entre estos merece citarse al padre Vicente Bernedo, relijioso domínico que llegó á Potosí hacia el año 1601 é hizo su asistencia en el convento de su Orden, donde fué dechado de virtudes, según refieren las doctas plumas que escribieron su vida.—Fué cura de la Iglesia de San Bernardo y falleció en 1619, á la edad de 57 años, y está su bendito cadáver en la Iglesia de Predicadores Santo Domingo y *entero, tratable* y *oloroso*, obran de sus sagradas reliquías innumerables milagros con los moradores de Potosí.» (Martínez y Vela).

La signiente relación que hace dicho autor, nos da una idea del estado de las creencias, superticiones y simplicidades de la humanidad en esos tiem-

pos medioveles que corresponden exactamente al estado de civilización de la madre patria, de donde venía todo á sus colonias.

Refiriéndose al recordado padre Bernedo, dice el ya citado cronista, que el año 1610 estando Fray Vicente en la celebración del oficio divino, en asistencia del Cabildo en la plaza del Regocijo, empezó á reir el santo varón con tal estremo que todos extrañaron mucho, no sólo por la solemnidad de la ocasión en que se hallaban sino por la notoria circunspección y modestia del fraile. Cuando volvieron al convento le ordenó el superior que, bajo de santa obediencia, le dijese el motivo de su risa, á lo que contestó que fué por haber visto que entraba una multitud de demonios á la Iglesia con tal precipitación que se atropellaron y se cayeron unos sobre otros. Por vía de observación, cuyo sentido no alcanzamos á desentrañar, agrega el historiador, que «noten este hecho los Escribanos que obran mal.»

No cabe duda que Fray Vicente fué más risueño que un carnaval, porque en otra ocación, en momentos de estar ayudando á misa al Padre Prior en la Iglesia de Santo Domingo, le sobrevino otro acceso de risa que causó escándalo. Concluído el oficio, llamó el Prior al Reverendo Padre y le mandó que, bajo de la misma intimación, de santá obediencia, le dijese la causa de su alegria; y entonces refiriole haber visto que durante la misa, unas mujeres no atendían por estar conversando muy divertidamente y

cerca de ellas estaba un demonio escribiendo á gran prisa en pergamino aquello que parlaban y á lo mejor se le acabó la tela y como no quería perder palabra de la tertulia, quiso estirar el pergamino con los dientes y las manos con tal fuerza que se rompió la tela. llevándose el pobre demonio tan estupendo golpe contra el suelo, que esto le produjo risa al buen padre. Y mayor hilaridad les causará á los lectores semejante disculpa, porque. ó debió ser un zocarrón de cuenta ó estaría en ayunas viendo visiones, demonios y pergaminos; pues por los tiempos que ahora corren, de luz eléctrica, telégrafos y ferrocarriles y tantas otras invenciones contemporáneas, no soñadas entonces, el demonio ya no se deja ver ni en misa ni nadie da noticias de sus travesuras, garrulerias y ejercicios taquigráficos.

El año 1661 el alma bendita de Fray Vicente dizque obró un milagro en la propia Iglesia de Santo Domingo, donde se hallaba su cuerpo guardado en una urna. El Corregidor Sarmiento se entró con sus corchetes y alguaciles á la Iglesia, persiguiendo á un delincuente. –El sacristán, que sin duda era muy listo y gran amigo del fugitivo, diose modos y tiempo de sacar de la urna los restos del Padre Bernedo y llevarlos al «*de profundis*», dejando en su lugar al atemorizado delincuente, — que se hizo el muerto. Llegóse el Corregidor, porque no se hallaba en ninguna parte al vicho y obligó al sacristán le abriese la urna, donde vió y contempló sin la menor sospecha

de fraude, el cadáver tratable y oloroso de Fray Vicente, cuyos piés besó fervorosamente. En seguida, prosiguiendo sus pesquisas, exigió al sacristán que lo condujere al «*de profundis*» ó subterráneo, cementerio eclesiastico, á ver si por allí estaba escondido el tipo y tampoco pareció, volviendo á encontrarse con los mismos restos mortales de Fray Vicente, que poco antes había contemplado y besado en la urna; con lo cual, comprendió al fin el señor Corregidor que en ello había milagro patente en favor del perseguido quien por lo visto sería inocente, y cesó de buscarlo, dejándole ir en paz por donde mejor le tirase el cuerpo.

Con lo expresado dicho se está que Fray Vicente hasta en muerte se burlaba de los superiores.

IV

Las renombradas minas de Potosí habían atraído tan exorbitante número de aventureros de todo pelo y linaje que ni el diablo tenía por donde rechazarlos.

La población se extendió y acrecentó tan rápidamente que en pocos años llegó á rivalizar en fuerzas y poderio con la ciudad de los Virreyes, en perfecta identidad de costumbres y sucesos que no le iba en zaga la Villa de Villaröel y de Centeno á la metrópoli de Francisco Pizarro.

Así elaborabanse lentamente en el misterioso

génesis de las futuras nacionalidades sudamericanas, esas cimientes que con el calor de mezcladas razas y la escasa civilización de tres siglos, habían de brotar en dos ramas del suelo fecundo de los Incas con los nombres del Perú y Bolivia, constituyendo por entonces ambas ciudades el emporio de todo el Virreinato.—La del Rimac, primando en el Bajo Perú, en circulo propio sobre el Cuzco, Trujillo y Arequipa; y Potosí, en su indiscutible importancia de primer orden en el Alto Perú, ejerciendo su primacia en círculo aparte del primero, sobre Chuquisaca, (1) La Paz y Oruro. Por que si bien la Real Audiencia de Charcas (2), abarcando en su jurisdicción inmensos territorios, poblados de naciones aborígenas diversas, tuvo su sede en Chuquisaca, por razones de mejor

---

(1) «Chuquisaca», nombre derivado del aborígena «Chocque-chaca», vocablo aymará que significa «puente de oro». La tradición consigna que Choque-chaca fué en época inmemorial el asiento, sede ó capital donde residian los caudillos de la belicosa raza de los Charcas. (N. del A.).

(2) La poderosa y terrible raza de los Charcas, que hablaban la lengua «keshua ó quichua como ahora se pronuncia, fué conquistada y sometida, después de prolongadas guerras, por el Inca Maita Ccapac el año 56 de la Era cristiana, según los historiadores de la conquista del Perú.—El definitivo sometimiento de esta raza, costó mucha sangre, por las frecuentes rebeliones; y los Incas tuvieron siempre buen cuidado de visitar con frecuencia sus nuevos dominios, llevando consigo poderosos ejércitos para aquietarlos y apasiguarlos. En 1462, el Inca Guayna Ccapac, undécimo monarca del Perú, visitó con su ejército aquellas provincias de su vasta monarquía y contempló absorto la hermosura del cerro de Potosí,—según afirma el cronista Martínez y Vela. (N. del A.).

clima que Potosí y de mayor cultura social, como que allí tenían residencia fija el Presidente y los Oídores y se avecindaron muchas familias nobles venidas de España por motivo de los empleos de sus deudos, siendo por lo tanto desde sus comienzos una ciudad de corte y rango: sucedía que la preponderancia estaba en Potosí, por su gran población, sus riquezas y por la pujanza que se desbordaba de su vida social.

Transcurrían apenas tres años de la fundación de Potosí, cuando ya en 1548 hubo bandos políticos y gente belicosa, que hizo sus reñidos encuentros, matándose en la primera batida cuarenta hombres.

A excepción de una pequeña fracción de portugueses, la mayor parte de esos desalmados procedían de la Vieja y la Nueva Castilla, de Estremadura de Galicia, de Cataluña, de Andalucía y de las provincias vazcongadas. Los odios regionalistas de aquellos diversos reinos de la Península, acabados de refundir en la corona de Castilla y Aragón, resurgieron en las colonias de América con nuevo furor y encarnizamiento, estimulados por la codicia y la lucha de preponderancia.

Llenas están las páginas de la historia del coloniaje de Potosí, de relatos sorprendentes; y con certeza que no había habido en América otra ciudad como esta donde se hayan producido hechos más raros y extraordinarios. — Esas costumbres tenían mucho de barbarie y de brutal: de caballeresco y de

audaces.—Había lujo deslumbrador en los moradores, soberbia ilimitada, despilfarros frecuentes, bacanales escandalosas; puñaladas, asesinatos, rebeliones y alzamientos, persecuciones implacables, traiciones y duelos. Los vazcongados y los estremeños profesábanse odio mortal y exterminador; á veces eran los primeros ó los segundos quienes se declaraban contra los catalanes ó los andaluces y se mataban en las calles y plazas.—En 1553, Hernández Girón, criollo, se alzó en armas contra el rey, en formidable rebelión y se dirigió con su ejército sobre el Cuzco.—En 1623, levantó armas don Francisco Castilla, mozo rico y belicoso de Potosí y durante algún tiempo fué el terror de los vazcongados hasta aniquilarlos y mantuvo en alarma á las autoridades de Chuquisaca y Potosí—más tarde al grito de libertad, alzó bandera Alonso de Ibáñez contra el monarca de España, pagando su audacia con su cabeza en el patíbulo.

Con el correr de los años y con el ejemplo de los bandos políticos, surgió otro nuevo, el criollo, más audaz y atrevido que los anteriores. Apellidáronse *vicuñas* por alusión al precioso cuadrúpedo tomado como simbólico de la libertad, que habita en las extensas mesetas de los Andes y adoptaron los criollos desde el año 1622 como distintivo para reconocerse, el sombrero de vicuña. En 1593, hicieron los criollos su aparición en el escenario político en alianza con los estremeños contra los vazcongados y mataron diez y seis de estos; quedando heridos trece niños

de aquellos; de los que también murieron algunos. Esos pichoncitos de patriotas, eran la semilla de que habían de surgir á la vuelta de tres siglos los mejores tercios de los ejércitos patriotas.

El sombrero de vicuña sólo podían usarlo, en tiempo de los Incas, los miembros de la familia imperial, que gozaban de este privilegio, así como el de vestir de telas de la misma lana de vicuña en colores variados.

En los primeros movimientos de la guerra de la independencia en el Alto Perú, reapareció el sombrero de vicuña como contraseña de reconocimiento de los patriotas.

Durante los primeros doscientos años. Potosí fué teatro de los más sangrientos episodios. Aparte de las escaramuzas, duelos, combates parciales y estupendas peleonas que ocurrían casi á diario, ya fuere por motivo de la llegada de un nuevo Corregidor (1) adicto á uno de aquellos bandos, ó por la celebración del alferazgo de un chapetón, ó por la fausta noticia de la coronación de nuevos reyes de España, ó por el feliz alumbramiento de la reina que había obsequiado á su magestad católica con otro real infante; el resultado invariablemente el mismo; pendencias, muertos y heridos.

(1) Según la organización política colonial, la primera autoridad de una provincia tenía el título de Corregidor, que años después se convirtió en el de Gobernador-Intendente, lo que ahora diríamos Prefecto de Departamento, aunque aquellos con atribuciones más latas, por tratarse de territorios lejanos [N. del A.].

Para terminar este párrafo, copiaremos unos fragmentos de los Anales de Potosí: «Comenzaron los soldados á andar tan belicosos, dice Martínez y Vela, refiriéndose al año.   en esta villa y sus términos que cada día había muchas pendencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman *pulperos;* y se les puso este nombre porque en una tienda de uno de ellos hallaron vendiendo un pulpo. Fueron estas pendencias una cosa admirable en Potosí, donde hubo gran derramamiento de sangre, sin que jueces ni eclesiásticos pudiesen remediarlo; y de tal manera se hizo costumbre el matarse y herirse los unos á los otros, que era su total entretenimiento: y todo lo fomentaban y aplaudían Vasco Godines, Hernan Mejía y otros valentones que en esta Imperial Villa hubo como cuenta el *palentino* don Diego Hernandez.»

V

Ahora entremos en materia.

Por ya sabido se calla que *in illo tempore*, el carnaval era ocasión propicia para bolinas, apaleaduras, muertos, heridos y descuartizados.

Poco antes del carnaval de no sé qué año de aquellos, los vicuñas habían tenido una de sálvese quien

pueda con los vazcongados, de cuyas resultas quedaron muchos de éstos, molidos á palos. Los agraviados entraron en componendas con los estremeños, para tomar juntos la represalia, y no dejar en Potosí pelo ni señal de vicuñas.

Así andaban las cosas, á mátame ó te mato, cuando el martes de carnaval apareció por la calle del Rastro un grupo de vicuñas, cantando con acompañamiento de guitarras y bandurrias. Al cruzar para la calle de *Occopampa*, de improviso se encontraron casi rodeados los vicuñas de otro grupo mayor de vazcongados y estremeños que no habían estado léjos, en diversión por aquellos bárrios. Verse y ténte tiezo, todo fué uno; los aliados cargaron sobre los vicuñas, que quisieron resistir, pero como eran pocos, y además los instrumentos de música no eran adecuados para el safarrancho, tomaron el partido más prudente: retrocedieron, y poniendo los piés en polvorosa, corrieron piernas para cuándo os quiero, hácia unos cenizales que caen por las inmediaciones del cementerio.

Al pasar en desenfrenada carrera por la iglesia e Jerusalém, notaron que la puerta estaba abierta, porque días antes había pasado la festividad de Nuestra Señora de la Candelaria y, sin pedirle permiso se entraron atropelladamente.

Apenas transpusiera los umbrales el menos lijero de los vicuñas, cuando se presentaron los aliados, blandiendo puñales y garrotes, y profiriendo tales gri-

tos y amenazas, que los fugitivos creyeron ser llegada su última hora. Se arrodillaron todos á los piés de la Imagen que aún estaba en sus andas en medio templo: y los perseguidores que con ser unos fascinerosos, al fin eran cristianos y supersticiosos, no osaron avanzar adentro, limitándose á sitiar la iglesia, y guardar las salidas.—Así permanecieron algunas horas: los sitiadores vociferando y amenazando desde afuera, y los sitiados que ni siquiera resollaban.—Cerca del anochecer tomaron éstos una resolución decisiva: se echaron la Imagen al hombro andas y todo, y salieron con ella como en procesión. Los aliados abrieron calle y se largaron en escolta, siguiendo los pasos de aquellos—y todos bajaron y se fueron por la anchurosa esplanada del *pampón*. Ni los vicuñas soltaban la Imagen, porque en ello les iba la vida, ni los vazcongados y estremeños, se atrevieron á cometer un sacrilegio, temerosos allá en sus negras conciencias de acarrearse algún castigo de lo alto, y las eternas penas del infierno. No dejaban de ser melindrosos los susodichos.

Los vicuñas se agarraban más y más fuerte á las andas y seguían caminando, bajando y subiendo cuestas; y los aliados dale que dale, dónde irá el buey que no are.—Más al fin, conociendo éstos que aquellos no tenían la menor intención de volverse con la Imagen, abandonaron la persecución y se dispersaron lentamente, regresando á la ciudad, no sin haberles gritado por vía de despedida, so calzonudos, cobardes,

agradezcan á la Santísima Virgen, que si no es por ella, los volvemos tortillas.

Los criollos siguieron su viaje, y muy entrada la noche, llegaron á un paraje solitario donde había una especie de caverna y allí depositaron la Imagen.

No se sabe cómo, cuándo, ni por dónde volvió la Imagen á su iglesia, ni quiénes serían esta vez los conductores. Lo positivo es que á partir de aquel terrible percance, los hijos del país la reconocían como protectora y por ende metida en sus querellas y pendencias.

Si los vicuñas debieron su salvación á su inquebrantable fé en aquella Imagen, confiando además en el respeto de sus enemigos, fué en éstos rasgo de hidalguía y caballerosidad, no atacar á sus adversarios que se acogían á las sagradas creencias de la religión. Así eran aquellos tiempos, mezcla de humildad cristiana y de sensualidades y barbarie.

VI

Desde entónces, hubo cada año fiesta en Jerusalém el martes de carnaval y procesión por las calles; y la costumbre perdura hasta el presente. La procesión recorre media ciudad y á su paso, se suspende el bullicio y el movimiento del carnaval. Los jugadores se retiran en tácito armisticio con las encastilla-

das beldades que defienden los balcones. Los jinetes dan media vuelta á todo escape; los peatones se hacen á un lado respetuosamente y los borrachos callan ó se meten á la primera tienda que encuentran.

Sólo sí que en lugar de vicuñas, vazcongados y estremeños, ahora son puro-*chutas* los acompañantes.

La mujer del alférez, que para más señas suele ser picada de viruelas, lleva por derecho nato el pendón ó estandarte, de terciopelo negro, cargado de faluchos de oro, anillos troquelados de lo mismo, collares con gruesas cuentas de id,—topos de todo tamaño y cuanto buenamente hallan para adornarlo, y de remate caminan á su lado, á guisa de ángeles custodios, sosteniendo las borlas descoloridas del pendón. dos muchachos de diez á doce años de edad, luciendo sus trajes y blancas álas de percalina sobre un fondo de color cobriso, pues ni siquiera se lavan la cara, y llevan un calzado del tiempo de la conquista, por cuyos bordes asoman curiosos los piés.

El día en que los desamparados hijos de Manco-Capac pasan una fiesta, es el más grande y más solemne que tienen en su vida, y para darle todo realce no omiten dinero ni sacrificio; porque para ellos no existen la democracia ni la república—sino la servidumbre y larga. Para estos infelices parias, sumidos en noche de tinieblas y de ignorancia, la suprema ambición que les es dado alcanzar en la patria, se reduce á tres cosas: ser curacas ó ilacatas en sus aillos,

ser alférez y llevar el pendón. Más allá ya no hay nada para ellos.

Claro está, desde que no pueden ser Presidentes, Ministros, Diputados ni siquiera Munícipes!.... ...

Concluida la procesión del martes de carnaval, pasan todos los convidados y sus consortes, á la casa del alférez, donde hay abundancia de provisiones, conejos estirados, humintas, ají de panza y otras golle-rías; remojando á menudo la palabra con la rica cerveza nacional incaica de la afamada marca Ch, ó con alcohol rebajado. Este tratamiento se prolonga por toda la semana hasta el domingo de Tentación, y á veces más, sin solución de continuidad y concluye inevitablemente en una furibunda reyerta de hombres y mujeres, donde menudean las trompadas y los botellazos. Es el último recuerdo, que ni ellos lo saben, de las trajedias de vicuñas y estremeños, vazcongados y gallegos, andaluces y catalanes.

Por sí gusten, quedan ustedes invitados para el año que viene.



De como un Santo-Cristo fué fiador y llano pagador de una deuda

I

Corría el siglo XVII; y hacía ya más de cien años que las minas de Potosí atraían como un imán á millares de aventureros, que de los reinos de España vinieron á establecerse en la Imperial Villa. Potosí había llegado en aquel siglo al apogeo de su grandeza y de su explendor. Ninguna ciudad del Nuevo Mundo podía competirle ni en la riqueza de sus moradores, ni en la magnificencia de sus fiestas, ni en el derroche de las fortunas, ni en el boato de sus procesiones, ni en el odio que se profesaban los diversos bandos políticos, ni en los crímenes que se cometían, ni en la vida social pujante y soberbia que se desbordaba. Era un inmenso hormiguero humano; á donde se dieron cita todos los vicios del mundo, todas las

miserias de la humanidad y hasta las esperanzas más remotas de positivo bienestar. La nombradía de la portentosa ciudad llenaba el mundo.

Potosí!!!...... repetía la fama
Eso sí!!! contestaba el éco.
Si fortuna quieres
Véte á Potosí.
Y si no la encuentras
Busca en Tollosí (1).
O anda y caba
En Andacaba (2).

El empadronamiento levantado en 1611, arrojaba una cifra de 40,000 españoles venidos directamente de España; otros 35,000 españoles que se trasladaban de las demás colonias de estas Indias Occidentales, en busca de mejor fortuna, como es decir de Méjico, Guatemala y Panamá, ciudades del Bajo Perú, de Chile y del Río de la Plata; 3,000 criollos de ambos sexos ó sea la población propia y nativa de que andando el tiempo se formó el partido de los vicuñas; 66,000 indios mitayos llevados á viva fuerza de todos los pueblos del Virreinato para el laboreo de las minas, donde sucumbían á millares miserablemente, cada año, y más de 6,000 negros, zambos y mulatos. Aquel en-

(1) Tollosí, cerro de las cercanías de Potosí, que se dice contener grandes riquezas.

(2) Andacaba, riquísimo mineral de plata y estaño, á nueve leguas de Potosí al S. E., donde se han establecido empresa mineralógicas, en actual trabajo.

jambre siguió creciendo en el curso del mismo siglo. El año 1656, en que Potosí alcanzó mayor población, en que las riquezas, los despilfarros, la soberbia, los vicios y los crímenes tocaban los extremos del desenfreno y la locura, se contaban treinta y seis casas públicas de juego, fuera de las privadas que eran el doble, en donde todas las noches se jugaban y perdían en cada casa de 40,000 á 80,000 y hasta 100,000 pesos.

Las cinco mil y pico de minas en febril explotación, arrojaban diariamente ríos de plata. y nada menos que de las ubérrimas vetas *Polo* y *Veta-rica*, extraían plata nativa que llaman *pasamano*, la cual por su pureza no necesitaba beneficio.—Los millonarios se improvisaban en pocos años; se servían de las barras de plata, hasta para trancar sus puertas; los robos ascendieron el año 1624—á 2,123; se contaron hasta 2,100 individuos entre muertos y heridos, y hubo más de 3,000 pendencias en las calles.—[Martinez y Vela.]

II

Entre los innumerables advenedizos que fijaron asiento y juraron domicilio en Potosí, había por aquel tiempo, hácia el año 1703, cierto caballero, no muy entrado en edad, comerciante en géneros de ultramar, rescatador de piñas de plata, muy puntual en

sus atenciones mercantiles, juicioso, parco en el beber, en el comer y en el dormir, poco amigo de buscar damas ni emborracharse, que para malgastar el dinero en licores y mistelas, era de mayor provecho tomarse cada noche una lijera cena que consistía en un buen pocillo de chocolate, con doble acompañamiento de la esquisita mantequilla de *Mochará* y de los ricos y sabrosos bombones salidos de las blancas y olorosas manos de las monjitas.

Con tan honesto y recatado modo de vivir, consiguió allegar en un par de años, cerca de 50,000 pesos bien contados, que caían bolsa por bolsa á una enorme caja de madera, de donde no volvían á salir jamás. El negocio prosperaba.

Cada mañana en la esquina de su tienda, reuníase un grupo de ociosos que comentaba los sucesos de la noche anterior y se charlaba largo y tendido á cerca de las casas de juego.—Que don Adeodato había ganado á la pinta 20,000 pesos; que don Cayetano se llevó á su casa 30,000 duros; que don Clodoveo tuvo que salir á buscar indios que le ayudasen á llevar 50.000 morlacos que había ganado esa noche y que hasta el bueno de don Maclovio ya estaba rico con sólo el juego y pensando volverse á España. Estas conversaciones frecuentes acabaron por despertar la codicia y trastornar el juicio de don Cándido, que así se llamaba el comerciante. Uno de aquellos amigos listo como una raposa, de ojillos vivos y penetrantes, risa incisiva y maliciosa y cabellos color rubio aza-

fran, suministróle en reserva algunos datos importantes, explicóle el modo de tirar las muelas de Santa Apolonia, sin perder ni un solo tiro y recomendóle como el mejor, un garito que por entonces funcionaba con buena clientela, en la bajada de la calle conocida por el nombre de la «Cuesta de Arostegui.»

III

Todo hace suponer que en los últimos tiempos medievales, todavía andaba suelto el diablo por el mundo; porque las crónicas y narraciones potosinas, están llenas de casos y sucesos extraordinarios y fantásticos, en los que siempre tomaban parte y desempeñaban con frecuencia su papel á la perfección el diablo, los duendes y las almas en pena y en cuyas fechorías solía mezclarse algún bribón de los de tomo y lomo.

Don Cándido no se hizo mucho del rogar con su excelente amigo, cierto que ya él tenía formada *in pectore* su resolución. Era preciso é indispensable tentar fortuna, porque la suya no era gran cosa. Así lo pensó y lo hizo.

Una noche, fría como todas las de Potosí, recontó algunas bolsas de dinero, y arrebujado en ámplia y gruesa capa de paño de San Fernando, cauteloso dirijiose al garito, llevando consigo el dinero recontado.

Era la primera vez en su vida que ponía los piés en las casas de juego; y, ni conocía el oficio, ni los mil fraudes y zocaliñas con que lo ejercen, ni á ninguno de los tahures. Por alto se veían caras de presidiarios, sospechosos, agolpados por las mesas de los rincones al rededor de sendos vasos de licor y envueltos por una espesa neblina de humo de tabaco. Había tipos escuálidos, de trasnochados y mal comidos que vagaban de mesa en mesa, con las manos metidas en los bolsillos.

No le fué difícil á don Cándido encontrar luego á su jóven amigo, que le hizo pasar á una habitación contigua, donde ya estaba empezado el juego y se oía el correr de la plata en el tapete verde. Don Cándido arrojó con estrépito sobre la mesa una de las bolsas que llevaba—y con este nuevo contingente se reanimó el juego. Desde las primeras de cambio, estuvo bastante feliz, porque arrolló con las demás paradas; se conocía que era novicio y por eso la suerte le favorecía. En tres ó cuatro horas no ceso de acarrear y acrecentar su caudal. Don Cándido se mostraba satisfecho del éxito y correspondía con miradas de agradecimiento á su gran amigo, cada vez que éste le dirijía señales de secreta inteligencia. Algunos de los perdidosos, abandonaban sus asientos y se retiraban en actitud desesperada, y eran inmediatamente reemplazados por nuevos tahures. Uno de estos recien llegados, arrojó al tapete unas cuantas peluconas relucientes de oro. El juego empezó con más fu

ror y se mantuvo indeciso el resultado por algún tiempo; el dinero iba y volvía sin aumentar. En una de las jugadas perdió don Cándido todas sus paradas; entonces echó mano del dinero que había ganado y acabó por perderlo todo. Apeló á los pocos pesos que le quedaban en el bolsillo, y también perdió: á cada jugada falsa doblaba su parada, que pasaba á otras manos. Buscó con la mirada al amigo y compañero, entre la apiñada muchedumbre que espectaba el juego y no pareció; estará cerca, ya volverá, dijo entre sí; sigamos. El vértigo del juego se apoderaba de él. Continuó jugando, en paradas dobles, tiros secos—cada vez de mal en peor. Agotado el dinero que trajera y poseído del delirio, jugó sobre su palabra de honor el dinero que había dejado en casa y perdió siempre; seguidamente la tienda de comercio, los muebles y todo cayó en el abismo. No le quedaba sinó la ropa del cuerpo. Estaba completamente arruinado.

Cerca del amanecer y cuando las claridades de la luz crepuscular inundaban las silenciosas calles de Potosí, abandonaba don Cándido aquel malhadado garito, donde acababa de perder el fruto de su trabajo y sus ahorros, llevado por un pérfido amigo.

Con el pelo desgreñado, el semblante desencajado y cadavérico, la mirada turbia y vidriosa, dirijióse maquinalmente hacia su casa; pero al aproximarse á la primera esquina, creyó ver ó fué una ilusión de sus sentidos por la sobreexitación de su cerebro, que otro

hombre también envuelto en su capa, daba rápido la vuelta á la esquina, como huyendo de él; y luego llegó á sus oidos una carcajada estridente, prolongada, intencional, diabólica; conoció la voz: era el joven amigo, el mismo Mefistófeles que se reía de su víctima y desaparecía. Apresuró el paso y no vió á nadie. ¿Quién podía ser ese que así se burlaba de su desgracia? Aquella carcajada extraña, inmotivada y sobrenatural, que penetró en sus oídas, le heló la sangre y quedó aterrado. Siguió caminando con paso incierto, cual un ébrio que no sabe á dónde vá, lo que hace ni lo que dice. No supo cómo ni por dónde llegó á su casa. Pocos momentos después, se presentaron los tahures gananciosos, y sin que don Cándido les opusiera la menor resistencia, dominado como se hallaba por su palabra de honor, dejó que aquellos desalmados fulleros se llevasen toda la existencia, registraron los cajones buscando más dinero y que hasta cargasen con la montura. La tienda quedó vacía con sólo sus armarios. Tendióse don Cándido en la cama, sin sacarse las ropas, y así permaneció inmóvil horas enteras, sumido en profundo abatimiento.

Los vecinos reunidos en corrillo, espectaban el suceso y no podían esplicarse cómo había perdido su fortuna ese hombre que era ejemplar en su conducta y de quien no se sabía que tuviese la costumbre de concurrir á las casas de juego. Decididamente era algún hipócrita.

Había cerrado la noche, cuando despertóse sobre-

saltado, porque alguien acababa de preguntar por algo de venta que tenía en la tienda, la cual habían dejado entreabierta, y así permaneció en todo aquel día. Restregóse los ojos, encendió luz y se asomó á la calle que estaba obscura; los transeuntes, pasaban, indiferentes, arrebujados hasta la boca, ocupado cada cual en sus propios asuntos. Ardíale la cabeza como un volcán: sus pensamientos eran incoherentes. Después de todo ¿quién al fin tenía la culpa, el pértido amigo que lo arrastró á su perdición, ó él mismo que cedió á la tentación? Cerró su puerta, tomó una silla y sentóse apoyado en el mostrador, con la cabezá entre las manos. Qué pensaba? No habría podido decirlo con certeza; no cabía ningún plan futuro en sus cavilaciones; talvez sería preferible huir y desaparecer para siempre; ¿más, á dónde ir? ¿Volver á España sin un cuarto en el bolsillo? Imposible ¿Empezar de nuevo el comercio? Peor: porque no tenía capital ni crédito, pués la maldita noticia de haber perdido todo al juego, le cerraba las puertas. ¿Buscar trabajo en las minas, por el cerro, donde nadie pudiese conocerlo? Tampoco, porque eran labores muy penosas, de mucho esfuerzo físico, y él no estaba acostumbrado á tanto. Y entónces? Lo mejor sería dejarse morir de hambre, salir de este mundo lleno siempre de amargos desengaños; pero sería una muerte demasiado lenta y terrible, para cuya ejecución no contaba con su propia resolución hasta el fin.

Trascurrió así toda la noche;—y sus ideas no to-

maban consistencia, ni encontraban base fija en qué jirar: pasaban jirando por su mente con la velocidad de un carrousel. No se detenía á pensar en nada. De vez en cuando exhalaba un profundo suspiro, como el vapor que se escapa cual un quejido por la válvula de la chimenea de una máquina.

Amaneció sin que don Cándido hubiese coordinado ningún plan. La luz del sol que penetraba por los resquicios de las puertas y ventanas, le trajo la idea de permanecer oculto para no exponerse á la curiosidad de los vecinos y transeuntes. Así á solas, al menos gozaría de más libertad para sus determinaciones.

IV

Tres días y tres noches consecutivas estuvo encerrado herméticamente; nadie supo lo que hacía. Los antiguos clientes se daban media vuelta ó pasaban á otra tienda. Tenía vergüenza dejarse ver en público.

Al tercer día tocaron la puerta con insistencia. Salió á ver; era un buen vecino que condolido de su situación y temiendo una catástrofe, venía sin más objeto que hacerle compañía.

Don Cándido necesitaba desahogar sus penas y pedir algún consejo. Refirió minuciosamente lo su-

cedido, sin ocultar ni lo de la carcajada, y acabó por insinuar le diese su parecer. El buen amigo meditó un momento, y luego le aconsejó se viese con Quiroz, el bondadoso millonario, de cuya casa nadie salía desconsolado, pero que antes oyese una misa en la misma iglesia en que acostumbraba hacerlo todos los días don Antonio, por vía de arrepentimiento y para que el diablo no volviese á presentarse, ni mezclarse en sus negocios. Este consejo le pareció magnífico, salvador, inmejorable, y era preciso seguirlo al pié de la letra. A partir de ese instante, sintió como si aliviase de sus hombros un gran peso, y la esperanza renació en su corazón. Hasta se sentía dichoso.

Al día siguiente muy temprano, encaminóse á la iglesia de Copacabana, que era el templo favorito de Quiroz, y la buena casualidad hizo que oyesen juntos la misma misa. Al salir, en el atrio saludó muy cortésmente al modesto millonario que le contestó con su acostumbrada mansedumbre—y sin más preámbulos se le pegó al lado y lo siguió hasta su casa del *Calicanto.* Allá contóle sus cuitas y la situación desesperante en que se hallaba, no quedándole otra esperanza en esta vida, que la merced que aguardaba merecer de sus manos.

Quiroz ó Quiroga, que para el caso es lo mismo, tenía en su casa una habitación especial donde recibía y daba audiencia á los necesitados. Allí había un colosal armario de madera, donde veíanse un sin número de cajones con divisiones y subdivisiones, en

que colocaba monedas para los pobres, desde un real, dos reales, un peso fuerte, dos pesos, hasta cinco, diez, cientos, quinientos y miles. El armario estaba coronado por un *Santo-Cristo* de plata, con un gran reflejo de oro y clavos del mismo metal. Quiroz era un creyente de antigua cepa, y su munificencia estaba al amparo de aquella Efijie. Cada vez que algún menesteroso acudía en demanda de limosna, le mostraba el armario para que fuese á tentar suerte, y le decía: Dios te la depare buena. Tiraban de cualquier cajón y lo que había dentro constituía su dádiva, ya fuese una sola moneda ó el cajón lleno. Y esto era sin apelación ni recurso de súplica. Aquello era como un juego de lotería, á la buena suerte.

Quedóse Quiroz pensativo al escuchar la relación que le hiciera don Cándido. El caso no era de remediar con limosnas de los cajones, sino con cantidades mayores con qué rehabilitar al comerciante,—quien proponía un préstamo de cincuenta mil pesos nada menos—en consideración á que á mayor capital, mayor negocio. El millonario paseabáse á lo largo de la estancia, sin saber cómo resolver el problema. Decidido al fin á terminar aquella entrevista que se prolongaba en perjuicio de sus atenciones, le preguntó—¿A quién me dá usted por fiador? Porque si usted vuelve á jugar, no será usted quien pierda sinó yó, por sus manos.

¿Fiador dijiste? Y en aquel punto se le acabaron las esperanzas á don Cándido,

—Yo puedo encontrar un buen fiador, replicó tímidamente, como buscando alguna escusa.

—¿Pero quién lo ha de garantizar amiguito,conociendo sus habilidades?

Reinó profundo silencio. Don Cándido levantó la vista al cielo, como implorando auxilio, y sus ojos se fijaron por casualidad en el Santo-Cristo. Una idea cruzó por su mente, y levantándose de pronto, le contestó á Quiroz:

—Si no me rechaza usted al único fiador que tengo, puedo ofrecerlo.

—Y quién es él?

—Es este Santo-Cristo que nos está oyendo y conoce mis intenciones.

Quiroz no esperaba esta salida que lo dejó perplejo. Mas era preferible en cualquier caso, para su conciencia y su inquebrantable fé religiosa, perder el dinero que se le exigía, antes que rechazar al fiador.

—Perfectamente, aceptado; pasemos á firmar el documento y entregar el dinero.

En la habitación contigua redactaron el documento de obligación por 50,000 pesos, á un año de plazo, fijo y perentorio á contar de aquel día; constituyendo en garantía efectiva al Santo-Cristo, como fiador y llano pagador de la deuda, para el caso de ausencia, muerte ó insolvencia del deudor. A haber habido allí un Escribano, de seguro que le hubieran hecho renunciar domicilio al fiador y demás fue-

ros, leyes y privilegios que es de uso consignar para la mayor validez y seguridad de todo contrato.

Firmado el documento por ambas partes, en vez de guardarlo Quiroz en su cartera, obtó por colocarlo á los piés del fiador, en el intersticio que queda entre el Crucifijo y la Cruz.

V

Ocho días después don Cándido era poseedor de una tienda mejor surtida de jéneros nuevos de última moda y al gusto del consumidor, y sus rescates de piñas de plata, eran en grande escala.

Los vecinos no salían de su asombro, pues una semana antes le habían visto en deplorable situación á punto de suicidarse, y ahora resultaba en condiciones envidiables. No cabía duda, á juicio de ellos, que don Cándido poseía fondos de reserva, ocultos y que había vuelto por el mismo garito á tomar el desquite; y discurriendo se perdían en congeturas. Decididamente, repetían, el chapetón era un gran hipócrita, un taimado.

A partir de la fecha en que recibiera el dinero prestado, no conoció don Cándido lo que era reposo; desplegó en sus negocios una actividad y un tino maravillosos, y aún tuvo necesidad de poner dependiente en el mostrador para ayudarse, lo cual de suyo in-

dicaba la prosperidad en los negocios. Sus cálculos y planes no fallaban y parecía que todo aquello era una bendición,

El plazo fatal se aproximaba, y don Cándido redoblaba sus esfuerzos con febril actividad, ya no disponía de tiempo ni para comer, ni para dormir. Como el capital se hallaba invertido en diversos jiros, asaltábale de vez en cuando el secreto temor de no poder pagar con matemática exactitud; porque habíase propuesto que, devuelta á Quiroz la suma prestada, le quedase á él otro tanto como capital propio. Faltando quince días para la espiración del plazo, empezó á liquidar cuentas y cobrar deudas; puso baratillo de mercaderías é hizo cuanto humanamente pudo por completar el dinero. Por desgracia, sufrió pequeños retrazos, de tal modo, que el día terrible del vencimiento, aún faltaban algunos miles de pesos para totalizar los 50,000. ¡Qué amarguras, qué remordimientos! Jamás había creído faltar así á sus obligaciones mercantiles, ni comprometer tan miserablemente al Santo-Cristo en una empresa de suyo arriesgada, en la que iba de por medio hasta la salvación de su alma, ni mucho menos burlarse de la buena fé y credulidad de Quiroz, su protector. El infeliz don Cándido estaba para reventar.

Transcurridos cuatro días del vencimiento, el capital estuvo listo y, sin esperar más, dirijióse con el dinero á la casa de Quiroz, algo temeroso de sufrir una reconvención. Léjos de esto, recibiólo con todo

agrado y tan risueño, que se le volvió el alma al cuerpo al atribulado deudor; y cuando le manifestó que por un pequeño contratiempo en sus negocios, no había podido ser tan puntual como lo deseaba.

—Usted ya no me debe nada, contestó Quiroz, porque el mismo día y hora del vencimiento, ha pagado su fiador.

—¿Cómo es esto, señor? yó no comprendo!

—Como usted oye; llévese su dinero porque ya es suyo; el fiador ha cancelado la deuda, y entiéndase con él.

Don Cándido quedó confuso, ¿aquello era una broma?—¿Era una limosna del generoso millonario, hecha en forma de no lastimar su amor propio y herir susceptibilidades? Y, sin acertar á descifrar el enigma, miró al Santo-Cristo como interrogándole: el documento ya no estaba allí. Esto parece increible—pensaba para sí don Cándido—¿cómo y con qué ha pagado mi deuda el Santo-Cristo?—¿Si será inglés? —Tan puntual!............

Quiroz contemplaba sonriente á su interlocutor, dejando con un breve silencio á que la imajinación de éste vagase á la ventura, en la mar de confusiones.

Pasados algunos momentos de mortales angustias para el comerciante, decidióse Quiroz á sacarlo del trance y le refirió que hacía algunos años buscaba en el cerro de Potosí, la renombrada y riquísima veta de su mina *Cotamito*, y que había gastado en vano injentes sumas para desaguar la mina inútilmente, y cuan-

do sus esperanzas estaban perdidas, á punto de aban donar para siempre el trabajo en aquellos parajes, de improviso, el mismo día y hora exacta del vencimiento, se encontró la ponderada veta, que constituía lo mejor de sus riquezas; y que él habia comprendido al momento que esta coinsidencia era providencial, pués se revelaba que el Santo-Cristo habia querido pagar la deuda lisa y llanamente, para exonerarlo de ella al deudor, y á la vez recompensar la fé y la confianza que ámbos tuvieron en El.

VI

Al respecto de la mina Cotamito, dice el erudito escritor potosino don Modesto Omiste en sus *Crónicas Potosinas*, lo siguiente: «La poderosa y antígua la-
« bor de *Cotamito*, cuyo sólo desagüe costó millón y
« medio de pesos, retribuyó liberalmente los esfuer-
« zos de sus infatigables propietarios Quiroga [don
« Antonio López de], Ortega y Gambarte en 1707,
« produciendo ricos metales de plata blanca y plomo
« ronco, en tal abundancia, que en el espacio de siete
« años se registraron por el valor de sesenta millones,
« sin contar con las exportaciones clandestinas y las
« cantidades empleadas en la construcción de baji-

« llas y útiles de servicio doméstico de que tanto
« gustaban los ricos mineros de aquellos tiempos.»

«Sesenta y seis años antes, es decir en 1651, se
« habían hecho célebres por el poderío de sus rique-
« zas y la pureza de sus metales, la ya nombrada la-
« bor *Cotamito*, lo mismo que la *Centeno*, *Pampa-Oru-
« ro*, *la Emperatriz*, *Polo-grande*, *Amoladera* y *otras
« más*, que rindieron al Rey de España hasta entón-
« ces, en 107 años por razón del impuesto llamado
« *quinto*, la enorme suma de *tres mil doscientos cuaren-
« ta millones de pesos fuertes!!!*»

VII

Don Cándido volvió á su casa más alegre que una pascua, llevándose los famosos 50,000 pesos que ya eran muy suyos. No dice la tradición. cómo se las compuso con el fiador, pero es de presumir que afirmadas así sus creencias religiosas, no se quedaría atrás en la costumbre de oír misa en Copacabana, dar limosnas á los menesterosos, contribuir á las festividades y procesiones religiosas y practicar obras pías; y que no volvería á poner los piés en ningún garito de este mundo, ni fiarse de amigos desconocidos.

Quiroga había dado así una prueba más de su arraigada convicción y de su fé, de su honradéz y munificencia.

Es lástima que tan raros sean los Quiroga, en los tiempos que corren. y todavía más escasos los Cándidos. y que no se tengan ni noticias del diablo que por entónces andaba suelto.



Una misa en la noche del Viernes Santo

I

De entre los numerosos templos que el fanatismo religioso de los siglos XVI y XVII erigió en la Imperial Villa, como un testimonio perpetuo de las riquezas que ostentaban sus moradores, de sus sentimientos piadosos, talvez por favores recibidos de lo alto, ó acaso por mera vanidad, aún queda en pié, cual un testigo mudo de aquella envidiable época, el de San Benito, digno de particular mención por la solidez de su construcción y por las siete bóvedas que en forma de cruz coronan el edificio, que contempladas desde el villorio de Cantumarca, situado á cosa de una legua de Potosí, parecen á primera vista, colosales

cráneos humanos enterrados hasta la mitad. El interior del templo, todo desmantelado y polvoriento, está decorado desde la entrada hasta el crucero, con grandes y hermosos cuadros al óleo, que no carecen de mérito artístico.

Muchos son los templos que se han derrumbado ó han sido clausurados, en los últimos cincuenta años como San Roque de Vilacirca, San Pablo, el de la Compañía de Jesús, San Agustín. Belém (que es hoy teatro municipal), y algunos otros pequeños. Los que subsisten, más que suficientes para la población actual, no están en pié por el cuidado que se tenga en su conservación, sino por su construcción maciza á toda prueba.

Uno de estos es San Benito, cuyas puertas están cerradas casi todo el año. por falta de vecindad y de feligreses. Por el frente del templo cruza el camino real á Oruro, tortuoso, mal empedrado y comprimido por los establecimientos metalúrgicos que se prolongan sobre ámbos costados del camino, á lo largo del arroyo que se llama *río de la ribera*. A espaldas y el costado derecho del mismo templo, pasa en ancha faja de tierra el camino á los minerales de Porco, Huanchaca, Lípez y la costa del Pacífico. Y por el costado izquierdo vése un barranco ó precipicio.

Allá en los buenos tiempos de Potosí, cuando la gran ciudad era como una colmena, de donde sacaban el sustento zánganos y abejas, el barrio de San Benito debió ser muy populoso, á juzgar por las inmensas

ruinas que aparecen. Hoy es lugar desierto, lleno de los escombros de centenares de casas que al venirse abajo por el peso de los años, han obstruído las estrechas callejuelas: apareciendo por todas partes lijeros montículos de tierra y profundas escabaciones en el suelo; porque hay tradición de existir ocultos por allí muchos tesoros; lo cual da con frecuencia motivo y ocasión para que en las noches lóbregas de *confunción*, entre el penetrante frío y la menuda llovizna, vaguen por esos contornos, como espectros ambulantes, algunos encapuchados provistos de lampas y barretas para proceder á la exhumación de don Dinero. Y no son para contados los sustos que ellos mismos se dán, imaginándose estar sólos, y las buenas noches con que á saludarse atinan.

En medio de aquellas soledades y ruinas de jeneraciones pretéritas que dejaron huellas de su paso por el mundo, que la acción destructora del tiempo vá borrando lentamente, hiérguese solitario el templo de San Benito, digno por sus dimensiones y construcción, de competir con una Catedral. Ha quedado en pleno campo, vecino á los caminos, aislado y lejos de la ciudad moderna, porque la población propia de ese barrio, murió ha muchísimos años y descanza para siempre en el inmediato y también derruido cementerio de Santa Bárbara.

En la cuaresma y en alguno que otro de los *siete*

viernes subsiguientes al *Viernes Santo*, suelen abrirse por pocas horas, las puertas de San Benito, que es parroquia de los indios de Cantumarca, y entónces acuden aunque muy escasamente los feligreses y demás jente devota de poncho y rebozo de la democracia nacional, para pasar la velada de algún santo, y después hacer de las suyas, cuando en diminuta comitiva regresan al anochecher á seguir la fiesta en la casa del alférez. En los meses restantes, las puertas de aquel templo permanecen cerradas á piedra y lodo.

II

Pero hay una vez al año, la noche de *Viernes Santo*, en que San Benito presenta un espectáculo extraordinario, instantáneo y fantástico, capaz de poner los pelos de punta al más avinagrado veterano sargento de artillería y dar mucho en qué pensar á cualquier incrédulo filósofo materialista.

Concluídas las ceremonias religiosas de aquel día con la procesión del Santo Sepulcro que sale de San Martín y recorre casi toda la ciudad y al cántico de trenos, por la noche en la iglesia Matriz, todo el mundo vuelve á su casa en silencioso recogimiento. Las

calles quedan escuetas: las cantinas cerradas, el movimiento social paralizado. Oyese entónces, al extinguirse en el reloj de la Matriz la última campanada de las doce de la noche, otra campana á lo léjos, perdida á la distancia, en San Benito, llamando á misa. Nadie abandona su lecho para ir á esa misa, ni trata de inquirir el misterioso significado de aquella campana, porque todos lo saben; y si por ventura algún nocturno galán que acecha la ventana de enfrente, para contar sus cuitas, percibe también ese tañido lúgubre, cual un eco salido de las tumbas, abandona presto el sitio y se restituye á su domicilio.

En el instante en que cesan las vibraciones de la postrera campanada de San Benito, aparecen abiertas las puertas del templo é iluminados los altares con profusión de luces. Un sacerdote revestido de ornamentos negros, sale de la sacristía, completamente solo, avanza hasta el pié del altar mayor, alcanza el bonete como si el sacristán estuviese á su lado, y luego vuelve á colocárselo y se entra; en el acto las luces se apagan y la visión desaparece. Todo queda en sepulcral silencio, y la blanquísima mole de San Benito se presenta aún más tétrica que antes.

III

Refiere la tradición que en los últimos tiempos

del coloniāje, sin precisar la época. dióse el caso de que un sacerdote de dudosa moralidad, después de haberse divertido en la calle Dolores, en compañía de otros borrachos y de algunas amigas íntimas, ocurriósele celebrar misa y se encaminó á San Benito, sin que nadie lo acompañase; subió á la torre y llamó á misa, luego abrió las puertas de la iglesia, encendió luces y celebró, sin que hubiese allí ni sacristán y dos personas más, como es de rito indispensable y que luego regresó á la misma casa, donde continuó en gratas expansiones. Antes de un año, á contar de esa fecha, falleció repentinamente, y de entónces data que en cada Viernes Santo, á media noche, aparece el sombrío sacerdote, la misma noche y hora en que consumó el sacrilegio; y como no hay sacristan ni dos personas más, se retira sin celebrar su misa.—Agrega la tradición, que aquella es alma en pena, y que para salir del suplicio donde se encuentra en el otro mundo, sólo hace falta un hombre que le ayude á la celebración sin mirarle la cara, y otras dos personas que oigan la misa.

Es el caso de que hasta hoy, no ha habido varón alguno que se preste á sacar de pena al sacerdote. ya sea porque es avanzada la hora, y el frío penetrante puede acarrearle alguna pneumonía, ó por lo menos un costipado, ó por la distancia á San Benito, ó porque no hay quien se sienta con piernas para semejan-

te empresa. Así es que el pobre cura se estará aguardando, quien sabe dónde, hasta la consumación de los siglos.

IV

Jamás faltan ociosos, cada noche de Viernes Santo, que anhelosos de gozar de la maravillosa visión, y sin correr el riesgo de un susto, se sitúan en la colina de *Kakesana*, que está al frente de San Benito, á cosa de dos kilómetros, y desde allí han espectado el caso. Otros, más audaces, provistos de botellas, se han aproximado hasta el pié de los altos tapiales que rodean el templo, en actitud de sitiadores, y después de haber agotado el contenido de las botellas, y de turbar el silencio de aquellos sitios, se han regresado propalando la voz de que no hay nada y todo es pura fábula; pero los espectadores de Kakesana desmienten la aserción y afirman que ellos oyeron la campana, vieron las luces y al cura que entraba y salía.



Punto y Coma

I

A principios del siglo pasado, tan fecundo en acontecimientos asombrosos, Potosí no era ya ni sombra de su anterior grandeza, porque sus minas estaban en decadencia; la población había disminuído considerablemente, dejando ruinas y escombros por todas partes; y la guerra de la independencia convirtió á la Imperial Villa, en campo de combate disputadísimo por los patriotas y los realistas que encontraban en ella gente para sus reclutamientos, armas y sobre todo dinero, pues por pobre que estuviere Potosí, había siempre bastante plata en la Casa Nacional de Moneda y en los bolsillos de los particulares.

A despecho de tantas vicisitudes, aun subsistía el famoso gremio de azogueros, fundado el siglo XVI, y que por aquellos tiempos constituía una verdadera

potencia local, pero en la época de nuestro relato, apenas conservaba escasa importancia y reducidos privilegios en proporciones homeopáticas. Sus miembros, que eran ochenta de los más ricos mineros, acostumbraban agregar á sus nombres y apellidos, que eran *azogueros matriculados en la ribera de Potosí*, con lo cual dicho queda que cada uno era persona de mucha suposición y algo así como archi-millonario en sentir de ellos mismos.

Poco después de las batallas de Junín y Ayacucho y del combate de Tumusla que dieron al traste con la dominación española, y cuando la patria nueva estaba todavía en mantillas, llegó á Potosí el doctor Juan José de la Rua, de quien la tradición ha conservado interesantes anécdotas, asás extrafalarias pero verídicas.

Nuestro doctor, que lo fué primero en sagrados cánones con intención de seguir la carrera eclesiástica, y después lo fué en leyes y jurisprudencia, había permanecido luengos años en la docta ciudad de Chuquisaca, metiéndose al meollo con paciente aplicación en la renombrada Universidad de San Francisco Javier, las Institutas de Justiniano, las Pandectas ó el Dijesto, las Siete Partidas de don Alfonso el Sábio y la Novísima Recopilación de Leyes de Indias, gran parte de estudios en latín y poco en castellano; recibió la toga, el bastón con borlas y su diploma en pergamino, que lo acreditaba en su carácter de doctor *in retroque juri*, regresándose con estos pertrechos á

Potosí, su ciudad natal, hecho un pozo de ciencia con la que se dió á patrocinar causas, digo á perderlas que es lo más seguro.

Era consiguiente que el recién llegado fuese motivo de curiosidad por parte de los vecinos y antíguos conocidos, quienes no tardaron mucho tiempo en descubrir el carácter íntimo y las excentricidades domésticas del doctor y divulgarlas en secreto y bajo de confianza, de tal modo que nadie lo sabía más que todo el mundo, que hacía su sabroso picadillo de conversación á costa de aquél.

Con todo, no debió tener corazón de mármol, ni ser insensible á los dardos del amor, porque á poco andaba ya encalabrinado por cierta jóven de treinta primaveras, hacendosa y honesta, con lá que al fin se casó y tuvo descendencia.

No lo dicen las crónicas, pero se presume que aquel matrimonio debió ser feliz á carta cabal, pues entre otras costumbres desconocidas entonces, no se habían introducido los ataques de nervios, las exigencias de la moda ni el polizón. Y, por lo que á referir voy, conocerá el lector que aquello fué cosa en regla, como ya no la hay en estos tiempos.

II

Contra la costumbre de rendir homenaje á la lu-

na de miel, no quiso jamás el doctor de la Rua compartir con su esposa del mismo lecho, ni tener inmediatas sus respectivas habitaciones, sin embargo de vivir ámbos en la misma casa. Se trataban con las mayores consideraciones y miramientos.

En los días grandes, de *tarro* alto y *leva* larga, visitaba primeramente á su esposa, haciéndose anunciar con una negra, antígua esclava de la familia, y que había continuado al servicio de sus amos, sin importársele poco ni mucho la famosa libertad. La señora vestíase apresuradamente con sus mejores trajes, poníase todos sus anillos, hacía desempolvar los muebles y colocar en el salón de visitas, hermosos y afiligranndos pebeteros de plata con humeante incienso que exhalaban esencias aromáticas, según era la costumbre de aquel tiempo, y sentábase á esperar al adorado tormento de su corazón.

Nuestros cónyuges interrogábanse mútuamente por la salud y por el estado de los negocios y la familia; manteniéndose á respetuosa distancia.—Poco á poco desaparecían los sirvientes, que habían permanecido de pié aguardando órdenes, y entónces quedaban los esposos solos.... conversando.

Cúentase que jamás faltaron de la casa tres ceras benditas, de las que reparten en las iglesias, el día de Nuestra Señora de la Candelaria: la cera del buen vivir, que ardía perpetuamente junto á una urna que encerraba las efijies de la Sagrada Familia; la cera del morir, que prendían cuando alguno de la casa es-

taba en agonía, y la cera del buen pa.... (también acaba en *ir*), que ardía desde que la señora sentíase estar en meses mayores.

Como al final de tantos partos, la cera correspondiente daba señales de concluirse, tenía la señora el buen cuidado de ordenar inmediatamente que la apagasen, porque podía servirle para otra ocasión, lo cual revela que apénas salía de una, y ya pensaba en otra. Las mugeres son muy perspicaces.

En estos alumbramientos, el doctor de la Rua cerraba el bufete y dispersaba la clientela, instalándose en la pieza contigua á la enferma, desde donde, en contínuo pasearse á lo largo de la estancia, escuchaba de paso si había ya novedad. Y cuando lo llamaban para presentarle al recién nacido, levantando la diestra en ademán solemne y espíritu religioso, bendecíalo diciendo: *hijo seas de bendiciones; amen*, contestaban las circunstantes.

III

Tenía el doctor de la Rua para el servicio de su bufete, cierto jóven, allegado suyo, que era su amanuense gratuito, el mismo que seguramente hácía allí su práctica forense, aspirando á ser con el tiempo y las aguas otro jurisconsulto como la Rua, para

entregarse después á la tarea ingrata de sustentar litigios y echarse á cuestas odios y colerones ajenos.

Cuando había trabajo en el bufete, comenzaba el doctor propinándose algunas palmadas en la calva frente; abría sus códigos, se paseaba precipitadamente golpeando el suelo de rato en rato, con los tacones de su calzado, jesticulaba y repetía invariablemente una misma frase hasta el fastidio. Cualquiera habría pensado que aquel cuarto era un manicomio. Pero nó señor; era el bufete de un letrado de fama, por su ciencia y su honradez, y que, item más, pertenecía al gremio de azogueros, porque tenía sus minas y un ingenio, y por derecho nato le correspondía el título.

—Escriba usted, le decía al sufrido amanuense, poniéndole por delante algunas fojas de papel sellado.

—Señor Juez de Letras, dictaba.

—Señor Juez de Letras, repetía el amanuense leyendo lo escrito.

—Señor Juez de Letras, repetía el doctor.

—Señor Juez de Letras, contestaba el amanuense.

—Señor Juez de Letras.—¿Ya ha escrito usted?

—Ya está señor.

—Señor Juez de Letras.—¿Ya ha puesto usted?

—Sí señor, ya está.

—El doctor Juan.... José.... de la Rua.....

—El doctor Juan José de la Rua.

—El doctor.... Juan.... José.... de la Rua.

—El doctor Juan José de la Rua.

—El doctor Juan.... José.... de la Rua; pero escriba hombre algo lijero.

—Ya está señor.

—El doctor.... Juan.... José.... de la Rua.... ya ha puesto usted?

—Sí señor.

—Sigamos: defensor.... defensor.... defensor.... de naturales.... de naturales.... de naturales......

—Defensor de naturales, respondía lentamente el amanuense.

—Defensor de naturales.... defensor de naturales.... defensor de naturales.... Fscriba pronto.

—Ya está señor.

—Defensor de.... adelante! Y azoguero matriculado en la ribera de Potosí, *¡ahí está el golpe!*—y se frotaba las manos.

—Y azoguero matriculado en la ribera de Potosí, respondía el plumario.

—Y azoguero matriculado en la ribera de Potosí. —Escriba usted, ¿qué piensa?

—Ya está puesto, doctor.

—Y azo.... gue.... ro.... ma.... tri.... culado.... en la.... ribera.... de Potosí.... Pero, por qué no escribe?

—Ya está señor.

—Y azo.... gue.... ro, matri.... *¡aquí está el golpe!* repetía

Y el consabido golpe, no era otra cosa que el golpe de gracia que se imaginaba dar á la parte contraria, porque mentando su calidad de azoguero matriculado, por de contado ya ganaba el pleito. Era el argumento á su juicio más poderoso en sus defenzas.

En esta monótona repetición de una misma frase, habían transcurrido las horas, y llegaba la del medio día, hora de comer [1.]

—¡Qué trabajo! exclamaba, contemplando los dos renglones escritos.

Imajínese el lector, el tiempo que necesitaba el doctor Rua para una larga defensa, y cómo andarían aquellos clientes.

Después de la comida, al caer la tarde, traíale la negra alguna golosina que le enviaban al doctor sus queridas monjitas, ó un vaso de *leche-espuma* (que esta era la bebida favorita en Potosí), preparada por las delicadas manos de la excelente negra. Y cuando no era ni lo uno ni lo otro, presentábale en bandeja de plata, algunos pastelitos calientes que exhalaban un tufillo incitante que los devoraba él sólo, sin acordarse del amanuense ni por chanza. Esto era todos los días.

---

(1) No debe olvidarse que por entónces la costumbre española era de una sola comida al día.

IV

Así andaban las cosas, hasta que al fin el infeliz amanuense, haciéndose el zueco, resolvió jugarle una trastada al doctor.

Cierto día en que se hallaban *labrando* un escrito de largo aliento, intercalado de aforismos en latín, al dictar la puntuación, le dijo *punto* y *coma*. El amanuense creyó llegado el momento, y poniendo el punto, metió la mano al plato para comerse uno de los pastelitos.

—¿Qué está haciendo usted?

—Nada señor; como usted me acaba de decir que ponga punto y cóma, creí que....

—Con que, punto y coma.... punto y coma.... punto y coma.... Es usted un mozo adelantado.... adelantado....

El pobre amanuense quedó aterrado, sin levantar la vista del papel, y ni siquiera alcanzó á comerse el malhadado pastelito.

—Señor, replicó al fin, si lo he ofendido á usted, será mejor que me retire de la casa.

Refleccionó un momento el de la Rua, y dulcificando la voz, le dijo que le perdonaba el avance, con tal que no se repitiese. Y desde el día siguiente, tu-

vo cuidado el doctor de que siempre trajesen ración doble. No era para menos, puesto que el amanuense no percibía sueldo ni emolumentos.

Ya en los últimos tiempos de su prolongada existencia, el doctor la Rua perdió la vista, pero conservó fresca la memoria, hasta de los detalles más insignificantes. Se dice que ponía su complacencia en escuchar la lectura de sus libros favoritos, y para indicar el de su elección, decíale á su hija doña Manuela: allá en aquel rincón del estante.... del estante.... del estante.... hay un libro de pasta verde.... de pasta verde....; búscalo y léeme el capítulo tal.... capítulo tal.... pájina cual.... pájina cual....

El recuerdo de las excentricidades del doctor la Rua, consérvase entre quienes alcanzaron á conocerlo octogenario, y perdura la memoria de su probidad profesional y de la pulcritud de sus costumbres.

V

Post scriptum.

Punto y coma, supongo que dirán algunos empre-

sarios, cuando después de recibir los anticipos, ponen punto á la empresa y se marchan á la chita callando, á comerse tranquilamente el producto de sus escamoteos.

Y aquí pongo *punto;* y *cóma* usted lector, si tiene qué.





Las cucharas del Juez

I

Cuando las minas del ubérrimo Cerro rico de Potosí, empezaron a rendirse cansadas al fin de tanta prodigalidad, en más de tres siglos de loca producción, y dieron en escatimar sus riquezas, bajando la ley de sus metales, empezó la era de los tesoros ocultos, buscados con febril tezón ó encontrados casualmente en las casas contíguas, donde abundaban tan codiciadas reliquias del pasado. Porque, en aquellos buenos tiempos, que desgraciadamente ya no volverán, las riquezas no consistían en documentos á cobrar, ni en billetes á la vista, sino en pesos de á ocho reales, comprobados y ensayados; apilados en zurrones que llenaban subterráneos, rincones y alacenas. No se conocían más bancos que los de madera, que por su solidez no estaban espuestos á quebrar, ni más billetes que las cartitas de los enamorados. A lo más,

solían descubrirse algunas falsificaciones de dinero, que se tapaban con lo mismo.

La plata en barras y sellada, corría como un arroyo por toda la ciudad; y, los felices moradores de la Imperial Villa, que poseían en abundancia el metal blanco, acostumbraban ocultarlo en sitios insospechables, á donde manos extrañas no pudiesen llegar jamás. Ni qué bancos, ni niño muerto.

Y cuidado que eran rumbosos los millonarios de antaño; pues en 1634, don Juan Fernández, criollo de Potosí, le dió de limosna á un caballero andaluz veinticinco mil pesos de á ocho reales, según refieren los cronistas de la época; y el año 1638, otro potosino, don Diego Alvarez Guerrero, que era también muy caritativo, le obsequió nueve mil pesos, á un pobre indio.

Y no era para menos; porque los más infelices, rayanos en la pobreza y las privaciones, contaban en sus gabetas, de trescientos á cuatrocientos mil pesos; habiendo muchos ricachos que poseían de tres á seis millones.

En otra parte hemos mencionado, que el Presidente de la Real Audiencia de Charcas y Visitador, durante diez años, de la Imperial Villa (qué visita de tan larga), presbítero don Francisco Nestares Marín, había recibido de su Magestad el Rey Católico, nuestro muy amado Felipe IV, la delicada y odiosa comisión de marchar á Potosí, á inspeccionar el estado de la hacienda pública, poner en paz á los belicosos mo-

radores, castigar á los falsificadores de moneda, que eran muchos y abusaban del oficio; y de paso, como la cosa más inocente, husmear el estado de las fortunas particulares, llegando en esta santa operación inquisitorial, hasta amenazar con la pena de muerte á los que rehusaran presentar sus caudales [año 1650]. Casi todos se dieron prisa á ocultar gran parte de su fortuna, temerosos de un empréstito forzoso ó por lo menos de alguna contribución extraordinaria, para la Real Cámara de su Magestad, conforme á los achaques de aquel tiempo. Sin embargo de estas precauciones, se contaron y recontaron treinta y seis millones en metálico, pertenecientes á los moradores de Potosí.

Datan de entónces los primeros tesoros ocultos que no cesaron de aumentar, según eran las vicisitudes de aquellos tiempos.

Vino más tarde con su séquito de violencias y atropellos, la guerra de la independencia; trayendo consigo, entre otras cosas, las contribuciones extraordinarias y los empréstitos forzosos, y demás plagas anexas que imponían á su arbitrio los vencedores que se disputaban la plaza por su importancia política, por interés de los rendimientos de la Casa Nacional de Moneda y por amor al bolsillo de los particulares, especialmente si eran del bando contrario. Las exacciones se multiplicaban; las listas de arrestados por desobediencia eran largas; las requizas domiciliarias se sucedían unas á otras, so pretexto de buscar pa-

triotas ó realistas, según el color dominante; y, por vía de prima, esa costumbre que los caudillos prometiesen á sus soldados el saqueo de la población en premio á la victoria, fraternizaron así el valor y el interés.

Con todos estos atropellos y estropicios que no tenían cuándo acabar, porque la guerra tiraba largo, el poco dinero circulante que aún quedaba de épocas anteriores, buscó también refugio en parajes desconocidos, como los dueños buscaban el suyo escondiéndose de tantas persecuciones y calamidades.

De allí provienen de vez en cuando, por los tiempos que corren, esos inesperados hallazgos que producen delicia y repentino bienestar; porque no hay solar ó casa vieja, que no cuente por lo menos con un par de tapados. Individuos han habido que á costa de adquirir por ínfimos precios esas ruinas, han resultado ricos del día á la noche, pretestando reparaciones urgentes para cavar por aquí, sondear por más allá y revolver tierra por todos lados, hasta dar en boya; y después han vendido la casa á medio reparar, por doble precio, quedándose ellos con el alma.

II

No pasa todavía un siglo, que dos señoras ancia-

nas, descendientes de la antígua nobleza colonial, y que, para más señas, eran hermanas legítimas, que se sostenían en resignada pobreza con el escaso trabajo de la aguja, y hacían vida honesta y retraída, confesando y comulgando por pascua florida, Corpus y Navidad, vivían en una casa destartalada y ruinosa, que no se derrumbaba porque no sabía de qué lado caerse. El techo estaba lleno de goteras; y las paredes se rajaban de alto abajo, en todas direcciones, sin que los escasos recursos de las buenas veteranas, fueran suficientes para acometer una reparación formal del vetusto caserón. Conservaban la tradición de antíguas riquezas que habían guardado sus abuelos, y por vía de complemento agregaban que en las noches lóbregas de confunción, cuando el viento hacía jemir los enmohecidos goznes de las puertas y ventanas, solían oirse pasos por los corredores, fantasmas que cruzaban y el característico ruido que hace el dinero al derramarse; más no sabían dónde podrían encontrarse los tesoros, y así pasaban los años.

Mediante combinaciones financieras con un usurero del barrio, se procuraron recursos y decidieron remendar la casa, por donde más riesgo corría. En un lunes de no sé qué mes ni año: el albañil acometió el trabajo con furor, y al picar las paredes de un salón vacío, para revocarlas, de improviso chocó la barreta contra un cuerpo extraño que resonó á hueco. Inmediatamente llamó á las señoras, y movidas por la curiosidad y la esperanza, mandaron ensanchar las

picadas y profundizarlas hasta que, con gran sorpresa, quedó al descubierto una enorme alacena que llenaba toda la pared, de rincón á rincón. Allí encontraron innumerables zurrones de plata sellada, antígua, que llenaban el depósito, cajas de madera que guardaban vajilla del mismo metal y diversas alhajas de oro y piedras preciosas; con todo lo cual, desapareció como por encanto la pobreza de las santas mujeres, en cuyos labios dibujábanse plácidas sonrisas.

Por sabido se calla, que la noticia cundió rápidamente, porque, dicen los expertos que el amor y el dinero no se pueden ocultar; y uno de los primeros en venir á informarse, fué el usurero; y á poco, las parientes las asediaban con sus frecuentes visitas, se mostraban cariñosas y comedidas; y volvieron las antíguas amigas á renovar la amistad, y hasta resultaron unos primos lejanos, de quienes hasta entonces no se tenían ni noticias.—¡Oh prodigioso poder de don dinero!

Póngase el lector en lugar de aquellas señoras, y verá si no se le hace agua la boca, de pensar en la cantidad de dinero que pudo caber en la bendita alacena, desde el suelo hasta tres varas de altura, y de esquina á esquina de la pared.

Y si como este caso, me pongo á espulgar otros, el cuento es largo y de no acabar; y mejor será continuar nuestra relación, antes que al lector le asalten la codicia y las delectaciones morosas.

III

Entre los tesoros que han quedado completamente perdidos, sin derrotero exacto para buscarlos, ninguno excede por la cuantía, al de don Francisco Gómes de la Rocha, el célebre falsificador de moneda, que murió en la horca por imputación de tentativa de envenenamiento al Visitador Nestares Marín.

Muchos han buscado esos tesoros por la colina de *Pári-orko*, suburbios de la ciudad, y en la que se asegura existe un largo camino subterráneo por donde Rocha transitaba de Potosí á su ingenio mineralógico de Yalantaña. Posiblemente los mandó encerrar allí, tapando ámbas entradas del subterráneo, porque conocía la creciente avaricia del Visitador, la ojeriza y mala voluntad que no le ocultaba Marín.

Otros, con menos probabilidades, pero con el mismo entusiasmo, han abierto grandes excavaciones por las faldas del cerro rico, en contorno del templo de San Roque de *Vilacirca*, en busca del subterráneo de Rocha; y por causa de ellos, se cayó el templo.

Lo más probable es que se hallen á cosa de de diez leguas de Potosí, por la finca de Colavi, donde segun tradición, un indio descubrió por casualidad una pie-

dra movediza, entre millares de otras; y habiéndola retirado, encontró la entrada á un subterráneo, y descendiendo cuidadosamente, halló dos momias de mujeres, una colgada y otra sentada [dos rivales, segun tradición]. Penetrando más, contempló el indio una fabulosa cantidad de plata en barras y en zurrones apiladas á lo largo de una profunda y obscura galería que se prolongaba indefinidamente: aquello era la mar de plata. Extrajo cuanto pudo, volvió á cerrar la entrada, dejó señales para la vuelta, y se dedicó á derrochar el dinero extraído. Después, cuando volvió por más plata, ya no pudo reconocer las señales, anduvo algunos días como loco, recorriendo aquellos sitios, y al final quedó peor que antes. El derrotero volvióse á perder hasta hoy.

Sábese que el infortunado millonario, ocultó en la primera vez, seis millones de pesos; y continuó por largo tiempo en esta operación, temeroso siempre de un asalto.

Dejamos relatado en otra ocasión el detalle de los memorables acontecimientos producidos en Potosí, con motivo de la ejecución de Rocha.

IV

Para colmo de desesperación, se afirma que Ro

cha mandó arrojar sus tesoros á la laguna de Tarapaya, cinco leguas al O. de Potosí; de donde á ser cierta la tradición, no saldrán jamás, porque aquello es como el pozo de Airón, sin fondo. Se sospecha que esta laguna debe tener lejana comunicación con el Pacífico, porque el año 1877, cuando el Océano salió de su cauce por el terremoto y se desbordó sobre el litoral, arrasando el puerto de Mejillones, las aguas de la laguna rebalsaron y corrieron en abundancia; y cuando aquel volvió á sus límites, éstas se hundieron extraordinariamente, dejando ver un inmenso boquete en forma de cántaro que arrojaba columnas de vapor de agua, olientes á azufre.

Hállase situada esta preciosa laguna, en la sima de un cerrito, á inmediaciones del pueblo de Tarapaya. Tiene forma exactamente circular, como si sus bordes hubieran sido trazados con el compaz. y por cualquier lado que se tome el diámetro, la longitud es matemáticamente igual, ochenta metros próximamente: es una obra maestra de la naturaleza. Las aguas son claras, sulfurosas, de una temperatura elevada, pues los touristas acostumbran pasar huevos en pañuelos, en menos de diez minutos. El aire delgado de esas alturas, corriendo en suaves brisas, produce encrespamientos y pequeños oleajes sucesivos; notándase á intervalos, un hervidero rápido en el centro, y luego se hunden las aguas á manera de embudo en vertijinosas vueltas, hasta restablecerse el equilibrio y subir el hervidero á la superficie. Desa-

gua esta laguna en el río Tarapaya por una pequeña cañada, y desde que se asciende al cerrito, siéntense ráfagas de aire tibio que anuncian la proximidad de ella. A tres ó cuatro metros de la orilla norte, vénse los restos de antíguas construcciones ó sean los baños llamados del Inca, y aun se notan las escalinatas por donde transitaban los sirvientes acarreando el agua á los estanques próximos, en los que se sumergía el Monarca. Si su magestad incaica no quedaba muy fresco con estos baños, por lo menos quedaría medio cosido.

El nombre primitivo, de orígen quechua, fué *CCarapaya* [1], y afirman los cronistas que escribieron la historia de la conquista del Perú, retrocediendo á la época del Imperio de los Incas, que *Maita-Capac*, cuarto Monarca del Cuzco y que reinó hacia el año 56 de la Era Cristiana [2], vino del Cuzco á sojuzgar á los terribles indios Charcas, súbditos suyos que

---

[1]—CCara-paya ó vieja desnuda.

[2]—Todos los historiadores de la monarquía incaica, y especialmente Garcilazo de la Vega, el primero de ellos, y que por ser descendiente de la dinastía reinante, conocía mejor la cronología de los Incas, están conformes en que desde el fundador Manco-Capac, hasta el último, Atahuallpa, fueron quince los monarcas que ocuparon el trono. Nada se sabe positivamente acerca de la época en que apareció Manco-Capac, y solo hay congeturas de que debió ser hacia el siglo XII. Esto es lo más probable, porque suponiendo un promedio de treinta años de reinado á cada soberano Inca, resultan trescientos sesenta años, que aproximadamente, corresponden al tiempo de

se habían sublevado, trayendo consigo un poderoso ejército, al pasar hasta Porco, se detuvo en el valle de Ccarapaya, para recibir los homenajes de sus vasallos de esta comarca, también Charcas, y allí supo que existía una laguna inmediata, de aguas termales y saludables,—de cuyo centro salía un penacho de agua.—Maravillado el Inca, mandola componer mediante sucesivos terraplenes sobrepuestos, hasta darle la forma de un anillo con dos compuertas, la primera provista de escalones para trasegar el agua á los estanques, y la segunda para el desagüe de la laguna al río, y además construyó habitaciones próximas al baño, para las cortas residencias de su real persona y su comitiva. Prosiguiendo viaje, conquistó de paso á los indios de Cantumarca, villorio cercano á Potosí, concluyendo á poco por pacificar á los Charcas y someterlos del todo á su dominio.

El Inca Huaina-Capac, décimo tercero monarca del Perú, hacia el año 1462, visitando la provincia de los Charcas, llegó á Ccarapaya y fué á ver la laguna, donde se detuvo á contemplar la obra de sus antepasados; visitó Cantumarca y llegó á Porco, antíguo mineral, de donde mandó extraer mucha plata, que remitió al Cuzco para adornos del templo del Sol; por-

---

la conquista del Perú por Francisco Pizarro. De consiguiente, la afirmación de los cronistas de que Maita-Capac reinó hacia el año 56, debe ser un error de pluma, pues no es verosímil que por mucha longevidad que se otorgue á los Incas, hubiesen alcanzado á vivir todos ellos, más de cien años, lo cual totalizaría un período de un mil doscientos años.—(Nota del Autor.)

que sabido es que entre los Incas ni sus súbditos, la plata no tuvo aplicación como intermedio de cambio.

También visitaron la laguna los Incas Cúsi Huascar y el infortunado Atahuallpa, y se bañaron en ella, en las regias visitas, de tránsito al mineral de Porco. No obstante de que los vasallos de los Incas. no ignoraban las riquezas que encerraba el cerro de Potosí, jamás osaron extraer plata de allí, por una superstición del tiempo de Huaina-Capac, pues habiendo éste ordenado se explorase la región, por sí contuviese plata, oyó el monarca un estruendo pavoroso en todo el cerro, y una voz que le dijo: «no saquéis la plata de este cerro, porque es para otro dueño.»

La insaciable avaricia de los conquistadores; las violencias cometidas diariamente en los infelices indígenas; los trabajos forzados á que los sugetaron y obligaron en las mitas y reparticiones, dieron lugar pocos años después de la fundación de Potosí, á una sublevación jeneral de los indios de Cantumarca, los cuales emigraron en masa, llevándose cuanta plata poseían para depositarla en el templo del Sol, ó acabaron por arrojarla á la laguna de Tarapaya.

No han sido pocos los temerarios que pretendiendo cruzar á nado la laguna por el centro, han desaparecido para siempre. Los sondajes practicados por el español don Miguel de Tellería, y más dos caballeros vazcongados, pocos años después de la fundación de

Potosí, no dieron resultado positivo, porque la cuerda se les acabó á las ochenta varas, y todavía la profundidad seguía pidiendo más cuerda. Otros, alcanzaron á medir cincuenta brazadas ó sean unas cien varas, y tampoco tocaron al fondo. De manera que si los tesoros de Rocha están sepultados allí, ya pueden los soñadores perder toda esperanza.

V

Adelante con los faroles.

La casa donde vivió Rocha, ha sido codiciada siempre, no precisamente por haber pertenecido á aquel, sino por la perspectiva de encontrar allí algunos tesoros, y quizá los seis millones cabales.

No há muchos años que cierto caballero, consiguió le permitiesen vivir en ella, miéntras el dueño residía en el campo. Sin perder tiempo, empezó á explorar rincones, zanjear los patios, bombear paredes y no dejar sitio por no escudriñar.

Contígua á la casa de Rocha, pared de por medio, existe otra, donde á la sazón vivía con su familia un Juez de Potosí, notable por su rectitud y acrisolada honradez.

El caballero á que nos referimos, buscaba con tezón lo que no había perdido. Más tanto hizo que, al

golpear una pared, sintió que retumbaba el golpe. Decididamente había dado al fin con el tapado. Incontinenti abrió un forado en la dichosa pared, y luego de sentir que la barreta penetraba sin dificultad en lo hondo de la pared divisoria, ensanchó el agujero y metió la mano para sacar cuanto antes los primeros pesos. que probablemente habían de ser de los llamados «columnas», los màs antíguos que se acuñaron. Entónces, ¡oh dicha! topó la mano con algunos objetos que sonaban á plata, y sacando á luz este hallazgo, resultaron ser cucharas. Pero, ¡caso raro! contenían resíduos frescos de alimentos, y especialmente de ají. Es indudable, pensó él, que los antíguos han conocido algun procedimiento secreto para conservar el ají por años y siglos, sin la menor alteración.

Con plausible entusiasmo, ensanchó todavía más el forado, y metió hasta el brazo para sacar por mayor.

En ese momento le hablaron del otro lado, percibiendo la voz por el forado: *no se robe las cucharas*. Al oír esto, creyó que le hablaban de ultratumba, talvez el mismo Rocha, y por poco no se desmayó de susto.

¿Qué había sido aquello?

Era sencillamente, que por ese lado la pared divisoria contenía una alacena correspondiente al come-

dor del Juez, en la cual se guardaba la vajilla de servicio diario. Y el muy fatal buscador de tesoros, había topado con las cucharas del vecino.

No quizo saber más; el mismo día se trasladó á otro barrio, avergonzado del percance, y temeroso de que lo supiera el dueño de casa.



Los milagros de San Cristóbal

I

Durante la mística temporada que media entre el día de Jueves Santo y el de Corpus Cristi, llamada de los «Siete viernes», muchos devotos que por lo general, y salvo pocas excepciones, pertenecen á la clase obrera, acostumbran dar veladas religiosas cada viernes en las diversas iglesias de Potosí, á las que asisten gentes de toda posición; y aun las de la buena sociedad (como si las demás fuesen malas), no tienen á menos honrar con su digna presencia, tan piadosas reuniones. Regularmente dan estas veladas en San Benito, Copacabana, San Pedro, la Concepción y San

Cristóbal ó en alguna otra iglesia de los arrabales, según la devoción del alférez.

Allí en el templo se dispone para el caso, un altar portátil, conteniendo un Santo-Cristo con las inseparables imágenes de la Dolorosa y San Juan, con profusión de luces, y todo con jardín de variadas flores artificiales. En el coro déjanse oír, con ligeros intervalos de descanso, las melancólicas notas del armonium ó siquiera una arpita. Las campanas que en esos días no se dan punto de reposo, atraen sin cesar la concurrencia, desde medio día hasta el anochecer.

Los que pasan la velada, instálanse invariablemente en la habitación particular del sacristan, y allí obsequian á sus convidados con rosquetes, buñuelos, bocados de la reina, suspiros, chicha y aloja de las monjas. Al cerrar el día y con él la velada, una numerosa comitiva de jentes de chaqueta y poncho, rebozos y jubones, acompañan hasta su casa á los de la fiesta donde ya no se reparte chicha ni aloja: y suele acontecer con frecuencia, que de resultas de la fiesta, se ocasionan estupendas borracheras y peleonas, que ponen en idas y venidas á los comisarios y jendarmes, cuando por casualidad llegan á saberlo.

II

De entre todas las iglesias que por entonces abren sus puertas de par en par, lo cual no sucede el resto del año, la más concurrida y atrayente es la de San Cristóbal, situada fuera de la ciudad, por los extramuros, casi en las faldas del cerro de Potosí, pero que en los buenos tiempos de la Imperial Villa, es decir en el siglo XVII, ocuparía un lugar céntrico y preferente en la población. Andando los años, la ciudad ha avanzado paulatinamente hacia el norte, donde hoy se está sin que piense ya en moverse, á menos que sepamos. En la actualidad, aquel barrio es solo escombros; calles estrechas, tortuosas y desempedradas: plazoletas de mezquina apariencia; casas arruinadas amenazando desplomarse; solares baldíos cerrados por toscos tapiales de piedras y barro, y una que otra tenducha de techo bajo y puerta desvensijada donde habita algun trabajador del cerro;—son los restos que nos quedan de esa famosa población febril, sustentada por los ubérrimos filones de plata del renombrado cerro.

La iglesia de San Cristóbal, sobresale pues de ese cuadro desolador que la rodea y se destaca sola, dominando el campo. Venéranse allí con intensa de-

voción dos hermosas imágenes, verdaderas obras del arte escultórico del siglo XVII: un Santo-Cristo de dimenciones naturales y de positiva belleza plástica y un San Cristóbal colosal, jigantezco y portentoso, tal cual debió ser éste, cuando se propuso cruzar á pié un río caudaloso, cargando sobre sus hercúleos hombros á un niño desconocido, que encontró abandonado en la orillá del río, y haciéndose cada vez más pesado, al pasar la corriente, hízole proferir aquella frase de «¡Cristo me valga!» á lo que el supuesto niño que era Jesús, le respondió: «Cristóbal te llames», y desapareció. Sin duda que prevaliéndose de esa feliz circunstancia, las jóvenes casaderas han hecho del Santo un seguro intercesor para encontrar marido.

Así es que no hay soltera ni viuda que no se encomiende de todo corazón á San Cristóbal, ni falte á las veladas cada viernes, aprovechando de estar visible el Santo, y ser la época en que otorga sus concesiones.

Las mamás, que sospechan tan laudables aspiraciones de sus hijas, tienen que condescender y ponerse en camino. Es entonces que esas calles solitarias casi un año, se hallan asediadas de gente de todo pelaje, que sube y baja, como un hormiguero; porque San Cristóbal es milagroso y hace casar en el perentorio término de un año, á más tardar, á todas las que buscan su media naranja dulce, que después y á la larga dizque se le vuelve limón ágrio.

Los pollos para quienes se presenta la bella ocasión de ver y acompañar á sus adorables tormentos, dejan apresuradamente sus quehaceres, si los tienen y corren desalados cuesta arriba, vía de San Cristobal, echando un palmo de lengua, más empolvados que un carretonero, pero con los diminutos bigotes retorcidos, en especial, el pelo de la frente engomado y caído en graciosa forma de gancho de romana; un levitin ó saquito que parece ajeno, pues ni les cubre las posaderas; ajustado pantalón á la moda, que no les llega á media canilla, y deja entrever las formas del cuerpo y otras protuberancias; calzado de punta alzada, imitación cuernos; sombrerito de toquilla ancha y álas angostas; y de remate el inseparable bastón más grueso, agraneado y retorcido que el báculo de un peregrino, que aun cuando no hayan pisado en su vida los umbrales de un colegio, no es de rito ser bachiller para usar bastón y echar más prosa que un pavo entre las suyas.

Los susodichos, conforme van llegando á San Cristobal, se instalan en calle á derecha é izquierda de la entrada, presenciando el desfile de mugeres, más no entran al templo, dignándose apénas desde la puerta, asomar la cabeza á medio destocar, por si alcancen á descubrir á la sugeta, quien á esas horas, reza que reza, talvez le está poniendo la soga al cuello y el puñal al pecho á San Cristóbal.

III

Y para que el lector no se imajine que exagero, traigo aquí á colación á siete hermanas legítimas, de las que hoy sobrevive una, en el monasterio del Cármen, bastante anciana; pues de las otras, que hace años murieron, no se sabe dónde estarán.

Pasan más de cincuenta años que las buenás y fervorosas señoras, velaban por turno al señor de San Cristóbal, con una constancia que jamás se desmintió. Y no se diga que las tales veladas serían agua de cerrajas, sino cosa en regla; gran acompañamiento de gente copetuda, bebidas honestas á discreción y música á toda orquesta. Pues señor; todas ellas, con excepción de la monja, se casaron, y las que enviudaron se volvieron á casar, de cuyas resultas han dejado numerosa descendencia, en la que figuran distinguidas matronas y graves caballeros, como que aquellas pertenecían á lo más selecto y respetable de la sociedad potosina.

En verdad que no es estraño que de tantos y tantas que por devoción ó pasatiempo, concurren los viernes á San Cristóbal, algunos se casan aquel año, con lo cual se confirma cada vez la reputación que se

atribuye al Santo, que hablando en plata, es un puro milagro, porque en estos tiempos de creciente escaces monetaria y mayores exigencias sociales, sólo don Dinero hace milagros; y las que no lo tienen acuden á San Cristóbal.

IV

Refiere la tradición que entre las devotas más asíduas del Santo, figuró á principios del siglo XIX una señora santurrona, madre de cierta joven preciosa, honesta y simpática, que avecindaban por el barrio de San Cristóbal, la misma que por ser pobre no encontraba novio ni siquiera quién se parase á contemplarla de la esquina de enfrente. Porque á juicio de quienes se casan por amor al dinero, y nó á la dueño, amor sin dinero, es como hambre sin pan, arroyo sin corriente, estrella sin luz, comida sin substancia. Vaya!—Cuando el bonochón de Esaú vendió á Jacob su derecho de primogenitura por un escaso plato de lentejas, quién no ha de vender su blanca mano á cambio de algunas bolsas de dinero, aunque después resulten vacías y salga lo del sueño del perro.

La buena señora se encomendaba de veras á San Cristobal, y permanecía las horas muertas al pié del

altar, recostada en el rincón de un confesonario inmediato, rezando á ojos cerrados, sin apercibirse muchas veces de que la gente se había retirado ya, y corría el riesgo de quedar encerrada. Ocasión hubo en que el sacristán la despertó para que se marchase.

Y tanto se repitieron estas escenas, y cada vez que oraba lo hacía á media voz, que al fin picóle la curiosidad al muy truhan (no al santo), por descubrir y saber lo que con tanto tesón pedía la señora. Ocultóse al efecto, tras la imagen de San Cristóbal y quedó á la espera por sí algo pudiera percibir al vuelo. La devota, sin apercibirse de la estratajema, rezaba y suspiraba, diciéndole al Santo: mi chuncu, azucena, paloma, consuelo, dále marido á mi pobre hija, y al año pasaremos tu fiesta, etc., etc. Entónces óyese una voz que dijo: Cásala con el sacristán!......

La señora abrió los ojos, miró por todas partes, todavía dudando, y como no viese á nadie, creyó que San Cristóbal la había oído, y le ordenaba casar á su hija con el sacristán. Por poco no se desmayó allí mismo de puro gusto, y sin entrar en mayores averiguaciones, corrió á su casa á darle á su hija tan importante noticia, que ella escuchó contrariada y con manifiesto desagrado. Envano fueron las protestas, soponcios y retintines de la resabida, que allá en sus adentros tenía formada su idea sobre las excelencias y cualidades de un buen novio, mozo guapo, trabajador, de buena familia, y que la adorase como ella se lo merecía; sin sospechar que esta dulce ilusión de su

loca fantasía, había de convertirse en la más grotezca realidad.

La presunta suegra, obedeciendo á la voz que de lo alto oyera, dióse modos de atraer á su amistad al menguado sacristán, que tampoco se hizo mucho del rogar, y á poco ya estaban ambos de perfecto acuerdo,—concertado el matrimonio y fijado el día de la boda. No hubo remedio para la infeliz, víctima de la candidez de su madre y de la zocarronería del perillán, y tuvo de resignarse y marchar al patíbulo, camino de San Cristóbal, digo al altar, donde el cura de la parroquía les echó la cadena al cuello, quedando para siempre jamás amen ligada al ya venturoso apaga velas.

V

Pasó un año.

Poco á poco, el sacristán fué dejándose conocer, comenzando por pretextar compromisos y atenciones de sacristía, algunas escapatorias hasta el amanecer y acabando por irse días enteros con los amigos á una taberna cercana, donde manejaban los tordillos y lo desplumaban; ó bien solía buscar á las antíguas conocidas de la calle de *Pasión Cruz*, donde bebían de lo bueno; y no perdía fiesta de su iglesia don-

de no fuese el primer convidado, y se alzase la mona y volverse á su casa hecho una bodega de cañazo, á sacudirle el polvo á la sufrida mujer, despertar al recién nacido, pisar el gato, alarmar el barrio y propinarle sus trompadas á la suegra, sin duda por aquello de que él no toleraba «suegras ni de azucar.»

Con semejantes desmanes y tratamientos que no correspondían á tal marido elegido por un Santo, volvió la suegra en recurso de queja á los piés de San Cristóbal, á quien espuso largamente sus razones y agravios. Mas como éste no le respondiese, ni aún se diera por entendido, no pudo ya ella contener su lengua, ni reprimir su cólera, y levantando la mano derecha, como para exasperarlo, apostrofolo así:

Quencha, santazo, cabezón,
Patazas, manazas y ladrón,
Hijo de un cuerno;
Te devuelvo al pillo que me distes
Para yerno.

Se ignora si el Santo contestaría en verso ó en prosa, ni lo que pasó después.

El hombre propone
Y Dios dispone;
Y un indio borracho
Lo descompone.



El Paquete

I

A cosa de nueve ó diez leguas de Potosí, camino á Sucre, y sobre el trayecto que conduce á la legendaria villa Talabera de la Puna, en las inmediaciones del pueblo de Bartolo, hállase la pintoresca finca de Mojotorillo, en una hondonada del terreno, circuida por colinas y murallones graníticos.

En sorprendente contraste con esas moles rojizas desnudas de toda vegetación, y que infunden melancolía, abigarrado apiñamiento de cerros sobrepuestos y picos elevados en cuyas concavidades tienen su inaccesible mansión cóndores y cuervos, aparece Mojotorillo como un verjel, ceñido por grueso cordón de altos eucalipts y coposos álamos y sauces.

En aquel huerto abunda variedad de frutas, desde las manzanas, melocotones, guindas, tunas, membrillos é higos, hasta las exquisitas y sabrosas fresas; muchas plantas y flores diversas, colocadas en macetas por los jardines y tajamares; y otros productos de las zonas intertropicales. Y, para colmo de dichas, se cosechan los renombrados choclos que constituyen bocado exquisito, no sólo para los maradores de la finca, sino para determinadas familias de Potosí, que gozan de aquellas fruiciones gastronómicas, como de un dón inesperado que les cae de lo alto.

Rozando por afuera con las altas paredes que rodean el huerto, corre un bullicioso riachuelo de agua fría, sobre lecho de menudas piedras- Los añosos árboles que con su sombra cubren parte de la corriente, inclinan sus ramas por sobre los tapiales, anhelando talvez mojar sus ramas en las cristalinas aguas que humedecen sus plantas.

En los tiempos del coloniaje, Mojotorillo fué propiedad solariega, patrimonio de senores nobles del país, que se extinguieron, como otros muchos, con los albores de la libertad, por el advenimiento de la democracia y la república. El edificio mismo parece conservar, como recuerdo material de aquella época, cierto aspecto severo, adusto cual fué la fisonomía de la huraña aristocracia de apolillados pergaminos comprados de la corona de España, á costa de dádivas y dinero.

¡Bendita sea la democracia que igualó á todos, moros y cristianos, tirios y troyanos!

II

A mediados del siglo pasado, Mojotorillo convirtióse de repente en predilecta mansión de espectros, hasta entonces nunca vistos allá, y dignos de figurar entre los cuentos extraordinarios de Hoffman ó de Edgar Poé.

Se trataba de un aparecido que en altas horas de la noche, salía de una habitación y recorría la casa y el huerto.

La noticia de estas frecuentes apariciones, cundió rápidamente entre los colonos de la finca y por los alrededores, á tal punto que aquellos huyeron á distancia, abandonando la casa. Hasta los viajeros que iban camino á Puna, procuraban que no se les anocheciera por Mojotorillo, apurando el paso de sus cabalgaduras, á fuerza de látigo y espuelas lloronas. Con tales recomendaciones, excusado parece añadir que no había individuo que pernoctase por aquellas cercanías, ni quien se robase los choclas.

Largo sería referir los sustos y percances que padecieron algunos descreídos que, se aventuraron á pasar la noche en Mojotorillo. Basta, para este relato, evocar del sueño de la muerte, el recuerdo de cierto

personaje, el doctor Manuel de la Lastra, abogado notable, afincado en varias partes, y que para más señas hasta era sordo, circunstancia que seguramente se tuvo también en cuenta para que, años después, llegare á ser nada menos qne Ministro de Hacienda en tiempo de Melgarejo.

Nuestro personaje que, á mayor abundamiento de fortuna, era casado con una de las propietarias de Mojotorillo, y como tal, tenía derecho para llegar á la finca, quedarse en ella y repartir órdenes, resolvió en cierta ocasión que viagaba á Sucre, pernoctar en ella é instalarse precisamente en la sala del Paquete, como se le llamaba á la pieza de donde salía el aparecido.

Ya fuese porque no dió importancia á los avisos y reflecciones de mayordomos y colonos, ó por comprobar la verdad, determinó, por lo mismo, quedarse allí, con acompañamiento de mozos y arrieros.

En una de las extremidades de la consabida sala, existía por entnoces una alcoba desocupada, que años atrás sirviera de lecho á los patrones de la finca.

Los viajeros, fatigados como estaban por el cansancio, no tardaron en tenderse en sus camas, nó sin algún recelo y frecuentes visuales á la alcoba, Apagaron la luz y á poco dormían todos profundamente.

Serían las doce de la noche, la hora solemne de los fantasmas y apariciones, cuando uno de los mozos creyó percibir algún ruído vago é indefinido, como cru-

jir de madera, hacia el interior de la alcoba, y luego el choque del eslabón y del pedernal que arrancaba chispas. Trémulo de terror, estiró el brazo como pudo, para despertar al doctor que dormía no léjos de él y también despertó á los demás. Allá en el fondo de la alcoba brillaba la luz de un cigarro con viva intensidad y podía distinguirse un bulto parado,—que á poco avanzó lentamente hacia los viajeros, haciendo resonar lúgubremente los tacones de su calzado en el pavimento de madera. El patrón estaba asombrado y, aunque no percibía las pisadas, veía perfectamente avanzar el bulto hacia los viajeros, pero se detuvo y quedó todo en sepulcral silencio. Instantes mortales, de suprema angustia y opresión de gargantas, fueron aquellos para los aterrados espectadores, quienes al fin como impulsados por un resorte, se levantaron á un tiempo atropelladamente y salieron de fuga, arrastrando consigo al doctor Lastra, que tampoco deseaba quedarse atrás.

No sabré decir dónde fueron á parar. Lo positivo, es que al día siguiente, alto yá el sol, fueron á recojer sus vestidos y equipajes, aparejaron mulas á la lijera, y siguieron viaje; no sin que más adelante, lejos ya del peligro, se les volviese el alma al cuerpo y les retozára la risa, burlándose por el susto que se habían llevado, y atribuyéndose mútuamente haber corrido á más y mejor.

III

Transcurridos algunos meses, la señora de Lastra emprendió también viaje á Sucre, á reuniase con su cara mitad; y como era más varonil que su esposo, quiso vengarlo del susto que recibiera, y resolvió alojarse con su comitiva de sobrinas y sirvientas. en la misma sala del Paquete, pues como se comprende. sabía ya lo ocurrido con su cónyuge. En vano fueron las súplicas y reflecciones que se le hicieron. porque ella decía ser inflexible en sus determinaciones.

Sin embargo, tomáronse algunas precauciones, como la de conservar la puerta entreabierta. para un caso de escapatoria, tener vela encendida toda la noche, dejar abierta una gran ventana, por donde penetrase la luz de la luna y acostarse á medio desvestir. Los mozos y colonos se instalaron en la antesala con orden terminante de estar listos al primer movimiento.

Tendióse la señora en su lecho, encendió un cigarro, según era su costumbre al tiempo de dormir, y se charló entre todas, neglijentemente hasta que se durmieron ó aparentaron estarlo. Pero á medida que avanzaban las horas, le subía insensiblemenre el sus-

to por todo el cuerpo, con involuntarias crispaduras de nervios y erizamiento de cabellos. ¿Qué podía ser? Nada, puras aprensiones. Todo quedó en absoluto silencio. Allá á lo léjos, por los extremos del huerto, sentíase el gemir de las casuarinas azotadas por el viento y el incesante chirrido de los grillos. Al fin, dominada también la señora por la fatiga del viaje, sintióse adormecidà levemente.

Media noche era por filo, y acababa de extinguirse el metálico canto del gallo, cuando sintióse en la alcoba un ruído como en la vez anterior: chocaron el pedernal y el eslabón, arrancando torrentes de chispas, y en el momento apareció un hombre en la puerta de la alcoba cigarro en la boca. En seguida, avanzó algunos pasos, y cual si quisiera ver y ser visto, detúvose en la ventana, recibiendo de lleno la luz de la luna. Era de irreprochable elegancia, un dandy, un lechuguino, de blanquísima camisa, riguroso vestido negro que sería talvez de paño, calzado de charol al parecer nuevo y corbata negra;todo un caballero muy paquete; pero le faltaba una cosa: no se le veía cabeza, sino desde el cuello para abajo. ¿No sería en vida algún calavera, y por eso se representaba sin cabeza? Permaneció allí de pié algunos instantes; luego aquella forma se alargó,haciéndose más ténue hasta perderse y desaparecer lentamente en el mismo sitio.

Por de contado, que todas las viajeras notaron el caso desde el principio; y quedaron como petrificadas en sus camas; no resollaban y les sobrevino un sudor

frio, y una laxitud de piernas, que se hubieran dejado morir de puro susto en sus camas. Al fin y al cabo una de ellas lanzó un grito estridente y despavorido; y todo fué levantarse, cuando las demás á la vez, arrastrándose como pudieron, llegaron á la puerta, y caminando ó cayendo emprendieron la fuga, agarrándose unas á otras, hasta llegar á un ranchito cercano á donde penetraron de golpe, más muertas que vivas. Por sabido se calla, que la señora varonil fué la que corría más fuerte.

Ya no les cabía duda que aquello era cosa de la otra vida, y que por ende Mojotorillo era inhabitable y sería mejor vender la finca.

IV

Efectivamente, Mojotorillo fué vendido poco tiempo después.

Años más tarde, cierto caballero de Bartolo, refirió que él en sus mocedades, galanteando á una dama que cuidaba la casa de hacienda de Mojotorillo, habíase disfrazado algunes veces para ahuyentar á todo vicho viviente, que por allá se asomase, y que él era el Paquete. Pudo ser esto evidente ó quizá una petulancia suya.

Lo positivo es, que el nuevo propietario, encon-

trando la casa desmantelada, emprendió una série de reparaciones formales, renovando las pinturas al fresco de las galerías, cambiando puertas y ventanas, los empapelados, los pavimentos, mandó desatar la famosa alcoba, por estar ya en desuso esta costumbre antígua y antihigiénica, y se dice que al picar las paredes de la alcoba para un nuevo revoque, encontróse allí con un gran tesoro, del cual no se tenía ni noticia.

Desde entónces desapareció el Paquete.



El robo del Copón

I

¡Qué confusión de frailes, y qué barullo de beatas!

¡Qué ir y venir tan temprano, y todos mirando al suelo! Si parecían locos de atar.

—¿Pero qué ocurre? ¿Qué les pasa á los Reverendos que á estas horas ya están todos en la calle, con las lucientes calvas en descubierto y seguidos por una procesión de mujeres que hablan hasta por los codos, y se meten las manos á la cara?

—Es que anoche se han robado el copón.

—¿Quiénes, las beatas? ¡Qué escándalo, señor!

—Nó, los ladrones, y están siguiendo los Padres las huellas del robo.

—¡Cómo! ¿Qué cosa? El copón? ¡Barajolines! hombre. Pues no faltaba más, que los cacos no han de respetar ni las cosas sagradas.

—Como usted lo oye; desde que ya no se fusila á tanto pícaro, estas y peores cosas todavía han de suceder. Por estos sacrilegios estamos sufriendo tantas calamidades.

II

Poco más ó menos, con su sal y su pimienta, debió ser éste el animado diálogo que numerosos grupos de espectadores sostenían en las esquinas inmediatas al templo de San Francisco de Potosí, allá por el mes de octubre del año 1860, cuando una mañana al despertarse la población, corrió la voz de que esa noche había sido robado el copón, formas y todo.

Aun no había salido el sol, arrebujado al amanecer por túnicas y gasas vaporosas, franjeadas de púrpura, por entre las fríjidas cumbres de *Karikari*, y ya una muchedumbre de curiosos de ambos sexos y toda edad, corría en dirección al convento, y se estacionaba por las inmediaciones, diseminada en corri-

llos, donde se charlaba largo y tendido sobre tan escandaloso robo.

Y no era para menos. Porque; santo y bueno que hayan robos en despoblado, y una que otra vez en los almacenes de comercio y casas ricas, ó algunos gatuperios al vuelo de relojes y carteras; pero que se cometan robos de cosas sagradas, y nada menos que el copón, ya eso era inaguantable. Sí señor, era preciso descubrir el robo, y á los ladrones sentarles la mano.

Las beatas que de todos los barrios habían acudido á paso menudito, al toque del alba á oír la primera misa, desafiando la intensidad del frío que es todo el año, y que presurosas se iban levantando de los confesonarios, envueltas en sus mantones hasta la punta de la nariz, cabizbajas, humildes, arrepentidas de los pecados cometidos, y pensando en los que estarían por cometer, cruzaban de un lado para otro, como sombras pavorosas las todavía obscuras naves del magestuoso templo, alumbrado á lo léjos por una brillante constelación de cirios que ardían en el altar mayor; se quedaron arrodillas al pié de la barandilla, con un palmo de narices y con la lengua afuera, cuando el R. P. celebrante de la misa, al retirar la *Sácra* y abrir la pequeña puerta de plata del *Siborio*, metió la mano y no halló el copón para dar la comunión. Extrañando no encontrar nada, acudió con una vela y tampoco parecía: aquello era extraordinario.

Asombrado el Padre, preguntó en castellano al lego y éste le contestó también en castellano, que el copón debía estar allí no más y que él no sabía nada. A la novedad aparecieron los demás religiosos que á la sazón estaban como escondidos en los confesonarios, se interrogaron mútuamente (nó los confesonarios sino los padres): las confesadas se levantaron de las barandillas y las que estaban por confesarse olvidaron hasta sus pecados y las penitencias, se formó un tumulto en plena iglesia y empezó el barullo. Se han robado el copón:—no parece el copón;—no se puede dar la comunión, porque no hay copón y hasta las pequeñas formas se han robado.—¿Pero quién puede haber robado el copón?—Mire bien hermano si está ahí dentro el copón.—¿Quién ha guardado en otra parte el copón?

Puede ya el lector imaginarse cómo sería esta babilonia:—todos hablaban y nadie se entendía.

Pero en lo mejor de la confusión, una voz femenina gritó: «aquí en el suelo hay una forma!»—Luego añadió una segunda: «aquí hay otra forma!»—Mas adelante, una tercera repetía: «aquí hay otra más!»—Presurosos los padres acudieron con luces, en pos de las formas esparcidas por el suelo y, á medida que avanzaban aparecían más, de trecho en trecho, como colocadas intencionalmente ó caídas al acaso en sorprendente derrotero. Mas no era solamente dentro del templo donde aparecían como señales, sino afuera por la calle á cortos intervalos. Toda la comunidad

religiosa y cuantas personas estaban en la iglesia, se lanzaron tras la providencial huella, torcieron calle á la mano derecha, observando el piso y encontrado invariablemente más y más formas, hasta llegar cerca á la plazuela de *Girón*, *Godines* y *Castillo*, vulgarmente llamada plazuela del *Tamarán.* La última forma se encontró junto al umbral de una puerta cerrada,—allí vivía un platero.

Los religiosos llamaron á la puerta, repetidas veces y al fin se abrió ésta. Cuéntase que encontraron fundido ya el copón. Lo recogieron en ese estado; hubo á puerta cerrada entre los frailes y el platero, un lijero careo que terminó por arrodillamientos del segundo, lágrimas y ruegos; pendón de culpas y olvido de lo pasado. Los frailes volvieron á su convento; y la muchedumbre se quedó sin saber lo positivo.

III

Al cruzar por una solitaria calle de los extramuros de Potosí, en la que aun se contemplan sosteniéndose contra la acción destructora de los tiempos, los últimos y macizos murallones que formaban la opulenta morada del *Calicanto* que perteneció al recordado millonario del siglo XVI, Antonio López de

Quiroga ó Quiroz, y siguiendo un poco más esa calle hacia Tamarán, veíase hasta hace pocos años un espectáculo que causaba sorpresa y espanto. En una sala baja y miserable de piso inferior al nivel de la calle y á donde seguramente se entraba el agua que corría por el arroyo en los días de lluvia, aparecía una mómia viviente. Era un anciano, de tez blanca, barba crecida color gris, arrojado al suelo en inmundo lecho de trapos viejos y que imploraba caridad á los pocos transeuntes que por allí pasaban. Su voz temblorosa parecía un éco de ultra-tumba salido de aquella pieza baja y obscura, cual un abismo. Era imposible detenerse á observar con atención ese espectro, porque su presencia causaba terror involuntario, un escalofrio indescriptible. Allí estaba personificada la misería humana, la pobreza suma, el hambre horrible y la deenudez del cuerpo. De las órbitas de esos ojos que brillaban con opacos fulgores, cual fuegos fátuos en noche lóbrega, caían algunas lágrimas de agradecimiento por la limosna recibida. Un hijo suyo, todavía niño, recibía en la puerta las monedas y las entregaba á su padre.

Decíase que este era el platero que robó y fundió el copón. Por lo menos, si él no fué el autor del sacrilejio, fué cómplice del delito y con conocimiento, fundió el vaso sagrado.

No pudo la justicia humana alcanzarle en su castigo, porque los religiosos se negaron á hacer revela-

ciones,—pero la justicia divina cayó inexorable sobre su cabeza. Estaba paralítico de piés y manos.

IV

No fué de buen agüero la visita pastoral que hizo á Bolivia el Iltmo. Obispo de la Serena, don José Ignacio Víctor Eyzaguirre, que vino como ab-Legado apostólico. Porque hallándose este prelado en Potosí, ocurrió el robo del copón del templo de San Francisco; y un mes más tarde, hallándose en la capital Sucre, en momentos en que administraba el sacramento de la confirmación en el Oratorio de San Felipe Nery, le robaron del pecho su valiosa cruz pectoral de esmeraldas y rubíes.

No sabré decir si pareció como el copón la pectoral.

¡Qué ladrones tan finos!

Lo cierto es que por entonces, los discípulos de Caco estarían apuraditos por dinero y alhajas y que no debían ser muy melindrosos para andar desechando robos, esto quiero y esto no quiero.

Lo que es ahora......... siguen lo mismo.





Torito, aquí está Moncayo

I

De entre todas las ciudades de Bolivia, Potosí es la más rica en tradiciones populares, de aventuras y cuentos fantásticos de los revueltos tiempos del coloniaje y aun de la república; amén de que sus riquezas mineras, le han dejado nombre proverbial en todo el mundo.

A través de los siglos transcurridos desde su fundación hasta nuestros días y de las mudanzas de costumbres y gobiernos, conserva todavía cierto aspecto de severa apariencia, cual si fuese un patriarca que en sus mocedades derrochó la herencia y que anciano, ha venido á menos, complaciéndose, al calor del

hogar, en referir á los suyos, en grupo de familia, los sucesos mas notables de su tiempo.

La mayor parte de las calles permanecen estrechas, al gusto de las antíguas poblaciones moriscas de la madre patria, y no es hipérbole afirmar que hay algunas donde dos personas pueden darse la mano de vereda á vereda: verbi gracia en la calle de la Ollería.

Aún perdura cierto sabor colonial; y, en cada calle ó callejón, en cada plazuela ó arrabal, sobrevive un recuerdo vago, ya lejano, perdido entre las brumas de un pasado tumultuoso de aquellas épocas lejendarias en que la plata corría como un río y era derrochada en profusión; en que la Imperial Villa estaba perpétuamente dividida en partidos políticos que se perseguían y exterminaban encarnizadamente, como los vazcongados, los estremeños, andaluces, catalanes y vicuñas. Por lo demás, los potosinos son de lo mejor que conozco en la familia boliviana: sóbrios y circunspectos, trabajadores tenaces, sinceros á toda prueba, patriotas sin petulancia y valientes como leones. Potosí es uno de los pueblos que ha luchado más, en todo tiempo contra los tiranos de afuera ó de adentro de casa. Durante el coloniaje, alzó varias veces el gallo contra la madre patria y caro tuvieron de pagarla en la horca, Sebastian de Castilla, Godines, Girón, Alonso de Ibáñez, Hoyos y otros insurrectos, que muy temprano ya soñaban con la patria nueva. En nuestros tiempos, está fresco el re-

cuerdo de la célebre batalla de la Cantería el 28 de diciembre del año 1866 y las barricadas del mes de noviembre del año 1870, ámbas acciones heróicas contra la brutal dominación de Melgarejo.

II

Pero, lo que sobre todo revela el apego á las costumbres tradicionales españolas, la inmutabilidad de sentimientos y recreaciones populares, son las famosas corridas de toros en los días domingos y lunes de carnaval. Todo podrá borrarse,desaparecer ó modificarse; podrá la población rejuvenecerse y adquirir fisonomía moderna; pero jamás, jamás, eternamente jamás desaparecerá el gusto por las corridas de toros en aquellos días clásicos de regosijo general. Derrúmbese antes el hermoso obelisco donde se hiergue la estatua de la libertad en la plazuela Pichincha; caigan convertidos en polvo sus numerosos templos; inúndese otra vez la población con un rebalse de sus lagunas como en 1625; *aízense* todas las minas; aplástese y vuélvase pampa el soberbio cerro rico de Potosí; todo, todo podrá consentirse, menos permitir la abolición de las corridas de toros.—No faltaría más!

El año 1880, cuando la guerra con Chile, el Gene-

ral Nicanor Flores era en Potosí Prefecto y Comandante General, Jefe Superior, Político y Militar del Sud, que es cuanto en antojo hay que desear en materia de títulos, campanillas y entorchados. Potosí estaba escueto: porque moros y cristianos, güelfos y gibelinos, andaban por la guerra armas en mano y paso redoblado por las fríjidas y áridas comarcas de Porco, Lípez y Tomave, enrolados en el «Reconquista», el «Bustillos», el «Chorolque» y otros cuerpos de línea que componían la 5ª División.—Que el General Flores era de pocas pulgas, muy dado á meter en vereda á todo el mundo; ríjido militar y algo maluco, lo dicen todos en Potosía; porque no hubo día en que en saliendo á la calle á la pesca de reclutas y escondidos, no rompiese de paso con su descomunal bastón ollas y cacharros que encontraba en las veredas, con gran consternación de cocineras y picanteras. ¡Y mucho cuidado con que alguien tociera fuerte ó levantase la voz en presencia de su Gracia; porque en el acto caían en desgracia y entónces era aquello de «aquí te quiero escopeta » Un par de mojicones; haber cuatro tiradores que lo fusilen; quinientos palos encima y después que salga desterado al Guanay. Digo que el General debió ser más ágrio que un limón. Divisar á don Nicanor por esas calles, esconderse de él y escuchar el cierra-puertas en todas las casas, como si viniera un toro, todo era uno.

No quedando jente disponible, ni muchachos que no hubiese enrolado y remitido al ejército, en cam-

paña, esperó el domingo de carnaval para hacer su agosto. La corrida estaba empezada y asomábanse tímidamente algunos artesanos, viracochas é indios emponchados, con la honesta intención de capear los toros, cuando de improviso se vieron rodeados por patrullas de soldados que, alzados y á las volandas, se los llevaban al cuartel. Verdad que muchos fueron los llamados y pocos los escojidos, porque la mayor parte resultaron ser cojos, mancos y otras invalideces, pero siempre algo bueno se recojió de la cosecha.

Al día siguiente, lunes de carnaval, no hubo corrida de toros; las trincheras, tablados y balcones, aparecieron vacíos y no se vió alma viviente que saliese á la calle, ni pensara en el carnaval ni en los toros.

Junto con los vecinos se encerró la murmuración á piedra y lodo; empezando á fermentar el descontento del pueblo por semejante violación de costumbres y garantías: y otros argumentos. Desde entónces, cada vez que se presentaba en público su Gracia, oíanse voces salidas como de lo alto de los techos ó de las rejas de los zotabancos que le gritaban ó injuriaban sin descanso: ¡Y busque usted á esos pájaros! Regresaba el General á Palacio con la bílis revuelta y un humor diabólico, que regularmente descargaba en su ayudante ó en el primer ordenanza que se presentaba. No estoy en lo cierto si la dimisión del General Flores sería ocasionada por el descontento popular, mo-

tivo á la mala jugada en los días de toros ó por otras razones del servicio público.

Lo cierto es que, años antes había ocurrido el caso de haberse escapado de la plaza un toro, atropellando trincheras, con estrepitoso derrumbamiento de tablados inmediatos, atestados de espectadores de chaquetas y polleras. El vicho se largó cuesta abajo y queriendo probablemente despistar á sus perseguidores, metióse por un angosta callejón sin salida, de donde á la sazón cruzaba pacíficamente un español, vecino antíguo de la Imperial Villa y que, como todo buen hijo de la madre España, entendía más ó menos el arte de Frazcuelo y Lagartijo. Como en Potosí la capa es una prenda indumentaria de uso diario en todo el año: nuestro viejecito, al encontrarse de improviso con el toro, metidos ámbos en el mismo callejón, quitóse la capa y empezó una série de suertes tan arriesgadas y felices, que los espectadores reunidos á retaguardia, aplaudían á más y mejor. Al fin atrajo al vicho hácia un rincón, para que dejase libre la salida y esperó allí la embestida; pero el español dió un salto de costado, tiróle la capa al toro y escapó hasta la calle. Desde entónces aquel sitio se llama la *esquina del toro chojñi* (1).

---

[1] «Chojñi» en quechua,—signínifica ciego, vizco.

III

Más, ya es tiempo de que entremos en materia.

Por los años 187.... comía queso y bebía pisco en Potosí, don Manuel Moncayo, humilde servidor de ustedes, caballero entrado en años, muy circunspecto, de intachable conducta, funcionario público de probidad y por cuyas venas corría sangre pura gallega de no muy remota procedencia, salvo el mejor y más acertado parecer de ustedes.

Según la tradición, la corrida de toros aquel año fué por extremo animada y concurrida, pues se lidiaron los más feroces cornúpetos traídos de la quebrada de Mataca. Uno de ellos se entró á la casa de Justicia y otro, al salón Municipal, en persecución de capeadores.

La plaza principal convertida *ad hoc* en plaza de toros, aparecía rebosando de concurrencia que se desbordaba. Todo el circuito del anfiteatro presentaba un aspecto delicioso, por lo variado de matices, desde la encopetada aristocracia y burguesia de fruncido ceño arrellenada por las galerías de la Prefectura, casa de Justicia y edificios particulares, hasta la bullanguera democracia de jubones y polleras, chaquetas largas y levitas viejas, que en confuso apiñamiento y

rabiosas protestas, se extendía en segunda y tercera fila por los andamios y tablados, parapetada por trincheras de tísicos palitos. Aun las cuatro esquinas de la plaza contenían espectadores de á pié, en grupos compactos, dispuestos á escapar y dispersarse según las circunstancias. Sólo la vereda de las Cajas Reales, donde la Municipalidad tenía su repartición, en la planta baja, había quedado sin defensivo de trincheras; porque los ediles preferían espectar de otra parte. Así es que allí, aglomerábanse líbremente, los subalternos municipales y algunos particulares, tranquilamente y sin recelo alguno, como si tuviesen pacto secreto con los toros. Entre los espectadores de esta vereda, aparecía don Manuel.

Soltaron al fin el mejor berrendo, color *gateado* que salió á saltos, arremetiendo furioso dominguillos y canastos de frutas apiladas, á especie de cebo para atraer muchachos que ofrecer al vicho. Dio una vuelta rápida como reconociendo el público y se plantó en media plaza, esperando el resultado. Los mosqueteros de las esquinas, escaparon trepándose á las trincheras; y los jinetes huyeron presurosos, calle afuera, reventando cinchas y perdiendo sombreros. Poco á poco, entre silvatinas y golpear de latas, comenzaron á descolgarse algunos capeadores, algo medrosos, poncho en mano, caminando hacia el toro casi á gatas con más ganas de retroceder que de avanzar. El mataqueño permanecía inmóvil haciéndose el zueco y de vez en cuando levantaba el testuz para

ahuyentar impertinentes. Los capeadores se aproximaban lentamente en círculo á distancia que iban estrechando. Entre éstos apareció uno por la puerta de la Municipalidad, provisto de un rebozo colorado, llamando al vicho; éste le echó la vista encima, escarbó el suelo y retrocediendo algunos pasos, se lanzó de un salto sobre el provocante que huyó hacia las trincheras, pero con tal desgracia que al llegar dió un tropezón y cayó: el toro ya lo tenía cojido, cuando de la misma puerta del salón Municipal le arrojaron una manta.—¿Esas tenemos?—Pues dejando lo uno por lo otro, allá me voy diría el toro para su enjalme, y de otro salto se plantó en la puerta y se entró al salón en persecución de fugitivos que cayendo y levantando se refugiaron adentro, subiéndose á la mesa del presidente, en confuso tropel; uno de estos era Moncayo, q e por su gravedad no corrió tan fuerte, alcanzando apénas á meterse bajo la mesa, oculto por el terliz. El toro llegó hasta la barandilla y allí se detuvo, arañando el alfombrado y complacido sin duda, de aquel enjambre de ociosos que se empujaban mútuamente. No faltó un chusco que le gritase: torito, aquí està Moncayo, señalando bajo la mesa:—torito, aquí está Moncayo. A todo esto, el aludido ni resollaba siquiera, temiendo ser descubierto por el torito. El barullo fué colosal y de todas las esquinas de la plaza acudieron á ver lo que pasaba en el salón de sesiones del H. Concejo. Con la aglomeración de jente, el toro dió media vuelta y

lanzándose de nuevo en pós de malandrines, salió á la plaza.

Restablecido el órden en el salón, bajaron todos á tierra y saliendo entónces de su escondite don Manuel, se encaró al denunciante: «qué hombre tan imprudente, avisarle á semejante bruto que yó estaba encondido tan cerca: no lo vuelva á hacer amigo.»

Y así acabó aquella memorable corrida, entre sustos y risas.

El cuento perdura hasta el presente.





La conspiración de los esclavos

[HISTÓRICO.]

I

Así andaban las cosas.

Noticias casi consecutivas habían llegado á la *muy noble ciudad de Santa Cruz* y cundido por los alrededores, de que el 25 de mayo de 1809 había estallado en Chuquisaca un movimiento político, al grito

de libertad, á cuya consecuencia fuera preso y depuesto de su cargo, nada menos que el Presidente de la Real Audiencia de Charcas, don Gonzalo Pizarro;— y qué, á poco andar, había estallado en La Paz, el 16 de julio del mismo año, una revolución formidable, apoderándose los revoltosos á fuego y sangre del palacio de Gobierno, donde hubieron muertos y heridos: que hubo sesión de Cabildo á puerta abierta para tratar asuntos de importancia y que el pueblo en plena insurrección, había pedido y obtenido del Cabildo, entre otras cosas, la renuncia obligada del Obispo La Santa.

Estos rumores traían inquietos los ánimos en espectativa de acontecimientos mayores en estas colonias.

Como en todas partes, los propietarios y agricultores de Santa Cruz, poseían numerosos esclavos, comprados á precio de oro, que se ocupaban en labranzas agrícolas y en el servicio doméstico. Estos últimos, cojiendo al vuelo en las conversaciones de sus amos algunas palabras que revelaban oculto temor de sucesos sangrientos y cierta inquietud general, porque los tiempos se aproximaban, no dejaron de trasmitirlas á los demás de la raza, con el aditamento tergiversado, de que el Rey de España había otorgado Real Cédula de manumisión en favor de todos los esclavos habidos y por haber de estos sus muy amados dominios.

Por demás plausibles para ellos, eran estas nue-

vas y esperaban con impaciencia que de un día á otro el señor Gobernador Intendente, Coronel don José Antonio Seoane de los Santos, en acatamiento y obediencia á los mandatos de su magestad.colocándose en la cabeza la susodicha Real Cédula y besándola en seguida, mandaría publicarla en todas las esquinas de la ciudad por bando solemne, á són de bombo y clarín.

Ensayando la futura libertad, señalaron como punto de reunión general, el lugar de Bríjida, dos millas al norte de Santa Cruz, á donde en grupos numerosos acudían los domingos y demás fiestas de guardar, no sólo de la misma ciudad, sino de las fincas cercanas; alcanzando á contarse por aquel tiempo, según tradición, hasta ochocientos esclavos. Allí entre danzas y copas ván, copas vienen de aguardiente, regosijábanse de antemano en la soñada libertad; se contaban sus padecimientos y fatigas; la dura condición de esclavitud en que vivían como bes-, tias humanas; la negra suerte que les esperaba y la negra noche sin fin de su pasado. Y no eran pocos los que estimulándose mútuamente con sus narraciones llegaban hasta revelar guardados rencores contra sus señores y jurar terribles venganzas.

Varias asambleas habían celebrado los esclavos y no sabían cuando se publicaría la famosa Cédula de manumisión, lo cual traíalos cada vez más cavilosos y sombríos; llegando hasta poner en duda la existen-

cia de tal Cédula, lo que, por cierto, causó mayor exasperación: pues habían tragado la píldora de su libertad y no era cosa de quedar burlados por los blancos. Alguien aseguró que la Cédula existía real y positivamente, pero que nunca se le daría cumplimiento; porque, el Gobernador Intendente Coronel Seoane, que era quien poseía mayor número de esclavos, se oponía y aún había remitido al Virrey un extenso pliego de respetuosas observaciones para que la esclavitud se prolongara, ó por lo menos se efectuara parcialmente para no privarse de golpe de sus brazos y servicios.

Lo positivo es que la anhelada manumisión, sólo existía en el cerebro de los negros, pues ni José Bonaparte que, por intruso, á la sazón era Rey de España, ni sus antecesores los Borbones, jamás habían pensado en semejantes concesiones. Pero los esclavos que nada sabian de las cosas de España, porque no eran asuntos como para ellos, sólo querían ser libres cuanto antes, sin importárseles cómo ni por donde. Sufridos de sobra estaban para aguantarse más tiempo el peso de sus cadenas ni el látigo de los mayorales que corría sin misericordia sobre sus desnudos lomos.

La tempestad revolucionaria que á lo léjos se desencadenaba con furor en otras colonias, llegaba á oídos de ellos vagamente en gratos estremecimientos de sorprendentes dichas y dulces melodías, jamás hasta entónces escuchadas. Parecía el alborear de

un nuevo día, de esperanzas desconocidas é inefables. Era que se luchaba ya por la libertad, en los campos de batalla y que el estampido del cañón llamaba á todos los hombres del Nuevo Mundo á la obra común y bienhechora de la emancipación de las colonias y la redención de los esclavos.

La tardanza con que á juicio de ellos procedía el Gobernador en dar cabal y sumiso cumplimieuto á las órdenes del Rey, era como artículo de fé para los esclavos, cuestión de egoismo y conveniencia. Un negro, que por analogía con su color, apellidábase Negrete, secundado por otro llamado Franciscote, capataz díscolo y subversivo del mismo Coronel Seoane, eran quienes azuzaban y sujerían ideas extrañas, acaudillando á los esclavos. Si hasta tal fecha,—decían ellos,—no se cumple lo que manda el Rey nuestro Señor y se publica el bando, nos tomaremos la libertad por nuestras manos.

Como se vé, las pacíficas esperanzas, tornábanse en el transcurso de pocos meses en iracunda desesperación. Había surjido el eterno odio de razas y era la más numerosa quien debía prevalecer. Los esclavos conspiraban contra sus patrones:—y día más, ó día menos, algo extraordinario tenía que suceder porque la situación ya era insoportable y en la demora había peligro de ser descubiertos. Finalmente, los cabecillas, no hallando otro remedio, pensaron que lo mejor sería tomar la revancha contra todos los blancos y no dejar uno vivo, para lo cual era ocasión opor-

tuna la festividad de Nuestra Señora de la Asunta, el día 15 de agosto, en que como de costumbre se congregaba todo el señorío en casa del Gobernador Intendente Coronel Seoane, donde venerábase con esa advocación una preciosa imajen, á devoción de la familia y del vecindario todo.

Consultado este punto con la negralla, fué aprobado por unanimidad, sometiéndose cada uno gustosamente á desempeñar la más arriesgada comisión que quisieran confiarle los caudillos y juramentándose todos á observar un absoluto silencio y no hacer revelaciones de ninguna clase, bajo pena de la vida. Quedaban complicados en la conspiración los criados y hasta las amas de crianza, quienes por lo menos colaborarían con su discreto silencio y el espionaje.

A todo esto, los propietarios y patrones no ignoraban las frecuentes escapatorias de sus esclavos á Bríjida, ni pasaba desapercibida para ellos, la inusitada altivez á especie de rebelión que á las claras se notaba en toda la esclavatura. Mas no sospechaban cuál podía ser la causa de este proceder, aunque algunos de ellos consultaron el caso con el Gobernador, que tenía entre manos parecidos informes de los suyos, á que no daba importancia. Interrogadas las sirvientas y esclavos menudos, contestaban, aparentando actitud de idiotas, que no sabían nada. Mas, los patrones presentían algo indefinido y concordaban en sus apreciaciones y temores.

II

Pero retrocedamos un poco en el órden cronológico de los sucesos, para mejor informar al lector acerca de algunos acontecimientos anteriores que se enlazan con lo principal de nuestro relato.

Diez ó doce años antes, el Coronel Seoane, que así era noble por su alcurnia como fiel vasallo de su magestad y católico, apostólico, romano de cepa vieja, había hecho traer de Nápoles una preciosa imajen de la Asunción, la misma que tardó muchos meses en llegar á Cobija ó Arica, que eran los únicos puertos por donde se efectuaban las internaciones á estas colonias del Alto Perú y que proveían á todo el territorio, incluso los remotos pueblos de Mojos y Chiquítos. Verdad que en estos la falta ó escasés de mercaderías de ultramar, aprendieron los naturales á suplirla con las afamadas telas que en abundancia y fina calidad, salían de sus innumerables telares que abastecían no sólo para su propio consumo, sino que aún alcazaban para la ciudad de Santa Cruz. Todavía á mediados del siglo pasado encontrábanse en el comercio las telas mojeñas ó chiquitanas, pero desde que se abrió al tráfico la navegación del Madera en conexión con las plazas de Europa, y el Paraguay con

las del río de la Plata, las manufacturas del país desaparecieron lentamente ante la invasión y la moda de las telas extranjeras.

Desembarcada pues la imajen en uno de los nombrados puertos del Pacífico, la llevaron á Santa Cruz por Cochabamba, á lomo de béstia, bien encajonada y acondicionada, rellena de algodones con todos los cuidados y miramientos del caso, Estos viajes á tan largas distancias y por los horrorosos caminos y precipios de aquella época, que ahora son todavía lo mismo, eran la vida perdurable.

Cuando se tuvo allí noticia positiva de que la preciosa carga se aproximaba y que de un día á otro, cuando menos la esperasen haría su entrada triunfal, el Coronel Seoane hizo grandes preparativos para recibirla y parece que hasta publicó bando para el amejoramiento y ornato de la población, como que hubo blanqueo general de casas y composturas de puertas viejas. Se supo al fin con certeza el día de la llegada; el Gobernador Intendente invitó por oficio al Cabildo Eclesiástico y verbalmente á los Alcaldes de primero y segundo voto, á los Regidores, á todos los curas, á los amigos y al pueblo en masa, para que salieran al encuentro de la imajen, cuya belleza artística nada ponía en duda, con decir que procedía de Italia, el país de los grandes artistas.

Aquel día fué de júbilo y jeneral contentamiento; repique de campanas, formación de milicias; asueto en las escuelas y jinetes que cruzaban por todos

lados á galope tendido hácia la pintoresca llanura del Pari, á inmediaciones de la ciudad, por donde tenía que llegar la ilustre viajera, precedida ya de la fama de algunos milagros hechos en el camino, según afirmaban los arrieros.

Para más señas y tratándose de una recepción que revestía carácter oficial, determinaron los señores capitulares y todo el clero salir en corporación, revestidos también de capas pluviales, llevando cruz alta, incensario y los cantores de la catedral. Porque acordado estaba recibir la imajen en una casa-quinta de los suburbios, desencajonarla, vestirla con todo lujo y hacerla entrar en andas, en magnífica procesión, donde se haría derroche de buen gusto y entusiasmo desbordante. El trayecto que debía recorrer la procesión estaba repleto de curiosos; y allá en el Pari hormigueaba la muchedumbre. Al final, divisóse una columna de polvo que se levantaba del camino: eran las cargas en que venía la tan esperada imajen. Pero, en el instante mismo en que éstas se aproximaban á la casa-quinta y el jentío se apiñaba formando calle, chillaron los clarines, redoblaron los tambores como un trueno fuerte; arrimolinose la jente, oyóse la orquesta, creció el barullo y en la confusión y transportes de alegría, los muchachos reventaron camaretas y soltaron petardos que cruzaban rasgando el aire y estallaban en las alturas. De remate, los milicianos hicieron una descarga de fusiles y hasta hubo un par de cañonazos. Al oír estos es-

truendos, las mulas se asustaron, pero aquella en que precisamente venía la sagrada carga, se encabritó peor y no pudiendo ser á tiempo contenida, dió algunos saltos y cozes á diestra y siniestra y salió disparando por entre la multitud, haciendo bellaquerías, en dirección á la ciudad, hasta perderse de vista por entre los huertos y callejuelas próximas.

Difícil sería pintar la consternación de la concurrencia ante semejante desgracia. Una ansiedad jeneral, un dolor mudo, intenso, se apoderó de todos, quedando como petrificados en sus puestos y siguiendo con la mirada á la malhadada mula, hasta que desapareció sin saberse por dónde. Los granujas y escolinos, fueron los primeros en lanzarse en persecución de ella y luego el jentío precipitóse á la desbandada en completa dispersión á tomar el atajo por donde cada cual suponía mejor. Los canónigos y curas dieron también algunos pasos largos y achacaban la desgracia á tantos pecadores y pecadoras que allí habían concurrido. El Gobernador, que montaba un brioso corcel, lujosamente enjaesado, echando enérjicas interjecciones de cuartel que daban susto, apostrofaba á los arrieros, llamándolos brutos, canallas, zamarros y otros elojios por el estilo y de paso hacía pisotear con su caballo, á cuantos peatones estaban por descuido cerca de él. De buena ó mala gana, clérigos y milicianos, tuvieron que seguir la corriente de la muchedumbre, puesto que ya nada tenían que hacer en aquel sitio y se encaminaron á la cui-

dad. Pero he aquí que no habían transcurrido quince minutos, cuando con sorpresa y estupefacción recibieron las primeras noticias de que la consabida mula había entrado á todo correr á la ciudad, dirijiéndose sin la menor equivocación hasta la casa misma del Gobernador, donde precisamente debía llegar en procesión y allí, en la mitad de la calle se había parado. El caso era extraordinario, portentoso, verdadero milagro.—Cero y vá uno.

La concurrencia volvió á reunirse y se estacionó en la plaza principal y en la casa del Gobernador, comentando el suceso.

La sorpresa creció de punto, cuando al abrir el cajón, encontraron que la imajen estaba intacta y sin la menor novedad, como si tal cosa no hubiera sucedido.—Cero y ván dos.

Esta nueva, produjo delirios de entusiasmo. Los semblantes rebosaban de alegría. Hubo que colocar destacamentos de guardias y centinelas por todas las puertas, para impedir los oleajes de la muchedumbre que amenazaba tomar la casa por asalto.

Entre las señoras de edad convidadas que esperaban en la casa, había una que sufría muchos años, de una incurable enfermedad á la nariz. Se lanzaron todas ellas á ver la imajen en el momento que fuese descubierta; y quedaron maravilladas ante su hermosura. La buena señora tomó al descuido un poco del algodón que cubría el rostro de la imajen, retiróse á un rincón donde, en un altar portátil cubierto por

un gran dosél recamado de oro. ardían algunas ceras;—allí encendió el algodón, sin que nadie lo notase, absorvió el humo y, cuéntase que. al momento cayeron dos gusanos que le obstruían la nariz. quedando en aquel punto completamente curada de su antígua dolencia. En el acto, la señora proclamó este nuevo milagro y la noticia circuló en un instante, recayendo en ella la curiosidad jeneral. No cabía duda de que la imajen de Nuestra Señora de la Asunta, era de lo más milagroso que se había visto y oído contar.—Cero y ván tres.

III

Ejecutoriada estaba pues la fama con que desde su llegada dióse á conocer la Vírgen de la Asunta. cuyos favores y prodijios no cesaron. Su fiesta celebrábase con una pompa y magnificencia sin igual, como que también había sido declarada y reconocida como Patrona de Santa Cruz. Aquellas fiestas eran de ver. Por la mañana, en la Catedral misa solemne pontifical, sermón largo, salpicado con citas de Apóstoles y Santos padres en latín como para que nadie los entendiese; coro á toda orquesta, comunión general de las devotas y absolución papal. La Catedral resultaba estrecha para tanta concurrencia; de los señores cabildantes y empleados no faltaba uno en

los escaños, pero el Gobernador siempre aquel día se llevaba la flor entre todos. Escusado será añadir que además había en la plaza formación de milicias, á la que no faltaba nadie porque no había temor ninguno.

Por la tarde había corrida de toros bravíos de renombrada corpulencia y fiereza, traídos exprofesamente para estas ocasiones, de las pampas de Mojos con más los respectivos capeadores indíjenas canichanas de San Pedro, que eran los únicos que osaban presentarse en la palestra: item más, palo encebado, plato de miel, rompe-cabezas, ensacados, juego de cabrito, sortija, carreras de caballos, riñas de gallos y otros pasatiempos y jolgorios, amén de algunas peleas que nunca faltaban para dar calor y animación á la fiesta.

Y por la noche, mientras la aristocracia de sangre azul y empolvada melena, pantalón corto y médias largas de seda, con zapatillas de terciopelo azul-turquí, ajustadas por afiligranadas hevillas de oro lejítimo de Chiquitos, ocupaba los amplios salones de la casa ó se derramaba exbuberante por los corredores de la casa en busca de aire fresco, saboreando de rato en rato los exquisitos vizcochuelos que pasaban en bandejas de plata, con ricos quesillos y suculento chocolate de San Ignacio de Mojos, acaso igual ó mejor al afamado soconusco de Méjico; la alegre democracia de chaqueta corta y pantalón ancho, faldas blancas y camisas escotadas, divertíase á su gusto en

la misma calle y en la plaza, contemplando de lejos á la querida imajen que se ostentaba en el salón del Gobernador á la vista del pueblo, el que, al aire libre entonaba sus cánticos y alabanzas místicas, refres cando de paso la palabra, con sabrosas mistelas color anaranjado, servidas en el acto por *manibus angelorum* ó percibiendo el incitante tufillo de las pastelerías instaladas en media calle. Todo esto era delicioso, atrayente y alegre, como que no faltaban mocitos de pechera bordada que preferían escapar de los salones de la casa para escabullirse y mezclarse entre el pueblo que todavía entonces no era soberano, sino vasallo; lo hacían quizá por ver de cerca y escuchar mejor las sonatas de los indios de Buenavista y Santa Rosa, reputados como eximios músicos en toda clase de instrumentos y que venían contratados para tocar en la noche del 15 de agosto.

IV

Señalada como estaba por los conjurados la noche del 15 de agosto, año 1810, para acabar á degüello con todos los blancos, no faltó esclavo de la ciudad y de las haciendas que no asistiese á la festividad de aquel día; mezclándose y escurriéndose por entre la concurrencia y observándolo todo de paso,

hasta el vuelo de una mosca, por sí se descubriese algún peligro contra ellos. El día transcurrió alegremente para el vecindario, sin que nadie sospechase, ni remotamente el inminente riesgo en que todos se hallaban y la hecatombe preparada por los esclavos para esa noche.

La hora prefijada, era entre ocho y nueve, cuando todo lo mejor y más escojido de la sociedad cruceña se hallase en casa del Gobernador; y la señal para lanzarse á la obra, debía darla el sombrío capataz *Franciscote* con un sólo de violín que tenía pensado ejecutar en el salón donde se hallaba la imajen; pues aquel era considerado y tenido como el mejor violinista de la ciudad, Y á fé, que el arco del violín rozando contra las cuerdas, era en aquella ocasión siniestra un sinonismo de degüello.

La gran mayoría de los conjurados aguardaban en la calle y apenas unos pocos de confianza habían penetrado á la casa, en reducido número, para no infundir recelos con la invasión de todos.

Faltaba una sóla cosa, y era que uno de los esclavos sirvientes de Seoane, ignoraba estos planes que no se le habían comunicado, conociendo la adhesión á sus amos y la certeza de que inmediatamente serían delatados los conspiradores. Sin embargo, era forzoso contar con él, aunque fuese á última hora; y, para desempeñar esta arriesgada comisión ofrecióse Franciscote por el ascendiente que tenía en la servidumbre. Con efecto, celebróse una corta conferencia en

un pasillo de la casa, habiéndose alarmado el esclavo fiel á las primeras palabras que oyera del terrible plan que en esos instantes debía realizarse, pero luego pareció tranquilizado, concluyendo por dar su asentimiento: cualquier negativa suya importaba también su victimación.

Una vez asegurado el último nudo de la infernal trama, volvió Franciscote al salón de la fiesta, donde debía esperar á que le tocase el turno de violín. Por afuera sentíase á intervalos un lijero murmullo indefinido que bien podían ser los ecos de la alegre muchedumbre, mezclados con las señas y contraseñas de los conjurados ya impacientes. Entretanto, el esclavo fiel, cuyo nombre no ha conservado la tradición, aparentando estúpida indiferencia, volvió á salir cargado de bandejas repletas de chocolate: y, al pasar por la habitación separada donde se hallaba el canónigo Seoane, hermano del Gobernador, jugando á la sazón una partida de tresillo con dos ó tres canónigos más, al dejar el negro en la mesa el pocillo de chocolate, como quien nada dice, comunicóle en cuatro palabras cuanto de grave ocurría y que inmediatamente diese aviso al Gobernador, porque antes de un minuto debía empezar Franciscote su sólo de violín y entónces ya sería tarde.

El canónigo levantóse lentamente de su asiento, para no alarmar á nadie, buscó al Gobernador y al oído le reveló cuanto pasaba. El Gobernador procediendo por su parte con la misma discreción, no hizo

el menor movimiento y limitóse á dar órdenes secretas á un allegado suyo, el cual disimuladamente consiguió salir á la calle por entre la apiñada multitud de esclavos que ya invadía los patios y corredores.

Había callado la orquesta y era llegado el momento fatal en que empezara el solo de violín, cuando sintióse por la calle un confuso tropel, voces de mando y ruido de armas: un piquete de fuerza armada, bala en boca y bayoneta calada llegaba á toda carrera:—tomaba posesión de la casa y de las boca-calles é intimaba el alférez que nadie se moviese so pena de la vida.

Alarmada quedó la concurrencia con este inusitado movimiento de soldados repartidos por todas las puertas; sin saber á qué atribuir el caso; pero la alarma se convirtió en indescriptible terror, cuando tomadas las precauciones del momento, se supo la verdad. La confusión fué mayúscula; todo el mundo se levantó y quiso escapar; pero la salida estaba cerrada por centinelas. Las señoras se desmayaron en sus asientos; las jóvenes corrían como alocadas de un lado para otro; y en cuanto á los varones, se les enfrió á todos el chocolate. Incontinenti ordenó el Gobernador fuesen amarrados y requisados todos los negros y á todos ellos se les encontraron enormes fácas y garrotes. No sabían los esclavos lo que les pasaba, ni atinaban á esplicarse cómo había sido descubierta la conspiración. Por grupos fueron sacados de la casa y llevados al cuartel, sin que en el trayec-

to les diesen los soldados algunos mojicones y rebencazos á los resongones. Concluído el acarreo de presos, quedó en libertad la concurrencia para retirarse, dispersándose todas las familias en estrepitosa algazara y temiendo en cada esquina un encuentro de negros. Era tal el susto, que no les llegaba la camisa al cuerpo.

Entretanto, la democracia estacionada en la plaza y calles adyacentes, se evaporó en un instante, dejando olvidados sombreros y bufandas, sartenes y cacharros.

Al día siguiente, desde la salida del sol, se veían tres horcas levantadas frente á la Gobernación: y oíanse en el cuartel inmediato el chasquido del látigo que caía por miles, sin misericordia sobre las negras espaldas de los esclavos, tendidos en fila y sujetos al suelo por gruesas correas amarradas á las estacas. El zumbido de los látigos y el vocerío de los negros, quedaban apagados por los redobles de tambor y toques de clarines. Todo el día cayó el látigo de los soldados y corrió la sangre de los conjurados, sin trégua ni descanso; miéntras los jueces por su parte, comenzaban las primeras diligencias del juicio.

Más de un mes estuvieron presos todos los esclavos, entre declaraciones, recíprocas inculpaciones y tormentos. De plano cantaron la verdad. Pero luego, empezaron los recados suplicatorios á los queridos amos, las entrevistas de éstos con los presos en las que cosechaban suspiros y lágrimas de arrepentimiento, protestas de eterna gratitud y servicios in-

condicionales, que todo era calumnia y sólo unos cuantos habían sido los embaucadores. A esto se siguieron las insinuaciones de los patrones ante el Gobernador para que disminuyese la severidad, y mas que todo por el perjuicio á la agricultura y la ganadería. El Gobernador estaba, por su parte, en el mismo deseo.

El resultado fué que las horcas se quedaron sin un ahorcado; que los negros se fueron á sus casas y que el expediente se lo tragó la ballena de Jonás.

Pasados los primeros días de terror y sobresalto y recapacitando los convidados á la fiesta, sobre la providencial escapatoria, fué unánime parecer que Nuestra Señora de la Asunta, había obrado este nuevo milagro.—Cerō y ván cuatro.

V

La venerable imajen, pasando de padres á hijos, en reliquia de familia de inestimable valía, consérvase hoy en el Oratoria episcopal de su Señoría Ilustrísima, el virtuoso y sabio prelado cruceño don José Belisario Santisteban, actual obispo de Santa Cruz.

Y la festividad del día de Nuestra Señora de la Asunta, constituye siempre una solemnidad catedralicia y de familia.

VI

La suspirada manumisión de los esclavos no llegó hasta quince años después, á la sombra de gloriosos estandartes y de las lejiones vencedoras en los campos de Junín y Ayacucho.

No fué la corona de España como ellos esperaban quien desató sus cadenas, sino la corona de laurel de la República y la democracia.

Abolida para siempre y de golpe la esclavitud, en todos los pueblos que pasaron á formar el nuevo Estado independiente y libre de Bolivia; los negros alzaron el vuelo y se remontaron á cinco leguas al Este de Santa Cruz, en cuyos bosques fundaron una colonia que llamaron Cotoca y donde hasta el presente perdura la raza dejenerada en zambos y mulatos.



Un sueño del Presidente

I

Vacante se hallaba el obispado de Santa Cruz de la Sierra allá por el año 1855, á consecuencia de que el muy virtuoso y venerable prelado de aquella diócesis, doctor Manuel Angel del Prado, de feliz memoria, había sido promovido ese año al Arzobispado de la Plata.

Difícil se hacía encontrar un digno sucesor para tan preclaro varón que, á sus eminentes virtudes evangélicas y á su talento para gobernar con acierto su inmensa diócesis de Santa Cruz y el Beni, unía brillante carrera en la vida pública como diputado nacional por la ciudad de La Paz, á ocho congresos parlamentarios en distintas elecciones, cura de la pa-

rroquia de San Agustín de La Paz y otros diversos cargos políticos y eclesiásticos, desempeñados antes de haber ceñido sobre su frente aquella mitra. Juzgo que la villa de Irupana [Sud Yungas], cuna del ilustre patricio, no producirá en mucho tiempo otro varón de la talla y valía del recordado Monseñor Prado.

Y no consistía la dificultad en la falta de aspirantes, empeños y recomendaciones que los hubo por docenas, sino en que el Gobierno mostrábase rehacio para otorgar tan alto honor á quienes no estaban á la altura del puesto. Por de pronto, pareció que habían hallado al hombre que buscaban y la elección recayó en el meritorio Arcediano del Coro Metropolitano doctor Rafael Salinas; mas como éste obtara por el obispado de Cochabamba, que también le fué ofrecido, surjió de nuevo la misma dificultad, quedando aplazada la elección de obispo de Santa Cruz hasta mejor ocasión.

Vamos, que los señores Presidentes de la República suelen finjirse muy descontentos y hacerse de rogar cuando se trata de otorgar mercedes, como si ellos para subir al Poder anduviesen esquivos, con escrúpulos de beata y melindres de gomoso.

II

Achaque de presidentes era por entonces, hasta

hace pocos años, finjir revoluciones para echarse á viajar á lomo de bestia del Norte para el Sud y del Sud para el Norte de la República, en persecución de revoltosos, que también era otra plaga y dolencia incurable de que al fin ya estamos curados. Los presidentes, al pasar por las ciudades y pueblos del tránsito, hacían entradas triunfales, aún sin haber todavía triunfado de nada, recibían el homenaje de las multitudes, cosechaban la mar de guirnaldas y escuchaban pacientemente los discursos y loas de bienvenida.

En los pequeños poblados del trayecto, las primeras figuras que asomaban al encuentro del ilustre viajero, eran invariablemente el correjidor y el cura, caballeros á horcajadas en mulas chúcaras,con cincha floja, estribos largos, espuelas roncadoras y alforjas llenas.

En uno de esos pueblos del tránsito, el maestro de escuela que esperaba en los suburbios á su Excelencia, colocóse en una piedra á guisa de pedestal y desde allí pronuncióle una loa, que comenzaba así: «ilustre mandarín, yo te venero.» Juzgue el lector cómo sería lo demás del discurso.

A la buena llegada, misa de gracias, matanza de patos y gallinas, mantel largo y mesa corta. El correjidor, á buscar forraje.

Y tras el Presidente, seguíale una dorada y reluciente comitiva de entorchados y emplumados desde Generales, Coroneles, Teniente-Coroneles, Coman-

dantes y numerosa oficialidad, amén de dos ó tres mil soldados color cobrizo, amoratados por el frío de la altiplanice y el polvo del camino, ceño adusto y amenazador, vigotes á la diabla y que caían sobre los poblados como verdadera plaga de langostas y resueltos más que á combatir contra el enemigo á cometer desafueros, robos y estropicios. Cada soldadote de estos, era capaz de dar un susto á Satanás; y mucho cuidado y ojo avisor con las sirvientas que podían amarlas.

III

La tradición atribuye al General Belzu el episodio que vamos á relatar, pero computando fechas históricas, correspondería, en orden cronológico, á su hijo político y sucesor en el mando, General Jorge Córdova.

Como sabemos, Belzu no solo era por extremo fanático en religión y supersticioso, dado á creer en sueños y revelaciones.

No era pues extraño que la elección de obispo de Santa Cruz se le hubiese vuelto en el majín como cuestión de estado y que su Excelencia anduviese

atormentado con esa idea, esperando de lo alto una revelación de la voluntad Divina.

Por lo menos, si él no firmó la presentación canónica, es indudable que metió mano en el negocio.

Dícese que su Excelencia, soñó una noche tener á su lado al obispo de Santa Cruz, el cual según el sueño, era de color moreno, bajo de estatura, magro de carnes, cara huesosa y de una fisonomía humilde y venerable.

Al día siguiente, el Presidente recordaba con exactitud la filiación del agraciado visto en sueños, pero no recordaba haber conocido jamás al aludido en persona.

De sobre mesa propuso el enigma á sus edecanes y convidados, por sí estos hubiesen conocido algún canónigo ó cura que correspondiese á las señales. La contestación fué negativa, pero no faltaron indicaciones vagas en favor de tales ó cuales sujetos que parecían asemejarse al desconocido personaje. El Presidente contestaba nones, porque también él conocía á los mismos y ninguno coincidía con el de su sueño.

De nada valieron nuevas candidaturas al obispado. Se le había metido entre ceja y oreja, que aquello había sido revelación que no podía desoir y que en alguna parte encontraría siempre al misterioso prelado.

IV

Así andaban las cosas, cuando de pronto se recibieron en palacio noticias alarmantes y luego estalló una revolución no sé dónde.

El Presidente se puso en marcha, arrastrando consigo Ministerios de Estado, un séquito de militares, todo el ejército, bagajes y municiones.

Muchos días de camino llevaba, cuando tocóle pasar y hacer alto por una noche en el pueblo de Toledo,—departamento de Oruro. El correjidor, á la cabeza de una partida de jinetes, salió en alcance de su Excelencia, pero allí, en la comitiva faltaba el cura. Extrañólo mucho el Presidente y preguntó el nombre, habiéndosele informado que era un santo varón, de costumbres irreprochables y aún ríjidas, compuesto y digno en sus acciones, que tenía su escuela donde enseñaba y adoctrinaba á todos los niños y que era el padre del pueblo.

Apénas llegado su Excelencia á Toledo, le anunciaron la visita del señor cura que venía humildemente á presentar sus respetos.

El Presidente, al contemplarlo quedó estupefacto por un momento y levantándose de su asiento, se adelantó á recibir al cura, á quien abrazó con inten-

so cariño, diciéndole:--*Ilustrísimo señor Obispo de Santa Cruz.*

Era *don Agustín Gómes Cabezas*, natural de la ciudad de Potosí.

Por de pronto, el modesto sacerdote no comprendió el significado de las palabras del Presidente, pero cuando en la conversación esplicóle el sentido de ellas, manifestó sus excusas, no considerarse digno de tan alto y delicado cargo y menos talvez de ocupar la silla que dejará el Ilustrísimo del Prado.

Venciendo la resistencia que opuso, fué electo obispo y consagrado en la catedral metropolitana, el 19 de junio de 1856, por el Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo del Prado.

Con lo dicho, tema suficiente hay para echarse á discurrir sobre la importancia de algunos sueños y el mérito que merecen.

Lo cierto es que el obispo Gómes Cabezas, si no sobresalió por su talento y exceso de modestia, fué al menos un digno Pastor, de veneranda memoria por sus virtudes evangélicas y que murió en olor de santidad en la ciudad de Santa Cruz el día 23 de mayo del año 1860.





Y yó le digo lo mismo

(Historia de una peluca.)

I

No cabe duda, querido lector, que esto de morirse, á la corta ó la larga, es un mal que, por desgracia, no tiene remedio; si es que, filosófica y cristianamente la muerte puede considerarse como un mal, que acaso es un bien envuelto con el blanco sudario de un misterio eternamente impenetrable.

Hay diversos caminos por donde marcharse al

otro mundo. Los pobres se mueren de hambre; los ricos, de indigestión ó de cólico, los militares, de coraje y los desesperados se suicidan. Y cuando no son las grandes epidemias las que asolan y diezman poblaciones enteras, es la guerra, que impulsa á los pueblos á odiarse, matarse y exterminarse en los campos de batalla. Por mucho que se diga, el día de la paz universal, todavía está lejano, porque la humanidad aún no ha podido despojarse del todo de los primitivos y yá seculares impulsos de barbarie. El refinamiento de las razas superiores, trae consigo el refinamiento en los recursos bélicos. Las grandes potencias mundiales no cesan de acumular elementos de guerra y disciplinar ejércitos;—cuando no ha podido desaparecer el duelo que es personal y aislado y cuenta ya más de quince siglos de existencia.

Por mucho tiempo aún, el pez grande seguirá comiéndose al chico; los pueblos civilizados exterminarán á los pueblos bárbaros á cañonazos y las naciones fuertes permanecerán al acecho de las débiles para mutilarlas ó engullírselas de golpe, con cualquier pretexto.

Hasta los médicos hacen ó dejan de hacer de su parte lo posible para dar al traste con sus enfermos y despacharlos al otro mundo.

II

Nuestros antepasados, en los obscuros tiempos

del coloniaje, se morían inocentemente apegados al charlatanismo de los curanderos de esa época. Los modernos se mueren con extricta sujeción á las recetas y fórmulas de la clínica y la terapéutica. No sé cuál de estos sistemas será mejor para salir de este pícaro mundo.

La rememoración de las costumbres sociales, en los siglos XVI, XVII y XVIII, despierta en nosotros ávida curiosidad, porque hay en ellas, algo así como una espesa capa de polvo del pasado, dormida sobre ellas y cierto olor penetrante de habitaciones cerradas de mucho tiempo.

A riesgo de pecar por indiscretos, sacando á luz la vida de nuestros antepasados, para sacudir ese polvo pesado y venerable, que cubre aquellas jeneraciones pretéritas, vamos á pasar lijeramente á la vista del lector, un cuadro en cinematógrafo de algunas escenas de la vida social, hace más de un siglo.

III

Cosa muy sabida fué por esos tiempos que, en las casas mortuorias, la pieza destinada para que las señoras guardasen el duelo, no podía contener sino almohadones enlutados, que se colocaban á guisa de asientos arrimados á la pared y donde pudiesen cómodamente arrellanarse las amigas que iban á dar el

consabido pésame. Allí permanecían éstas las horas muertas, en extática contemplación del techo y, á veces, conversando en voz tan imperceptible, que ni las moscas hubiesen podido cojer al vuelo una palabra. Aquello era un silencio de muerte, sepulcral, inviolable y sólo de vez en cuando percibíase un profundo suspiro salido del dolorido pecho de alguna doliente adormilada en el rincón ó el fúnebre chisporroteo de las dos ceras benditas que ardían allá en pequeña mesa, á los piés de un crucifijo, símbolo sublime del dolor y de la fé. La luz penetraba tan ténuemente en esa desolada mansión de pesar y de tristeza, que por de pronto, las recién llegadas no veían nada, ni podían reconocer á nadie.

En cuanto al sexo macho, la cosa era distinta. La luz del día penetraba libremente en la habitación donde se hallaban congregados los parientes y amigos íntimos del difunto: de manera que las mesas, bancas y sillones de brazos con altos respaldos de zuela primorosamente calada con arabescos caprichosos, nada podían temer al ostracismo. Allí reinaba un poco más de libertad y aún se podía criticar en voz baja á los dolientes y á los amigos. Algunos hasta fumaban, contemplando silenciosamente las sucesivas espirales de humo que arrojaban de la boca, subiendo y condensándose en espesa neblina por el tumbadillo de la estancia.

Cansados al fin los varones de esta prolongada vi-

sita de horas enteras y sintiendo los aguijones del apetito, se retiraban en masa.

Tocaba por lo general á los mayores en edad, saber y gobierno, poner término á la visita, aprovechándose de esta ocasión los demás circunstantes para levantarse todos á la vez y despedirse uno por uno, con frases de condolencia más ó menos adecuadas al caso, conforme al leal saber y entender del susodicho. Y para no repetir lo que el primero ó segundo habían espresado, limitaban su fraseología á adherirse lacónicamente á las sentidas y conmovedoras espresiones de aquellos, con esta frase que era casi obligada en tales circunstancias: *«y yó le digo lo mismo.»*

Por los tiempos que corren, el progreso ha introducido profundas modificaciones en las costumbres, pues ya no se llevan la primacia ni en los bailes, ni en los duelos, los mayores y ancianos, sino, á la inversa, los mentecatos y salchichones.

IV

Sucedió pues en cierta ocasión, que habiéndosele muerto su cara mitad á un alto personaje octogenario de empolvada peluca y bigote afeitado, estilo Luis XIV, los amigos y compadres diéronse prisa á felici-

tarlo, digo mal, á darle el pésame, recordando, á guisa de necrolojía, las excelentes cualidades de la difunta, su amor al hogar, el respeto á sus amistades y las peculiares disposiciones que tenía para dirigir el movimiento culinario, preparar unos estofados y asar un pernil. ¡Cuántos de ellos no habían participado en muchas ocasiones de estas suculentas fruiciones gastronómicas, con motivo de algún cumpleaños, de un bautizo ó siquiera del casamiento de una sobrina! Todo esto era irreparable para la familia y los buenos amigos que echaban de menos mejores tiempos.

Terminada la ceremonia de condolencia, con la gravedad patriarcal que acostumbraban los hombres doctos de esa época, levantóse para despedirse el mas caracterizado de ellos, y como quien le aconsejaba al viudo valor y resignación en las adversidades, le avisó al oído que su peluca estaba mal puesta y que se la colocase en su lugar; pues la parte de la nuca había venido á dar en la frente, debido, sin duda, á que el desesperado esposo en su turbación, habíase tirado los cabellos olvidando que eran postizos. En el momento hízolo así, y tendió la mano al amigo que seguía. Este, para no repetir las bien acondicionadas espresiones de dolor dirijidas por su predecesor, sólo agregó: *«y yó le digo lo mismo.»* El doliente, creyendo que también se refería á la peluca, volvió á componerla, dejándola peor que antes.

—*Y yó le digo lo mismo*, repitió el tercero, despi-

diéndose. El anciano tornó á componer su peluca, pensando que aludían á ella.

—*Y yó le digo lo mismo*, refunfuñó el cuarto. La peluca se movió otro poco.

—*Y yó le digo lo mismo*, vociferó el quinto. La peluca avanzó más.

—*Y yó le digo lo mismo*, repitieron invariablemente los sesenta caballeros que habían concurrido al entierro y se retiraban de la casa mortuoria. Y sesenta veces nuestro atormentado octogenario, le dió vueltas á su peluca, dejándola cada vez en posición mas sujestiva que las anteriores.

Por cierto que no dejaría de fastidiarse con tan majaderas prevenciones de que compusiera su peluca, según buenamente creía; y apénas salió el último, cuando arrancóse la maldita peluca y arrojándola á un rincón, amarróse la cabeza con un pañuelo de colores; y aquí paz y después gloria.

V

No conozco nada tan redundante y majadero, como las asambleas parlamentarias, sin mas diferencia, peor todavía, que éstas se fraccionán en grupos contradictorios.

A las primeras de cambio y cuando no se mueve

ni una faja en las altas atmósferas de palacio, aparece un grupo selecto de honorables escudo al brazo y lanza en ristre, mirada feroz y ceño adusto, que le echa una batida á los ministros, como para que éstos se manden mudar á sus casas. Y en seguida, pasan minuta de comunicación al Presidente de la República para que componga su peluca. Los diputados ministeriales replican que la peluca está bien puesta y que es mejor *no menéallo.*

Un ilustre desconocido que representa con valor y talento una provincia que ni él mismo conoce, para no quedarse atrás, propone también su demanda de interpelación al ministerio en masa, por la gravísima omisión de no haber declarado vacantes á las viudas y llamado á propuestas, dentro del segundo año de ley,—en el período del medio luto. Y para no repetir los mismos cargos formulados por los valientes oradores que le precedieron en el derecho de gozar y abusar de la palabra, se limita á la consabida frase: *y yo le digo lo mismo* al Presidente, que cambie la posición de su peluca. Algunas veces suele ser complaciente su Excelencia y mueve la peluca, dejándola en peor condición.

Un contrabandista de tocuyos y tabacos, que anda á salto de mata, perseguido por los aduaneros, protesta contra las persecuciones, en corrillo de camaradas y exije que el Gobierno cambie su peluca,—es decir que mande á paseo á los enemigos del con-

trabando. El Gobierno se hace esta vez el sordo; y no se mueve la peluca.

Un arrogante orador de taberna, antíguo militar retirado, declama contra el Gobierno y comprueba que la peluca está al revés. Los oyentes dan señales de asentimiento, repitiendo: *y yo le digo lo mismo*. Suele acontecer que estas vociferaciones suben á lo alto de palacio, de donde baja una orden general para que el ofendido pase á incorporarse á los inválidos.

De lo dicho se colije que para los opositores, la peluca gobiernista está mal puesta y para los ministeriales está inmejorable en su sitio.

Por deducción gramatical, tengo la certeza de que hay poca distancia de los *peluqueros* á los *interpelantes;* por [inter-pelantes], que, etimolójicamente hablando, *inter-pelar* significa pelar un poco al ministro, entresacándole de la cabeza, por trechos, los cabellos de su peluca.





La fortuna de un mendigo

I

Por los años mil ochocientos cuarenta y pico, era principal cabecilla del numeroso gremio de limosneros, en la Imperial Villa de Potosí, un inválido, antíguo sargento de infanteria en los revueltos tiempos de la guerra de la independencia y de las gloriosas campañas de la Confederación. A consecuencia de haber perdido una pierna en la memorable jornada del puente de Uchumayo, hubo de reemplazarla con un par de sólidas muletas y retirarse á la vida privada, sin más condecoraciones que unas cuantas heridas en la cara y en el pecho, ni más recompensas que la ingratitud del Gobierno y el olvido de sus servi-

cios. Cansado de reclamar sueldos devengados, que siempre le prometían sus superiores y jamás cumplían, y de perder el tiempo sentado días enteros en las puertas de la Prefectura, donde se le consideraba como un estorvo, echóse al fin á vivir de la caridad pública y salir en corporación con un batallón de pordioseros que, fingiéndose cojos, mancos, ciegos y leprosos, invadían los sábados el barrio central de la ciudad, estacionándose por grupos en las casas de comercio, oficinas públicas y esquinas principales, donde hacían su cosecha de monedas, la misma que servía esa noche para costearse algunas pistolas de aguardiente de uva en los suburbios, en los que, al caer de la tarde se reunían los del gremio de regreso de su escursión y, entre trago vá y trago viene, refería cada cual sus truhanerías y zocaliñas. No era raro que, subiéndoseles el mosto á la cabeza, recordasen agravios y por trago más ó trago menos, se armasen entre ellos furibundas pendencias y garrotazos con las muletas y el palo de las alforjas.

Gozaba de mucho prestigio y autoridad entre los limosneros el sargento *Chayamunki*, no sólo por su calidad militar, sino por su sobriedad y el respeto que inspiraba su persona, aunque á veces solía olvidar su acostumbrada temperancia y echar una cana al aire, con lo cual, recordando sin duda su antígua bocación para el canto, como acontece con todos los mamelucos, retirábase de los tugurios, dando traspiés, agarrado á las paredes, hasta su domicilip, al

pié del cerro de Potosí,—cantando á toda orquesta, en altas horas de la noche, su conocido estribillo ta.... ta.... rá.... ta: ta.... ta.... rá.... ta; motivo por el cual sus compañeros le apodaron con el nombre de *tataráta*.

En las colectas de los sábados, el sargento *Chayamunki* solía ser de los mas favorecidos por el público, ya fuese porque muchos caritativos no ignoraban que era un meritorio servidor á la patria, ó porque la presencia del olvidado héroe le acarreaba simpatías en dinero efectivo, contantes y sonantes, que caían en una bolsa, de donde no volvían á salir jamás. Sus vestidos, harapientos y cuajados de remiendos de todas dimensiones y colores, amén de la inseparable capita, eran parte á que el sarjento moviese á compasión al más empedernido corazón.

En los demás días de la semana, veíasele con frecuencia recostado en alguna puerta de la calle de las *Mantas*, sin molestar á nadie; y por las noches, era un excelente compañero de los trasnochadores, quienes al despedirse de él, no dejaban de hacerle caer á la mano un par de peluconas, por lo menos: y luego seguía viaje cuesta arriba, cantando al compás de sus m.letas su inolvidable estribillo ta.... ta.... rá.... ta, que era lo bastante para dar mala noche á los vecinos del trayecto, despertar á los enfermos y dormidos, ocasionar ladridos y barrullos de perros.

Por sabido se calla, que en esos tiempos, no se tenía noticia del alumbrado público, ni se habían in-

ventado aún los serenos, que años después aparecieron y se perpetuaron, todavía hasta el año 1883, en que alguna vez les vimos recorrer su respectiva calle, á la luz de un pequeño farol, deteniéndose á cantar las horas en cada esquina: «Las doce han dado; viva Bolivia, sereno.» De consiguiente, tampoco existían por entónces mas garantías en altas horas de la noche, que una buena pistola de dos cañones y un sólido bastón del mejor palo de las riberas del Pilcomayo.

II

Había por esa época en la susodicha calle de las Mantas, un carabanchel que durante el día estaba cerrado y por la noche abierto, muy concurrido por ciertas jentes de dudosa honorabilidad y pulcritud, y de donde no faltaban arrieros, mineros, guazos y bagabundos que iban allí á echar su cuarto de cañazo entre pecho y espalda y pasar el tiempo entretenidos con las muelas de Santa Apolonia, aunque al parecer ninguno de ellos era dentista. En semejante sociedad no era de estrañar que con frecuencia ocurriesen bochinches y peleonas, botellazos y mojicones, roturas de faroles y del grasiento paño del villar, quedando á la postre algunos combatientes heridos y maltrechos.

No sé por qué mal camino ni peor consejo asertó á dar en el boliche, cierto joven natural de Sucre, soltero, mayor de edad, que había ido á Potosí en busca de la vaca lechera, vulgo fortuna. Era todo un mocito garrido, gran tocador de charango, á dos reales por hora, algo desparpajado de costumbres, nacido en buena cuna y que respondía al nombre de Bartolito Montero. Que era un don Juan lo decían las muchachas casaderas y las cholitas que se despestañaban por él; que era un trasnochador incorrejible lo atestiguaba su propia cama que permanecía intacta meses enteros y en cuya colcha de blanquísimo damasco cubierto por respetable capa de polvo, hacía números y sacaba cuentas; y que finalmente era de mucha suerte, como el corrido lo dirá.

El resultado fué que don Bartolito dió con el boliche y que por gangas ó por mangas, se hizo devoto de Santa Apolonia y, por ende, un insigne jugador.

Allí se pasaba las noches de claro en claro; entregado á la pinta, con frecuentes alternativas.

Chayamunki conocía el garito y solía quedarse horas enteras al frente, embutido en el marco de una puerta, esperando por si acaso á que alguien lo llamase para convidarle un trago de calentado; porque, ante todo, conviene recordar que era un magnífico *hilarión*. [1].

[1] Se aplica en el Norte de Bolivia este título, á las personas que acostumbran buscarse la vida y pasarla bien á costa ajena, es decir que saben «hilarse» el modo de vivir sin gastar nada.

No fueron pocas las veces en que se le viera á don Bartolito salir del carabanchel al rayar el día, con el semblante pálido, al aire la melena y dado á Satanás, por no haber ganado esa noche en el juego y salir perdiendo lo poco que había llevado. Entonces renegaba y maldecía de su suerte. *Chayamunki* lo acompañaba en silencio hasta su alojamiento y en vez de esperar la consabida propina, sacaba de entre sus innumerables bolsillos unas cuantas monedas y se las daba como por préstamo al joven, diciéndole que con esas tendría suerte. Y cuando le interrogaba de dónde tenía dinero, contestaba que de sus limosnas y caídos de ese día.

Y era coincidencia que, cuantas veces recibía don Baltolito dinero prestado de *Chayamunki*, otras tantas solía ganar á la pinta, retirándose más alegre que la pascua y más risueño que la aurora.

Chayamunki sospechaba siempre este desenlace: se retiraban juntos y al llegar á la habitación de don Bartolito, éste lo hacía penetrar en ella y allí tomaban vis á vis un par de copitas de pisco cinteño á la salud de los tordillos y de las ganancias de esa noche.

La frecuencia del trato enjendra el cariño. El sargento *Chayamunki* y don Bartolito Montero llegaron á quererse.

Hacía casi un año que eran amigos y esta relación se estrechaba más cada día.

Cuantas veces concurría éste al garito, ya se sa-

bía que *Chayamunki* estaba cerca, en la acera de enfrente, adormilado en el marco de una puerta, esperando á su joven amigo. Este hacíalo entrar á un rincón del tugurio y que le diesen su ración de calentado, miéntras él volvía al tapete verde.

Se retiraban juntos, como de costumbre al amanecer y, cuando el joven amigo estaba en humor, subían esas calles, hasta *Komer-punco* cantando el ta.... ta.... rá ... ta. Y reían como unos bolonios.

En las noches frías, cuando, al decir de los vecinos, hasta las piedras se partían, quedábase *Chayamunki* á pasar el resto de la noche en compañía de Montero.

Y allí, al calor de una bien servida tasa de té con su poco de malicia, comenzaban las confidencias y los recuerdos de antaño. El sargento tenía mucho que contar.

A los ojos de Montero, la figura del obscuro soldado y limosnero, crecía más, en su admiración y su respeto. Bajo aquellos harapos hediondos de aspecto repugnante, se ocultaba un héroe anónimo, un modesto batallador de la libertad de América, un corazón de oro y mucha experiencia de la vida. Indudablemente no era un tipo vulgar, un pordiosero común, sino un benemérito á la patria, un desengañado de la gloria y de los hombres que, en su amargo escepticismo, habíase disfrazado de mendigo, para arrojar el baldón de la ignominia á sus engreídos superiores y al gobierno de la República, por el olvido

á que lo habían abandonado. *Chayamunki*, con sus setenta años de vida, sus cicatrices y su cojera, sus servicios abnegados á la patria y la obscuridad en que terminaba sus días, era todo un coloso para Montero. Para aquél no existían amigos en este mundo; todos eran sanguijuelas descarados, amigos según las circunstancias é ingratos en la primera ocasión. Mientras fué sargento de compañía, lo habían respetado sus camaradas; ahora que estaba en desgracia y en la miseria, no tenía ni conocidos. Vivía de la limosna por tener ocasión de exhibirse en público, como una venganza personal contra los hombres de arriba á quienes había servido y un desprecio á los de abajo á quienes había defendido por la libertad, en la cruenta guerra de los quince años. Había nacido de padres pobres, pero honrados.

Pensaba *Chayamunki* que su joven amigo sólo necesitaba un poco de protección y algo de experiencia para ser un buen hombre. Su manía por el juego no era incorrejible, sino una especie de lucha por abrirse campo y adquirir dinero, porque no hay mejor amigo que un duro en el bolsillo. Es un chico,—se decía,—que vale un Potosí;—no está corrompido su corazón; vale la pena de hacer algo por él para que no se pierda

III

Pasaron seis días y seis noches, sin que *Chaya-*

munki se dejase ver por la calle de las Mantas, ni en el consabido rincón de aquella puerta. Estrañólo mucho don Bartolo y empezaba á sentir alguna inquietud por su viejo amigo y compañero, cuando al séptimo día recibió un recado urgente llamándolo con un indio, el cual le sirvió de guía hasta dejarlo en la boca de una cueva ó mina abandonada, por el cerro chico.

Chayamunki estaba enfermo y se moría. Una fuerte pneumonía lo tenía postrado en cama, sin esperanzas de vida. El infeliz tocía mucho y esputaba sangre.

Don Bartolo se aproximó al paciente y fué grande su consternación al encontrar moribundo á su sargento. Quizo salir de la cueva en demanda de auxilio y correr hasta la ciudad, pero el enfermo le hizo una seña para que no se retirase.

En uno de esos momentos de reposo que preceden á la muerte, llamólo á su lado, y hablóle con frases entrecortadas, en voz muy baja, señalando su cama, sus ropas y algunos sitios cercanos de la cueva, donde veíanse pequeños montículos de piedras. Prosiguió dándole algunos consejos y encargos, últimas amonestaciones del amigo al partir de este mundo.

Don Bartolito se ahogaba sollozando. ¡Cuánto se habían querido!

Hubo un momento de silencio; una vela de sebo ardía en la cabecera del enfermo, prendida á la pared.

Los momentos eran angustiosos y tenían la magestuosa solemnidad que impone la muerte.

Un violento acceso de tos sacudió al moribundo; sus ojos se abrieron desmesuradamente y un par de lágrimas asomó á sus pupilas: su boca se contrajo en una mueca horrible, hizo un lijero movimiento del cuerpo, casi imperceptible y luego quedó inmóvil.

Chayamunki había muerto.

Montero permaneció al lado del cadáver, con la cabeza entre las manos, sumido en hondas meditaciones. No quería desamparar el inanimado cuerpo de aquel mendigo, que había sido en vida digno de mejor suerte; y que le dejaba el mejor testimonio de su sincera amistad: su fortuna.

Más, al fin era preciso abandonar por breves instantes la cueva mortuoria. Rápido como un balazo bajó hasta las primeras casas de la ciudad, compró cuatro velas de cera y una mortaja y volvió á la cueva; desnudó el cadáver, notando de paso que los andrajos pesaban mucho: retiró del pecho un relicario con la imajen de Nuestra Señora de Copacabana, con medallón de oro pendiente de una pequeña cadena del mismo metal; amortajó el cadáver y encendió las cuatro ceras benditas que había traído.

Llenadas estas tristes formalidades, se dedicó á cumplir mandas y encargos De entre las piedras extrajo unos trapos viejos, sumamente pesados. Examinó los remiendos que eran innumerables y de cada

uno sacó dinero y onzas de oro. Pasó al segundo y tercer montículo, removió las piedras y sacó mayor cantidad de harapos, encontrándose una abundante existencia en metálico, contante y sonante. Cada moneda aparecía guarnecida por una doble costura y cada remiendo era un bolsoncito de plata y de oro. Seguidamente levantó el colchón, los cobertores, la famosa capita, las almohadas, las ropas que tenía el difunto en el cuerpo y cuanto había que requizar, y de todas partes cayó una lluvia de monedas, antíguas y modernas. Aquello era un tesoro.

Cerca del anochecer terminaba su inventario; recojió su herencia y envolviéndola en la misma capita, cargó á duras penas con todo á la espalda y bajó á la ciudad, ocultando su fortuna en la modesta habitación que ocupaba,—en el barrio de la Concepción.

Asegurado contra ladrones, pasó hasta la Comandancia General, donde dió parte de la muerte del sargento *Chayamunki*, para los honores de ordenanza y volvió á la cueva, acompañado de algunos amigos y abundantes provisiones adecuadas al caso, para velar al cadáver.

Al día siguiente, una compañía de soldados de la columna de guarnición, ascendía en línea ondulante el tortuoso camino del cerro hasta la cueva, de donde bajaron todos con el cadáver, cruzando la ciudad diagonalmente hasta el cementerio de San Bernardo.

Se recordaron entonces los servicios prestados á

la patria; los sueldos devengados que se le adeudaban; la humildad del difunto y la extremada pobreza en sus últimos días, hasta la mendicidad. Estas reminiscencias póstumas, hacían el mismo efecto que la cebada al rabo del asno muerto.

IV

Que el señor don Bartolomé Montero, cumplió las cláusulas del testamento verbal del sargento *Chayamunki*, no hay para qué dudarlo: en descargo de la conciencia de éste, mandó celebrar misas, hizo un donativo al hospital y no sé qué otras cosas más. Pero que hubiera confesado la cuantiosa herencia que le cupo en suerte, eso nadie lo supo. Lo positivo es que no volvió á pisar los umbrales del carabanchel.

Y como cuando Dios quiere dar, por la ventana lo hace entrar, tres años después, recibía otra herencia, la del acaudalado español don Indalecio de Socaza y en seguida la de doña Manuela Alday,—una *vejarana* de muchos pergaminos y dinero.

Don Bartolo murió en 1885, á la respetable edad

de setenta y cuatro años, dejando bastante fortuna y numerosos descendientes.

«Y suerte no ví ninguna
Cual la de este caballero,
Pues que lo hizo su ternero
La vaca de la fortuna.»

[*R. Palma.*]



Aventuras de un militar

I

Medrosos y preocupados andaban de algún tiempo, allá por la primera mitad del siglo XIX, los pocos y sencillos vecinos de la silenciosa calle de Popayán, sita en los extramuros de la muy docta ciudad de Sucre, motivo á ciertos rumores que corrían de fantasmas y aparecidos que se habían apoderado y sentado sus reales en una casa vieja y ruinosa de aquella vecindad; con el aditamento de que también coincidían esas apariciones con ruidos subterráneos percibidos en altas horas de la noche.

Y no era para menos que los vecinos y comadres

se diesen á cavilar en estas cosas hasta entonces núnca vistas ni oidas en aquel olvidado barrio de la población; por que ya no les cabía la menor duda de que allí, en ese lóbrego caserón deshabitado, tenía su manción predilecta el *maligno*, pues solían ellos escuchar rumores de puertas que se abrian y cerraban desde el anochecer y un indefinible y sordo movimiento como trepidación del suelo que no sabían ellos de donde provenía.

Los trasnochadores, en posesión de mejores detalles, afirmaban haber visto pasado de media noche, un gigantesco bulto (no de mercaderías) que bajaba lentamente por la acera de la misma casa y desaparecía misteriosamente.

Después de largas y maduras deliberaciones sobre tan escabroso tema, decidieron por unanimidad que aquello era cosa de almas en pena ó espíritus malignos, puesto que la casa hallábase completamente abandonada y cerrada de muchos años y nadie quería vivir en ella. Recordaban algunos que había ocurrido allí un suicidio por la época en que entró la patria y estaban los colombianos en Chuquisaca como en sus casas. Otros citaban, á mayor abundamiento y riqueza de datos positivos; rememorando fechas y atando cabos, que también había ocurrido otro caso, mas espeluzmente que el anterior, pues el dueño de la susodicha casa, había sido, muchos años antes, un usurero sin conciencia misantropo, enemigo de los pobres y de dar limosnas, á

quien jamás habían visto ni en misa y se decía tener pacto con el diablo á trueque de dinero y que por algo le llamaban el brujo. Su muerte había ocurrido repentinamente sin que ningún vecino se hubiese apercibido de ello y cuando velaban el cadáver, por la noche, una ráfaga de viento que abrió puertas y ventanas apagó las luces dejando completamente á obscuras á las pocas personas que allí estaban en silencioso recogimiento, apercibiéndose estas al instante de los gruñidos y la llegada de una manada de puercos que entraron á la sala mortuoria, por lo cual huyeron despavoridos los circunstantes y cuando regresaron estos, al rayar el día, encontraron el crucifijo en el suelo y que no parecía, no se sabía del muerto.

Esta última versión era la que corria con mejores visos de certeza entre las viejas y comadres de esa calle, recordando, sin duda que entre los *guaicos* y cenizales próximos, se criaba en abundancia y retozaba á sus anchas el ganado porsino, muy estimado para la industria salchichera, chorizos y jamones de rápido expendio y delicioso consumo.

Años después que murió el avaro, aparecieron los parientes, llamados á fuerza de edictos y conminatorias judiciales á reclamar la herencia. Y la disputaron con tanta bravura y encarnizamiento, sin llegarse siquiera á tranzaciones, que gastaron mucho dinero en papel sellado, en declaraciones, escribas y fariseos. Entretanto, la casa se arruinaba

en poder del depositario: y, como quedó abandonada por el temor que de ella se tenía, porque decían que era *pesada*, pronto creció la yerba en los patios, la humedad hizo presa en las paredes en las que se veían profundos surcos abiertos por las goteras. y los techos se hundieron: quedando apenas dos habitaciones que aún resistían á la general ruina.

II

No habían faltado forasteros que por una noche ocupasen la casa, gratuitamente, pero al día siguiente la desocupaban y referían que no se podía dormir en ella porque se oían ayes y suspiros, idas y venidas pasos y repasos, golpes de puertas, recontar dinero y por último, á eso del primer canto del gallo, aparecía como brotado de la tierra, un bulto que iba á despertarlos; lo cual ya era el colmo de la audacia en los fantasmas, de suyo huraños y misteriosos; y, cuando los forasteros sacaban sus pistolas y hacían fuego al bulto, éste permanecía inmóvil y les devolvía los perdigones, tirandoselos á la cara. Esto era inaudito, expeluzmante é inaguantable y tuvieron que salir fugitivos los viajeros á esas horas, cargados de alforjas, monturas y maletas á esperar en la calle que aclarase el día para buscar otro alojamiento.

Con tan pésimo crédito, no hubo forastero ni valiente alguno que solicitara hospitalidad ni por una hora en la temida casa, qnedando al final totalmense abandonada.

Debió ser por el año 185......cuando estalló, nose donde, uno de los acostumbrados motínes de cuartel al grito de viva don Desiderio, muera don Cayetano y que fué sofocado inmediatamente, de cuyas resultas los amotinados pusieron los pies en polvorosa. Uno de aquellos, dirijióse á Sucre, con intención de permanecer allí oculto mientras el gobierno, movido á compasión, diese decreto de amnistía, fusión, olvido de lo pasado y otras palabritas y proclamas por el estilo *á la «Nación, al Ejército y á mis compatriotas. Habeis sido víctimas de un atentado contra el órden público, las garantías constitucionales y la honradez y estabilidad del Supremo Gobierno»*....& &.

Nuestro Comandante, que esta era la graduación del infeliz motinista, asertó, tal vez por su suerte, á couseguir le diesen por alojamiento la famosa casa, en la que se prometía residir tranquilamente, pues era seguro que podrían buscarlo por otras partes, menos allí donde nadie quería vivir, pues mas que humana manción, aquello parecía un cementerio.

Indudablemente ignoraba las versiones que corrian acerca de los terribles huespedes que se albergaban en la casa, lo cual, por cierto, alejaba de él toda preocupación, amén de que no debió ser timorato ni aprehensivo; y como buen militar, tenía que

hacer honor á su clase y á su espada. ¡Vaya, que estos señores galoneados son capaces de meterle el resnello al diablo, descubrir fantasmas y cometer cualquier estropicio! Pero, como quien enemigos tiene, no debe dormir desprevenido, como aquel jefe de un batallón á quien su Coronel que era de los de antigua cepa de nuestros tiempos heróicos, encontró dormido y le endilgó la célebre frase: «¡mi querido amigo y buen zamarro, con qué metido en política y durmiendo á calzón quitado»!!....; el Comandante recostose vestido sobre su cama, cargando antes hasta la boca del cañón un par de buenas pistolas y colocando su espada bajo la almohada.

Media noche era por filo cuando se despertó y puso oidos á un vago roce que se sentía por el piso, parecido al *frú-frú* de los trajes de seda, rozando el suelo.

Luego, apercibió un ruido lejano, á especie de terremoto en las profundidades terrestres: en seguida, oyose el abrir y cerrar de puertas y por último los pasos recios de un desconocido que se había entrado de rondón al cuarto. Incorporóse el comandante en la cama y amartillando una de las pistolas, preguntó con arrogancia ¡quién vive!—Nadie contestó.

—¡Quién vive!......preguntó de nuevo, ó le destapo los sesos, só ca....ramba hijo de una p....... perra.

El mismo silencio. ¡Quién vive!!!......y salió el tiro; pero al instante le arrojaron á la cara los perdigones.—*Olé? Esas tenemos? Pues á la carga!* Y sacó la segunda pistola, amartilló y volvió á preguntar *¿quién vive?—háble si es gente de ésta vida!*—Nadie respondía—*¿quién vive?* y soltó el otro tiro y también le devolvieron los perdigones.—Pues aquí te quiero, escopeta, decía para su capote, «sáca el sable flanqueador, disponer para vencer.» En el acto, alzó su espada y de un salto colóse en medio. cuarto en paños menores empezando una serie de sablazos á diestra y siniestra, por delante y por detrás, con tal frenesí que, si alguien hubiese asomado por allí candil en mano, lo habria supuesto fuera de juicio. El bravo Comandante seguía dando mandobles al aire como quien ataca un enemigo invisible y metía la toledana hasta por los rincones, cuando de inproviso falseó uno de sus pies y cayó de espaldas. Repuesto de la caída, examinó á tientas el sitio y advirtió que había una grada y que aquello era una compuerta, que dejaba libre el paso para una persona. Siguiendo la escalinata en descenso, sin saber á donde llegaría y palpando con las manos y los pies aquel antro obscuro y pavoroso, divisó al fin un rayo de luz hacia abajo, pareciéndole como que cesaba de golpe algún ruido: aquello fué para él una revelación.

Sin soltar la espada descendió rapido algunos escalones, hasta tocar con una puerta cerrada que era por donde se veía la luz, empujó con violencia y

¡oh sorpresa! Hallóse dentro de un salón subterraneo, en el que veíase una pequeña maquinaria, un volante, barras de plata, de estaño y de cobre, troqueles, martillos, tinas de barro cocido para el blanqueo de la plata, cisalla, moneda cortada sin sellar, líneas de acero y una porción considerable de otras pequeñas herramientas. Su sorpresa creció de pronto sintiendo voces que se alejaban y un tropel de gente que escapaba por una puerta falsa, que daba al campo.

Había encontaado una maquinaria de falsa amonedación; pero los monederos volaron, temerosos de que aquello hubiera sido una celada que algún enemigo oculto les había tendido.

El Comandante, sin inmutarse, tomó en el acto el mechero que ardía en un rincón y registró la casa, por todas sus entradas y salidas, quedandó dueño de la situación y del terreno, fuera de alguna existencia en fiambres y licores, de que echó mano sin perder el tiempo.

Reflexionando sobre lo que debería hacer, sin guardar díscreto silencio para no descubrirse ó dar aviso á la autoridad, obtó al fin por lo segundo; y, antes del amanecer, un desconocido tocaba la puerta de la policía y solicitaba audiencia del comisario de semana. Era el Comandante que denunciaba el hallazgo:

Junto con él poco rato despues, una partida de soldados con bayoneta calada, salía de la policía, á

paso redoblado para la calle de Popayan. Rodearon la manzana, pusieron centinelas en todas las puertas de la casa y en los extramuros, y aguardaron á que mas tarde viniesen jueces, fiscales, escribanos y todo un cardumen de curiosos.

Que se descubrió el cuerpo del delito, no cabe duda: pero que hayan descubierto el cuerpo de los falsificadores es cosa que no sabré decir.

Lo que si puedo afirmar es que el comandante acreditó su fama de valiente hasta los pelos; que, por decontado, entró en componendas con las autoridades políticas y judiciales y, á vuelta de correo, llegó decreto supremo de amnistía para todos los motinistas, y para él en especial, un asenso, sueldo íntegro y un buen destino en provincia.

III

Cabe aquí preguntar ¿y que era aquello de los perdigones?

Era sencillamente que los monederos se turnaban en la vigilancia de la casa y ahuyentaban de cualquier modo á los transeuntes de esa calle. Y cuando algún incauto viajero se alojaba en la casa,

se tenía la precaución de esperar á que durmiese, para sacarle la pistola y extraer el perdigón, dejando la pólvora; de manera que una vez llenado éste requisito, se procuraba despertar con ruidos al recien llegado, á sabiendas de que haría fuego y para que se le helase la sangre al infeliz y saliese de allí á toda máquina. Así, los nocturnos operarios podían ejercer tranquilamente su arriesgada industria, sin temor de una sorpresa, pues la mala fama de la casa contribuía en mucho como poderoso factor para alejar cualquier peligro.

Pero aquella vez, había tocado el turno de fantasma á un tipo algo chambón en este arte y que, además, no había contado habérselas con un militar ni con la chafarranga, que en esa noche varias veces le pasó silvando por la cabeza, á obscuras; por lo que había decidido escurrirse cuesta abajo, dejando por su desgracia destapada la compuerta, en la que cayó el comandante y fué motivo para que todo se descubriese.

IV

Achaque muy antiguo y que seguramente no se extinguirá jamás, ha sido el de las falsificaciones, que cada día gana terreno, con la sola diferencia de

que si los monederos falsos son perseguidos, quedan en cambio libres los falsificadores de comestibles, conservas, licores y géneros de últramar. Y hasta conozco amigos falsos que á la primera ocasión se descubre que son de puro estaño y mal sellados.





El General San Lorenzo

I

¿Han oido contar Ustedes que algún General, sin soldados, ni siquiera un Ayudante, y con solo desenvainar su espada, hubiese puesto en vergonzosa fuga á todo un Ejército enemigo?—

—Pues sí no lo saben, voy á referirles una tradición que data del tiempo de la Conquista y que la oí contar, no ha todavía muchos años, cuando yo era pipiolo y usaba pantalón *mameluco*.

Y no se anticipen á suponer que mi General, sería de la misma madera que los demás, que usan primorosas charreteras, sombrero armado, pluma blanca y más entorchados que una guitarra; porque,

sin embargo de haber existido muchos Generales que fueron excelentes sujetos y tuvieron apellidos de santos y santas, como por ejemplo el General *San Martín* [argentino],—el General *Santa Ana* [mejicano],—el General *San Román* [peruano],—el General *San Juan* [español],—el General *San Gines* [boliviano] y hasta uno con apellido de templo, como el General *Iglesias*, y que todos han figurado en el escalafón militar y gozaron de sueldos, honores y condecoraciones:—ninguno de ellos alcanzó á ser verdaderamente santo ni se propuso tal cosa; y tal vez por eso no aparecen sus nombres en el Calendario.—

No sabré decir en qué Colegio de España, haría sus primeros estudios, con gran aprovechamiento mi General *San Lorenzo* ni de cómo entró al servicio de Su Magestad Católica, en qué batallas estuvo ni cuántos mató; pues la única y memorable hazaña que de él se cuenta, tiene ya tres siglos: y es la que hoy he de referir á Ustedes con sus puntos y comas.

II

Entre col y col, lechuga.

Mientras tomamos una taza del esquisito café del Panteón de Chulumani, fumamos un cigarro

aromático de pura hoja de Mójos y hacemos hora de que se acabe el cuento, matemos el tiempo con un párrafo de historia, como quien papas pela y nada hace.

El espíritu de conquistas [de tierras], el deseo de correr mundo por lugares desconocidos y fantásticos y buscar oro hasta en las piedras de chispa, traía revueltos á los súbditos de la Reina doña Isabel la Católica y su Real consorte don Fernando de Aragón; porque, sin pensarlo más y después de muchas noches de insomnios y sueños color de rosa, se echaban el poncho de corte al hombro y se iban á un puerto á esperar á que zarpara algún galeon, para largarse, por centenares, á América, en busca de lo que no habian perdido; pero todos ó en su mayor parte, con rumbo al Perú, cuyas minas estaban llamando á voces á los exheredados de la fortuna.

Los que asomaban la cabeza por Panamá y se venían callandicos, apegados á la costa como para no ser vistos, resultaban por el Río de la Plata, desde donde se largaban al Perú, venciendo mil dificultades, atropellando tribus salvajes y haciendo fechorías en el tránsito.

Eso si, eran valientes hasta no más; no retrocedían ante el peligro y sabían cometer abusos todos los días con los infelices indígenas, como si se hubieran graduado en alguna Universidad para ese oficio y tuviese diplomas como ejercerlo.

Llegaban como á su casa, con toda llaneza y

encontraban numerosa servidumbre, á quien manejar á palos, diezmar en las *mitas* y disponer en los *repartimientos*.

III

Hácia el año de gracia de 1537, el Gobernador del Rio de la Plata, con residencia en Asunción, Juan de Ayolas, se propuso explorar los vastos desiertos que se extienden al Oeste del rio Paraguay.—Organizó una espedición de 220 españoles y algunos indios; desembarcó frente al puerto de la Candelaria, próximo á una Bahía que dominó *Ayolas* (la Bahía Negra) sobre la márgen derecha del rio y se dirijió al N. O., con rumbo al Perú.—Llegó á las orillas del magestuoso Guapay (1) en una de cuyas barrancas, quedaron algunos españoles que fundaron el primitivo pueblo de la Barranca (á diez leguas S. E. del sitío en que después se fundó Santa Cruz) y desvió su ruta al S. O. hacia Pomabamba, de donde al parecer recogió plata y oro, de los indígenas.—De allí emprendió la vuelta por la Barranca y volvió al río Paraguay, por el mismo camino, después de dos años de ausencia.—

---

(1) GUAPAY—rio grande.

Estuvo esperando algún tiempo la flota que debía llevarlo á Asunción y murió juntamente con casi todos los españoles, á manos de las tribus salvajes de esas orillas, que lo acechaban y que eran probablemente los *Chamacocos* (hoy Puerto Pacheco.)

Seis años más tarde, en 1543, un oficial subalterno, Martinez de Irala, emprendió otra expedición con menos personal que la anterior; y en vez de desembarcar, continuó remontando el rio Paraguay, hasta llegar á una extensa Bahía (la de Jarayes, compuesta de los rebalses de las Bahías de Mandioré y la Gaiba) donde desembarcó, al fondo de ella, en un sitio que llamó desembarcadero de los Reyes.— Reconoció las tierras más próximas, y sin dejar huella colonizadora se volvió á Asunción.—

A fines de ese mismo año, el Adelantado Nuñez Cabeza de Vaca, acometió otra expedición; llegó también al desembarcadero de los Reyes, con 300 españoles y muchos indios; hizo algunos reçonocimientos y regreso al Paraguay (1.544.)

Cuatro años después, es decir en 1588, los mismos Irala, que ya era Adelantado del Rio de la Plata, y Cabeza de Vaca, emprenden otra expedición formal, con mayores elementos, llevando 300 españoles y muchos auxíliares guaranies; siguiendo el mismo rumbo de Ayolas, desembarcaron por Bahia Negra en un punto que llamaron San Fernando y se dirigieron resueltamente por el Chaco boreal hacia el O.; consiguiendo llegar á un sitio frente al pueblo de *Abapó*

[2] de donde continuaron hacia la frontera de Tomina y allí encontraron indios incásicos de la encomienda de Pedro Ázures, el fundador de Chuquisaca y por ellos supieron los exploradores que la guerra civil ensangrentaba el suelo del Perú, pues Gonzalo Pizarro, ayudado del intrépido octogenario Francisco de Carbajal (el *demonio de los Andes*), se había alzado hacía poco tiempo en armas contra el Virrey don Blasco Nuñez de Vela, á quien derrotó en la reñida batalla de Añaquito; y que á la sazón, acababa de llegar de España un clérigo anciano, el Inquisidor don Pedro de L. Gasca, encargado de pacificar el Perú, castigar rebeldes y sistemar la administración.

Con semejantes noticias, se arredraron los exploradores de seguir adelante, temerosos de verse complicados en los acontecimíentos; y haciendo campamento por allí, resolvieron mandar á Lima al Capitán Nuflo de Chavez, con tres compañeros más, y los cuatro llegaron á Pocona que era repartimiento del acaudalado minero de Potosí, Diego de Centeno, desde donde mandó Chavez pedir permiso á las autoridades de Chuquisaca para pasar al Perú: manifestando que al pié de las sierras quedaba su Jefe y su séquito esperando igual permiso para seguir el viaje.

Las autoridades de Chuquisaca que ya tenían aviso de que habían moros eu la costa, es decir que

(2) **ABA-PO**; **cabeza de** hombre.

venía gente armada por aquel lado, mandaron prevenir á Irala que se cuidase mucho de merodear en tierras de indios mansos y cristianos.

A la vez, mandaron un expreso á Lima, comunicando estas nuevas alarmantes á la Gasca y resolvieron enviar á tomar presos á Chávez y sus compañeros, á quienes condujeron á Chuquisaca.

Don Nuflo que sobre ser audaz, como buen extremeño, debió tener disposición natural para la diplomacia, como se verá más adelante, no sólo consiguió el permiso que solicitaba de pasar al Perú, sino que logró entusiasmar á las autoridades para que emprendiesen una expedición hacia el Oriente. Y con tal motivo, resolvió equipar una, confiando su dirección á Centeno que disponía de recursos.

No dicen los cronistas de aquel tiempo si esta empresa se llevaría á cabo

Lo cierto es que Irala, notificado ya para no avanzar más, plegó sus tiendas de campaña y emprendió el regreso sin parar hasta Asunción.

Chávez, siguió tranquilamente su viaje á Lima, donde conferenció largo y tendido con La Gasca, y mereció de éste muchas atenciones, con el aditamiento de que le dio 50 jinetes para que lo acompañasen en su regreso.—Desgraciadamente no pudo alcanzar á Irala y siguiendo sus huellas se fué tras él hasta el Paraguay.

Años van, años vienen, volvió Irala á pensar de nuevo en otra expedición, hacia el Alto Paraguay, por la Bahía de Jarayes. Y como ya conocía el temple de Chávez, le entregó el comando de la fuerza expedicionaria, que se componía de 200 españoles; habiéndole recomendado muy mucho que no avanzase de aquellos lugares. Pero don Nuflo, que no era de los que se quedan en la mitad del camino, resolvió á poco *extralimitarse*, y se internó al Oeste, por donde caminando centenares de leguas, llegó á un país que llamó *País de los Chiquitos*, por que al ver tan bajas y estrechas las puertas de sus chozas, creyó que los habitantes debían ser muy chiquitos. Y debió ser grande su asombro al ver que casi, arrastrándose, salían por esas puertas, indígenas robustos y bien formados.

La costumbre de tener puertas bajas ó mejor dicho aberturas, no reconocía otra causa que la de precaverse de que los tigres, que aún todavía en estos tiempos abundan muchos en aquellas regiones, penetraran á devorarlos.

Habiendo fallecido Irala, dejando como sucesor en el gobierno á su yerno Mendoza, uno de los que fueron con Chávez de Lima á la Asunción, creyó éste que á él, correspondíale asumir el gobierno, por sus méritos. Y con tal motivo marchó apresuradamente al Paraguay; pero se encontró con que el

nuevo Gobernador no se hallaba dispuesto á cederle le bastón de autoridad: por lo que, resolvió Chávez volver al «País dc los Chiquitos» y darse modos de formar allí un gobierno independiente, desconociendo desde ese momento á las autoridapes del Paraguay.

Cuando hubo llegado á sus posesiones reunió su gente y comunicole cuanto había ocurrido y su propósito de no reconocer al nuevo Gobernador. Los que no quisieran seguirlo, quedaban en libertad de volverse.

Cincuenta fueron los que se decidieron á correr la misma suerte que él; y sin más preámbulos, se pusieron en campaña, siempre con rumbo al Perú.

Internándose centenares de leguas por bosques vírgenes; cruzando rios caudalosos, llegaron al *Guapay*, avanzando invariablemente hacia el Oeste, hasta encontrar un sitio pintoresco, de exhuberante vejetación, donde la naturaleza ostentaba todas sus galas; arrullado por un rio de impetuosa corriente, el *Píray* (3); y allí resolvió plantar sus banderas y fundar el asiento de su futuro gobierno;—ocupando al efecto *manu militari*, las tierras del belicoso Casique *Grigotá*, jefe de una poderosa tribu salvaje.

En ese sitió se fundó años después, con toda formalidad, la ciudad de Santa Cruz.

[3] PIRA-Y: rio de pescadores.

IV

A poco, mandó Chávez una expedición al Sud con objeto de recoger á los españoles que por allí habían quedado rezagados de la expedición anterior y atraer algunos indígenas.

Los expedicionarios llegaron al paraje por donde hoy es el pueblo de Gutiérrez, é inesperadamente se encontraron con otra expedición que por allí andaba, de orden del Capitán español Andrés Manzo, que era jefe de una guarnición en esas fronteras.

No debió agradarle á Manzo la noticia de que se le presentaba un rival por esos lados, y resolvió marchar al encuentro de Chávez.

No refiere la historia lo que se dirían ambos capitanes; pero es de presumir que la discusión fué verbal y con algún acaloramiento, porque *in illo témpore*, no se conocía el sistema, entre los colonizadores, de citar documentos, pasar extensos y bien meditados *memorandums* á las cancillerías amigas como hoy es de uso, de potencia á potencia. Entónces las cosas eran claras y el chocolate espeso.

Pero se sabe positivamente que acordaron mantenerse en *statu quo*, en sus respectivos dominios,

mientras la Audiencia de Charcas, fundada dos años antes, resolviese el litigio.

Inter la Audiencia fallese esta contienda, marchó de nuevo á Lima don Nuflo y allí se puso de acuerdo con el excelentísimo señor Virey don Andrés Hurtado de Mendoza primer Marquez de Cañete (1355)—«Este Virrey, dice un historiador del Perú, se distinguió por su severidad y hábil política: hizo salir de las montañas de Vilcabamba al Inca *Sairi Tupac*, hijo del Inca Manco (sucesor de Atahualpa) y lo obligó á abdicar en favor del Rey de España: mandó ejecutar á Velasquez y otros sediciosos; envió á su hijo don García (que después llegó á ser también Virey del Perú] á conquistar á los araucanos y fundó las ciudades de Cuenca, Cañete y Saña.»

En su tiempo se fundó igualmente la primera ciudad de Santa Cruz, en la Serranía de Chiquitos, como se verá más adelante.

Pero como la Audiencia falló en favor de Manzo, el Virrey, para consolar á Chávez, concedióle el permiso de conquistar Chiqnitos, Mojos y Matto Grosso, y fundar allí un Gobierno propio, lejos de los dominios de su adversario Andrés Manzo, é independiente del Paraguy. Y como acto de jurisdicción sobre las tierras que debía conquistar, quiso el Virrey que su hijo, don Diego Hurtado de Mendoza, marchase de Gobernador.

Cuando llegaron al pueblo de la Barranca, encontraron que esta colonia se había acrecentado con

los soldados de Manzo, que á instigaciones de Hernando de Salazar, cuñado de Chávez, se pasaron á las banderas de éste, abandonando sus posiciones.

El Gobernador Mendoza. Chávez y muchos de los suyos, emprendieron una especie de retroceso, hacia Chiquitos: y después de haber caminado más de ochenta leguas. llegaron á la serranía que cruza por esa región, y escogiendo por allí un sitio adecuado para fundar población. hallaron un paraje ameno, de clima templado, con hermosas y dilatadas campiñas, regado por un arroyuelo de cristalinas aguas. el *Sutós*, donde Chávez fundó la ciudad de *Santa Cruz de la Sierra* [1560], dándole éste nombre en memoria de su ciudad natal, en el reyno de Estremadura, á tres leguas de Trujillo [4]

V

Y á que tantas veces hemos mencionado á Chavez, no será demás que salgan aquí á relucir algunos

---

4] SANTA CRUZ DE LA SIERRA.—Geog. V, con ayunt. P. J. Trujillo, prov. de Cáceres, diócesis de Placencia; 684 hab.—Situada al Sud de Trujillo entre las sierras de Guadalupe y Montañes.—Terreno montuoso: cereales, lino y legumbres. [Diccionario Enciclopédico de Montaner y Simón.—1896.]

datos biográficos sobre tan interesante personaje, uno de los más esforzados colonizadores españoles.

«Chavez salió de España el 2 de noviembre de «1540, acompañando á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, «y con él desembarcó en el Brasil el 29 de marzo de «1541. Siguióle también en el penosísimo viaje á «Asunción, realizado en setenta jornadas y con él «mismo entró en la Asunción el 11 de marzo de 1542. «Tomó parte acciva en la rebelión que contra Cabe- «za de Vaca estalló el 25 de abril de 1540, en Asun- «ción al grito de: ¡Libertad, Viva el Rey!, contribu- «yendo por tanto á que Irala fuese aclamado Gober- «nador.—En 1550, hacia fines del año, introdujo en «la región del Plata, el primer ganado lanar y cabrio «que hubo en aquellas regiones, tres años antes de «que los hermanos Goes, portugueses, llevasen al «Plata ocho vacas y un toro. Hizo esto á su vuelta «del Perú, en donde estuvo por encargo de Irala. «En 1564 (8 de setiembre]salió de la Asunción, forman- «do parte del acompañamiento de Ortiz de Vergara, «contra quién se sublevó en el camino pretendiendo «que no dependiera del gobierno de Ortiz el territo- «rio de Santa Cruz de la Sierra; y no sólo consiguió «detener á Vergara sino que se dirigió al Virrey, «solicitando que le concediera la administración de «aquel país con el carácter de provincia. El Virrey «que lo era don Diego López de Zúñiga y Velasco,

«Conde de Nieva [5], aceptó la independencia de «de Santa Cruz, pero envió á un hijo suyo para que «la gobernara, dando sólo á Chavez el título de Te- «niente de Gobernador. Vergara llegó por fin á Chu- «quisaca y desde allí Francisco de Cáceres, uno de «sus acompañantes regresó á Asunción con un nú- «mero considerable de cabezas de ganado, doscientas «familias y algunos soldados, para continuar la con- «quista y colonización del Plata. Nuflo de Chávez se unió á Cáceres, cuando este pasó por Santa Cruz, «pero al llegar á la tierra de los Itatines, estos indios «se alzaron en armas contra su agresor, que murió «asesinado á traición, por uno de los casiques, aca- «bando así la vida del ambicioso y perturbador Chá- «vez.—El Gobernador Mendoza hijo del Virrey cuan- «do tuvo noticia de aquel asesinato, cayó sobre los «citados indígenas y los batió y exterminó sin pie- dad».—(Montaner y Simón.)

Por via de complemento, agregaré que cuatro años después de haber fundado Chávez, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, á orillas del *Sutós*, hizo un viaje en 1564 á la Asunción, de donde regresó con mucha gente española, que venía en busca de riquezas, y entre ésta, vino también el Obispo de la Asunción, señor La Torre, acompañado de siete clérigos y frailes.

---

[5] Debe ser error biográfico, pues el Conde de Nieva, se llamaba Diego Acebedo y Zúñiga: que gobernó dos años el Perú.

Consiguió así mismo que una tribu salvaje, los *Itatines*, que habitaban en el bajo Paraguay, lo siguiesen, señalándole para su residencia unos lugares situados al Este á tres jornadas de Santa Cruz, probablemente por donde hoy existen los pueblos de *Santo Corazón* y *San Juan*.

Algún tiempo después, en 1568, determinó Chavez hacer una visita á sus salvajes, á quienes encontró, en apariencia muy tranquilos y satisfechos.— Se tendió á dormir en una hamaca y entónces, acercóse cautelosamedte por atrás un indio y le descargó en la cabeza un golpe, dejándolo muerto.—Seguidamente consumaron una carnicería espantosa en los pocos acompañantes de Chávez, habiendo logrado escapar tan solo uno, que fué quién dió la noticia en Santa Cruz.

VI

Pero basta de historia y vamos al cuento, retrociendo algo en el orden cronológico de los acontecimientos.

No todos los habitantes de la Baraanca se habían decidido á seguir á Chávez, pues fueron muchos los que prefirieron permanecer en las tierras de Grigotá.

Pasaron así dos años.—En 1662, ocurió una conflagaación general de tribus indígenas contro los pobladores de la Barranca.

Chávez voló en auxilio de ellos, con la gente que á la ligera pudo reunir.

En la *llanura del Pári*, á pocas cuadras de la ciudad, debían medir sus armas los combatientes.

Dice la tradición que los indígenas pasaban de diez mil; y que los soldados de Chávez, alcansaban apenas á doscientos.

No había pues esperanza de salvación.

Como lobos hambrientos, prorrumpiendo en alaridos, como es de costumbre entre los salvajes al principiar un combate, se lanzaron sobre los españoles.

En esos instantes de suprema angustia, invocaron estos de rodillas, á San Lorenzo, llamándolo para que los salvase.

De improviso y sin saber de dónde, apareció muy cerca de la línea española un nuevo personaje, apuesto jinete montado en brioso corcel, cuya blancura habría envidiado la nieve; y tendido en *veloz carrera*, levantando á su paso columnas de polvo, armada la diestra de flamífera espada que brillaba con vívido fulgor, como la luz del relámpago, cruzó hácia el campo enemigo. Los indios quedaron asombrados y luego se apoderó de ellos un pánico indescriptible—Arrojaron sus flechas y huyeron desporidos. Creo que todavía siguen corriendo.

El bizarro General, persiguiólos sin darles un momento de reposo y se perdió á lo lejos, en la dilatada llanura.

¿Pero quién era el misterioso vencedor?

Sencillamente, San Lorenzo.

Vueltos en sí los españoles y cuando aún creían estar soñando, dieron gracias á su salvador, y en memoria de aquel suceso extraordinario, lo juraron por su santo y patrono: y diéronle al pueblo el nombre de *San Lorenzo de la Barranca*, que treinta y tres años después había de cambiarse por el de Santa Cruz de la Sierra, trasladada ésta de la serranía de Chiquitos.

Y no era para menos: porque eso de ganar una batalla y salvar el pellejo, sin haber disparado un tiro de arcabuz ni derramado una gota de sangre, bien valía la pena de que los moradores de la Barranca, no olvidasen jamás á su ilustre General.

Y así lo hicieron ellos y sus descendientes, hasta el día de hoy.

Y declararon día cívico y de regocijo público, el 10 de agosto.

Y esas si que eran fiestas reales, como ya no las hay en estos tiempos de libertad.—Las autoridades se esforzaban cada año en hacerlo mejor.—Después de la misa de gracias, había procesión á caballo: el Alférez Real, con la cabeza cubierta con sombrero de tres picos, marchaba á la vanguardia de la comitiva ecuestre, llevando el pendón de España.—Se-

guíanlo, por su orden y gerarquía, los Regidores, Alcaldes de primero y de segundo voto y otros altos funcionarios y el pueblo todo: cubiertas las cabezas con montera y talabarte que era el sombrero de aquella época en todo el orbe y que hoy ha quedado relegada para el uso de nuestros indígenas.—Amén de todas esas demostraciones, había juego de sortija y de cabrito, *palo encebado*, corridas de toros bravos traidos de Mojos, exprofesamente, indios *canichanas* conocidos como excelentes capeadores: y por las noches sarao, en la casa del señor Gobernador.

Lo que es ahora, ya no quedan ni noticias de tan soberbias fiestas.

VII

Gobernando el Perú el Excelentísimo señor Virrey D. García Hurtado de Mendoza, 2o Marquez de Cañete y del cual hemos hecho ya mención, allá por los años 1595 se recibió una Real Cédula de su Magestad el Rey Don Felipe II, [Q. D. D. G.] en la que disponía nuestro soberano que la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, se trasladase al pueblo de San Lorenzo de la Barranca; habiendo comisionado para el efecto, el señor Virrey al Capitán Holguín; quien después de recorrer aquellos paraj s, buscando sitio

mejor, se dicidió al fin á que la ciudad radicase en donde hoy está, sin que piense ya nadie en llevársela á otra parte.—La fundación, solemne y por acta tuvo lugar el 21 de mayo de 1595, día de la Santísima Trinidad: y en la Real Cédula, se dispuso que la población tuviese el título de *Muy Noble Ciudad de Santa Cruz de la Sierra*: siendo el primer Gobernador don Lorenzo Suarez de Figueroa, cuarto en el número de Gobernadores, á contar desde Diego Hurtado de Mendoza, que fué el primero y que se estableció en la primitiva ciudad; la cual tomó desde entonces el nombre de San José; pero también se trasladó el vecindario á cosa de una milla de distancia quedando silenciosas y solitarias para siempre las poéticas riberas del *Sutos*, donde hasta hace pocos años, á despecho del tiempo, subsistían y podían contemplarse, entre la vegetación que se ha desarrollado, algunos palos plantados, último resto de las antiguas habitaciones del siglo XVI; y aún varios trechos del suelo, empedrados, que fueron las calles de Santa Cruz.

Como ya no me sobran ganas para continuar y tampoco tengo á la mano más datos que mi memoria, se suspende el artículo, dando por *concluida*, la tradición.





Mataron á Cañoto

I

¡ Y que me importa que lo maten ! ! !......decían las viejas realistas de su tiempo, deseosas de que acabasen de una vez las correrías del célebre guerillero, terror de las gentes de la campiña, músico y cantor en los jolgorios y provocador de bochinches en las parrandas á donde llegar solía.

Por que si usteder se imajinan que *Cañoto* fué un sujeto vulgar, algún bandido de encrucijada ó un feroz sanguinario perseguido siempre por la justicia, muy equivocados, aúnque en lo de haber sufrido muchas largas persecuciones estan en lo cierto, como que así aconteció, por haber sido patriota encarnizado, camarada y amigo de Warnes. Mercado, Montero,

Suarez, Seoane y otros caudillos de la causa de la imdependencia que en Santa Cruz alzaron bandera de libertad é insurrección contra el Rey nuestro Señor, en el memorable día 24 de septiembre del año 1811.

... Ahora, si desean saber quien fué Don José Manuel Vaca, más conocido con el nombre de *Cañoto* por apodo de familia y cuyo nombre ha llegado hasta nuestros días en la memoria del pueblo y qué cosas estupendas hizo como para que los esbirros de Aguilera anduviesen persiguiéndolo sin tregua y que la horca no se cansara de llamarlo: tomen ustedes asiento en aquel escaño, obra maestra del siglo XVIII, que perteneció á mis abuelos y lo conservo como valiosa reliquia. Y, para que mi relato tenga sabor á tiempos pretéritos, al uso de esa época, voy á convidarles dos porongos de aromática yerba mate del Paraguay y un cigarro gordo fajado por la mitad, de lejítimo tabaco mojeño *cayubaba*.

II

—¿ Ya estan ustedes ?— Pués á *negocio*.

Qué don Francisco Javier Aguilera, vencedor de Padilla en la jornada del Villar y de Warnes en la reñida batalla del Pári, por la que mereció del Excelentísimo Virrey Don Juaquín de la Pezuela el ascenso

de Coronel á Brigadier. nombramiento confirmado por Fernando VII. con el aditamento de *Brigadier y Caballero de la Orden de Santa Isabel* y más el despacho de Gobernador--Intendente de Santa Cruz: fué un valiente campeón de la causa realista en el Alto Perú, un sanguinario monstruoso, perseguidor implacable de patriotas y sospechosos; y finalmente un hombre de mucha cáscara amarga; es historia que hasta hoy se recuerda en Santa Cruz, donde aquel monstruo en figura humana asentó su dominación con brazo de hierro, por entre torrentes de sangre, durante ocho años y des erró al país de las calaveras en los primeros cuatro meses subsiguientes á su triunfo, á novecientos catorce patriotas, que caro pagaron en el cadalzo su amar á la libertad. Y. téngase en cuenta que aquella ciudad que jimió tanto tiempo bajo las botas del vencedor del Pári, no debió contar por entonces con más de cinco á seis mil almas.

Pero que hubo quien le pusiera las peras á cuarto al flamante Brigadier, que se burlase de él en su linda cara y que le ocasionase colerones y quebraderos de cabeza, es tradición que luego sabrán ustedes al dedillo, si paciencia tienen para escuchar lo poco que en la memoria del pueblo se ha conservado hasta el presente.

Ante todo, se sabe positivamente que Aquilera, natural de Santa Cruz, estudió teología en el Seminario de Chuquisaca cuyas aulas abandonó para se-

guir la carrera de las armas que cuadraban mejor á sus instintos feroces y de exterminio.

El General Goyeneche, célebre conde de Guaqui, que había dimitido el mando del ejército realista del Alto Perú, por motivos de hallarse con la salud quebrantada ó porque el Virrey Abascal no le prestara los auxilios que exijiera, fué reemplazado por el General Pezuela (1813)—Es indudable que Aguilera sirvió en los comienzos de su carrera bajo las órdenes de éste y que se halló en los combates de Vilcapujio y Vilnma (noviembre 28 de 1815,) donde Rondeau perdió su ejercito, que vencido y diezmado, regresó en dispersión á las provincias argentinas. Después de estas victorias, Pezuela, que se hallaba en preparativos de viaje al Perú para hacerse cargo del virreynato, destinó á Aguilera á pacificar los partidos de Valle Grande y de Tomina, llevando un contingente de tropas aguerridas [1816.]

En Tomina le aguardaba el guerrillero Don Manuel Asencio Padilla, que era el terror de los realistas. Midieron sus fuerzas estos caudillos en el Villar, donde tras reñida batalla, cayó muerto Padilla á manos de Aguilera, personalmente, continuando la refriega la heroica guerillera doña Manuela Azurduy de Padilla, aunque con éxito adverso.

No se permitió el vencedor mucho reposo, pues seguidamente contramarchó por Valle Grande con rumbo á Santa Cruz, á donde se internó por sendas

desconocidas é intransitables, tomando la ruta de Samaypata á Florida, por los desfiladeros del Filo, hasta llegar á Barilio, doce leguas al sur de Santa Cruz, dirijiéndose de allí á esta ciudad.

Warnes, que tenía su campamento en los *Cuarteles* de las Horcas, cuatro leguas al S. O. de Santa Cruz, y mantenía un cuerpo de guardia maligna más adelante en el lugar que desde entonces llamose la "Guardia" y más algunas avanzadillas por el camino de la Sierra, en los destiladeros, al saber que su rival resultaba á retaguardia, ganándole la entrada á la casa, reunió todas sus fuerzas apresuradamente á marcha forzada, llegó á horas once de mañana á la hermosa llanura del Pári [Noviembre 16 de 1818.] donde tendió su linea de combate en dirección S. O. frente al enemigo, formado ya en batalla, al N. E. teniendo á sus espaldas los arrabales de la ciudad. Tras un corto descanso y reconocimiento de posiciones, aprestáronse los combatientes á la lucha. A horas una de la tarde, disparaba Warnes el primer cañonazo en señal de comienzo y escalonando sus huestas, avanzó imperturbable, paso de vencedores, al encuentro de las fuerzas realistas que también tomaron la ofensiva ejecutando un movimiento general de avance. El continuo atronar de los cañones y los incesantes fuegos de fusilería, anunciaban el inminente riesgo y el terrible chocar de los rivales. Una ráfaga de aire disipó la espesa humareda que envolvía el campo de batalla: los combatientes se divisaron á cien metros de distancia y se

lanzaron al encuentro, poseídos del vértigo de la desesperación y la locura. Eran tres mil combatientes que se buscaban para matarse. Las líneas avanzaron, se mezclaron y confundieron, y empezó la lucha cuerpo á cuerpo, un acuchillamiento espantoso é indescriptible. Por el uniforme se reconocían y se avalanzaban para exterminarse. Por entre los cadáveres arrastraban los guerilleros sus pesadas cureñas, y los cañones seguían arrojando metrallas sin descanso y sembrando el campo de cadáveres. Aquella espantosa carnicería, aquel odio á muerte fué cesando paulatinamente al caer de la tarde. Eran las cinco; los realistas habían retrocedido espantados de sus primitivas posiciones hasta muy cerca de los suburbios de la ciudad. Sus fuegos estaban apagados y la derrota consumada. Warnes, que montaba un caballo blanco, espada en mano arrollaba á los realistas, poniéndolos en fuga. En esos instantes supremos, de mortal angustia, una bala enemiga matole el caballo, que cayó pesadamente tomándolo con el peso y mientras forsejeaba el jinete por desasirse para ponerse de pie, un soldado realista, ya fuese que había reconocido al caudillo patriota ó por una casualidad, se lanzó sobre él y con su bayoneta le atravesó el pecho y con un balazo la cabeza. Warnes quedó muerto. Sus soldados, que corrían en pos de él, quedaron espantados y atónitos ante el desastre. Los realistas, aprovechando de ese momento de confusión volvieron á la pelea haciendo retroceder

á los patriotas que, batiendose en retirada, se dispersaron.

Entre tanto, de otro lado, la caballería patriota se había lanzado sobre los realistas y después de obstinada lucha á sable, consiguió separarla del grueso del ejército y persiguiéndolo hasta una legua de distancia. Cerca del anochecer volvió grupas para incorporarse á la infanteria, pero aquellos bravos jinetes, vencedores, se encontraron con la fatal nueva de la muerte de Warnes.

Como era consiguiente, el dolor por la pérdida de su querido caudillo, los dejó inmóviles y como clavados en el suelo. ¿Qué hacer.? Todo estaba irremediablemente perdido. Tras una breve consulta entre jefes obtaron por la retirada y se alejaron con dirección á la ciudad pasando de largo. Cañoto, el trovador de la campaña, era uno de éllos.

El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres.

Fué tal el susto que se llevó Aguilera en esta descumunal jornada, que prefirió acampar tres días y sus noches en la llanura del Pári, temeroso de alguna celada en la población, donde había mucha semilla de patriotas. Ocupose en esos días, de abrir zanjas donde mandó arrojar los cadáveres por millares á la vez que curar heridos y recojer dispersos. Cuando al final pasó revista de sus tropas, apenas quedaban doscientos del batallón Talavera, que al entrar en combate constaba de seiscientas plazas y cinco sobrevivientes

del Regimiento de Fernando VII, con los cuales hizo su entrada á la ciudad.

El historiador boliviano Urcullu, refiriendo esta acción de armas, dice: Rivalizaron los cruceños en bravura con los Talaveras, batallón compuesto en su totalidad de presidaríos y galeotes de la Península.

¡Zambomba que mis paisanos eran leones, cuando se las tuvieron á campo raso con esos tigres y no dejaron vivos más que cinco soldados del batallón Fernandinos y unos pocos Talaveras!!!

Con estos tubo que habérselas el pobre Cañoto y sus compinches.

III

En esta jornada del Pári no solo hay que considerar el hecho de armas sino la significación moral. Aguilera personificaba la monarquía en su cruel absolutismo, las doctrinas antiguas, inquisitoriales, de que se imbuyera en sus estudios teológicos; en pugna con las ideas republicanas, con las tendencias democráticas del siglo XIX, representadas por el modesto é infatigable Warnes, educado en la escuela severa del General Belgrano.

Ambas ideas, el absolutismo y la democracia, midieron alto sus fuerzas; y como la segunda aún no estaba preparada, quedó vencida.

Según la tradición, Warnes tendría treinta años de edad cuando llegó á Santa Cruz. Era muy sobrio, de pocas palabras, enérjico, de caracter sombrío y triste, patriota intransigente y el más adecuado jefe para organizar y militarizar cuerpos de reclutas. Se sabe que era oriundo de Montevideo; que sentó plaza en el regimiento de los Blandengues: que después pasó á servir bajo las órdenes de Belgrano y formó parte del segundo ejército auxiliar argentino y qüe marchó destinado, desde Potosí el año 1813, por dicho General á Santa Cruz á objeto de secundar eficazmente á los patriotas que dos años antes se habían insurreccionado, habiendo también enviado, poco antes de Warnes, al Dr. Eustaquio Moldes argentino para efectuar y apoyar la propaganda revolucionaria iniciada por Suárez, Seoane, Mercado y otros patriotas.

De Aguilera nos dice la historia que era robusto y metido de hombros,altanero, déspota, cruel y sanguinario; que su barba era negra y muy poblada; que sus ojos eran grandes é inyectados de sangre, que usaba ordinariamente levita azul, pantalón blanco de punto muy ajustado, botas granaderas y sombrero redondo de paisano, con plumaje.

La historia de la guerra de la imdependencia en toda la Amèrica española, no nos presenta otro ejemplar mas brutal que Aguilera; y creo Bovas ni Morillo en Venezuela; Imas, Huici y Ricafort en el Alto Perú, sean tan sanguinarios como aquel.

Sus persecuciones se estendieron no sólo á los que

realmente eran patriotas, sino á personas inocentes, á las familias, á todos en general porque la sed de sangre se había apoderado de aquel monstruo. Data de aquella êpoca, la inmigración de muchas familias Cruceñas, que se expatriaron á Matto Grosso, á Salta y Tucumán. La horca estuvo constantemente levantada para sacrificar víctimas; el espionaje, la delación y la calumnia arrastraban sin cesar víctimas al patíbulo; y la confiscación de bienes, dejaba en la miseria á las familias en provecho de las arcas del tirano para sustentar sus tropas.

Las selvas de la América meridional no han producido otra pantera de peor laya.

¡ Ay libertad, cuanta sangre cuestas ! ! !....

IV

Los guerrilleros que permanecieren vagando por los alrededores de Santa Cruz, tomaron la revancha como mejor pudieron. Varios eran esos grupos que con sus cabecillas, aparecían y desaparecian por las llanuras como sombras fantásticas llevadas por el viento.

El rato menos pensado caían sobre las partidas realistas que habían salido en su persecución, las ponían en precipitada fuga; y de paso daban sustos mayúsculos á los adictos al rey, arreándose sus ganados, llevándose monturas y caballos y cometiendo por

pasa tiempo innumerables abusos y estupricios, en represalia de cosas peores que hacían los realistas en las casas y haciendas de los *patrias*.

Algunas de estas bandas de guerrilleros degeneraron en verdaderas cuadrillas de salteadores y asesinos, siendo la más temible y numerosa la que acaudillaba el *Tui Vaca*, enemigo acérrimo á sangre y fuego de la causa realista, pero que arrastrado por su fanatismo político y su odio implacable al partido monárquico extremó sus hostilidades manchando la bandera de la libertad con toda clase de crímenes; cayendo al fin en manos de Aguilera que en el acto lo mandó ahorcar junto con los demás guerrilleros de su banda. Por que esto era lo que precisamente deseaba el Brigadier para saciar su apetito devorador de carne humana.

Yo no meto el brazo por el *Tui*, más tengo entendido que estos asuntos marchaban á la par, porque, asi como Aguilera se mostraba exesivamante cruel con los vencidos; tampoco estaban estos obligados á nobleza, pues si aquél hechó mano de los patriotas y de sus propiedades para exterminarlo todo, no tenían ellos porque hacerse de rogar para pagarle en la misma moneda: eran represalias á carta cabal. Las circunstancias no eran para pensarlo ni los tiempos estaban para perderlos, aunque me digan Ustedes que bueno es el culantro,pero no tanto.

Ni qué garantías ni qué respeto á la propiedad, ni qué inviolavilidad de la vida humana y otras paparruchas y teorías que por ahí andan en voga en los tiem-

pos que alcanzamos, que en aquellos el agua como turbia y el suelo se movía por todas partes. Era un Cataclismo Social, un desencadenamiento de todos los elementos aglomerados de tres siglos en el nuevo mundo, una época geolójica en la vida de los pueblos sepultando un pasado de oprobio y de miserias para dar campo y preparar nuevas edades en la evolución de la humanidad. La América era entonces la imajen del cáos en la creación del mundo: un campamento inmenso cubierto con el velo de un porvenir incierto, iluminado por las ráfagas de fuego de sus cañones y fusiles.

Con sesenta ú ochenta potriotas que diariamente salían de los calabozos con grilletes á los pies y esposas en las manos, camino de la horca y cuyos cadáveres amontonados é infectos eran incesantemente acarreados al campo Santo de la Capilla, había lo suficiente para que el Caballero de la Orden de Santa Isabel comiere con más ganas y durmiere como un bendito. Vaya con la conciencia de D. Francisco Javier que no era muy melindrosa! Yo tengo para mí que Aguilera sino fué el mismo demonio encarnado en figura humana, le faltó poco para serlo, casi nada. Aquello si que fué el reinado del terror en el corazón de estas colonias.

V

Cañoto fué de los raros que logró salvar de las garras del tirano y el único que no le tuvo miedo, que

hizo fisga de sus persecuciones tomando las cosas á chiste y que convirtió en chacota las amenazas que pesaban sobre su cabeza.

Los destacamentos que en altas horas de la noche salían al campo en pos de él, volvían con cuentos, trayendo sin embargo algunas cabezas de ganado vacuno á falta, sin duda, de la cabeza de Vaca, por la que tenía prometidos mil pesos al contado, oferta que mandó publicar por bando al son de bombo y clarin. Y cuidado con los tales soldados Realistas que le servían al pensamiento al Brigadier,pues eran nada menos que los famosos *tablas*, gente *non Sancta* que perteneció al batallón *Talavera*, casi exterminado en el Pári. Los sobrevivientes sirvieron de base para formar otros á su imagen y semejanza.

El Talavera se organizó en la Peninsula, con gente escogida de entre lo peor de las cárceles de España, sus presidios de Ceuta y Melilla y otros internados por el estilo: y lo mandó al Perú nuestro bondadoso y muy amado Fernando VII. Verdad es tambien que por ese tiempo los acontecimientos políticos que se desarollaban en la madre patria no eran muy prósperos que digamos y que por nada de este mundo hubiesen venido á medlr armas con insurgentes, los refinados y lechuginos de palacio. En cambio vinieron jefes caracterizados y qne hacían honor al ejército español, como Espartero, La Serna. Valdez y Canterac.

Se componía el Talavera de 800 plazas y eran tan

feos los talaberinos que daban susto al miedo, como que los más buenos mozos y presentables tenían unos remiendos y costurones en la cara que ocasionaban absortos y pesadillas. Altos, fornídos, brutales-usando siempreu un lenguaje soez, sin temor á nadie y poco sumisos á la disciplina militar, eran unos desalmados que venían á pescar en rio revuelto y que no respetaban ni los templos para dar una cuchillada ó cometer cualquier abuso. Llegó á Lima ese batallón en el mes de abril del año 1814 y fué tal el espanto que causó en pocos dias que el Virrey, Abascal, cediendo al clamor público tuvo de mandarlo á Chile, donde los chilenos mermaron algo las filas del Talavera, matando á muchos en diversos encuentros y hasta en las calles.

En Lima les díeron á los talaberinos el apodo de *tablas* por alución al uniforme que vestían: levitón de paño azul, largo y cerrado hasta las rodillas en forma de tablas ó pliegues rectangulares sobrepuestos de manera que vistos de cualquier lado parecían tableados.

En Chile tampoco estuvieron mucho tiempo los talaberinos, pues los regresaron por la vía de Arica enviandoselos al General Pezuela, como refuerzo para afrontar al tercer ejército auxiliar argentino que á las órdenes de Rondeau se aproximaba al Alto Perú Con este cuerpo y más el batallón *chilotes* ó Castro, que vino prontamente con aquel, pudo Pezuela obtener los triunfos de Vilcapujio y Viluma,

donde el coronel Aguilera le tomó el pulso y vió que le convenían estos angelitos para pacificar Santa Cruz y sus provincias. El resultado es que en el Pári mordieron polvo casi todos.

VI

Dicen las malas bocas que *Cañoto* no fué de malos sentimientos, apesar de que en su derecho estuvo el serlo, segun eran aquellos tiempos y que era jovial, bromista, audaz y no mal parecido. Y lo mejor que nadie como él para rasguear la guitarra y hacerla hablar en francés ó tocar el *charango* con tal primor que á las muchachas se les hacía como hormigueo en los pies por echar un baile á cuestas y menear el pañuelo. Cantaba como una sirena, con voz tan dulce y melodiosas, que los oyentes se pasaban las horas muertas escuchándole; y nadie como él para tocar unos deliciosos pasacalles ó improvisar coplas de su magín con tal chispa y salero que hubiera hecho sonreir á un inglés. Donde se hallaba Cañoto la reunión resultaba envidiable. Por de contado que nadie hubiese tenido la cobardía de denunciarlo, porque era el querido de la campiña.

Su hermana Guadalupe Vaca solía de vez en cuando acompañarlo en el canto, haciendo ella de primera voz y él de segunda.

Para muestra, allà vá una de sus composiciones poéticas:

Dicen, para el mal de amor
Que olvidar es el remedio,
Y es cierto;
Pero eso no es para mi pues veo
Que el remedio ha de quitarme la vida
Mas presto.

Fugitivo como vivía, con su escolta de ocho ó diez compañeros, permitiese algunas temporadas de reposo y se retiraba con los suyos á las estancias y bañados del Rio Grande, donde nadie pudiese sorprenderlo ni dar noticias de él á los realistas. Allí remontaba su pequeña caballada; y se pasaba él la vida como podía. A los partidarios de la patria les pedía provisiones con buenos modos, pero á los realistas les mandaba quitar cuanto él necesitaba.

Cuentase que en cierta ocasión estando en marcha con los suyos de paso á otros lugares donde no pudieron sospecharlo, llegóse con su comitiva á una alquería, en la que, á la sazón, el dueño amasaba y preparaba el queso, en lo alto de un tablado, á la sombra de un frondoso árbol.

Sabido es que el queso debe permanecer dos veces en prensa por una hora cada vez para renovar la trituración y el amasijo , dejándolo nuevamente en su molde hasta el día siguiente. A falta de maquinaria para esa operación, se sirven los hacendados de

un grueso tronco de la madera más pesada, que colocan sobre el queso; y, á veces, el peon ó quesero se sienta sobre el tronco para aumentar el peso y permanece allí el tiempo preciso hasta dejar concluída su tarea.

Hallábase el campesino en lo alto de su tablado como en un observatorio cuando advirtió la proximidad de una cuadrilla de *pátivas* encabezada por *Cañoto.* Comprendió al instante que todo estaba perdido y retirando el tronco, sentóse llanamente sobre el queso quitandose los pantalones. Llegó la comitiva y habiendole preguntado Cañoto al campesino que hacía allá arriba, le contestó que estaba concluyendo de hacer su queso y que lo invitaba á descanzar un rato para convidarle.

—No necesitamos amigo, de sus quesos ni de nada de su casa, le respondió Cañoto, por que usted es un marrano. Y siguió su camino.

Por ciertó que aquella extratajema valióle al campesino salvar de que cargase Cañoto con cuanto había en la casa, incluso toda la partida de quesos, los anales llevo sin novedad á Santa Cruz para su expendio.

Durante el día ocultabase la cuadrilla en lo más solitario y recóndito del bosque; y al anochecer poníase en marcha, de suerte que jamás se sabía donde estaba Cañoto.

Viajando así constantemente, á favor de la noche, por atajos y senderos perdidos entre la maleza,

llegabase él solo á los cortijos, dejando á prudente distancia su cuadrilla y pedía provisiones para su gente; pero, si se negaban ó recelaba alguna traición, era entonces implacable. Juntaba las manos en la boca y hacía de esta una especie de bocina cuyo eco repercutía á distancia. Era el santo y seña, la voz de alerta, á la que acudían presurosos sus compañeros, armadas de arcabaces, cuchillos y garrotes. Amarraban á un palo á los dueños de casa, poniéndoles además mas fuerte mordaza para que no chillen, sin perjuicio de algunos mojicones; lanzeaban perros se llevaban los mejores caballos que encontraban y las monturas nuevas y provenían sus alforjas de cuantos recursos eran necesarios para la bucólica Terminando el escrutinio, salva la comitiva galopando con rumbo desconocido.

Fué tal el temor que infundió en los contornos de Santa Cruz, diez leguas á la redonda, que nadie se consideraba seguro ni en los caminos ni dentro de casa. Los adultos, obtaban por no sacarse los pantalones para dormir, en previsión de una fuga inesperada. A los muchachos llorones y rebeldes al sueño bastaba decirles *¡ya viene Cañoto!* para que se arrebujasen callandicos aguantando el resuello. Cañoto no fue malhechor ni asesino, porque núnca manchó sus manos en sangre. Era un patrióta obscuro, eximio ginete, jugador de *cabrito* y amigo de divertirse. Perseguido siempre por Aguilera, vivió perpetuamente prófugo en compañía de otros co-

mo él escapados de la matanza del Pári, haciendo todos la vida nomade: hostilizando al enemigo con la guerra de recursos. Su existencia estaba pendiente de un hilo ; y al menor descuido como el riesgo de caer á manos de aquel, como habían caido otros que inmediatamente eran ahorcados.

En cierta ocasión, un golpe de audacia lo salvó de ser cojido por los realistas, Había concurrido al *velorio* de una Imagen allá en el campo. No fueron pocos los campesinos que acudieron con sus familias al convite. Y como de costumbre: Cañoto encabezaba el cántico religioso, en salvas y letrillas á la Imagen.

Al rayar el día, hora en que debía retirarse la concurrencia, sintióse ruido de sables y pisada de caballos. Era un piquete de soldados realistas que circulaban la casa, en busca de Cañoto á quien fundadamente se suponía en el velorio.

A cosa de doscientas varas de la casa, había un pequeño bosque. Apercibido Cañoto de que se le buscaba, dejó el pocillo de resacado y de un salto estuvo en su caballo y partió al golpe por la llanura, ténuemente alumbrada por la luz crepuscular. Los realistas se lanzaron á la desbandada en persecución, tomando distancia entre si para que no se les escapase; pero Cañoto dió luego media vuelta y se metió al bosque, de donde todavía contempló á los últimos jinetes que pasaban á toda velocidad en su alcance. Convencido de que ya no quedaba atrás ninguno de

de ellos, regresó tranquilamente á la casa donde el alboroto de viejos y mujeres era mayúsculo;—y en la confusión por ensillar sus cabalgaduras, hubo quien se empeñaba en poner el freno por la cola del caballo.

Cañoto recogió su pocillo de trago que aun estaba tíbio y continuó alegremente la velada campestre seguro como estaba de que á esas horas lo buscaban por todas partes, menos en la misma casa.

En cuanto á los realistas, corrieron hasta que salió el sol y creo que á la fecha siguen galopando en busca de él.

Medio día era por filo. Los rayos de un sol ardiente del mes de octubre, reverberaban en la llanura. Ráfagas suaves de aire tibio corrían á intervalos, produciendo un calor sofocante. Percibiase el agudo chirrido de los grillos en el fondo de la selva; y desde los altos y nudosos troncos de algarrobos, un enjambre de cigarras producían un ruido ensordecedor, muy semejante al pitar de un tren en marcha.

Cañoto que, con los suyos, había pasado la noche en un islote de árboles, tendidos en sus hamacas, percibió que á corta distancia ladraba un perro. Por aquí cerca deben haber casas, pensó y luego ensilló su caballo, dirigiéndose hacia aquella parte.

Era una modesta casucha, con techo de hojas de palmera, teniendo al frente un pequeño corralito.

Allí moraba un campesino, quien á la sazón estaba comiendo en una mesita baja, rodeado de perros y de gatos que pescaban los huesos al vuelo, en la mejor armonía. Invitó al recien llegado á que le hiciera compañía y éste no se hizo repetir la invitación, tomando asiento en un banq ito de madera; pues se trataba nada menos que de hacer los honores á unos voluminosos tamales que humeaban en un plato de barro exhalando un tufillo incitante; un costillár de vaca, asado, que se balanceaba pendiente de un asador y una abundante provisión de leche y tojorí.

Escaso de noticias vivía el campesino en su ignorado retiro, sin más temor de vez en cuando que verse asaltado por los cuadrilleros de Cañoto el día menos pensado.

Con esta preocupación que le ocasionaba secreto sobresalto, quiso averiguar por el paradero de Cañoto á quien personalmente no conocía y entabló conversación sobre el particular y acerca de las últimas noticias que tenía del Rey nuestro amo y que databan de poco más de un año; ensalsando, de paso, la valentía de Aguilera y echando pestes contra las pillerías de *los pátrias*, que eran unos masones condenados que acabarían por irse á los profundos infiernos. A todo esto, agregó el sencillo y confiado campesino, que Cañote era el más pícaro de todos, ladrón, mulato, pillo de cuenta, á quien él aguardaba para rom

perle la cabeza con una buena hacha que tenía siempre á la mano.

Le conversó también que en un pasaje oculto de la isla cercana (1) tenía escondidos sus pocos reales (señaló el sitio), sus platos, espuelas y cucharas de plata, temeroso siempre de que Cañoto le cayese con su maldita pandilla.

—¿Y qué hiciera usted, le peeguntó el recién llegado, si en este momento se presentara Cañoto?

—Lo mataría, contestó valientemente.

—Lo conoce usted?

—No tengo esa desgpacia.

Y siguieron comiendo en toda tranquilidad.

Cuando terminaron, levantóse Cañoto, muy satisfecho, risueño y aproximandose al campesino le puso la mano al hombro, diciendole con aire socarrón:

—Camarada, don Matías ¿así se llama usted? ahora mateme, que estoy solo en su casa:—yo soy Cañoto.

—Cañoto!!!......¡Cañoto!!!...... Cañoto!!!!....¡nó señor!......usted no es Cañoto, por que su traza imponente, su cara tan linda, sus ojos azules, sus modales tan elegantes, son de gente fina y bien nacida.

—Já........já........já, rió Cañoto estrepitosamente.

---

[1] En las extensas planicies de Santa Cruz, hay espesos matorrales y bosques, llamados ISLAS.

—¿Usted creía, mi buen amigo, que yo era un indio ó un mulato? Pues si no quiere creer qué yo soy el señor capitán don José Manuel Vaca, ó Cañoto, como lo dice su mala crianza, aguardese un momento que voy á llamar á mis camaradas que ahora están durmiendo la siesta en el mismo lugar donde usted tiene escondidas sus cuatro cucharas. Y para en otra sepase que no somos ladrones ni asesinos, sino patriótas y compañeros de Warnes.

¡Ay que susto tan estupendo! Se le cayó al infeliz la cuchara de palo que aún retenía en las manos y le sobrevino un temblor de cuerpo entero que parecía enfermo de fiebre intermitente y sudaba frío.

—Sí señoooor!....Nó señoooor! Ay señoooor!.... Está usted en su casa señor capitán Cañoto ¿ó qué estoy diciendo? válgame Dios! Y será usted muy bien recibido, mi coronel, cuantas veces nos honre con sus visitas, que en los mandamientos de la Iglesia reza: «dar posada al peregrino, menos al cochabambino».

—Si yo no soy cochabambino! Y para en otra sepase que los cochabambinos son los vencedores en Aroma.

—Ay que gusto de conocerlo, mi amo!

¡Quien lo creyera! Lo que es el mundo!

Señoooor. Yo también deseo hacerme patrióta, porque es gente que me agrada. A mí, me habían contado las cosas de otro modo, muy distinto: si señoooor.

¿Cuando vuelve por acá, mi coronel?

Cañoto se despidió riendo.

Já........já........já.
He de volver por acá.

El campesino lo vió marcharse y cuando lo hubo perdido de vista, contestó:

Jí........jí........jí.
Mas que no vuelvas por aquí.

—¡Que buen susto me has dado, hijo de una...... burra!

VII

Si por los cortijos y villorios del cercado era *Cañoto* el terror de esas buenas gentes, no lo era menos en la misma ciudad á la que penetraba por la noche disfrasado; se informaba de las últimas noticias que legaban del interior del Virreynato y quedaba enterado de que se disponía otra partida de realistas á salir en su persecución. Al rayar el día regresaba á su campamento, impartía órdenes y emigraban los *pátrias* á lugares lejanos.

Aguilera no ignoraba estas correrías y entonces fué que puso á precio la cabeza de Cañoto y de toda su banda, particularmente la de aquél, vivo ó muer-

to; amenazando con las penas de confiscación de bienes y en su caso la de horca á todas las personas que lo admitiesen en sus casas, que tuviesen con él conversación ó no diesen inmediato aviso del lugar donde se encontraba.

Con tan tremenda conminatoria, al cerrar la noche era el cierra puertas general en toda la ciudad á tranca y adobe. Y caigase el cielo que no abrían á nadie, porque podría Cañoto estar pasando á tiempo, entrarse de rondón y comprometer con su precencia á toda la familia.

Las patrullas andaban toda la noche, hacían abrir las casas sospechosas y detenían en la calle á los pocos transeuntes para reconocerlos. ¿Fugaba de improviso algún nocturno galán, saltando cercos y tapiales? Pues es *Cañoto*; corra la patrulla. «¡Atajen hijos por la otra esquina; peguenle cuatro tiros secos; vuelen hijos que se nos escapa: ahora es cuando; acabenlo de matar.!!! Al día siguiente desde muy temprano ya corría el rumor público de que al fin lo habían tomado á *Cañoto* donde la Nicolasa y que á medio día sería colgado de la horca. Pero más tarde se falsificaba la noticia.

En cambio del chasco que se llevaba la patrulla con sus falsas alarmas, pagaba el pato el infeliz tunante en un cepo de donde á duras penas conseguía salir comprobando que él no era Cañoto y no sin llevarse por vía de recoderis algunos buenos rebencazos del sarjento de guardia.

Pobres tunantes! ¡Ay amor lo que me cuestas; y lo que me costarás!!............

A cada escopetazo ó golpe de puerta, quedaban sobresaltados los vecinos y pasado un buen rato abrían sus puertas y se preguntaban mútuamente: «¿habrán matado á Cañoto? he oído un tiro» «Yo también» replicaba el vecino de enfrente.

Los muchachos, por divertirse á costa de sus mayores paseaban diciendo: *ya mataron á Cañoto.* ¿«Donde? hijito»—salían á preguutar las viejos curiosas, entreabriendo apenas sus puertas; y ellos contestaban que lo daban por muerto, porque si lo encontraran lo mataran.

Y Aguilera multiplicaba sus persecuciones, erre que erre; y Cañoto escapaba de todas ellas, dale que dale.

La vispera de Navidad del año 1820 ó 1821, resolvió Cañoto dar la noche buena á la cindad y en particular á Aguilera y sus *tablas.* Hacía tiempo que ya no se mentaba su nombre y se le creía muerto ó en expedición lejana por el partido de Cordillera.

Al efecto mandó convocar á todos sus camaradas que se hallaban dispersos; aumentó el número de guerrilleros con nuevos jinetes que se le presentaron, atraídos por los antiguos; y cuando calculó que eran las doce de la noche, hora en que debía encontrarse la Catedral repleta de gente sin que faltase ni el mismo Aguilera que con ser realista y teólogo tenía sus ribetes de misticismo, novenas y devociones; hizo

aquel formar su gente y la distribuyó en cuatro grupos, todos montados y armados de arcabuces; reservandose operar Cañoto por la parte más peligrosa, es decir por el Cabildo, donde se hallaba el cuartel.

Cada grupo se apostó con tiempo en sitio adecuado, y al toque de un clarin que resonó á distancia y que alarmó la población, penetraron los *cañotistas* á todo galope por distintas calles á la plaza principal, prorrumpiendo en gritos «¡viva la libertad!» «¡viva el Coronel Mercado!» «¡viva el General San Martın!» «¡que mueran los tablas!» «¡que muera Aguilera!» Cañoto al pasar por la puerta del cuartel lanzó un «¡viva Cañoto!» acompañado de una descarga y siguió de largo á toda carrera con los suyos mientras los grupos restantes hacían también sus descargas y pasaban con la mayor velocidad.

Figurense ustedes el barullo que se armaría. La tropa se formó al instante en línea sobre la vereda del cuartel y los jefes salieron en busca de Aguilera para pedir órdenes.

Entretanto, en la Catedral crecía la confusión. Aguilera que ocupaba un sitial.no pudo salir de pronto porque el gentío se agolpó á todas las puertas queriendo escapar, á la vez que los fugitivos de la calle pretendían refugiarse en el templo é impedian que saliesen los de adentro. Aquello era una masa informe de gente. masa de terror en que al vocerio general; dominaban los gritos de los hombres, los so-

llozos de mujeres, los chillidos de muchachos, el estruendo de los escaños que se rompían por el peso de la gente allí refugiada y los alegres repiques de campanas que de lo alto de las torres anunciaban la noche buena. Estaría el campanero regocijandose por el suceso. Tiros por aquí, tiros por allá; ruidos de sables, toques de cornetas, redobles de tambores, *tablas* enloquecidos que salían por pelotones bala en boca y bayoneta calada, *pátrias* que pasaban en precipitada fuga levantando polvo y atropellando gente; y en pos de ellos partidas de realistas que corrían á toda pierna; sin esperanzas de alcanzar á los *cañotistas* que escapaban y desaparecían favorecidos por la obscuridad.

Por cierto que aquella noche nadie durmió en Santa Cruz. De la misa no se supo quién ni cómo la celebro, porque hasta los canónigos se escondieron; y, cuando á la una de la mañana se restableció el orden y pudieron escapar los últimos fieles que habían quedado en la catedral, ocultos en los confesonarios, sólo se percibían á lo lejos los ayes de los heridos y contusos que se quejaban de sus dolencias.

¡Que buenas pascuas nos ha dado el maldito Cañoto!! exclamaban todos al día siguiente- ¿Por que no le tocarán el violin á ese pillo, de una vez?

VIII

Por cartas y expresos que recibía Cañoto del Coronel Mercado y aún por expediciones que hiciera para entrevistarse con este caudillo en el partido de Cordillera, estaba enterado de que la causa de la libertad avanzaba terreno, pues las provincias argentinas habían proclamado hacía tiempo su independencia; el General San Martín, después de vencer los ejércitos realistas en Chile se había embarcado con destino al Perú, que también había proclamado su independencia y que los generales realistas La Serna, Valdez, Olañeta y otros, se hallaban entre sí en profundo desacuerdo sobre las operaciones bélicas, lo cual era para la causa patriótica un buen angurio. Supo finalmente que de la parte de Colombia venía un ejército aguerrido á las órdenes del Libertador Simón Bolívar y otros generales.

Mercado cuidaba de trasmitir estas nuevas á los patriótas de Santa Cruz á fin que en su caso estuviesen listos para una intentona.

Cañoto se refosilaba de gusto al enterarse de éstas noticias y menudeaba sus correrías, con más audacia, para que ninguno de los adictos á la causa desmayase y más bien se hiciera propaganda.

Con más razón estaba informado Aguilera de los acontecimientos que se producían en el Perú y que lo traían algo intranquilo y cabizbajo. Mala cara presentaba él realismo, pero esperaba el nuevos refuerzos de España.

Cañoto que ya rondaba de cerca la ciudad, encontrose una noche con varios amigos políticos en una parranda, en cierta chacarilla de los suburbios. Se hablaba en voz alta y con más libertad de las últimas novedades de que era portador un viajero procedente de Cochabamba. Loco de entusiasmo, templó su guitarra que siempre llevaba consigo pendiente de una cuerda, llamó aparte á Bautista Egüez, juntos ensayaron una canción que había compuesto aquel y después de echarse entre pecho y espalda un par de copas del bueno para criar coraje, salieron los dos á caballo. Diez minutos más tarde, llegaban sijilosamente á la ventana del dormitorio de Aguilera, habiendo antes atado sus cabalgaduras en un solar cercano.

Serían las dos de la mañana cuando despertóse el Brigadier á los acordes de la orquesta y de la siguiente serenata, que cantaban en su ventana:

¡ Al General Aguilera !

Despierta tirano, no duermas incauto,
Levanta la vista, verás por doquiera
Millares de espectros que acechan tu sueño
Clamanzando venganza, feroz Aguilera.

Allá en el Villar mataste á Padilla,
Manchada está en sangre tu vieja bandera.
Los muertos del Pári, la sombra de Warnes
Reclaman tu cuello, feroz Aguilera.

Satán fué tu padre, tu cuna el infierno.
Mamaste la leche de negra pantera.
Maldito aguilucho; con sangre de hiena
Veniste á la vida, feroz Aguilera.

Ya viene la aurora trayendo su luz,
La noche se acaba; se asoma otra éra
Los pueblos sacuden sus férreas cadenas
Tu causa ya muere, feroz Aguilera.

—*¡Los de guardia!!* gritó Aguilera incorporandose en el lecho y saltando en paños menroes con dirección á la puerta que comunicaba al patio del cuartel. Los de guardia!! repitió. ¡A mí el Brigadier! ¡So calzonudos, bragazas, traidores! ¿No han oído las desvergüenzas que ha venido á cantar ese pillo? ¿Quién otro puede ser sino ese vago, ladrón, llamado Cañoto? A ver, que salga la patrulla á bus-

carlo por todas partes y que me lo traigan vivo ó muerto. ¡¡Dey dos mil pesos al que me lo presente aquí!!!............

Y salían los patrulleros restegrandose los ojos, atonitos, sin saber qué calle seguir ni dónde hallar al imprudente cantor. Requizaban algunas casas, batían las camas y los rincones y por no dejar de hacer algo ni volver con las manos vacias se llevaban algún inocente galán que pescaban dormido en cama ajena: y al fin no daban con Cañoto que á esas horas ya estaba galopando por la pampa de la Cañada á reunirse con sus aparcéros.

Luego, al día siguiente no faltaba algún ocioso que diese él primero la noticia de que lo habían matado á Cañoto, en la puerto del cuartel.

—¡Cómo! exclamaban algunos.

—No sé, pero ya lo dan por muerto.

¡Qué personaje tan misterioso!

IX

Después de esta memorable escaramuza que posteriormente se repitió en varias ocasiones inesperadas y que no tenían otro objeto que inquietar á los realistas y mantener entre los patriotas vivo el fuego de la libertad, se retiró Cañoto á los parajes más

lejanos y seguros de costumbre. Sabía que Aguilera echaria en persecución á todos los galgos del cuartel, los que, después de rondar por algún tiempo y cometer nuevos abusos y estorciones en la campaña, volverían desalentados á la ciudad.

Dejaba trascurrir algunos meses y cuando suponía que ya lo habrían olvidado, salía de su escondite para volver á Santa Cruz por otros caminos. Asi estaba al habla con los espías secretos que mantenía en la población y enterado de cuanto pudiese convenirle.

Los acontecimientos políticos se precipitaban en el Perú y la guera de la independencia llegaba á su término á paso de vencedores. Un extremecimiento general sacudía los nervios de los sudamericanos, por que en el reloj de los tiempos había sonado ya la hora de la redención de las colonias.

Cañoto recibía de Cordillera, dinero, pólvora y municiones y órdenes apremiantes de estar listo y aumentar sus fuerzas.

En ejecución de estos mandatos, sus visitas nocturnas á la ciudad eran más frecuentes. La causa de los patriotas renacía de sus cenizas.

Una noche, muy avanzada la hora, penetró á la población, dejando su caballo en un bosque de naranjos.

La obscuridad era completa y profundo el silencio, interrumpido á veces, por el valido de una vaca ó el fúnebre graznido de algún buho.

Cauteloso avanzó Cañoto las primeras cuadras y se detuvo á escuchar en una esquina. Había percibido algo asi como los acordes de una orquesta y el ruido de muchas voces. Con efecto, no lejos de allí, una viva clridad que cruzaba la calle le sirvió de guía por ese lado. Era un baile.

Mezclóse entre la muchedumbre que desde puertas y ventanas, abiertas de par en par, espectaba la fiesta. Con el sombrero de paja calado hasta los ojos y la bufunda de algodón levantada hasta la boca abriose campo á duras penas y consiguió llegar hasta una ventana donde se situó inmóvil como una estatua. Acababa de ver al General Aguilera, frente á frente, risueño, expansivo, haciendole el oso á una morena que lo tenía como prendido de la pretina con sus ojos negros y relucientes.

Cañoto permaneció cerca de dos horas en su puesto de observación, contemplando de hito en hito y sin pestañear á su perseguidor. La mirada del tirano paseaba y recorría tranquilamente los ámbitos del salón de baile y parecía detenerse de vez en cuando obstinadamente en algún sitio de las ventanas, cual si tratase de reconocer la fisonomía de los misteriosos espectadores. Es que los ojos poseen cierto magnetismo y las miradas se atraen.

¿Qué pensamientos cruzaron por la mente de Cañote, obscuro guerrillero de las pampas, sacrificados sus escasos bienes en áras de una idea superior á sus facultades, en aquellas dos horas mortales que

estuvo contemplando al vencedor del Pári? ¿Acaso sería penetar en el salón y rápido hundirle al tirano el puñal en el corazón? Nó: imposible: porque al entrar podría ser reconocido y capturado. ¿Esperar á que se recogiese á su casa y victimarlo en la calle? Tampoco; y luego él no era asesino y podría temblarle la mano y errar el golpe.

Lo mejor era, indudablemente, proseguir la chacota y burlarse de todos.

Sería las dos de la mañana. Los músicos habían dejado al abandono sus instrumentos, para departir en amena conversación y beber su parte de mistela y de anisado, que con profusión circulaba por adentro y por afuera, para alentar la confianza: porque, «al que toca y al que canta se le seca la garganta.»

Tras entusiasta danza, en la que el mismo Aguilera tomó parte bailando el *ayua y niere* y las *catarratanas*, sobrevino un corto período de cansancio y reposo.

Aprovechose Cañoto de esta circunstancia para escojer la mejor guitarra y tocar solo unos deliciosos *pasa-calles* que reanimaron en el salón la alegría y el buen humor. Seguidamente compuso la voz disponiendose á cantar, tosió fuerte, como para llamar la atenció; y, aquella garganta privilegiada, se desbordó suavemente en una entonación sublime, incomparable, de notas musicales cadenciosas que tocaban las fibras del corazón. Era una hermosa voz de tenor, núnca hasta entonces oída en Santa Cruz.

Y luego, las estrofas mismas de indefinible sentimiento, parecían evocar recuerdos dolorosos cubiertos ya por el polvo del olvido de amores juveniles marchitos por el tiempo. Eran unos decasílabos.

Habíalos aprendido, quién sabe donde, en sus largos viajes, siendo todavía muy jóven y constituían la mejor pieza de su repertorio:

A LAURA

Sobre la arena gravé tu nombre
Y leve viento le arrebató.
Cayó la tarde serena y triste
Cubrió la noche negro crespón.

———

Sobre la nieve gravé tu nombre
Y al levantarse radiante el sol,
Letra por letra, gota por gota,
Como llorando se disolvió.

———

En la corteza de un tierno arbusto
Gravé tu nombre cuando partí;
Pasaron días, pasaron meses
Pasaron años y al fin volví.

———

Mas el arbusto creció tan alto
Que leer tu nombre no pude allí

Y en esa imagen, con triste llanto
Mis ilusiones perdidas ví.

Años más tarde de tu memoria
También mi nombre desapareció
Pasó tu imagen raudá, ilusoria
Y para siempre todo acabó.

—Muy bien!..........muy bien! exclamaron los concurrentes, aplaudiendo frenéticamente—otro!.... otro!!!......repitieron todos.

—¿Quién es ese cantor? preguntó Aguilera.

Cañoto rasgueó la guitarra como para *baile suelto*, compuso la voz y, después de un corto preludio musical, cantó las siguientes coplas:

No tengo miedo á la bala
Aunque la encuentre en la calle;
Por que cuando Dios no quiere
La bala no mata á nadie.

No tengo miedo al destierro
Por que desterrado vivo;
Sin hogar y sin familia.
Perseguido y fujitivo.

No tengo miedo á la horca
Ni al que á vil precio me pone;

Por que si Aguilera manda
Otra cosa Dios dispone.

—Bravo!!!......bravo!!!,......aplaudieron todos.

Algunos concurrentes, que estaban más próximos á la puerta, advirtieron el sentido de ésta última estrofa que parecía banderilla de desafío clavada en el cigarrillo de Aguilera; pero este no se apercibió siquiera por la confusión de voces y risas consiguientes á toda tertulia. No dejaron aquellos de temer alguna consecuencia de semejante audacia y se alejaron del sitio prudentemente.

—Otro!!!......otro!!!! volvieron á pedir los bailadores.

Cañoto; cambió de tono, se aseguró de paso de que su puñal estaba en el cinto y cantó con desenfado, como para producir inmediato safarrancho y descomponer el baile:

Siga la danza, siga el concierto
Vuelvan las copas y el alboroto
¡viva el placer!
Sepan señores, esto es lo cierto
Que soy Cañoto, que soy Cañoto
¡Mi Brigadier!

—Hasta otra vista, señores, se despidió.

—*¡Cañoto!!!......¡Cañoto!!!*.......exclamaron todos, estupefactos.

El audaz trovador dejó arrimada la guitarra al quicio de la puerta y desapareció.

Pueden ya suponerse ustedes, mis buenos amigos, el susto piramidal y el barrullópolis que se ocasionaría en el baile. Las señoritas se desmayaron de terror y creo que á muchas se les cayó el moño; y, los del sexo feo se arrinconaron, poseídos de pánico y ni resollaban, temiendo una invasión de los guerrilleros de Cañoto.

Repuestos del susto, visto que no ocurría ninguna novedad en la calle, empezó á retozarles la risa.

—¡Qué desvergüensa, exclamaban algunos, venir á cantar aquí donde está el señor Brigadier! ¡Pues no faltaba más!........

—¡Qué mozo tan guapo! murmuraban otros en voz baja. Este si que se ha burlado de todos nosotros.

Aguilera mismo que se hallaba en humor, magnetizado por los ojitos negros de la hechicera, no quiso quedarse atrás en demostrar su magnanimidad y mandó que llamasen á Cañoto, expresando que mucho le agradaban los valientes y que le perdonaría la vida.

Salieron á la calle en pos del cantor unos pocos, los más brabucones, llamandole á voces y pregonando el generoso indulto; pero el precavido guerrillero no había querido esperar las resultas y partió á todo galope.

¡Escrupuloso en su palabra era don Francisco

Javier, para confiar en su bella promesa y aguardar indulto!

X

—¿Y, al fin, preguntarán ustedes, siempre mataron á Cañoto?

—*Nequacuam!!*

La grata noticia del triunfo de Ayacucho, llegó á Santa Cruz por correo extraordinario, en cuarenta y seis días, es decir el 26 de Enero de 1825.

El General Aguilera que, desde que supiera el desastre de las armas realistas en Junín, veía ponerse las cosas de mal cariz, hacía tiempo que había abandonado la plaza de Santa Cruz, dejando en ella una pequeña guarnición y se trasladó á Valle Grande, á fin de estar más próximo á Chuquisaca ó Cochabamba, esperando desde alli el desenlace de los acontecimientos, para operar según las circunstancias. Mas, en esta nueva recidencia tómole el golpe de la batalla de Ayacucho, que daba al traste con sus últimas esperanzas. Luego, empezó á sospechar que sus soldados se manifestaban descontentos por falta del pié diario y rehacios al servicio; y, temeroso de una traición, escapose una noche á un lugar solitario donde permaneció oculto más de tres años.

La guarnición que dejara éste en Santa Cruz,

libre ya de su terrible presencia había empezado á simpatizar secretamente con los patriotas, de tal manera que muy poco trabajo costó rendirla. cuando en la memorable noche del 26 de Enero de 1825, un pelotón de gente armada, á cuya cabeza estaban Mercado, Montero y el jovial cantor Cañoto, se presentó arrogante en la puerta del cuartel, desarmando al centinela é imponiendo rendición absoluta y puerta franca. Y después? El entusiasmo delirante de los patriótas: la mar de abrazos y mutuas felicitaciones; los vivas á la libertad, á Bolivar, á Sucre y *túti cuanti*; repiques de campanas en todas las iglesias á romper badajos, descargas de fusilería y procesión cívica con antorchas.

Como no hay mal que dure cien años ni vida que los aguante, ahora resultaban los patriotas con la sartén en la mano, dispuestos á freir realistas, en aceite, en manteca ó en agua. Bien podían éstos confesar que ya estaban fritos.

Por primera diligencia se ocultaron todos ó se mandaron cambiar y dieron inmediato aviso al General Aguilera para que volase en auxilio de ellos, pero él tampoco sentíase muy tranquilo en Valle Grande y estaba sin saber dónde colocar á buen recando su benemérita persona, temeroso de un revoltijo entre su propia gente el rato menos pensado, según queda ya expresado.

Para colmo de males, el ejército vencedor en Junín y Ayacucho, se antojó hacer un gran paseo

triunfal por estos pueblos del Alto Perú. El inmaculado General Sucre había penetrado á La Paz y seguía su marcha por Oruro y Potosí hasta detenerse en Chuquisaca, que era la sede de la Audiencia de Charcas y para donde fué convocada la asamblea constituyente del año 1825, que debía resolver y resolvió los futuros destinos del país.

Ante todo, organizó la República sobre bases completamente nuevas; y, en la distribución de colocaciones, cúpole al General Videla, colombiano, ser nombrado Prefecto de Santa Cruz.

XI

Cosa de dos y medio años habían trascurrido y la patria nueva estaba como recién nacida; pero se presentaban ya los primeros síntomas de una gravísima enfermedad que á la sazón se propagaba por todas las repúblicas hispano-americanas con todo furor. Era una especie de epilepcia que en política se le conoce con el nombre de revolucíón.

Por de pronto, produjose cierto antagonismo y rivalidad de los antiguos guerilleros y campeones de la independencia alto-peruana, que se consideraron postergados en la repartición de peras, honores y recompensas, contra los advenedizos colombianos,

soberbios, engreidos y vencedores en innumerables batallas desde los llanos de Venezuela y la cumbre del Pichincha hasta las abruptas quiebras de los Andes, en Junín y Ayacucho, que constituyen el remate de aquella gloriosísima campaña casi continental que puso término á la era del coloniaje. Los recién llegados eran no sólo agasajados y mimados por los pueblos. sino que se llevaron la preferencia en las primeras distribuciones administrativas.

Acentúose aquel descontento con la presidencia vitalicia del General Sucre conforme á la Constitución Política del año 1826 enviada desde Lima por el Libertador, con un extenso mensaje explicativo, y sancionada por la asamblea constituyente de aquel año; y, *ainda maiz*, con el insistente rumor propalado en todas las nuevas repúblicas acerca de la supuesta coronación de Bolívar; lo que, á juicio de los politicones de aquel tiempo y de los enemigos del Libertador, que eran todos los antiguos realistas y los descontentos modernos, equivalía á salir del dominio de Fernando VII para entrar al de Simón I.

Lo positivo es que la gloria de Bolívar llenaba la América y cegaba á sus adversarios.

De todas estas quisicosas, pagó el pato el General Sucre, en el execrable motín del 18 de Abril de 1828, de cuyas resultas salió herido aquel brazo que en Ayacucho rompiera las cadenas de la esclavitud de todo un mundo. Y, como por maldición que ca-

yera sobre la infortunada *República Bolívar* como se llamó por entonces, comenzó en aquel nefasto día la interminable era de nuestras revoluciones.

Tras el motin del 18 de Abril, se desencadenaron las convulsiones políticas y las ambiciones del caudillaje militar. Convaleciente aún el Gegeral Sucre, en su retiro de la hacienda de *Ñucchu*, se entró de golpe hasta el corazón de Bolivia, sin pedir permiso, el General peruano D. Agustín Gamarra, con un fuerte ejército pretestando interceder compasivamente en favor del Gran Mariscal de Ayacucho y colocarse entre la «*víctima y los sacrificadores*». Humanitaria y comedida era su intención, pero se traslucia su hermoso deseo de quedarse en casa y favorecer al pais con un decreto de reincorporación al antiguo virreynato del Perú. Seis años más tarde, nuestro General Santa Cruz, procediendo á la inversa de Gamarra, se entró al Perú y, á *fortinribus*, en los altares de Yanacocha, Socabaya, Uchumayo y Ninabamba, nos echó á bolivianos y peruanos la cadena matrimonial llamada Confederación, á costa de la vida del denodado General Salaverry que se oponía al enlace, habiendo acudido Chile á divorciarnos á balazos en Yungay (1839).

Para estas ceremonias nupciales, de invasiones y confederaciones, necesitabanse testigos especiales de ambos paises, llamados *congresantes*, que por entonces no eran otra cosa que acólitos y sacristanes de amén.

Costó mucho trabajo conseguir que el General Gamarra se volviera á su tierra con su ejército: habiendose señalado para esas conferencias el villorio de Piquiza (á siete ú ocho leguas de Potosi al N. E.), donde celebró un tratado humillante para Bolivia. Este señor don Agustín, que dejaba su palacio de los Virreyes para largarse ultra-Titicaca, debió ser algo intruso y amigo de meterse á la casa del vecino; porque, años después (1841), en que por segunda vez ocupó la Presidencia del Perú, aprovechando de que por acá vivían en continua reyerta los *crucistas, ballivianistas y velazquistas*, se nos volvió á venir encima con seis mil hombres, pretestando que no le dejabamos los bolivianos dormir tranquilamente con nuestros bochinches: hasta que el General Ballivián fastidiado con las impertinencias del majadero, le quitó la *leva* en Ingavi, despachandolo á descansar en el otro mundo y curiosear en los infiernos.

Pocos meses después del tratado de Piquiza 1828 y, cuando Gamarra ni aún estaría en Lima se alborotaron acá los colombianos deseosos de regresar cuanto antes á su país. El batallón *Voltijeros* se amotinó en La Paz, exijiendo chancelo de cuentas y pronto viaje á Colombia. El motin fué mayúsculo con muertos, heridos y amenazas de saqueo á toda la ciudad; y, á no ser el bravo General Felipe Braun que mató de un pistoletazo al cabecilla y aquietó momentáneamente á los sublevados, prometiéndoles,

cuanto exijían. quien sabe los desaguisados que hubieran cometido. Se marcharon de mala gana y perseguidos porque la sublevación no estuvo del todo apasiguada, tomaron el camino de Ocomito y Guarina.

XII

El General Aguilera que desde su observatorio de Valle Grande, se regocijaba y frotaba las manos, viendo el revoltijo político, pensó que ya era tiempo de hacer una intentona, por aquello de que «en rio revuelto ganancia de pescadores». A lo mejor de sus fruiciones y devaneos, recibió noticias *positivas* de que la escuadra española había tocado en Arica, desembarcando allí un poderoso ejército destinado á restablecer la monarquía. Loco de entusiasmo, salió Aguilera de su escondite y una noche se dirijió acompañado de unos pocos tartufos al cuartel de policía, donde sin mayor dificultad apresó á los cuatro gatos que custodiaban el local; y se hizo dueño de la situación. Al dia siguiente mandó publicar por bando que su magestad don Fernando VII rey de España y de Indias por la Gracia de Dios, reincorporaba estas sus amadas colonias á sus vastos dominios, que le pertenecían por derecho divino y por el hecho de la conquista.

A renglón seguido, salieron á luz todos los realistas vallegrandinos y se escondieron los patriotas. Por decontado que se desplegó persecución contra éstos, confiscación de bienes y se formó lista de sospechosos y otras zarandajas de uso constante en tiempos de revuelta.

La noticia voló en alas del miedo por todas partes, cayendo como una bomba explosiva en medio de la confusión política en que se hallaba el país. Un jinete bien montado, sin alforjas ni bufanda, salió á todo escape camino de Santa Cruz, sesenta leguas de distancia, llevando cartas y oficios para las autoridades de aquella ciudad.

El Prefecto y Comandante General Coronel Anselmo Rivas, anoticiado del suceso, reunió su tropa, la arengó en breves frases, alistó vituallas y se puso en marcha á sofocar la revolución.

El Capitán Cañoto quiso formar parte en la expedición, pero no se lo permitieron sus jefes, porque ya estaba un poco viejo y, además, se lo impedía tenaz reumatismo que le atacaba á una pierna.

El Coronel Rivas encontró las huestes realistas formadas en batalla cerca de Valle Grande; y, después de corto tiroteo, se dispersaron los *fernandistas* poniendo Aguilera los pies en polvorosa.

Rivas, que mantenía rencores personales contra Aguilera, motivo á que este hiciera fusilar años antes en Yotala, á un hermano de aquél; y, temeroso de que fuese amnistiado por el General Velazco,

paisano de Aguilera y que á la sazón ocupaba la Presidencia de la República (Octubre de 1828) interinamente, mientras llegase de Chile el Presidente titular General Santa Cruz; publicó bando poniendo al vencido fuera de la ley, como traidor á la patria y ofreciendo un buen premio por su cabeza, vivo ó muerto.

El mismo sirviente de Aguilera, que lo era un negro, fue el delator; ya fuese por la codicia del premio ó porque no tuviese nada que temer ni esperar de su antiguo amo. El vencedor del Pári, fué sorprendido en una cueva de las cercanías de Valle, conducido y fusilado pocas horas después, en la plaza de aquella ciudad; con lo que, acabó su historia—(31 de Octubre de aquel año.)

El Prefecto Rivas, dió cuenta al Gobierno con lo obrado y ya no tuvo remedio lo sucedido.

XIII

¿Creen ustedes que con el fusilamiento del último campeón de la causa realista acabó la trajedia?

Nó señor.

Aguilera tenía unos parientes de apellido Carrillo, tan decididos por su persona como por su causa. Juraron vengar su muerte.

Con efecto; una noche fué asesinado el Coronel Rivas por los hermanos Carrillo, en el átrio de la catedral de Santa Cruz (1832.)

La victimación del Prefecto causó profundo estupor.

Los Carrillo fueron perseguidos sin tregua y se defendieron bravamente, por más de un año. Consiguieron formar una cuadrilla de antiguos realistas y convirtieron en cuartel general una casa de campo á tres leguas al norte de Santa Cruz. Allí se concentraban y de allí se dispersaban según las circunstancias. Los piquetes de fuerza armada que salían en persecución de ellos, volvían derrotados y con algunas bajas, Se despachaban nuevos y más uumerosos destacamentos que ya no encontraban á los cuadrilleros, pero de regreso al pasar por senderos estrechos de entre la frondosidad del bosque, una descarga cerrada y un rápido tiroteo echaba á tierra soldados y comisarios de policía.

Las autoridades parecían ya impotentes para capturar á esos tigres de la campaña que traían amedrentados á los pacíficos labradores y estancieros de esa comarca. Tenían espías en la ciudad que comunicaban cuanto podía convenirles.

En cierta ocasión, la cuadrilla había pernoctado en una isla de la *pampa grande*. Cerca del amanecer y en lo más profundo del sueño en que se hallabar, vióse de improviso rodeada por una numerosa partida de soldados. ¡A las armas! grito uno de aque-

llos y en el acto pusieronse á la defensiva. Trabose una lucha encarnizada, feroz, desesperada. Hasta horas siete de la mañana no se decidía el triunfo por ninguno de los combatientes, que caían muertos y heridos, en espantosa carnicería. Momentos hubo en que el destacamento, mermadas sus filas. estuvo á punto de abandonar el ataque; pero cayó mortalmente herido uno de los Carrillo; fue capturado y sujetado el otro y acuchillados los restantes. Aquellos fueron en el acto amarrados y conducidos á la ciudad de la que salió un gentío inmenso al encuentro. Al dia siguiente fueron pasados por las armas arrimados á las paredes del Cementerio público (1833.)

XIV

El heroe de esta leyenda. Cañoto, sobrevivió todavía algunos años, retirado á la vida privada en su casa de campo, herencia de sus antepasados.

Había cumplido su deber como ciudadano, luchando por la libertad y la independencia de la patria, sin ambicionar nada para si.

Los sueños dorados de su ardiente fantasía, disiparonse lentamente barridos por el huracán de las revoluciones que se desencadenó sobre Bolivia.

o era esto lo que él había esperado.

No fué por el predominio de la ambición y la perfidia que hubiera sacrificado los mejores años de su vida y su escaso patrimonio.

Sus modestos ideales de paz y de concordia de que se imbuyera en los consejos y confidencias de sus antiguos jefes, limitabanse á la creación de un gobierno nacional propio, en vez del gobierno peninsular. á millares de leguas: asunto que ya estaba plenemente cumplido en toda la América; soñaba con la implantación del imperio de la justicia y de la ley; con un gobierno patriarcal y un pueblo laborioso y como aquellas repúblicas de Grecia y Roma, á cuyo ejemplo debían modelarse las de acá del Nuevo Mundo.

Nada de esto alcanzaba él á columbrar en el sombrío horizonte de la patria nueva, batida sin cesar por el tormentoso oleaje de las revoluciones.

—Que! solía decir, para ver este laberinto y servir de cómodas escaleras todos los días, habíamos luchado años enteros? ¡Carape!

Cañoto. casi octogenario, rindió la vida en el campo, de resultas de un lobanillo que le salió en la espalda.

Una cruz de madera colocada en un monticulo de tierra, entre otras sepulturas agrupadas cerca de un camino, señalaba el lugar donde descansaban los restos de aquel anónimo guerrero de la independencia.

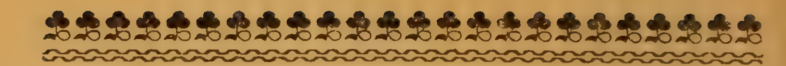
Años después, también la cruz desapareció.

XV

Pero el recuerdo de su nombre no se borra hasta hoy de la memoria del pueblo; y cada vez que suena un cohete ó se oye un tiro, salen los muchachos gritando á porfía: *¡mataron á Cañoto!!* ....
¡mataron á Cañoto!! ....

La frase ha quedado perpétuamente como estribillo.





La causa perdida y el pan quemado

I

—¿Conocieron ustedes á doña Ana Sánchez? ¡Pues es raro!

Por si no hayan alcanzado á conocerla, voy á referirles de ella lo que con la boca llena de risa contóme la vez pasada cierto caballero, ya entrado en años, que en su florida mocedad conoció mucho á la individua y aún obtuvo la gracia de echar con ella una cana al aire, bailando el *don mateo*, *la varsoviana*, *la contradanza* y otras piruetas por el estilo que estuvieron en voga hacia la primera mitad del siglo XIX.

Por entonces, Doña Ana que ya contaba más de cuarenta y cinco primaveras, — una que otra cana

indiscreta y un par de arrugas entre ceja y oreja, estaba todavía guapa y frescachona, como que, al decir de sus contemporáneas, envidiosas, era bastante conservada.

Así y todo, más que la conservación de sus juveniles bríos, conservaba mejor su antigua costumbre de andar afiliada en algún bando político, metida en intrigas y conspiraciones de cuartel que le ponían encalabrinada la cabeza, dando rienda suelta á la indiscreta lengua; con lo cual, aparte de chismes y enredos con la policía y demás autoridades constituidas, se sobreentiende que las atenciones domésticas, costuras y quehaceres, estaban dados al traste; mientras ella se mezclaba en correteos de hombres, averiguando las últimas noticias del interior de la República, referentes á que los *ballivianistas* estaban arriba en el poder con la mazorca en la mano y los *velasquistas* permanecían abajo esperando á que madurasen las uvas ó si los *belcistas* se finjían la zorra muerta para comerse al descuido las gallinas.

Podrá pues aplicarse á Doña Ana la siguiente estrofa:

« Es curioso lo que pasa
Con doña Clara de Ovalle,
Que ocupa toda la casa
Pero ella vive en la calle »

Y, sin más preámbulos, adelante con los faroles.

II

Al espirar los primeros cincuenta años del sigl pasado, Bolivia que fué la última en venir al mund soberano cuando sus hermanas mayores de Sud Amé rica ya estaban talluditas, haciendo todas juntas l gran chacota de sus propias leyes, tirándose lo trastos á la cara y entretenidas en romper el servici de la casa, jugar de noche á la gallinita ciega ó a gran bonetón, ni contigo, ni contigo, solo contigo canturreando en coro á la hora de recreo la consa bida copla:

« Salimos de Guatemala
Y entramos en Guatepeor;
Cambia el pandero de manos,
Pero de sonidos nó ».

Bolivia, decimos, que apenas daba los primero pasos con ayuda de andaderas, pero que anunciab precocidad maravillosa en aprender las mañas infan tiles de sus hermanas, no quedándose atras en l de tirar muñecos y romper juguetes en palacio balbuceaba ya con encantadora gracia las primeras palabras del idioma político y grítaba: *revolución!!...* *tiranía!!* .... *traición!!* ...... *caudillaje!!* ... .. *libertad!!* ...... *regeneración!!*.... *restauración!!*....

;ero tardó mucho en gritar al *orden!!* hasta hace)ocos años, en que le sentaron el juicio una hermana lel Pacífico y un primo del Amazonas, y le quitaron)uena parte de su herencia materna: aquella quería ;alitre y el otro pedía más goma.

Gobernada, bien ó mal, estaba entonces la República por un General muy meritorio por su larga y)rillante carrera militar en la guerra de la independencia y en las campañas de la Confederación; demócrata en su trato, austero en sus costumbres, emiiente republicano y honrado á carta cabal, que 'espondía al egrejio nombre de *José Miguel de Velasco.*

Tres veces, que no es poca cosa ni arca de rana, ;ubió **á la Presidencia de la República:** la primera ;omo **Vice-Presidente por el** voto del Congreso: y os dos restantes con estricta sujeción al reglamento ;lectoral de aquella época, es decir por bochinches, 'evolución en los cuarteles, formación de regimientos 7 batallones; toques de cornetas; dianas al sol que ;ale; cañonazos al aire libre; olor á pólvora; redobles le tambores; paseo de retratos adornados con cres)ones tricolores, sustos de vecinos: cierra-puertas ;n cada casa; bandos en todas las esquinas y comi;ios populares en la prefectura; proclamas á la ıación regenerada, *libre y feliz* y al ejército libertalor; y, de remate, por vía de santa unción pontificia :on el óleo de la soberanía nacional, numerosas actas

de adheción al nuevo gobierno, firmadas por ilustres desconocidos aspirantes á lucrativos empleos, las que no se publicaban en las gacetas por falta de suficientes mayúsculas en las imprentas.

De esas tres veces que Don José Miguel estuvo en el pináculo del Poder, en la primera bajó de allí por imperio de la Constitución: en la segunda, porque quiso; y en la tercera porque lo sacaron. De esta última no le quedaron ganas para nuevas aventuras militares, porque ya estaba muy entrado en años: y se retiró á su país natal, Santa Cruz, donde falleció tranquilamente doce años después (1860). (1).

---

[1]. Se recordará que habiendo dimitido el mando el General Sucre, fué elegido Presidente el General Blanco que murió asesinado á los quince días en la Recoleta de la ciudad de Chuquisaca y entonces, nombró el Congreso de Presidente de la República al General Santa Cruz, que á la sazón se hallaba en Chile en misión diplomática y Vice-Presidente al General Velasco, que estaba presente. — Velasco se hizo cargo de la Presidencia interinamente pero á los diez días disolvió el Congreso POR TRAIDOR y esperó la llegada de Santa Cruz para entregarle el mando supremo. — [1829]. — Por segunda vez ocupó la Presidencia, á la caida del General Santa Cruz, después del desastre de Yungay [1839], habiendo permanecido en el Poder hasta fines del año 1841, en que tuvo de cederlo generosamente á su adversario General Ballivián y aún enviarle su ejército de línea para defender la patria contra la invasión del ejército peruano á las órdenes del General Gamarra. — Y la tercera vez en que volvió á ocupar la Presidencia fué cuando Ballivián, el héroe de Ingavi, abdicó el mando, á fines del año 1847, en favor del General Guilarte, cuya autoridad fué desconocida por un comicio popular reunido en La Paz el

III

El General Manuel Isidoro Belzu, que hacía tiempo le había echado ojo á la Presidencia, por ambición y por odio personal al Presidente Ballivián, apenas abandonara éste la ciudad de La Paz para marchar al Sud de la República en persecusión de los Generales Agreda y Velasco, á quienes derrotó en el combate de Vitiche. se insurreccionó aquél y proclamó á Velasco, aún antes de esperar el resultado de las armas. Poco después, Velasco era investido del mando y Belzu tomaba para sí la cartera de la Guerra, por lo que *potens contingere.* — No habían transcurrido muchos meses, cuando el señor Ministro fingiendo descontentarse con Velasco y con el Congreso, desapareció furtivamente de Sucre, sin decirles siquiera á esos buenos señores «ahí quedan las llaves», dirigiéndose á Oruro y seguidamente á La Paz, donde ya lo esperaban sus partidarios;

---

17 de diciembre de aquel año, en el que se eligió de Presidente provisorio al General Velasco. — Este nombró de Ministro de la Guerra al General Belzu, quien después de una corta adhesión á Velasco, acabó por insurreccionarse [octubre 15 de 1848], declarando que era traidor el Congreso Constituyente Extraordinario que funcionaba en la capital Sucre y marchó contra Velasco, cuyas fuerzas alcanzó y derrotó en la batalla de Yamparaez, el 6 de diciembre de 1848. Aquí concluyó la vida pública del General Velasco. — N. del A.

habiéndose investido por sí del mando Supremo y desconocido la autoridad de Velasco y la del Congreso, á quienes declaró fuera de la ley.

El Norte de la República era belcista y el Sud velasquista, pero también tenía Velasco en contra suya todo el elemento militar que era entonceo poderoso y decidía la suerte del país á su antojo. — Fresco estaba el recuerdo de la famosa *quintada* del batallón *Legión* en Oruro y les quedaba vivo el dolor á los militares por esa hecatombe de fusilamientos en masa que ordenara Velasco, en castigo de un motin (Julio 12 de 1848). (2).

Los campos de Yamparáez, á siete leguas al E. de Sucre, fueron testigos de la reñida baralla del 6 de diciembre de 1840, en la que Belzu derrotó á Velasco, que fugó á la República Argentina, lo mismo que su ministro de Gobierno y Relacíones Exteriores Dr. Casimiro Olañeta, el gran tribuno, el perpétuo revolucionario, estadista, jurisconsulto y uno de los ciudadanos más eminentes de Bolivia.

En momentos de pronunciarse la derrota de

(2). El padre Herrera, capellán de Velasco, que absolvía á los infelices quintados, enloqueció poco después. Trasladado á Santa Cruz, por su familia y recluido en una celda, inspiraba terror cuando en los días de novilunio, poseido del paroxismo, de la locura, daba voces de mando, imitaba con la voz las detonaciones de las armas de fuego y los ayes de los moribundos, á quienes absolvía inmediatamente. Falleció este presbítero el año 1875, á una edad avanzada. — N. del A.

Velasco y la dispersión de su ejército, el Dr. Olañeta se puso en fuga, pero le mataron el caballo. A poco andar, encontró suelta una pésima cabalgadura de la que se apoderó inmediatamente y prosiguió su fuga al sud, camino de Vilacaya, á donde llegó al día siguiente al anochecer, alojándose en la casa del Cura. Este que no conocía personalmente á Olañeta, quedó encantado del recien llegado, por su palabra tan fluida, su conversación amena y su perfecto conocimiento de la política y de los hombres, — pero no se atrevió á preguntarle quien era ni á dónde iba.

Al amanecer del día siguiente, Olañeta que había visto en el corral del Cura, un buen caballo y dos mulas, pidió permiso para ensillarlas, alegando ser un excelente chalan; y, después de algunas vueltas por los contornos del pueblo, escogió la mejor y desapareció para siempre.

Más tarde quedaba enterado el Cura de que aquel desconocido que se había robado su mejor mula era el Dr. Olañeta, pero consolóse con la idea de que era éste quien se marchaba en ella.

Olañeta permaneció algunos años en Salta, ocupado de su profesión y tentando siempre nuevos revoltijos en Bolivia hasta que Belzu trasmitió el mando á su sucesor el General Jorge Córdova (1855), quien amnistió á todos los expatriados.

De paso, mencionaremos aquí que Córdova fué

el primero de nuestros gobernantes que sentó el hermoso principio de que no hay delitos políticos.

IV

Belzu, hizo su entrada triunfal en Sucre al día siguiente, con todo su ejército vencedor pero en vez de ser recibido con repiques de campanas, gran cabalgata, apiñamiento de muchedumbre, balcones repletos de beldades, guirnaldas, flores y misturas, sólo encontró completa indiferencia, equivalente á un terrible desaire que le infería la capital. Ni siquiera vió una puerta abierta, ni un transeunte en las calles, ni un sacristán en los campanarios, ni recibió cumplimientos en los desiertos salones de palacio. Aquello era un silencio abrumador, un reproche unánime por haber traicionado al gobierno que servía y la desaprobación pública, fría y elocuente, de su indigno comportamiento.

Conociólo Belzu y no pudo menos de exclamar, viendo que nadie había salido á su encuentro y que no se distinguía por ninguna parte figura humana: «me gusta Sucre, por su nobleza de sentimientos; yo conquistaré su amor y sus simpatías».

— Lo consiguió?

— Claro que sí, cuando dos años después, en el memorable 7 de septiembre de 1850, al caer herido en el prado, de un balazo por mano del entonces

Coronel Agustín Morales, que veinte años más tarde alcanzó á ser Presidente, todo el vecindario chuquisaqueño rodeo á porfía el lecho del paciente.

Aquel suceso extraordinario, despertó la compasión y la simpatía del pueblo en favor de la víctima; —pero luego sobrevino amarga decepción y una especie de terror; porque durante la curación de S. E., el Ministro de la Guerra, General Téllez, que soñaba heredar el mando si aquél fallecía y se había vuelto más realista que el rey, mandó procesar y fusilar al Presidente del Senado doctor Laguna; declaró la República en estado de sitio, persiguió á muchos notables, y en un punto estuvo que no fusilaran también al eminente tribuno doctor Evaristo Valle, diputado por La Paz, que sentado ya en el patíbulo recibió inesperadamente el indulto.

Los destierros en masa, las deportaciones á lugares lejanos y mal sanos, fueron el epílogo de ese drama: porque el pueblo es siempre quien paga los vidrios rotos.

V

La noticia del desastre de Yamparaez voló por toda la República correjida y aumentada. La causa de Velasco estaba irremisiblemente perdida.

Las nuevas llegaron rápidas á Santa Cruz, más por congeturas que por certeza. Nadie daba noticias

positivas ni detalles, pero había la intuición de que algo malo le había sucedido á Velasco.

Como no todo el monte es de orégano, existían igualmente por allí, secretos partidarios de Ballivián y de Belzu, que propalaban por lo bajo rumores subversivos, pues no todos habían de ser velasquistas acérrimos; porque, para que la cuña corte ha de ser del mismo palo; y como nadie es profeta en su tierra, al decir del vulgo, salvo rarísimas excepciones, retozaban los enemigos de Velasco, antiguos retirados de su amistad por falta de favores en la repartición de encargos y de encomiendas.

En menos tiempo de lo que canta un gallo súpose en la ciudad que Velasco había sido derrotado en el compo de batalla y que no se sabía nada del rumbo que había tomado. En las esquinas próximas al cuartel, se formaron corrillos de *comentadores;* — y notábase el rum — rum de las conversaciones, el ir y venir y detenerse de los ociosos á escuchar.

Los belcistas, que antes no se daban á conocer, porque á boca cerrada no le entra mosca y al buen callar llaman Sancho, resultaban ahora muy energúmenos, hablando en voz alta como en sus casas, y familiarizándose con los oficiales y la tropa, quienes, por su parte, visto á las claras el vuelco de la política, ya se dejaban tutear y palmear en las espaldas.

De pronto, cuando todo el mundo se había echado á la calle á saber noticias, llegó á todo escape un

oficial de ponchillo colorado, espada larga, botas altas y alforjas vacías, montado en un machito y se dirigió á la Prefectura, donde á la sazón estaban reunidas las autoridades locales, deliberando. Los curiosos se largaron en pos del recien llegado; abrieron cartas y gacetas; creció el barullo y de repente un estrepitoso *¡ Viva Belzu !* resonó en la sala, que al instante fué contestado por un alegre y prolongado repique de campanas en la Catedral, secundando á la minuta en las demás iglesias.

El Prefecto, el Comandante General, el Intendente de Policía, los jefes de la Columna de guarnición y los demás empleados, desaparecieron, escabulléndose prudentemente sin saberse cómo ni por dónde.

Los belcistas quedaron dueños de la situación, que se regularizó mediante comicio popular, nombramiento de nuevas autoridades y acta de adhesión al sol que nace, digo al General Belzu.

A todo esto, Doña Ana Sánchez, ignorando por esta vez las novedades callejeras, hallábase muy ocupada en su casa ¡cosa rara! amasando harina para hacer pan destinado á su propio consumo y tenía el pelo alzado en redecilla por la nuca y las mangas de la camisa remangadas.

Al escuchar los primeros repiques y sentir la gente que pasaba apresuradamente, vínole una fuerte corazonada de que aquello eran noticas de bulto,

extraordinario: olvidóse al instante del pan que tenía en el horno y echándose una mantilla á la espalda, salió á la calle en pesquiza de novedades. Porque, también es de advertir que ella era velasquista empedernida y tenía un hijo en el ejército que hacía su servicio en la Escolta de S. E. Era pues natural y consiguiente su alarma.

Corrió á la plaza, mezclóse entre la muchedumbre, se entrevistó con el oficial que acababa de llegar, quien le informó de todo al dedillo y anduvo el santo día de casa en casa, de corrillo en corrillo, comentando el suceso y aguantándose las púllas é indirectas de los belcistas que estaban arrogantes y brabucones, á lo que ella contestaba de vez en cuando con amenazas de una próxima contra-revolución y que todavía no cantasen victoria, que por ahí quedaba el Dr. Linares quien, como Presidente del Congreso era el legítimo sucesor de Velasco, según la Constitución Política de ese año (1848), aunque las votaciones de balas en Yamparáez proclamaron por las vías de hecho á don Isidoro. ¡Ni qué Constitución ni niño muerto! Buena es la Constitución para hacer violación de ella por los de arriba ó por los de abajo. El que manda, manda y cartuchera al cañón.

Cerca del anochecer volvió á su casa Doña Ana, profundamente inconsolable, llorosa, en completo abatimiento de espíritu y exhalando unos suspiros que parecían salidos de un fuelle de herrero.

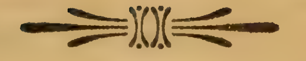
Un vecino que pasaba á tiempo, viéndola tan acongojada, preguntóle cómo estaba, á lo que ella contestó al instante: «*mal, con la causa perdida y el pan quemado*».

Efectivamente, toda la hornada de pan estaba carbonizada y no servía para maldita la cosa.

VI

Data de entonces la frasecita que ha quedado como estribillo popular, cuando alguien quiere manifestar que se encuentra en la mala y todo perdido. Es la significación del colmo de la desgracia.

No cabe duda que de suyo es bastante sugestiva





La diplomacia de un arpero

I

Con los años mil ochocientos cincuenta y pico, moraba en Potosí un cieguito de oficio arpero, que respondía al nombre de Felipito Cachambi, á quien no se le conocía «padre ni madre, ni gallo que le cante ni perro que le ladre».

El desdichado vivía completamente sólo por el barrio de *Ccómer-punku*, en una casa vieja cuyo propietario residía la mayor parte del año en su finca, dejando el cuidado de aquella al honrado arperito. Este, que para más señas era mestizo, no tenía vicios de ninguna clase, no sabía fumar ni tirar sus copas y, todos sus ahorros, que eran diarios, los ocultaba en una alcancía que cautelosamente había enterrado en el segundo patio de la casa, junto á un enorme horno de panadería, tapando la cajita

con los ladrillos del mismo piso y dejando entre las junturas un pequeño intersticio, por donde soltaba sus monedas á la alcancía, recogidas cada noche al retirarse de las parrandas.

Como por entonces aún no se conocían los billetes de banco, consistían los ahorros en dinero contante y sonante al contado violento.

Con esa exquisita suavidad de tacto que poseen los ciegos y consiguiente finura de oidos, recontaba cada mañana sus pesetas y sabía distinguir perfectamente los pesos *corbatudos, de los fernandinos, carlos cuartos y los rochunos.*

Practicado el arqueo de caja y sacada la cuenta de lo que salían á deberle sus clientes, se encaminaba al segundo patio, se arrodillaba en el lugar de la cajita y puestos los oidos al suelo soltaba sus monedas una por una, con tal fruición y contentamiento, que esta misteriosa operación constituía todo su amor y su delicia. El modesto arperito se había vuelto avaro y ni él mismo hubiese podido pensar para quien guardaba su tesoro, puesto que no tenía parientes ni comadres perdidas.

A más de un par de arpas y una flauta sin llaves, poseía también un pequeño armonium bastante usado, el cual en fuerza del tráfico diario, calle arriba y calle abajo, estaba desvencijado, pero sostenido por todos lados con cuerdas y nudos, como quien dice: «téngame tres que dos no pueden».

Filipito ejercía la exclusiva en el melodioso arte de música ambulante; y como tal, era indispensable, cuando se organizaba una fiesta, tenerlo contratado y pagado con anticipación de algunos días.

Para saber dónde había parranda, los *hilariones* no tenían más que hacer sino seguirlo á distancia. A guisa de porta-estandarte, caminando un indio cargando por delante una arpa y por atras el consabido armonium. El cieguito no se quedaba lejos, caminando á tientas, provisto de un bastoncito, el cual más que de apoyo le servía de explorador para reconocer las paredes y las puertas, tocar en las esquinas, contar las cuadras y evitarse atropellos de burros y de llamas.

Siempre sonriente, amable con todos, tolerante con las chanzonetas de burdos y de malcriados, era la idolatría de artesanos y cholitas que se lo disputaban para llevarlo *¡ Filipo por aquí ! ¡ Filipo por allá !* y lo agazajaban como la mejor ficha de la reunión; porque, en marchándose él se termina el jolgorio.

Y ni siquiera se embriagaba, pues, prefería comer bien y de vez en cuando tomar un vaso de chicha: y tampoco tenía mañas de músico,—permaneciendo las horas muertas en su rincón con las manos en el arpa ó el armonium sin dejar por un momento de tocar.

Nadie como Felipito para dar gusto á todos y

tocar más cuecas en que los bailadores levantaban polvo; unas *mecapaqueñas* desesperadas; unos bailecitos sueltos en que ni las viejas quedaban sin ventearse y unas coplitas populares salpimentadas que hacían la delicia de la democracia potosina.

Dices qne soy veleta
Que soy variable,
Si yo soy la veleta
Tú eres el aire
Mira que la veleta
¡ Ale salero ! !
Si el aire no la mueve
Siempre está quieta.

Y carape que en estos bailes de echar la casa por la ventana, no todo el monte es de orégano, pero suelen asistir familias distinguidas, sobre todo si se trata de un *casaracu* ó un *mosoj - máqui;* un *huasi ari* ó una *misachicu* (1).

Ni para qué mentar que los moscones, los chiflados *pepes* son los primeros en asomarse á estas reuniones *plebicitarias*, en pos de alguna cholita *chascañahui, sumactiquita* boca de coral. (2).

---

[1]. Voces quéchuas: **CASARACU**, casamiento; **MOSOJ - MAQUI** ó mano nueva, el baile que los padrinos de matrimonio dan á los novios al día siguiente; **HUASI - ARI**, estreno de casa; y **MISACHICU**, misa de salud ó de alferazgo.

(2). **OJOS DE LUCERO; FLOR HERMOSA.**

Señaladamente, desde vísperas de Navidad, en los jueves de compadres y de comadres, durante el carnaval, en los *aptapis* de la cuaresma y en los *siete viernes*, Felipito no conocía lo que era reposo, siempre de fiesta en fiesta, de casa en casa, de templo en templo, divirtiendo á todo el mundo y sellando para su bolsillo más pesetas que la Casa Nacional de Moneda. Para contar con su bella persona era preciso ponerse antes de acuerdo entre las altas partes contratantes y prefijar turnos á cada uno.

II

Hacía ya mucho tiempo que Cachambi se había dedicado en cuerpo y alma á la avaricia, cercenando cada día sus pequeños gastos para acrecentar sus ahorros. Parece que ya pensaba en adquirir una casita.

Una noche en que, como de costumbre, se hallaba fuera de casa, llegó el patrón.

Era Mateo Chungara un *cocani*, antiguo contrabandista que hizo negocios en la costa del Pacífico y que llamado á buen vivir en la edad madura, invirtió su capital en fincas y casas. Una de estas, en la que vivía Cachambi, servíale de alojamiento en los pocos días que paraba en Potosí. Por lo demás, introducido ya entre gente fina, como hacendado y persona de importancia, vestía con relativo

lujo y echaba prosa del importe de medio millón, incluso deudas incobrables. Así y todo, traslucíase en sus modales cierta torpeza que revelaba su escasa educación universitaria y un dejo de olor á coca, cominos y pimienta de la calle de las *ccapachecas* donde primitivamente tuviera su tienda de bayeta y abarrotes.

A la mañaña siguiente de su llegada á Potosí, hallándose en el segundo patio inspeccionando sus mulas, advirtió que entraba el cieguito y se dirigía al rincón del horno, donde se arrodilló largo rato y allí ejecutaba movimientos extraños que le llamaron extraordinariamente la atención á Chungara.

El músico, sin sospechar la presencia del patrón, deleitábase extático en soltar sus monedas á la caja y escuchar el ruido metálico de éstas al caer, cual si aquello fuese una melodía lejana que ascendía de las cavernas de la tierra.

Picado en su curiosidad el patrón quiso saber lo que allí había y esperó á que se retirase el arpero para buscar lo que no había perdido. Poco trabajo hubo de hacer para encontrar la caja, repleta de dinero y menos escrúpulo sintió en llevársela, dejando los ladrillos en su sitio.

Al subsiguiente día volvió el arpero llevando su puñado de reales; se arrodilló, puso los oidos al suelo, soltó la primera moneda y escuhó si caía, pero no percibió ningún ruido. Largó la segunda, que tam-

poco resolló. Alarmado de este silencio de su dinero que como el cuervo de Noé no daba aviso de estar en tierra firme, despachó la tercera, que así mismo no comunicó su llegada « *Olé? ¿ Qué quiere decir cristiano?* ¿ Por qué no cantan estas grandísimas pesetas? ¿ Si serán de goma? Pero yo las conté y eran de plata. *Veamos*, que el *ojo* del amo engorda al caballo y el que tenga tienda que atienda y sino que la venda ».

Mientras así discurría en grande ansiedad de su alma, tanteó el suelo, levantó los ladrillos que parecieron cambiados y, en vez de tocar la alcancía encontróse con el hueco — ¡ Oh desgracia, me han robado ! !...... dijo y cayó desplomado.

Vuelto en sí, prosiguió explorando en vano. La cajita no parecía ni abajo ni encima. «¿ Quién podría ser el ladrón ?»

Confundido y rabioso volvió á su habitación, sin saber á quien atribuir la pillería.

En esto percibió la voz del patrón que hablaba en voz alta en su salón, y, como no había otro sér viviente en la casa, las sospechas del arpero recayeron inevitablemente en él; aunque por ser un hacendado de buen ver, no era probable que hubiese cometido semejante bajeza. « Sin embargo, pensaba el atribulado Cachambi, dicen las malas lenguas que mi patrón fué contrabandista en sus mocedades y quién sabe si recordando aquellos tiempos habrá

sido él quien me ha pagado el contrabando; — porque maña y figura hasta la sepultura. Bien puede lo mismo haber sido el *pongo* ».

Por sí fuese el uno ó el otro, era preciso, inaplazable, descubrir cuanto antes el robo, porque de todos modos éste tenía que parecer. Confortado con esta esperanza, subió á los altos á saludar al patrón, darle la bienvenida, preguntar cómo quedaban la señora, los niños y hasta los *yoccallas;* qué aspecto prometían las próximas cosechas y si necesitaba de la habitación para mudarse. Luego, rodando la conversación, le manifestó que el objeto de su visita era comunicarle en toda reserva que sus pequeños ahorros los guardaba en una alcancía enterrada en el segundo patio, junto al horno, donde, á su cálculo, ya tenía cerca de ochocientos pesos; que, fuera de esto, aun poseía otra alcancía mayor llena de dinero, oculta bajo su misma cama y cuyo contenido pensaba trasladar íntegramente á la caja del horno, para tenerlo todo reunido; que, al final de cuentas, él no contaba en este mundo con deudos de ninguna clase que pudiesen reclamar herencia y no había querido casarse, por no estar llevando á su mujercita á todos los jolgorios donde podrían echarle ojo sin que él lo viese ni dejarla encerrada en casa, bajo de siete llaves, porque esto sería para provecho del prójimo, el que dá de comer á perro ajeno, que pierde el pan y pierde el perro. Y bien podría suceder que el rato

menos pensado le llegase su última hora y que para entonces, constituía á su patrón por único y universal heredero á puerta cerrada.

Chungara escuchó estas confidencias con manifiesto regocijo íntimo, seguro ya de que el confiado Cachambi no había descubierto el contrabando y y le agradeció mucho por sus buenos deseos, por el cuidado que tenía con la casa, prometiéndole que su tesoro estaba más seguro junto al horno, que en una caja de fierro, donde podría guardar cuanto le viniese en antojo; y, por último, le reflexionó que siendo el matrimonio un mal necesario, debería pensar siempre en tomar estado, para lo cual, podía indicarle una ahijada suya, cholita muy formal, hacendosa, de unos treinta años de edad que es la mejor época de las mujeres para entrar en la vida conyugal, porque ya les ha pasado la locura y los devaneos. Estas eran, á su juicio, las esposas más serviciales y adictas al marido y á sus hijos. Por lo visto, hablaba Chungara como campechano experimentado.

El arperito se despidió ceremoniosamente y bajó las gradas canturreando como el mortal más feliz que pisa la tierra, pensando en sus adentros: «á ver si el *cocani* muerde el anzuelo»; «que vale más maña que fuerza para qne el amor no se tuerza»; «que donde hay un pícaro, no falta pícaro y medio» y «quien roba á un ladrón, gana cien días de perdón».

Y sin mucho esperar salió á la calle, á dar tiempo al tiempo y á que obrase el milagro.

—¡Qué inocente y qué animal es este pobre arpero, exclamó Chungara, viéndolo salir tan satisfecho. Ahora mismo voy á dejar en su sitio la alcancía y cuando este bárbaro haya reunido su dinero, me lo saco de golpe todo junto, voto á la calle al ciego y si me levanta la voz me querello por faltamientos y calumnia y le tapo la boca que «más sabe el diablo por viejo que por diablo»; y «lo que se ha de robar el moro que se lo robe el cristiano».

III

Cuando el hacendado quedó solo, bajó al segundo patio, llevando la famosa cajita que dejó en su lugar, con las mayores precauciones como para que el dueño no se enterase jamás del gatuperio.

Al otro día, entró el arpero, según era su costumbre, al segundo patio, llevando esta vez, bajo el brazo, una alcancía de mayor capacidad que la anterior, al parecer muy pesada y oculta en los pliegues de una capita. Llegóse al consabido sitio, sacó dinero del pantalón, arrodillóse y soltó una moneda........ Qué dicha!......... Allí estaba la cajita, pues había percibido el dueño el sonido de la plata. En seguida levantó los ladrillos, sacó afuera la alcancía, recontó al tacto la existencia en metálico que le pareció cabal y cambió los contenidos. En la cajita grande colocó todo el dinero, traspuso

á la pequeña unas piedras que había llevado en la primera — y volvió á colocarla cuidadosamente en su lugar, llevándose su fortuna.

No dejaba de adivinar el ciego, que el patrón ó el pongo estarían mirando de alguna parte. Y efectivamente, espectaba Chungara desde una pequeña ventana del piso alto, pero no pudo ver las operaciones del arpero, porque éste se hallaba cubierto con una capa de paño, de uso constante.

IV

Aquella misma noche, se trasladó el arpero á otro barrio, con la ayuda de unos amigos que á las volandas se llevaron camas y petacas, arpas y alcancía, sin que el hacendado abrigase la menor sospecha de la desaparición del que pretendía dejarle su herencia.

Y, cuando al amanecer del nuevo día, dispuesto Chungara para tornar á su finca llevándose el caudal de Cachambi, bajó á buscar el soñado tesoro, se encontró con la alcancía llena de piedras y *ainda mais*, que el arpero había volado entre gallos y media noche.

Y ahora confiesen ustedes si el humilde arpero Felipito Cachambi no era más diplomático y resabido que el más pintado político de su tiempo.





El pleito de la Condesa

(A MI AMIGO ELIAS ZALLES B.)

I

Doña Isidora Segurola fué, allá por los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, una señorita de mucho rango y bastantes campanillas, orgullosa y varonil como ninguna; blanca cual azucena, sonrosada como un clavel, con unos ojos más negros que conciencia de mercader y más garbo en el andar que un ministro recien posesionado: amén de sus buenas disposiciones para el mando, mejores que un candidato á Presidente de la República y sus tendencias al despotismo, que habría ocasionado envidia al mismo Czar de todas las Rusias habidas y por haber.

No hay para qué devanarse los sesos cavilando en el cardumen de adoradores que se le presentarían ni en los desaires y malos modos que tuvieron los infelices que sufrir de tan altiva dama, habiéndose llevado al final, cuando llegó la hora, la palma del triunfo el aristócrata y valeroso Coronel don Jorge Ballivián, á quien el Cura le echó la coyunda matrimonial, previas las informaciones de rito y las moniciones parroquiales de costumbre, *et infacie eclecie* por palabras de presente. Amén.

De este matrimonio, que ha dado á la patria tantos vástagos ilustres, nació don José Ballivián, el vencedor de Ingavi, que heredó de su abuelo el valor, de su madre el orgullo y la belleza, de su padre la intrepidez y de todos juntos la nobleza de la sangre y de la alcurnia.

II

Era doña Isidora, hija lejítima del noble y valeroso coronel don Sebastián de Segurola, natural de Güipuscoa, en los reynos de España, y de Doña Josefa Ursula Rojas y Foronda, vecina de La Paz.

El coronel Segurola fué ascendido á Brigadier de los reales ejércitos de su Majestad Católica y condecorado con el título de *Caballero de la Orden de Calatrava* en premio á sus eminentes servicios y heroica defensa de la ciudad de La Paz, durante la

memorable sublevación general de la raza indígena en el Alto y Bajo Perú, encabezada desde el Cuzco por José Gabriel Tupac—Amaru y secundada por Tupac—Catari, y sitió y acedió la ciudad del Chuquiago, por más de año y medio, en 1781 y 1782, con ánimo de exterminar la raza blanca en todos estos dominios españoles y reconstituir el Imperio de los Incas.

Segurola hizo prodigios de valor y demostró mucha prudencia en todos sus actos; y, á no haber sido su serenidad y su pericia, habría caido la ciudad en poder de aquellas hordas feroces é implacables que se multiplicaban y sucedían en los ataques, arremetiendo con furor bárbaro, al mismo tiempo y por todas partes, contra las trincheras de los bravos defensores de La Paz, que en varias ocasiones estuvo en inminente riesgo de ser tomada, saqueada y pasados á degüello todos sus habitantes.

Conjurada la sublevación por la tenaz resistencia de las tropas y por el auxilio venido de fuera, con más la captura y ejecución de los principales cabecillas, se retiró Segurola por completo á la vida privada.

Siete años después fallecía el benemérito Brigadier; y dos meses más tarde, su familia recibía el nombramiento que en favor de aquél, había firmado Cárlos IV, ascendiéndolo á Mariscal de Campo, otorgándole el hábito de la *Orden de Santiago*

y el despahco de Presidente de la Real Audiencia de Charcas, con que el monarca agraciaba á tan distinguido súbdito—¡Y rara coincidencia! Esta triple investura recaía precisamente el mismo día en que Segurola bajaba al sepulcro, amargado talvez por las decepciones de la vida pública y el prolongado olvido de sus leales servicios á su soberano.

Y téngase en cuenta que la Real Audiencia de Charcas, cuya jurisdicción territorial era la misma de que posteriormente se formó Bolivia, gobernaba estas provincias, de un modo casi independiente de la autoridad de los Virreyes, en lo civil, criminal y administrativo; de manera que el título de Presidente de aquella corporación, ya era una especie de ensayo, en los arcanos del futuro, de lo que, antes de medio siglo, había de ser la Presidencia de la República.

III

La biografía de Ballivián es de las más brillantes de entre nuestros grandes hombres. Su vida, sus proezas y su gobierno forman parte de la historia de Bolivia, en un activo período de diez años, en que se disputan la gloria y la preponderancia los Generales Santa Cruz, Velasco, Ballivián, Braun y otros, cuyas hazañas militares constituyen la época heroica de nuestra vida republicana.

Ballivián, nacido en La Paz el 5 de mayo de 1805, empieza muy adolescente su carrera militar; y siendo ya capitán, cábele concurrir como diputado por su ciudad natal, á la gran Asamblea Constituyente del año 1825, en que se declaró la libertad y la independencia de Bolivia.

Terminado su mandato legislativo, continúo su carrera de las armas, como edecán de confianza del invicto General Sucre; y cuando de nuevo se reuniera la Asamblea, era Ballivián uno de los asíduos concurrentes á la barra, donde nutría su espíritu de las ideas más avanzadas de aquella época; —de tal suerte que, cuando volvió á tomar asiento en la Asamblea el año 29 y fué electo Presidente de ella, resultó un experto parlamentario que sabía dirigir las discusiones con la maestría y tino de un viejo político.

A consecuencia de la herida que recibiera Sucre en el brazo derecho, en el nefasto día 18 de abril de 1828, habiéndose retirado á la hacienda de Ñucchu para completar su curación, siguióle allí su inseparable edecán; y fué de puño y letra de éste, el Mensaje de despedida que el padre de la patria dirigió al Congreso de aquel año, conteniendo su testamento político en el que consignó aquellas frases que jamás olvidaremos: «*Aun pediré otro premio á la nación entera y á sus administradores: el de conservar por entre todos los peligros la libertad y la independencia de Bolivia*» etc.

Ni el General Sucre, cuyo gobierno hasta hoy no se ha podido imitar en Bolivia, ni el arrogante oficial Ballivián, hubieran pensado en aquellos momentos solemnes en que el primero, con el brazo destrozado y sostenido del cuello por un pañuelo, dictaba su Mensaje y el segundo lo escribía, que trece años después (1841), éste cumpliría personalmente aquel mandato, afianzando en los campos de Ingavi, la soberanía y la independencia de la patria, amenazada por el enemigo extranjero. ¡ Misterios Providenciales del destino !

IV

Con el gobierno del General Santa Cruz, vienen después, las gloriosas campañas de la Confederación Perú-boliviana [1834—1839] en que las armas confederadas, brillaron en los campos de batalla con vívido fulgor. Es un núcleo de generales, coroneles y cuerpos de línea que se disputan los laureles de la victoria. Ballivián está siempre en primera línea y con la punta de su espada traza su nombre en los muros del templo de la inmortalidad. Las victorias de Yanacocha, Socabaya, Ninabamba y Uchumayo sólo podrían ser comparables con las campañas de Napoleón.

Uchumayo! el puente de Uchumayo!, donde el enemigo causaba destrozos y horrible carnicería

en las fuerzas confederadas. Allí, los coroneles Ballivián y Anglada, rivales y enemigos irreconciliables, se empeñan por distintos lados en tomar la colina que domina el puente y ambos héroes, llegan juntos al mismo sitio, se reconocen por entre el humo de la pólvora, se felicitan mútuamente, se abrazan enternecidos jurándose eterna amistad y prosiguen hasta desalojar de sus posiciones al adversario.

El Protector de la Confederación, Santa Cruz, admirado de esta proeza y no sabiendo con qué calificativo designar á Ballivián, cuyo heroísmo excedía de toda ponderación, le dió el sobrenombre de *tigre de Sebollullo*, por alución á la finca que éste poseía en la quebrada del Río abajo.

No menos rápida y heroica fué la campaña al sud de la República, en los primeros días del mes de noviembre de 1847, siendo ya Presidente Ballivián.

Informado de la revolución que había estallado, encabezada por los Generales Velasco y Agreda, sale de La Paz con todo su ejército, sin hacer aprecio de otra revolución que fermentaba contra él, en el seno de la misma ciudad, preparada por Belzu y sus partidarios y que estalló pocos días después de la salida de Ballivián. En doce días de marchas forzadas, recorre ciento treinta leguas; en Tarapaya, captura al sarjento Avila suponiéndolo espía de Velasco, se lleva consigo al prisionero y lo hace fusilar en la

plaza de Potosí, no tanto por castigar el delito, que era dudoso, sino por amedrentar á sus enemigos; y en el acto prosigue viaje hasta alcanzar y sorprender en Vitiche á los enemigos, á horas cinco de la tarde [noviembre 17], en circunstancias de hallarse los revolucionarios completamente desprevenidos, organizando todavía sus huestes y sin tener la menor noticia de la aproximación de Ballivián, á quien aún soponían preparándose en La Paz.

V

La pura verdad fué lo que dijo Santa Cruz, porque don Pepe era todo un tigre en persona.

A un grito suyo, temblaban sus oficiales y soldados que ya no se atrevían ni á estornudar en su presencia; y no hubo en su gobierno ningún ratón que se atreviese de cerca á ponerle cascabel al gato; excepción hecha de Belzu que hizo una intentona desesperada que puso en conflicto momentáneo á Ballivián haciéndolo escapar en altas horas de la noche por la chimenea de la cocina del palacio; pero que al final dió por resultado la fuga del jefe rebelde.

Soberbio, irascible, impetuoso, acostumbrado á la subordinación de sus tropas, creía que todos los ciudadanos eran sus soldados que le debían ciega obediencia; y se impacientaba ante la menor observación ó resistencia. No tardó mucho en estallar

el descontento de la nación, celosa siempre de sus fueros y libertades, cercenados militarmente por el tirano. Pero pasado el primer impulso de cólera sobrevenía la calma y era entonces accesible á los buenos consejos de sus ministros y de sus amigos.

Las revoluciones estallaron á largas distancias, porque Bolivia era rica en jefes valerosos y de muchos méritos, que le disputaban á Ballivián la primacía y el mando, como que cada cual se consideraba con mejor derecho para empuñar las riendas del gobierno y hacer de las suyas.

Después de la acción de Vitiche, Ballivián en el apogeo de su gloria y poderío, que ya duraba seis años con ánimo de perpetuarse en el poder, contempló con estupor que, hacia el norte, surgía de nuevo la nube negra, ya que en el sud había logrado disiparla: eran, por una parte los correligionarios del General Santa Cruz, que pretendía tornar al poder, y por otra, los partidarios del Coronel Belzu, quienes más listos que los anteriores y alentados por el Gobierno del Perú que fomentaba las revoluciones contra Ballivián, en desagravio del fracazo de Ingaví, se alzaron en armas encabezados por el *coronel José Manuel Ravelo*, el 17 de diciembre de ese mismo año, desconociendo el gobierno de Ballivián que apellidaron *aciaga dominación*, invocando la vigencia de la Constitución Política de 1839 más liberal que la de 1843, sancionada bajo los auspicios de Ballivián, á la

que se ha denominado *Ordenanza Militar* y proclamaron Presidente á Velasco. Por supuesto que el director de estas maniobras era el mismo Belzu que aun guardaba respetos á Velasco y le cedía la preferencia, pero que á lo último, echando los títeres á la petaca, se le puso de frente y lo derrocó á su vez en Yamparáez.

Ballivián, después del combate de Vitiche, se dirigió á la capital Sucre, donde su Ministro doctor Tomás Frías, el Catón boliviano, le hizo notar el descontento de la Nación, los frecuentes pronunciamientos que se sucedían rápidamente, la revolución del norte más terrible y con mejores elementos que la del sud y á la que había que combatir cuanto antes ó resignarse á dejar el poder, para no ensangrentar el país por mayor tiempo.

Y fué entonces que aquel coloso, inclinando la cabeza respetuoso ante los sanos consejos del amigo y compañero, resignó el mando en manos del General Eusebio de Guilarte (diciembre 13 de 1847) y se expatrió á Chile, llevando credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario y de donde á poco siguió viaje al Brasil, para no volver más á su patria.

Por lo demás, Guilarte solo estuvo diez días en el poder, que hubo de abandonar luego, porque la revolución de Belzu y Ravelo á favor de Velasco, se le venía encima y escapó el bulto.

VI

Con todo; el gobierno de Ballivián, durante los seis años que rigió el país, ha resultado ser de los mejores y más brillantes que hayo tenido Bolivia.

No se contentaba Don Pepe con la letra muerta de su terrible Código Militar, acaso el más riguroso de Sud América, pues para cualquier falta, no reconocía otro castigo que la pena de muerte Dignificó el ejército atrayendo á él lo mejor de la juventud; porque sabido era que, cuando visitaba los colegios era para escoger y sacar su cosecha de estudiantes que pertenecieran á buenas familias, para mandarlos á los cuerpos de línea. Quiso hacer de la milicia una carrera noble y envidiable, á especie de sacerdocio consagrado al valor, á la abnegación, disciplina, moralidad y aristocracia y que estuviese por sobre todos en la República.

De aquella época, todavía sobreviven, aunque viejecitos. dignísimos jefes que tienen á orgullo haber servido bajo las órdenes de Ballivián.

Los vencedores de Ingavi, de los que ya no quedan sino muy pocos, reciben de la madre patria su pensión alimenticia.

Años después, don Manuel Isidoro Belzu, siendo ya Presidente, no quiso quedarse atras en lo de enaltecer la carrera de las armas y expidló un decre-

to prohibiendo á los milicos el matrimonio, sin duda por aquello de que el amor enerva el valor. Y para el desesperado caso de estar perdidamente enamorados, en la dura alternativa de suicidarse ó casarse, se prescribía en el famoso decreto supremo que la interesada que aspirase al recurso de *casación* con un servidor de la patria, debía reunir estos cinco requisitos indispensables: 1º — Ser bonita: 2º — Jovencita; 3º — Virtuosa; 4º — Rica y 5º — De buena familia. Con estos antecedentes, aun era necesario que la novia dotase al marido con arreglo á la siguiente tasación: 5,000 $ para casarse con un jefe ú oficial; 3,000 $ para adquirirse un sarjento y 2,000 $ para atrapar un soldado raso. *Si non es vero es ben trovato.*

Si este decreto se cumplió al pié de la letra y hubo novia que á tal precio quisiera casorío, es cosa que no relatan las crónicas de aquel tiempo.

El festivo poeta y galano literato doctor Manuel José Cortez, autor de la importante obra *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* que abarca una larga época, hasta la trasmisión legal del mando de Belzu á Córdoba (1855) y que hoy constituye un libro de consulta en complemento con la «*Historia de la guerra de los quince años*» que escribió el doctor Manuel María Urcullu, uno de nuestros mejores jurisconsultos y oradores parlamentarios; publicó por aquel tiempo unas décimas en las que se hacía

fisga del decreto de Belzu, en represalía, sin duda, de las persecuciones y partidas cerradas que le jugó éste, que lo hizo desterrar á la ciudad de Santa Cruz. Aquellas estrofas eran un varapalo que el humorista poeta sacudía sobre las charreteras de Belzu y de sus secuaces.

Por los años 1889 y 1890, hemos oido recitar de memoria, en Potosí, á vecinos antíguos de la Imperial Villa, (Bernardo Taravillo y Demetrio Frontaurá), las chispeantes décimas del doctor Cortez, quien en su *Historia* hace la crítica más acerba del gobierno de Belzu, considerándolo un tirano vulgar, rodeado de ministros y diputados ineptos y serviles.

Realmente, habría sido cosa de ver á la más empingorotada señorita entregar al contado 5,000 $ para dote de un capitán, brabucón, oliente á pólvora y cañazo, jugador y camorrista, picado de viruelas, color cobrizo y con unos bigotitos invisibles á simple vista.

Y más todavía, contemplar á los *pudibundos* soldados de Belzu encerrados en sus cuarteles, asomarse, ruborizados, á las ventanas en espera de la novia que debiera pasar y repasar por aquel sitio, en acecho de éllos, cantando algo así parecido á las populares estrofas de la zarzuela de El rey que rabió:

« Quiero ver si me ha olvidado el muy bribón,
Quiero ver si su palabra cumple fiel;
Y si guarda en su amoroso corazón
El amor que guarda el mío para con él ».

VII

No fué Ballivián como algunos de los Presidentes que hemos tenido, amigo de gozar y pasarse la vida pintoresca en las gratas fruiciones del poder, abandonando al cuidado de sus ministros los cargos y responsabilidades del gobierno. Aquél sabía ingeniarse modos de estudiar personalmente las cuestiones sometidas á su conocimiento y resolución.

Cuando debían tratarse en Consejo de Gabinete asuntos complicados y más difíciles que un problema de álgebra, invitaba la víspera á tomar por la noche el té, en palacio á los personajes que necesitaba. Indirectamente hacía rodar la conversación sobre el tema de sus cavilaciones: escuchaba con interés las opiniones de sus convidados y discutía con ellos, hasta formar juicio propio y definitivo en el asunto.

Así, por ejemplo: ¿ estaba pendiente y por aprobarse algún tratado de comercio ú una reclamación sobre derechos aduaneros ? Pues señor; que vengan esta noche, precisamente, á tomar el té, los comerciantes fulano, zutano y mengano que son los más instruídos en esta materia. Dicho y hecho.

Al día siguiente, rodeado S. E., de todos sus ministros en Consejo de Gabinete resultaba un portento en finanzas, economía política, aranceles de

aforos y más entendido en el conocimiento de géneros de ultramar y de abarrotes que el más pintado *Vista* de aduana. Los señores ministros quedaban pasmados.

¿Estaba en el tapete algún reglamento sobre Instrucción Pública ó algún decreto concerniente al ramo de Justicia? Otra tenemos; que vaya el primer edecán á convidar al té de esta noche á los profesores y abogados X, Y y Z que son más sabios que Merlín.

Reunido el Consejo de Gabinete, don Pepe hacía uso de la palabra con una erudición y aplomo magistrales, que los señores ministros quedaban confundidos y desconcertados.

En materia de establecimientos penales, puso particular empeño, que desgraciadamente no consiguió realizar, de construir una penitenciaría modelo, en la isla de Panza, es decir en el centro del lago de Poopó.

¿Se susurraba una complicación diplomática ó estaban amenazadas las fronteras de la República, en esa época en que las cuestiones de límites empezaban ya por agitarse en los estados vecinos?

—Para este intríngulis no hay otros como los señores tales y cuales, muy buenos sujetos, más diplomáticos que Machiavelo y muy conocedores á fondo de estas cuestiones, hasta la pared de enfrente. Que vengan esta noche, en todo caso, á tomar el té

en mi compañía. ¡Oiga, Comandante *Botello*, no se olvide llamar á esos señores!

Por la noche, los ilustres convidados hacían lujo de mucha pericia. S. E. sacaba mapas y plamos, los desenrollaba y ponía á la vista, trazaba líneas con el lápiz y quedaba enterado de cuanto le convenía sabiendo á qué atenerse y en qué lugar de la costa estaban los moros.

En su administración, se inició la cuestión de límites con Chile, mediante la misión especial encomendada al hábil diplomático don Manuel Macedonio Salinas.

Y así fué cómo, sospechando las intenciones invasoras del Emperador del Brasil, don Pedro II, todavía menor de edad, pero bajo la Regencia de los Bonifacios, pretestando Ballivián que los súbditos brasileños fronterizos de Cuyabá, Villa María y el Descalvado, causaban daño con sus correrías y rapiñas á los nacionales bolivianos de Santo-Corazón (Provincia de Chiquitos), mandó fundar, al norte, el pueblo de San Matías, el año 1845, encomendando esta delicada misión al General Fermín Rivero, acompañado de un destacamento del ejército. La nueva población ó fortín, se erigió sobre la misma frontera boliviana, de tal manera que la línea divisoria calculada, pasaba á dos cuadras de distancia de San Matías.

Con esta precaución, se contuvo las cuadrillas de malhechores que merodeaban y robaban ganado vacuno por millares de cabezas, de las comarcas fronterizas de Santo Corazón y San Matías, Oberaba y el Descalvado. Y lo que es más todavía, se afirmaron los derechos territoriales de Bolivia con la posesión real y jurisdicción plena que ejercía el Estado boliviano, sin contradicción alguna; de tal suerte que años después, en 1867, cuando se celebró el famoso tratado de límites Muñoz — López Netto, en que perdimos un inmenso girón de territorio, que pasó al Brasil, el pueblo de San Matías nos sirvió de baluarte por aquel lado, haciendo reconocer nuestras antiguas posesiones.

No eran esos convites porque Ballivián desconfiase de la competencia de sus ministros, que eran estadistas de primera talla, sino porque quería saber más ó lo mismo que ellos y sorprenderlos con sus vastos conocimientos en todo ramo.

VIII

En un paseo militar que hizo á la ciudad de Potosí, visitando el «Colegio Pichincha» para escojer los mejores estudiantes con destino al ejército, supo que allí habían muchos jóvenes talentosos que carecían de recursos para continuar sus estudios. Eligió entonces á seis de los más sabresalientes y

los mandó á Europa como pensionados del gobierno para perfeccionar sus conocimientos y vocaciones.

De entre esos alumnos escogidos, sólo recordamos por el momento los nombres de tres: *Manuel Berríos* que estudió en París los métodos pedagógicos, para indicarlos al Gobierno, á fin de introducir reformas en la enseñanza, como en efecto; *Rafael Bustillos*, que se dedicó á la química y la mineralogía, para implantar mejoras en la oficina de Ensayes de la Casa Nacional de Moneda y al mismo que, años después, sacó de allí el Presidente Belzu informado de sus excelentes cualidades para más altas funciones públicas, habiendo alcanzado á ser, con el transcurso de los años, uno de nuestros financistas más notables, orador parlamentario de mucha fama, ministro de Estado en tiempo de Achá (1861 —1864) y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Chile, siendo el primero de nuestros diplomáticos en el Pacífico que sospechó y dió aviso á la cancillería boliviana de que Chile se disponía á usurparnos el Litoral, lo cual llevóse á cabo quince años después; y *Lorenzo Frías* (hermano de don Tomás del mismo apellido) que cursó los ramos de comercio y contabilidad moderna que debería, á su vez, enseñar en Bolivia.

Admirable era la perspicacia y el tino de Ballivián para descubrir y conocer á los hombres que habían de ser útiles á la patria.

En tiempo de Ballivián creóse el nuevo Departamento del Beni; y, bajo los auspicios y protección de aquél, recorrió y exploró el sabio francés Alcides d'Orbigny los extensos y lejanos territorios de Caupolicán, Mojos (poco después erigido en Departamento del Beni, ya dicho) y Chiquitos.

Aún recuérdase en Potosí, al respecto de Lorenzo Frías (que era potosino) y d'Orbigny, la tradición trunca y confusa del *Chiriguanay*, que no está fuera de lugar traer á colación, ya que se trata de estos personajes, completando aquí el relato.

Frías, á su regreso de Europa, fundó en Potosí una casa de comercio, pero quebró y tuvo de salir fugitivo, perseguido por sus acreedores que soñaban en meterlo á la cárcel, habiendo desaparecido sin saberse más de su paradero.

Viajaba el naturalista francés por la extensísima Provincia de Chiquitos (dividida el año 1881 en dos.— Velasco, al Norte y Chiquitos, al Sud), recorriendo aquellas comarcas deliciosas, de pujante feracidad, por San Matías y Santo Corazón, con rumbo á Santiago [más de 80 leguas de trayecto entre los dos últimos], cuando de improviso vióse rodeado y asaltado por una belicosa tribu de bárbaros que blandían sus macanas y las arrojaban á d'Orbigni y su acompañante, quienes se defendieron con algunos tiros de pistola. En esos momentos de mortal angustia, en que era inevitable la victimación de

los viajeros, en aquellas soledades de incomensurable verdura, se presentó el Casique de la tribu, que parecía ser tal por su arrogante apostura, el rico plumaje con que cubría la cintura y la cabeza y el inseperable bastón de *chonta* que llevaba consigo como insignia de autoridad.

A una señal suya contuviéronse los salvajes y avanzando hacia el naturalista hablóle en francés, preguntándole quien era, lo que buscaba en esas tierras y á dónde iba.

Estupefacto quedó Mr. Alcides al oir que un bárbaro le hablaba en su idioma. ¿ Qué maravilla podía ser ésta, que una tribu nómade que habitaba el Gran Chaco boreal, muy lejos de los pueblos civilizados, háblase en francés, correctamente cual si estuvieran los salvajes recien llegados de París ?

Repuesto el sabio de su sorpresa, entabló con el Casique interesante y reveladora conversación, haciendo éste atinadas observaciones sobre la flora y la fauna de aquellas regiones, las propiedades medicinales de algunas plantas, la topografía de esos lugares y los itinerarios más cortos para llegar á su destino.

Si la sorpresa de Mr. d'Orbigny había sido mayúscula al oir al Cacique hablar en frances, su admiración creció de punto al encontrarse con un sabio bárbaro.

Concluida la entrevista, que fué bastante larga, amena y de provecho, creyó el Casique oportuno darse á conocer: era Lorenzo Frías, el antíguo estudiante boliviano en París, que vivía desnudo y como salvaje entre aquellas hordas errantes, donde había encontrado hospitalario albergue y tranquilidad, huyendo de los hombres civilizados para vivir entre los bárbaros.

¡ Feroces deben ser los acreedores, cuando hacen huir á sus deudores á regiones desconocidas y habitan entre salvajes! ¡ Esos si que son verdaderos bárbaros !

Ya estaba casado allí don Lorenzo, con la hija del difunto Casique su antecesor, de quien heredó el mando de la tribu, dedicándose á civilizarla, suavizar sus costumbres, establecer sus tolderías de poblado fijo en esas comarcas ignotas y enseñar algunas artes útiles. Hoy quedan numerosos descendientes suyos, que son correjidores y alcaldes en Santiago y Santo Corazón.

IX

Pero, basta de altares en cada esquina y que siga la procesión.

Por los años 1843 á 1848, — siendo Presidente Ballivián, su madre doña Isidora Segurola interpuso demanda ante los tribunales de La Paz, contra doña

Josefa Landavery v. de la Barra, reclamando para sí mejor derecho al título de *Condesa de Alcataya* y las valiosas heredades anexas al condado, situadas en la Provincia de Moquegua.

Fundaba su acción la demandante en el hecho de ser nieta legítima, por línea materna, de don Ramón de Roxas y de su esposa doña María Peñaranda y Sorzano, á cuyo fallecimiento casó aquél en segundas nupcias, con la Condesa titular de Alcataya; y como tambien falleciera ésta, sin dejar descendencia, claro estaba que el viudo sobreviviente don Ramón de Roxas era heredero del título y de los fundos anexos, los mismos que reclamaba doña Isidora; no siendo el señor de la Barra, esposo de doña Josefa, sino sobrino bisnieto de la recordada Condesa titular de Alcataya y por lo tanto, sin el menor derecho para pretender la sucesión.

Por su parte, la señora Landavery v. de la Barra, sostenía que su finado esposo señor de la Barra había sido hijo de doña Isabel de Roxas, descendienta igualmente de don Ramón de Roxas. del segundo matrimonio, es decir con la Condesa de Alcataya, derivando de ésta sus derechos por línea de consaguinidad colateral con élla y quedando en consecuencia excluido el viudo sobreviviente de toda sucesión.

Replicó doña Isidora que el pretendido derecho de la contraparte no existía, puesto que don Ramón no tuvo hijos en la Condesa y que él era el here-

dero forzoso de su esposa; mientras que el señor de la Barra tan sólo era sobrino bisnieto de la Condesa, por lejana consaguinidad y que mal podía pretender doña Josefa una herencia imaginaria.

En lo que flaqueaba la señora Landavery era en que no podía probar el legítimo entroncamiento de su difunto esposo con la Condesa. En cambio, hacía muchos años que estaba en posesión del Condado, en vida de su recordado esposo y sus antepasados.

De todos modos, resultaba ser un pleito de familia, puesto que doña Isidora había sido parienta del señor de la Barra y por ende de doña Josefa.

Consultado el caso, antes de proponer la demanda, con los mejores abogados de La Paz, habían discrepado éstos de opinión; quedando el General Ballivián sin saber dónde le apretaba el zapato y dejó que su madre se las entendiera como mejor pudiese.

Demasiadas ocupaciones tenía S. E. para buscarse otras que le quebrasen más la cabeza. Y era tan brillante su aureola militar, que no la habría cambiado por títulos de nobleza y otras antiguallas del tiempo de la monarquía que no podían tener cabida en la república. por más que doña Isidora se empeñase en ser Condesa y adquirir las heredades, cosas que á la larga hubieran pasado á poder de don José, como heredero, y que le habrían valido nada menos

que el título de Conde de Alcataya y propietario de las tierras correspondientes, en que fincaba el consabido condado.

Ni hay para qué preguntar cuál de las partes alcanzaría el triunfo en los tribunales de La Paz; pues, ya fuese por las poderosas influencias de la demandante ó porque la demandada no pudo probar la filiación de su finado esposo, el resultado fué que aquella ganó el pleito en primera y segunda instancia.

Interpuesto el recurso de nulidad, debía elevarse el proceso, por próximo correo, á los estrados de la Excma. Corte Suprema. *La Condesa*, señora Landavery, que así era conocida por el público, tuvo la feliz inspiración ó le aconsejarían sus comadres de ir á palacio, pedir audiencia y arrodillarse á los pies del Presidente implorando como á primer magistrado de la Nación, que no interviniese para nada en el ruidoso litigio en que doña Isidora la había puesto y dejase á la justicia libremente dar á cada cual lo suyo, que esto haría resaltar más todavía la gloria de Su Excelencia.

El General quiso levantar del suelo á la acongojada Condesa, quien por otra parte era su tía política, pero ésta se resistió á moverse de allí hasta que obtuvo la formal promesa de que para nada se mezclaría en el asunto y á lo más recomendaría á los *supremos* que fallasen en estricta justicia, sin tener

en cuenta las circunstancias personales de las contendientes. Y agasajó tanto á la noble Condesa, sin importársele un comino la enemistad irreconciliable que separaba ambas señoras, que aquélla se retiró de palacio muy risueña, satisfecha y agradecida, como si por de contado, ya tuviese ganado el pleito.

Por supuesto que doña Isidora jamás llegó á tener noticia de esta entrevista, pues de lo contrario habría puesto el grito en el cielo y hasta hubiera sido capaz de provocar motín en los cuartelees contra su hijo; ella, que pocos meses antes, al sentir una noche que habían penetrado á su casa los ladrones por el tejado, les salió al encuentro y capturó personalmente á uno de ellos, tomándolo de la garganta y apretándolo contra la pared, lo cual fué suficiente para que el otro caco se pusiera en salvo escapando por los tejados vecinos.

X

Como escoltando al expediente, camino á Sucre, marcharon también por el mismo correo numerosas cartas de recomendación en favor de la señora Segurola, dirigidas á los personajes y abogados más espectables de la capital y aún á los mismos Vocales de la Suprema.

No se olvidó la interesada de encargar á su hijo que, por separado, hiciera él algo de su parte.

«Si te ví no me acuerdo» diría para su capote el ilustre General.

No fué muy llano el atolladero en que se vieron comprometidos los graves magistrados, tanto porque todos éllos eran hechura de Ballivián y hubieran deseado complacerlo, pues ya le conocían el pulso, cuanto porqué, fojeando el proceso y compulsando las leyes españolas sobre sucesiones y mayorazgos que regían en la época de la fundación del Condado y que, salvo lo de mayorazgos, abolidos en la República, eran las mismas leyes, implantadas en Bolivia, sacaban en limplio que, á falta de descendientes y ascendientes legítimos de la Condesa de Alcataya, correspondía la sucesión por línea colateral, al hermano mayor de la predicha Condesa y á sus descendientes, por progenitura, no tocándole al cónyuje sobreviviente don Ramón de Roxas, sino la cuarta parte de los bienes adventicios, menos el título de Conde, es decir de aquéllos que no hicieran parte inseparable del mismo Condado; porque, en todo caso, había que atenerse á la tabla de fundación, que era de donde derivaban las sucesiones y títulos nobiliarios, ó sean los derechos adquiridos.

Estas leyes sobre sucesiones, injustos resabios de la antigua legislación española, han perdurado entre nosotros hasta las importantes Reformas Judiciales del año 1882, según las cuales los esposos se heredan mútuamente á falta de hijos. Pero, como

aquel pleito se sustentaba con arreglo á las leyes vigentes de ese tiempo, «á lo que estamos, benedicamus».

Se les cayó á los supremos el expediente cuando de sus deliberaciones aparecía que doña Isidora no tenía derecho para disputarle á la Condesa el título ni sus posesiones.

¿Y qué hacer en tal conflicto? ¿Torcer la vara de la justicia? ¡Eso, nunca, imposible!

¿Incurrir en desagrado á Su Excelencia? ¡Malo, malísimo, pésimo! No era Ballivián quien aguantase pulgas en su pellejo y podría cometer un desaguisado.

Aquí para *inter nos*, sin que lo sepa el público, no está fuera de ocasión recordar, que pocos años más tarde, el Presidente Belzu que era un sarjento con pluma tricolor en el unicornio y que tanto sabía de la Constitución como yo de celebrar misa, destituyó en masa á los Vocales de la Corte Suprema por no sé qué litigio resuelto por esa alta corporación sobre un solar ubicado en los suburbios de Sucre. El *General* Belzu, por lo visto, quería ser también *jurisconsulto* y enmendarle la plana á la Suprema. Parece que no contento con *dimitirlos* del cargo, hizo desterrar algunos Vocales.

¡Vaya con don Manuel Isidoro que no era muy sumiso, que digamos, ni respetuoso á la Constitución!

Sigamos la historia.

Aquel expediente voluminoso, repleto de pergaminos y documentos antíguos, con árbol gonealógico y muchas declaraciones de testigos, les quemaba las manos á los sesudos y reposados Vocales de la Suprema. Uno de ellos, amigo íntimo de Ballivián, resolvió escribirle, previo asentimiento de sus colegas, para saber por dónde asomaba las orejas el tigre. Decíale en su carta que extrañaba mucho su silencio, en tratándose nada menos que del pleito de su rospetable madre y que la causa estaba por verse en Sala, en la semana entrante.

Esta comunicación equivalía, en medicina, á los remedios de botica que se aplican á ciertos enfermos para sacar la fiebre afuera y hacer sudar al paciente.

A vuelta de correo contestó Ballivián de su puño y letra: «*cumplan ustedes con su deber, como la justicia y las leyes mandan, que yo acatáré sus sabias determinaciones*»; como quien dice: yo no meto, ni quito ni pongo rey.

Esta carta valía un Potosí.

—¡Albricias! ¡albricias! compañeros! *¡Gloria in exelsis Deo!* cuentan que entró diciendo á despacho el Vocal que acababa de recibir la contestación del Presidente.

Sus Señorías leyeron, releyeron y comentaron la carta, palabra por palabra, con manifiesto regocijo y desarrugamiento de cejas. Y, «¡moro al agua!

exclamarían *in pectore*, que en nuestras manos la justicia no ha de torcer su camino; y «á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga»; que «mejor está San Pedro en Roma aunque no beba ni coma»; «que más vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo»: y al fin y al cabo «no es el león tan feo como lo pintan».

Fallaron en favor de la Condesa.

Cuando le notificaron el auto al procurador de la señora Segurola, salió atropellando gente y desempedrando calles en busca del abogado, para darle la fatal noticia.

— No me venga Ud., contestó el doctor, con el cuento al revés ni con santitos de á medio y vuelva á la Corte á enterarse bien del asunto y tráigame copia del auto.

— Señor! ...... he leído con mis cinco sentidos porque yo tampoco lo creía; han *casado* el auto de la Corte Superior de La Paz: estamos perdidos!

— Pues entonces, aquí hay gato encerrado y busquemos la hebra que pronto parecerá el ovillo.

Y aquí, dicho sea de paso, lo mejor que hemos tenido siempre y tenemos en Bolivia, en nuestras instituciones judiciales y políticas, es la Corte Suprema. El personal de los poderes legislativo y ejecutivo suele malearse; pero la Suprema es inquebrantablemente firme.

XI

Enterado del auto el abogado, escribió á doña Isidora, comunicándole el inesperado fracazo, que atribuía personalmente á Su Excelencia por haberse desentendido de recomendarla. Y hasta dejaba entrever el sentido de la famosa carta, de cuyo tenor parecía estar informado, ó sería simple sospecha suya.

—¡Ira de Dios! exclamó doña Isidora, leyendo la carta—¿Con que, esas tenemos?—Ha de saber ahora el desnaturalizado, con quien casó cañahueca y que á mí no me importan un comino sus entorchados!

Y se dirigió á palacio, penetró hasta la cocina, donde asustó con su presencia á las sirvientas y tomando del fuego un mimbre que ardía, salió por los corredores preguntando—¿Dónde está Pepe?

—El Presidente, señora? contestaban atemorizados los soldados de guardia que por allí se paseaban.

—¡Qué Presidente, ni General! —respondió doña Isidora, poseída de una cólera indescriptible—¿Dónde está Pepe?

—Está en su escritorio, señora.

En esos momentos hallábase el General ponién-

dose guantes para salir de visita y empeñábase su hijita Adela. de cinco años de edad, en abrocharlos, colocada sobre un sofá. Estaba lujosamente vestido, con pantalón colorado, sombrero armado que ostentaba una hermosa pluma tricolor y la casaca blanca, con bordaduras de oro y largas charreteras que le caían hasta medio brazo.

Su Excelencia, que no sospechaba nada, en oyendo el barullo y voces encolerizadas por afuera, gritó: *silencio!!*...... En ese instante penetró despavorido un Edecán, anunciando: Mi General!...... mi General!.... su madre! su madre! escóndase!

—Mi madre? Pues que entre; otra es la madre del cordero.

—Soy yo! gritó doña Isidora, dando tal empellón á la puesta que casi la parte en astillas—Soy yó!...... infame!........ traicionero!!.... desnaturalizado!!.......... toma!! toma esto! por tu condesa; anda!! anda!! avísale; y levantando el mimbre como un chicotillo le asestó á su hijo tres latigazos formidables en la espalda; y todavía se rompió el látigo en pedazos, pero ella tomó uno de estos y siguió castigando sin descanso.

—Pero mamá!!.... mamá!! ....¿qué tiene? ......¿qué le pasa?......¿por qué tan enojada conmigo? ¿qué ha habido?........ El General escapaba de rincón á rincón, se ocultba tras las puertas y se ponía las manos en la cara para defenderse como un chiquillo.

—Tóma esto! miserable! ¡Tú no eres mi hijo, sino mi peor enemigo! ...... Y mientras manejaba con la mano derecha el chicotillo aturdiendo á su hijo á latigazos y puntazos, le mostraba con la izquierda una carta.—¡Lée esto, y verás que por tu causa he perdido el pleito!! ¡mi pleito!! .....; y le arrojó la carta á la cara.

Ballivián, todo aturdido salió á escape corriendo gradas abajo á refugiarse en el cuarto de guardia, donde los edecanes, que también huían, le dieron alcance y cerraron la puerta.

Allí le hicieron notar que la casaca tenía tres líneas negras que cruzaban la espalda, fuera de otras manchitas de carbón.

Cuando doña Isidora salió de palacio. regresó el General á su escritorio, en donde estuvo encerrado todo el día. Por la noche supo cuál había sido el motivo que tuvo su madre para portarse con él de tan cruel manera.

XII

¡Caracoles! con doña Isidora que era mujer y media.

¡Canastos! con don José que sabía ser hijo y medio.

La señora volvió á su casa todavía más encolerizada que antes porque no había desfogado toda su

ira; y por largo tiempo no asomó á palacio ni quiso mentar siquiera el nombre de Ballivián.

Su amor propio de suyo tan subido, estaba profundamente contrariado por el fallo adverso de la justicia, que para siempre le arrancaba la esperanza de ser Condesa y dueña de las valiosas propiedades de Alcataya.

No mirando en su ilustre hijo, al valeroso guerrero, ni al primer magistrado de la nación, sino simplemente á su hijo, creyó que todos los actos del Mandatario debían subordinarse á sus deberes de hijo. Para ella, don José no era ni General, ni Presidente, sino llanamente *Pepe*, que debía obedecerla y respetarla en todo.

Este episodio de familia es acaso la aureola de gloria que irradia más pura sobre la frente del invencible guerrero y que demuestra no sólo su grandeza de alma sino también el ciego respeto á la autora de sus días.

Ballivián!! bendita sea tu memoria.

Caído del poder; execrado su nombre por sus furiosos enemigos, perseguidos sus amigos sin tregua ni reposo; saboreando en lejanas playas el pan amargo de la proscripción; eclipsada su estrella para siempre por el huracán de las revoluciones; el defensor y padre de la patria, cerraba los ojos lejos de los suyos y descendía su cuerpo silenciosamente á las heladas baldosas del sepulcro, en la ciudad de Río Janeiro, el 16 de octubre del año 1852.

XIII

Años después, la Condesa de Alcataya, señora Landavery, fallecía en el Cuzco, sin dejar descendencia, legando el Condado y tierras anexas á los Reverendos Padres Mercedarios de aquella ciudad.

Los Mercedarios tomaron luego posesión real y corporal de la cuantiosa herencia, que no solo c mprendía la finca conocida por el nombre de *La Con desa*, sino algunas otras de olivares y viñedos, que entregaron en arrendamientos diversos á muchos terratenientes, con la obligación de pagar el canon en dinero, en vinos y en pisco. Los arrendatarios estuvieron puntuales al principio, como es de costumbre; pero se desentendieron poco á poco y acabaron por resistir y sublevarse, después de haber poseído las fincas por más de veinte años.

Los Reverendos, que veían cumplirse al pié de la letra la parábola del viñedo, los colonos y el hijo del patrón, enviaron á tres Hermanos para que cobraran los arriendos devengados y que en último caso despidieran de allí á los morosos y rebeldes. Los Hermanos extremaron el rigor y sus imprudencias á tal punto que á los arrendatarios no les quedó ya otro recurso que sublevarse y atacarlos á bala, de cuyas resultas escaparon sus paternidades en

altas horas de la noche, á pié por aquellos cerros, mandándose mudar en andas y sin velas. Pero á la llegada de los tres fugitivos al Cuzco, se vengó la Comunidad excomulgando á todos los sublevados, sus mujeres, hijos y descendientes hasta la cuarta generación.

Por de pronto, al año siguiente, en 1877, ocurrió un terremoto en la costa del Pacífico. Los olivares, los viñedos y las granjas de *La Condesa* quedaron destruídos.

No pasó mucho tiempo sin que sobreviniese otra calamidad. Tras abundantísimas lluvias en la provincia de Moquegua, bajó de los cerros una formidable mazamorra que cubrió completamente los mismos viñedos, que aún quedaban en pié y los olivares, sepultó las casas de hacienda y los cortijos, de tal modo que esa desolación y ruina hasta hoy perdura aunque los colonos y sus descendientes no han querido salir de allí.

XIV

Con el advenimiento de la República, los títulos de nobleza cayeron en tierra; á excepción única, hecha en favor del marquez de Tojo, señor Fernando Fernández Campero, (Tarija), su hijo y su nieto en línea directa, en premio á los servicos prestados por aquél á la causa de la libertad. Ha poco tiempo que también se ha extinguido ya este título.

La señora Segurola no ignoraba esta abolición de las noblezas monárquicas, pero al menos satisfacía la vanidad humana y más que todo, era un aliciente para ella la adquisición de la finca *La Condesa* y sus inmensas heredades.

XV

La famosa casaca blanca del General Ballivián, en la que se veían claramente diseñados los tres latigazos que aquél recibiera con el mimbre quemado, ha permanecido largos años cuidadosamente guardada, como preciosa reliquia de familia.

NOTA: — Debo estas reminiscencias á mi distinguido amigo don Elías Zalles B., hijo de la señora Adela Ballivián, la misma que se había refugiado bajo el sofá cuando su abuela descargaba el furor de su resentimiento en las espaldas del ilustre vencedor de Ingavi; cuyo retrato contemplábamos el señor Zalles y yo, el año 1897, desde nuestros asientos en el salón de la Cámara de Diputados de la capital Sucre.



INDICE

INDICE

Páginas



IMP. VELARDE.—YANACOCHA 117 y 119.

Aponte, José Manuel
Tradiciones bolivianas